

MAY
MCGOLDRICK

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR JAN COFFEY

ROMANCE CON EL ESCOCÉS



**Edición en
Español**

ROMANCING
THE
SCOT

Romancing the Scot

Romance con el Escocés

May McGoldrick

Book Duo Creative

Derechos de autor

Gracias por elegir *Romance con el Escocés*. En caso de que te guste este libro, por favor, considera compartir las buenas palabras dejando una reseña, o [ponte en contacto con los autores](#).

ROMANCE CON EL ESCOCÉS (ROMANCING THE SCOT). COPYRIGHT © 2022 POR NIKOO Y JAMES MCGOLDRICK.

TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL © 2024 POR NIKOO Y JAMES A. MCGOLDRICK

Reservados todos los derechos. Excepto para su uso en cualquier reseña, queda prohibida la reproducción o utilización de esta obra, en su totalidad o en parte, en cualquier forma, por cualquier medio electrónico, mecánico o de otro tipo, conocido actualmente o inventado en el futuro, incluidos la xerografía, la fotocopia y la grabación, o en cualquier sistema de almacenamiento o recuperación de información, sin el permiso por escrito del editor: Book Duo Creative.

Portada de Dar Albert, WickedSmartDesigns.com

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Nota de edición](#)

[Nota del autor](#)

[Otras Obras de May McGoldrick](#)

[Sobre el autor](#)

A Donna Boyko

Un buen amigo, un fan de toda la vida,

y un alma compasiva

Capítulo Uno

*Amberes
Mayo de 1817*

PARA EL PÁJARO que lucha por volar, el Señor encuentra una rama baja.

¿Cuántas veces se le habían ocurrido a Gracia aquellas palabras en sus ocho y veinte años de vida? Tenía que ser cierto. ¿De qué otra forma habría podido vivir sin una madre, sin un hogar permanente, sin hermanos, tíos o primos? Nunca había tenido una verdadera familia a la que pudiera llamar suya, aparte de aquel padre que una vez fue alto y fuerte como un roble. Y ahora incluso él se marchitaba rápidamente ante sus ojos.

"Maldita sea esta maldita pierna".

Grace dejó de vendar la herida y miró a Daniel Ware. Sus ojos azules irlandeses estaban vidriosos por el dolor. Habían pasado dos años desde que fue gravemente herido al frente de su regimiento de dragones contra los ingleses en Waterloo, donde tantas vidas inocentes se habían desperdiciado. Él había sobrevivido, como no lo habían hecho decenas de miles. Pero la pierna del coronel nunca había recibido el tratamiento adecuado y la herida había seguido supurando. Había luchado contra ella -y la había ignorado- durante mucho tiempo, pero en este viaje de vuelta de América, la infección había empezado a extenderse de nuevo. La rodilla y toda la pantorrilla estaban hinchadas y descoloridas.

"¿Dónde está nuestro maldito carruaje? Debemos continuar hacia Bruselas. No deseo quedarme aquí".

"El carruaje viene con los baúles del barco", le aseguró ella, indicando al ayuda de cámara que diera a su padre otra dosis de láudano.

"Esto está durando demasiado". El coronel intentó levantarse, pero se hundió en la silla.

"Padre, debes quedarte quieto y dejarme terminar". Grace se apresuró a atar la pierna.

El viaje desde América, atravesando mares agitados y frecuentes chubascos, había sido cuando menos agotador. Su camarote -uno de los veinte que había en el barco- era mucho más confortable que el de la tercera clase, donde los viajeros más pobres se acurrucaban en la oscuridad y la humedad. Sin embargo, su padre había sufrido mucho. Sólo había podido salir de la habitación una vez, llevado en su silla por dos criados a cubierta. Grace le cuidaba mientras estaba despierto, pero cuando dormía, ella se escapaba a cubierta. Allí, incluso con mal tiempo, encontraba un respiro y una conversación ocasional con sus compañeros de viaje.

"Esta medicina es demasiado débil", se quejó el coronel. "Necesito más".

Grace sacudió la cabeza e indicó al ayuda de cámara que guardara la botella.

"Sabes que el láudano necesita varios minutos para hacer efecto. Te he dado dos

cucharaditas, y eso es todo lo que puedes tomar".

"¡Lo tendré, por Dios!", espetó.

"No lo harás", respondió ella. "No dudes de mí, padre. Debes darle tiempo para que funcione".

Antes de preparar ella misma el brebaje de opio y alcohol en Filadelfia, Grace había leído todos los tratados médicos que caían en sus manos. Tenía la capacidad única de recordar cada palabra que leía; podía citar las dosis al pie de la letra. Sabía lo fuerte que era la medicina y cómo utilizarla. Y había metido en el maletero suficientes frascos como para que les duraran hasta llegar a Bruselas.

"Piensa en otra cosa", dijo más suavemente.

Grace sabía que tenía muchas cosas en qué ocupar su mente, aparte de su salud. Aunque Daniel Ware no hablaba de ello, llevaba un mensaje de José Bonaparte a su esposa, Julie, en Bruselas. Desde que el emperador había sido encarcelado en Santa Elena, su hermano -el antiguo rey de Nápoles y España- vivía en América bajo la apariencia del conde de Survilliers. Los mensajes iban y venían continuamente entre los que seguían siendo leales a la familia Bonaparte.

Él la miró con el ceño fruncido. "¿Dónde está el maldito carruaje?"

Ella le devolvió la sonrisa. "Ése es mi valiente padre".

Los médicos de Filadelfia no le habían ofrecido ninguna esperanza de recuperación. Le dijeron que deberían haberle amputado la pierna inmediatamente después de Waterloo. Era lo único que podría haberle salvado la vida. Duro y obstinado, el coronel no lo permitió entonces. Y ahora ambos sabían que era demasiado tarde.

Les quedaba medio día de viaje en carruaje para llegar a Bruselas, y Grace sabía que sería un infierno para él. Subió la media por encima del vendaje. Tocó la frente de su padre. Su piel estaba húmeda y caliente al tacto, y su pulso era demasiado rápido. La fiebre había empeorado durante días. Ella había cuestionado su decisión de continuar inmediatamente después de llegar a puerto, pero él se había mantenido firme. Temía por él, que intentaba gestionar esta última etapa del viaje.

Un puño le apretó el corazón, pero Grace se obstinó en disimular las lágrimas. No quería perderle. No podía imaginar su vida sin él. Pero ahora no podía pensar en sí misma. Tenía que ser fuerte por él.

Extendió una mano inestable y le tocó un mechón de pelo. "Incluso en estas lúgubres habitaciones, tu pelo brilla como el oro", dijo con suavidad. "Has llegado a parecerte tanto a tu madre".

Habían pasado muchos años desde que Janet Macpherson falleció. Grace no la recordaba. Pero en los últimos meses, a medida que la herida seguía rebanando la vitalidad de su padre, éste hablaba de ella con más frecuencia.

"¿Han sacado todas nuestras cosas del barco?" Arrastró las palabras cuando el láudano empezó a hacer efecto. Se alegró de ello. No tenía sentido que sufriera innecesariamente.

"Me he ocupado de ello".

"Por supuesto", dijo el coronel. "Lo manejas todo muy bien. Qué buen oficial habrías sido".

Antes de partir, ella había orquestado cada etapa del viaje: desde el embalaje de sus seis cofres hasta la contratación de los barqueros de Bordentown para el viaje río abajo hasta Filadelfia, pasando por la disposición del camarote para el pasaje del barco.

"¿Tienes mis indicaciones?", gruñó en voz baja. "Código de Portugal".

"Me conoces, padre. Tus órdenes están guardadas en mi memoria".

Bajo los efectos del láudano, su mente vagaba de nuevo hacia sus días de combate en la

Península. Ella era una de sus subordinadas, y él insistía en que conociera las órdenes.

Grace le besó la mano y señaló con la cabeza al ayuda de cámara, que estaba esperando para ayudar a su padre a ponerse las botas.

Por encima del estruendo que se elevaba por las ventanas abiertas, oyó acercarse las ruedas de un carruaje. Miró a los dos criados que estaban preparados para bajar la silla del coronel a la calle.

Acercándose a la ventanilla y mirando hacia fuera, divisó el vehículo que había contratado.

"Algo va mal".

Maldición, maldijo en silencio. No se había asegurado ningún equipaje encima del carruaje. Miró al conductor. Sin duda era el mismo hombre con el que había organizado su transporte. Le había ordenado que se hiciera cargo de sus cofres cuando los descargaran del barco, pero no los había traído.

"Espera aquí. No lo bajes todavía", dijo al ayuda de cámara antes de tocar la mano de su padre. "Ahora vuelvo".

Grace avanzó furiosa por el oscuro y tortuoso pasillo. Aquello era inaceptable. Quería ponerse ya en camino hacia Bruselas, mientras el láudano facilitaba el viaje a su padre.

Descendió por la maltrecha escalera trasera hasta el callejón maloliente y lleno de basura que discurría por el lateral de la posada. En cuanto salió del edificio, una pandilla de callejeros abandonó su batalla de juegos por una barricada de cajas rotas y corrió hacia ella.

"Hola, chicos", dijo, tomando aliento para calmar su creciente mal genio.

Daba igual que estuviera en Amberes, Nápoles, Madrid, París o Filadelfia; esos niños harapientos de la calle existían en todas partes. Sacó un puñado de monedas del bolsillo y las distribuyó mientras caminaba rápidamente hacia la entrada de la posada.

Los chicos avanzaron con ella hasta el final del callejón como un enjambre de abejas, dándole las gracias profusamente. Cuando llegó al carruaje y miró dentro, el conductor bajó de su percha y se unió a ella.

"¿Qué ha pasado con nuestros baúles? Te dije que los traieras del barco".

"Pero me dijeron que debían venir en el otro carruaje".

"No alquilé ningún otro carruaje". Grace sintió que la sangre le latía en las sienes. No necesitaban esta complicación. Ahora tendrían que regresar al embarcadero y localizar sus pertenencias. "¿Quién te ha dicho semejante cosa?"

"El otro caballero". La cara del conductor se desencajó. "¿Quiere decir que no estaba entre su grupo, milady? Dijo que viajaba contigo. Parecía conocerte. Sus criados se llevaron el equipaje".

"Te di instrucciones explícitas. En vez de seguirlas, entregaste nuestros baúles a un desconocido".

"Lo siento mucho, milady". Miró impotente hacia los muelles.

Grace repasó rápidamente sus opciones. Enviaría a uno de sus criados corriendo hacia el embarcadero. Tal vez aquel "otro caballero" ya se hubiera dado cuenta de que se había equivocado y hubiera devuelto los baúles. Miró hacia las ventanas de la posada, sabiendo que era demasiado esperar.

"Espera aquí", ordenó.

Grace bajó por el callejón y tomó las escaleras traseras. Su mente iba a toda velocidad mientras recorría el oscuro pasillo. Al doblar la esquina junto a sus habitaciones, resbaló con algo húmedo y estuvo a punto de caerse. Se agarró a la pared. El ayudante de cámara de su padre yacía inmóvil a sus pies, con un charco de sangre a su alrededor.

La bilis le subió a la garganta. El horror le bloqueó las rodillas. Se quedó mirando, atónita y

helada, incapaz de comprender del todo lo que había ocurrido.

Desde el interior, oyó el sonido sordo de voces de hombres. El miedo por su padre se deslizó como una cuchilla entre sus costillas y le atravesó el corazón. Grace se obligó a pasar junto al ayuda de cámara y miró dentro.

Habían viajado con un nombre falso, pero, después de todo, los problemas les esperaban aquí, en Amberes.

Los hombres registraban la habitación. Las sillas estaban patas arriba. Uno de los criados yacía tendido sobre la mesa y el otro había rodado contra la pared. Justo delante de ella, contempló atónita el cuerpo de su padre, encorvado en su silla, con los ojos azules mirándola sin vida.

La habitación se inclinó y empezó a girar. No podía apartar los ojos del centro de la vorágine. Estaba muerto. Su padre había muerto. Le habían matado. Pero no podía ser. Había hablado con él hacía unos instantes, le había tocado la mano, había curado sus heridas. La negación luchaba contra la verdad. La ira rugió en su cabeza. Un deseo feroz y urgente de atacar y acuchillar a aquellos villanos se apoderó de ella incluso cuando el peligro la golpeaba. Era impotente ante aquellos asesinos, y la frustración alimentó su furia.

La orden cortante de un hombre interrumpió el momento. "Cogedla".

La habían visto. Grace se volvió y corrió por el pasillo. Subió las escaleras, tropezó al final y cayó al callejón. Venían tras ella, pisando fuerte los escalones.

Al instante, los callejeros batalladores estaban a su lado, tirando de ella hacia arriba.

"Escondedme", gritó a los chicos con los ojos muy abiertos.

Sin mediar palabra, la cogieron de las manos y echaron a correr. Corrieron por un laberinto de callejones y astilleros, entre edificios de piedra gris y chabolas de madera podrida. Gracia era como una baratija robada en manos de expertos. Podía oír a sus perseguidores detrás de ellos, gritando y maldiciendo los obstáculos que los chicos ponían cada vez que podían.

Los chicos tiraron de ella, manteniéndola en marcha mientras saltaban por puentes de madera desvencijados y se adentraban en las sombras bajo arcos bajos. Pronto empezó a cansarse. Sentía la impotencia de un animal del bosque corriendo a toda velocidad delante de un fuego voraz. Aun así, siguieron adelante, con su joven tripulación gritándole, animándola. Las apestosas callejuelas llenas de basura se convirtieron en pasadizos hacia la libertad, si tan sólo pudiera correr más deprisa.

El humo de los fogones, las casas abandonadas y las traseras de las tiendas que se agolpaban a su alrededor se convirtieron en un tapiz acuoso de colores, formas y olores borrosos. En algún lugar de los límites del pensamiento, Grace se preguntó cómo seguía funcionando su palpitante corazón. Una hoja caliente y dentada de pérdida se le había clavado en el pecho. Las lágrimas corrían por su rostro. Lágrimas por su padre y por los demás hombres que yacían muertos a su alrededor.

Pero siguió adelante, esforzándose por seguir el ritmo de sus galantes ayudantes.

Mientras seguían un muro derruido a lo largo de un estrecho canal, los gritos a sus espaldas sonaron con más fuerza. Los asesinos estaban casi sobre ellos.

"Por aquí".

Se apresuró con ellos, subiendo unos escalones viscosos y adentrándose en un callejón sin sol. Cruzaron una calle empedrada y salieron a un largo muelle bordeado de edificios. Mientras los otros chicos corrían para alejar a sus perseguidores, uno la empujó hacia la puerta lateral de un almacén.

Grace miró a su alrededor. El lugar estaba lleno de barriles y cajas de todos los tamaños.

Había tablones apilados a lo largo de las paredes y un humeante fuego ardía en el extremo más alejado de la estructura en forma de granero. Justo al otro lado de dos grandes puertas abiertas, una ruidosa y bulliciosa multitud de hombres fumaba de pie. Pudo ver un barco amarrado al muelle más allá de ellos.

El chico señaló una gran caja abierta sobre un carro. "Escóndete aquí hasta que se vayan".

Apartó una lona para dejar al descubierto una enorme cesta. Sin dudarlo, se metió dentro y se sentó.

"Volveré", murmuró, cubriéndola y deslizando la parte superior de la caja hasta su sitio.

"Gracias", susurró en la penumbra.

Su alivio duró poco. Pasos que corrían pasaron junto a su escondite. Llamadas y respuestas. Dos hombres se detuvieron junto a su caja. Las voces eran apagadas.

"Buscad por todas partes", dijo el líder en inglés. "No podemos dejar que se escape".

Grace contuvo la respiración, rezando para que el chico hubiera escapado.

Otras voces llegaron hasta ella. Esperaba que fueran los trabajadores que volvían al almacén.

Casi de inmediato, empezaron los ruidos de martilleo y serrado. Las ruedas de los carros rodaban pesadamente por el suelo de piedra. A lo lejos, un estruendo y maldiciones. Un grito llegó de algún lugar por encima de ella, y otro respondió.

El carro se sacudió cuando alguien se subió a él.

Aterrorizada por estar a punto de ser descubierta, Grace ahogó su grito de auxilio. Los asesinos aún podían estar cerca.

"Séllalo".

La conmoción del martillo clavándose en la parte superior de la caja la aturdió por un momento. Entonces la realidad de su situación se apoderó de ella. La idea de morir en la bodega de un barco en alta mar tenía que ser un destino mucho peor que luchar por su vida aquí a la intemperie. Presa del pánico, se esforzó por apartar la lona.

"Espera, estoy aquí. Espera!"

Capítulo Dos

Baronsford
Los Borders, Escocia
Cinco días después

"HAY QUE PROTEGER MI PROPIEDAD, Greysteil, y para ello empleo a mi alguacil y a mi guardabosque".

Hugh Pennington, vizconde Greysteil, magistrado del Tribunal del Comisariado de Edimburgo, miraba en silencio la hilera de bloques de madera de juguete que tenía sobre el escritorio, intentando mantener la compostura. El corpulento y a menudo autoritario conde de Nithsdale no le facilitaba la tarea.

Hugh rara vez intentaba resolver disputas legales en su finca familiar de Baronsford, pero hoy era una excepción. No podía permitir que una injusticia evidente se prolongara durante quince días antes de que un tribunal inferior tuviera la oportunidad de revisar el caso. La idea de dejar que un hombre inocente pasara un día más en la cárcel local era demasiado para él.

El conde de Nithsdale, recién llegado de Londres, había acudido inmediatamente a Baronsford en respuesta a la invitación de Hugh y luego, sentado al otro lado de la mesa, había llenado los diez minutos siguientes con todas las invenciones con que su gente le había obsequiado. Al igual que habría hecho en el tribunal, Hugh escuchó obedientemente.

En los jardines amurallados situados frente a las altas ventanas abatibles de su estudio, una lluvia esporádica caía sobre las flores de finales de primavera. Al final de los jardines, donde los prados caían hacia el lago, se había instalado una niebla que ocultaba parcialmente los árboles de los huertos y el parque de ciervos que había más allá.

"¿Qué mensaje enviaría, a mis empleados y a otros, si no les apoyo ahora?". preguntó Nithsdale.

Hugh volvió la mirada hacia el conde. "Todo se reduce a esto. Debido a las acciones de tu guardabosques, eres responsable de que un hombre haya sido encarcelado injustamente durante once días".

"I . . . ¿Yo... responsable?", balbuceó el conde.

"El Sr. Darby dormía bajo un árbol junto a la carretera cuando tus empleados le atacaron y se lo llevaron al alguacil".

"Me dijeron que estaba invadiendo".

"Le habían negado una habitación en la posada de tu propio pueblo".

"Nadie mencionó eso", respondió el conde, y su tono reflejó su sorpresa. "Me dijeron que estaba cazando furtivamente".

"Según Darby, no había comido más que un poco de pan frío que llevaba consigo. No hay pruebas de que cazara pájaros, peces o ciervos".

"La mayor parte del año estoy en Londres. Comprenderás que deba apoyar la palabra de mi guardabosques sobre un vagabundo".

"Darby no es un vagabundo", dijo Hugh brevemente. "Sólo se encontraba en la zona debido a la oferta de un puesto que le hizo tu vecino, Lennox. En este mismo momento lleva en el bolsillo una carta de empleo".

"No sé nada de ninguna carta". La vergüenza del conde se reflejó en su rostro enrojecido.

"Darby mostró la carta al alguacil mientras tu guardabosques estaba aún en la habitación".

Nithsdale se levantó y se dirigió a una ventana, y Hugh esperó. El conde podía ser a veces un imbécil pomposo, pero no era un villano.

"Ese maldito guardabosques ya ha hecho esto antes", dijo finalmente, volviendo a su silla. "Mano dura y rara vez franca cuando se trata de los detalles".

"¿Qué piensas hacer al respecto?" preguntó Hugh.

Nithsdale extendió las manos en señal de reconciliación. "Ya sabes lo difícil que es encontrar buenos trabajadores. El hombre no es del más alto calibre, lo reconozco, pero sirvió en mi regimiento en la Península. Allí perdió la mitad de los dedos de los pies por las heladas".

"Todos tenemos problemas con la disponibilidad de trabajadores". Hugh cogió su bolígrafo y escribió instrucciones al alguacil. "Así es como resolveremos la situación. Darby será liberado inmediatamente. Y tú le compensarás con un mes del salario del guardabosques".

"Se indignará".

La mirada crítica de Hugh hizo que el conde se replanteara su respuesta.

"Es justo, supongo", refunfuñó el hombre.

"Y a cambio, no haré que tu guardabosque sea detenido por agresión y encarcelamiento ilegal. Dejo a tu elección cómo quieres tratar a tu hombre".

Nithsdale empezó a decir algo, pero se detuvo. Se había dictado una decisión, y nadie en esta región -independientemente de su posición en la sociedad, su educación, su influencia o su amistad con la familia- discutiría la impartición de justicia del vizconde Greysteil en virtud de la ley.

"No es exactamente la bienvenida que esperaba a mi regreso de Londres", dijo irónicamente el conde, poniéndose en pie.

"Quizá un tranquilo día de pesca con caña en el Tweed lo arregle todo".

"Es una idea capital, Greysteil. Pescar sería justo lo que necesitas para dejar atrás este negocio y el molesto bullicio de Londres. ¿Quieres acompañarme?"

"Gracias, pero no". Hugh se levantó y acompañó a su vecina hasta la puerta. "Tengo que volver a Edimburgo unos días".

Abrió la puerta, pero antes de que Nithsdale pudiera salir, apareció una mujer de pelo oscuro.

"Lady Josephine". Nithsdale retrocedió cuando Jo entró en el estudio.

"Milord. He oído que tú y lady Nithsdale habéis regresado de Londres. Espero que hayáis encontrado agradables los entretenimientos de la Temporada".

"Para ser sincero, estoy contento de volver a Escocia. Pero siempre es un reto apartar a mi mujer del torbellino social. Ella se quedaría hasta el amargo final, como sabes".

"Bueno, voy a visitarla, así que seguro que me entero de todo".

"Desde luego que sí". El conde lanzó una mirada a Hugh. "Yo, sin embargo, tengo asuntos muy importantes que atender en el Tweed. Buenos días a los dos".

Con una reverencia, el conde salió, y Hugh volvió a su escritorio. "Enseguida estoy contigo,

Jo".

Mientras sellaba la carta para la liberación de Darby, su hermana se acercó a la ventana y contempló la lluvia. Hugh se dirigió a una puerta lateral, llamó a uno de sus empleados y le entregó la orden con instrucciones concretas.

"Todo esto fue porque el Sr. Darby es afrodescendiente, ¿no es así?".

"Desgraciadamente, a pesar de la ley, la intolerancia estaba en el corazón de este caso".

Hugh se unió a ella junto a la ventana. Mucho antes de que hubiera pensado en convertirse en juez, mucho antes de su época en Eton y Oxford y de los años anteriores a su servicio como oficial de caballería durante las Guerras Francesas, los valores personales respecto a los derechos de los hombres que él -y sus cuatro hermanos Pennington- tenían estaban firmemente fijados. Si él no defendía a los hombres de distintas razas, ¿quién lo haría?

"Y veo que aún tienes a tus espías en las cárceles locales", continuó Jo, con sus ojos oscuros bailando de orgullo. "Garantizando que no se manipule la justicia".

"En todo caso, no pisoteados. Y no sólo en las cárceles locales".

"¿Quién te ha hablado de la desgracia del señor Darby?".

Hugh negó con la cabeza. Nunca divulgaba las fuentes de su información, ni siquiera a su familia. Se dio cuenta de que la lluvia manchaba el vestido de Jo y cambió de tema.

"¿Dos días de vuelta de Hertfordshire y ya estás inquieto? ¿Saliste a pasear con el tiempo que hacía?".

"No es un paseo. Se requería mi supervisión para cierto envío que acaba de llegar. Quería asegurarme de que se entregaba en el viejo granero de carruajes y no se llevaba al salón de baile".

Hugh se dirigió hacia la puerta. "Por fin. He estado loco de preocupación por si se perdía".

"Me alegro de que admitas que aquí hay locura". Jo se apresuró a seguirle. "Entiendes que me enviaron aquí con una docena de directivas para detener esta demente afición tuya".

"Esto no es una locura ni un pasatiempo", recordó Hugh a su hermana. "Volar en globo es un deporte. Una pasión. Es el futuro".

"Creo que los habitantes de Bedlam utilizan una terminología muy parecida para referirse a sus intereses". Le puso una mano en el brazo mientras caminaban. "Debes admitir que hay un elemento de riesgo en este último "deporte" tuyo".

"Dijiste lo mismo cuando me dediqué al pugilismo".

"Cierto, pero esto es peor", afirmó. "Mirar tu cara ensangrentada y maltrecha después de cada pelea y preguntarse cuánto tardarías en volver en ti después de tantos golpes en la cabeza con los nudillos desnudos no es exactamente lo mismo que planear tu funeral".

"Sólo eres un año mayor. Eso no te convierte en mi guardián".

"Guardiana, hermana... llámalo como quieras", dijo en voz baja cuando llegaron a la puerta del patio. "Me gustaría que pusieras fin a ese deseo tuyo de morir. No quiero perderte".

"Volar me recuerda que estoy vivo, Jo". Apretó la mano de su hermana. "Pero por tu bien, prometo ser diligente con mi seguridad. Y espera a ver esta cesta. Está construida por uno de los mejores artesanos de Amberes".

Frunció el ceño cuando Hugh aceptó un paraguas de uno de los lacayos y se lo puso en la mano a Jo.

"Si te pasa algo", refunfuñó, "nuestros padres me pedirán cuentas, seguro".

Sus ojos oscuros reflejaban su malestar por la forma en que él elegía pasar su tiempo libre. No podía mentir, no a Jo. No le negaría que invitaba al peligro. Le gustaba el riesgo de muerte. Y ambos sabían la razón. Habían pasado ocho años y él seguía de luto. De todos sus hermanos, ella

comprendía con mayor claridad todo por lo que él había pasado. Su pasado y el dolor que acompañaba a la pérdida de sus seres queridos.

Pero Hugh no tenía un verdadero deseo de morir, a pesar de los pasatiempos peligrosos de los que disfrutaba. Con la lucha, se perdía en la velocidad y la fisicalidad del deporte. Volar le proporcionaba otro tipo de emoción. Elevarse hacia el cielo le permitía dejar atrás el ajetreo y la rutina de la vida cotidiana. Le proporcionaba una sensación sin igual. Y muy por encima de la tierra, recordaba su propia insignificancia ante el majestuoso esplendor de la naturaleza.

"Te daré una carta eximiéndote de toda responsabilidad antes de que vuelva a volar. O podrías venir a volar conmigo".

"Yo creo que no", replicó ella. "Si el hombre estuviera hecho para volar..."

Los dos bordearon los jardines formales y bajaron unos escalones de piedra gris hacia los establos y los graneros de carruajes. Siguiendo el camino de grava que pasaba junto a las perreras, llegaron al edificio que ahora utilizaba como taller.

Hacía tres años que lo había trasladado todo de aquí, pero empezaba a pensar que necesitaría construir un espacio mayor para albergar su equipo. El suelo de ladrillo estaba casi lleno de cajas de tela de seda doblada, barriles de aceite de linaza y barriles más grandes de ácido sulfúrico y rellenos metálicos. De las vigas superiores colgaban bobinas de cuerda y malla, y el propio globo de seda drapado.

En un rincón, una cesta muy dañada estaba apoyada sobre bloques de madera, víctima de un aterrizaje brusco en un día de viento del otoño pasado. Arrastrado por el campo, el muro y el seto durante 800 metros, Hugh había salido ileso, salvo por algunos arañazos y magulladuras. Pero a la cesta no le había ido tan bien. Estaba destrozada sin remedio, y por desgracia servía de preocupante recordatorio a Jo y a sus padres. Hugh se dijo que tenía que quitarla.

Tras comprobar que la caja no estaba dañada, cogió una palanca de hierro de un banco de trabajo. Jo estaba dentro de las puertas, observando la caja desde una distancia prudencial.

"Acércate. No te morderá".

"Ni hablar. Por el olor de esa cosa, cualquiera pensaría que importas cadáveres. ¿También te has aficionado a ser resucitador?"

Acarició cariñosamente la caja. "Esta dulzura ha estado en las entrañas de un barco de Amberes. ¿Sabes cómo huele la bodega de un barco?"

"En realidad, no". Se llevó un pañuelo a la nariz y se acercó. "Pero creo que tienes razón con la referencia a los 'intestinos'".

Hugh sacó el primer clavo. "Bueno, apártate, ya que te has vuelto tan remilgado. Aunque recuerdo una versión más joven de ti guiando al resto de nosotros a través de ciénagas y pantanos que no olían mejor".

"Por supuesto. Pero si no recuerdo mal, teníamos ranas y tortugas y algún que otro dragón que había que cazar", respondió con una sonrisa. "Muy bien. Ábrelo y veamos este tesoro tuyo".

Quitar la tapa le llevó sólo un momento. La tiró a un lado, retiró la lona que cubría la cesta y miró con curiosidad los trapos verde oscuro que había en el fondo.

Al inclinarse hacia él, el entusiasmo de Hugh se evaporó cuando se dio cuenta de algo horrible. No se trataba de un montón de ropa vieja. Un mechón de pelo rubio. Un zapato. Una mano. El cuerpo de una mujer muerta yacía acurrucado en la góndola.

"Joder".

"¿Qué pasa?" Inmediatamente, Jo estaba a su lado. "¡Dios mío!"

Hugh subió y se agachó junto al cadáver. Le cogió la mano. Estaba fría al tacto. Se le encogió el corazón. Habían enviado la caja desde Amberes. Estar atrapada tantos días sin agua,

sin comida, en el frío y la humedad de la bodega del barco. No tenía ni idea de quién era aquella mujer ni de cómo había llegado hasta aquí.

La idea le asaltó. Tal vez no fuera un acto involuntario. Tal vez la habían asesinado y habían arrojado su cuerpo en la caja.

La consternación y la alarma le arañaron mientras apartaba los mechones enmarañados de cabello dorado. Era joven. Le levantó la barbilla. El cuerpo no tenía nada de la rigidez postmortem. Le miró los labios. Puede que se lo imaginara, pero parecían haberse movido.

"Brillante..." El susurro era un mero susurro de hojas en la brisa.

Los dedos se sacudieron y cobraron vida, aferrándose a su mano.

"No está muerta", llamó a Jo, aliviado. "Llama al médico. Yo la llevaré a la casa".

Su hermana salió corriendo, pidiendo ayuda, y él levantó a la mujer. Ella emitió un gemido bajo. Llevaba muchos días con los miembros encogidos en la misma posición. Hugh la apoyó en el lateral de la góndola.

"Quédate conmigo", me animó. "Háblame".

Sujetando a la mujer, se bajó de la cesta y luego la levantó suavemente, acunándola en sus brazos. No pesaba casi nada.

Cuando salieron a la lluvia, temió que estuviera a punto de morir. El esfuerzo de intentar respirar se reflejaba en su rostro. Lo había visto en el campo de batalla. El último esfuerzo antes de la muerte.

Al empezar a subir por el sendero, tropezó, sin darse cuenta de que las faldas de la mujer arrastraban por el suelo. Se tambaleó, pero se detuvo antes de que cayeran. Tenía la cabeza apoyada en el pecho, el rostro gris y enmascarado. Parecía que se le escapaba. Sería una pena que hubiera sobrevivido a la travesía sólo para perecer ahora.

Una punta de daga de ira atravesó el cerebro de Hugh al recordar otro día lúgubre en el que había sacado otros dos cadáveres, envueltos en sudarios funerarios, de una caja de madera.

"Háblame", ordenó. "Di algo".

Mientras subía la colina en dirección a la casa, un rayo surcó el cielo sobre Baronsford. Los truenos sacudieron el suelo y el cielo se abrió, desatando sobre ellos feroces torrentes de lluvia.

Su mujer. Su hijo. Hugh no había estado allí para ellos. Habían muerto mientras él y el ejército británico eran perseguidos por los franceses a través de España. Había estado intentando salvar las vidas de sus hombres, sin saber que los más preciados para él estaban sufriendo.

"Has sobrevivido a una prueba horrible. Dame la oportunidad de salvarte".

La mujer se debatió débilmente entre los brazos de Hugh, y su cabeza se inclinó hacia atrás. Vio cómo sus labios se entreabrían, acogiendo la humedad de la lluvia que caía.

"Ya casi hemos llegado".

"Brillante...", murmuró.

La miró a la cara y vio que se esforzaba por abrir los ojos.

"Sí, más brillante que ese cajón", dijo, animado por su esfuerzo. Cualquier movimiento, por pequeño que fuera, le daba esperanzas. "Y tú llevas ahí dentro sólo Dios sabe cuánto tiempo".

Su respiración era superficial y el resuello no era alentador. A pesar de ello, intentaba hablar.

"Oh madre, adiós para siempre..."

Una ráfaga de viento sopló desde el oeste, y las gotas de lluvia se convirtieron en punzantes púas en su rostro.

Adiós para siempre. Las palabras desencadenaron otro recuerdo. El viento de La Coruña soplaba en sus caras cuando las líneas de infantería francesa abrieron fuego. Tantos jóvenes que se mantenían firmes nunca tuvieron la oportunidad de volver con sus madres, sus esposas y sus

hijos.

"Ahora estoy en mi lecho de moribundo..."

Sus murmullos se elevaron como una plegaria. ¿Cuándo había olvidado cómo rezar? ¿Fue en la fría y dura marcha tras el enfrentamiento de Astorga? ¿Cuántos días había enviado plegarias al cielo, sólo para que los crueles cielos hicieran oídos sordos a sus súplicas?

Una tos retumbó en lo más profundo de su pecho, y el cielo hizo lo mismo. Un trueno rodó por los campos y los envolvió.

"Si hubiera vivido . . . habría sido valiente . . ."

Las palabras altivas de una juventud sin experiencia. Y lo que siguió para tantos fue la muerte. Muriendo en el primer asalto, antes de que pudieran mostrar su valor.

Una fuerte ráfaga los azotó con la lluvia, y Hugh se detuvo un momento, volviéndose para protegerla con su cuerpo.

"Que estés viva ahora es un milagro. Eres una mujer tenaz", susurró. "Y la tenacidad requiere valor".

Un fogonazo y un trueno inmediato sobresaltaron a Hugh.

"Dejo caer . . . mi juvenil cabeza . . ."

Reanudó la subida constante hacia la casa. Estaban completamente empapados.

"Nuestros huesos se pudren..."

Hablaba de la guerra. Esa maldita guerra. Había huesos pudriéndose en campos y cementerios de todo el continente. Todos los hombres, mujeres y niños de Moscú a Lisboa se habían visto afectados por ella. A todos.

"Sobre nosotros crecen sauces llorones..."

Un bosquecillo de sauces había permanecido en pie en Waterloo. Los árboles, tan gráciles antes, fueron reducidos a astillas por una descarga de cañones prusianos. Recordó los gritos de los soldados moribundos entre los escombros.

"Cerca de..."

"¿Qué hay cerca?", preguntó él, centrando su atención en las débiles palabras de ella. Quizá intentaba decirle quién era o cómo la habían atrapado.

"El océano que se hincha..."

"Sí, has cruzado el mar", le animó. Se metió en un surco lleno de agua turbia, pero mantuvo los pies debajo. "Cuéntame más. Háblame".

"Una mañana..."

"¿Una mañana? Cuéntame qué ha pasado".

Oyó un alboroto colina abajo, detrás de él, y se volvió para ver a uno de sus mozos cabalgando a velocidad de vértigo hacia la aldea. Por fin.

"En el mes de junio . . ."

"Aún estamos en mayo, pero llega junio", le dijo. Diría cualquier cosa para que ella continuara. Mientras hablara, estaba viva.

"Mientras los cantores de plumas gorjean..."

Permaneció con los ojos cerrados, pero Hugh reconoció lo que había hecho. Había desenterrado recuerdos enterrados hacía mucho tiempo. Rara vez hablaba de la guerra. Intentaba ni siquiera pensar en ello, pero las pesadillas permanecían.

Luchó por permanecer en el presente y centrarse en ella. Necesitaba entender lo que ella decía.

"¿Qué intentas decirme?"

"Sus encantadoras notas". Estaba decidida a continuar, a pesar de su dificultad para respirar.

Su voz se apagó en una tos en lo más profundo de su pecho. Cuando se calmó, sus ojos azules entrecerraron los suyos. Le devolvió la mirada al pelo oscurecido por la lluvia, a los pómulos altos y la nariz recta.

"¿De qué se trata? ¿Qué intentas decir?"

"Brillante..."

Otro rayo relampagueó en dirección al río y miró la casa que se alzaba por delante. Casi habían llegado al ala este. Un lacayo apareció por un recodo, corriendo hacia ellos y llevando un paraguas.

"Tenemos que instalarte en una cama. Mi hermana te conseguirá los cuidados-"

"El bonito Manojó de Rosas, O."

La comprensión llegó con el consiguiente trueno.

"Que me aspen si eso no parece un poema. Ni siquiera puedes respirar, muchacha, pero estás recitando un poema".

Levantó ligeramente la barbilla. Los ojos volvieron a intentar enfocar su rostro. Se esforzó por decir algo en voz baja. Él no pudo distinguir las palabras. Cuando él negó con la cabeza, ella lo repitió.

"Una balada", susurró ella.

"Oh. Mis disculpas. Una balada".

Sus ojos se habían vuelto a cerrar. ¿De verdad acababa de corregirle?

Media docena de lacayos y criadas les esperaban en una puerta de servicio. Su hermana los atravesó.

"Ya la tengo. Abran paso", ordenó Hugh, atravesando la entrada.

"Sube directamente las escaleras", le dijo Jo.

La señora Henson, el ama de llaves, apareció en la parte superior. "Hemos abierto la primera alcoba, milord".

Los sirvientes bullían a su alrededor mientras otros corrían delante.

La mujer tosió -un sonido terriblemente doloroso- y jadeó para tomar aire. Le recorrió el temor de haber tenido razón. Había utilizado todas sus fuerzas para recitar una maldita balada.

Un lacayo abrió una puerta. Mientras Hugh la llevaba a través de la sala de estar hasta un dormitorio situado más allá, los criados retiraron las mantas. La tumbó en la cama.

Cuando Jo le secó suavemente la cara, la joven volvió a toser, intentó respirar y sus labios se movieron.

"¿El resto de la balada?", le preguntó. Le acercó la oreja a los labios. Se oyó un débil sonido.

"¿Dónde . . . ¿dónde estoy?"

Hugh se echó hacia atrás y miró los ojos azules que intentaban enfocarle.

"Escocia", dijo. "Estás a salvo".

Levantó una mano, se movió con rigidez e intentó levantarse. Pero sus miembros no tenían fuerzas y su cabeza se hundió en la almohada.

Los ojos empezaron a cerrarse, pero ella empezó a susurrar de nuevo.

Le miró los labios y se acercó.

"Envíame de vuelta".

Capítulo Tres

GRACE NO TENÍA ni idea de cuánto tiempo llevaba vagando en la niebla. No sabía lo que le esperaba. Los altos árboles que se cernían sobre ella le impedían el paso de la luz. Una maleza enmarañada arrastraba sus pies encadenados. Ojos de depredadores la observaban desde las sombras. Demasiado agotada para preocuparse, se hundió en el suelo. El olor a tierra y pino llenó sus sentidos.

La confusión se apoderó de ella. Su estómago se apretó cuando el mundo verde que la rodeaba empezó a girar. Las voces resonaban a lo lejos. A su alrededor, el bosque se disolvió, cayendo como un lienzo pintado. No estaba en un bosque, sino en una alcoba. Las palabras se hicieron distintas.

"Sus pulmones se han visto afectados, mi señor. Pero por lo que me dices, era de esperar".

Grace miró al hombre sentado en la cama junto a ella. Unas gruesas gafas se asentaban en un lecho de pobladas cejas blancas sobre una nariz roja y picada de viruelas. Su rostro rubicundo mostraba las líneas profundamente marcadas por la edad.

Intentó respirar, pero no pudo. ¿Por qué no movían la roca que tenía sobre el pecho?

Se estaba muriendo. La habían encerrado en aquella cesta. Sellada viva en aquella tumba de mimbre y madera. Bajada a la tumba de la bodega de algún barco. Sus gritos habían quedado sin respuesta hasta que finalmente no tuvo más voluntad para gritar, ni más fuerzas para luchar contra los sentimientos de desesperación y angustia. Las escotillas estaban selladas, la oscuridad era total y el tiempo perdió todo su significado. No sabía cuántos días o semanas había permanecido en aquella cesta. La sed y el hambre la desgarraron por dentro durante un tiempo, pero esas aflicciones también desaparecieron, sólo para ser sustituidas por un vago deseo de que llegara el final.

Pero aquella liberación silenciosa aún estaba lejos, y los dolorosos pensamientos sobre su querido padre volvían una y otra vez. Finalmente, para combatir la locura que estaba segura de que llegaría, su mente conjuró otro mundo. Páginas de libros iluminaron la oscuridad. Líneas de poemas y baladas aparecieron ante sus ojos. Todo lo que había leído volvía a ella ahora.

Su padre lo llamaba su "talento". Grace lo recordaba todo: nombres, caras, números y mucho más. Sus amigos lo veían como un entretenimiento. La ponían a prueba y se reían cuando recitaba capítulos de libros que sólo había leído una vez. Podía nombrar la posición de cualquier carta después de tener la baraja expuesta sólo un momento. Algunos que conocían su talento se referían a ella como una rareza. Un erudito francés insistió una vez en estudiarla. Pero su padre no lo permitió, y ella agradeció su intervención.

En aquel barco, encerrada en lo que supuso que sería su ataúd, Grace había empezado a recitar en voz alta las palabras encerradas en su memoria. Línea tras línea, poema tras poema,

balada irlandesa y francesa, libro de texto y novela, cada uno de ellos recordándole que seguía viva.

Pero su voz se había ido apagando hasta que sólo quedó el golpeteo del mar, el crujido de la madera y el chapoteo del agua. Finalmente, incluso esos sonidos desaparecieron y el silencio reclamó la oscuridad.

"Sería muy negligente por mi parte ofrecerte palabras de optimismo", dijo el anciano. Su rostro se apartó de su campo de visión. "Puedo desangrarla, mi señor, pero no sé de qué le servirá".

Nada de sangre. Grace había visto demasiada en Amberes. El charco ennegrecido alrededor del ayuda de cámara. La profunda mancha roja en el pecho de su padre. Mientras había estado confinada en el cajón, su mente había vuelto a esos momentos. Despierta o dormida, daba igual. Seguía viendo a los muertos. Incluso ahora los ojos de Grace ardían, pero dudaba que le quedara una lágrima por derramar.

"No", respondió otro hombre. "Nada de dejarle la sangre. No es lo bastante fuerte".

Ya había oído esa voz antes. El mismo tono profundo y dominante. El hombre que la había sacado de aquella tumba de mimbre y la había llevado a través de la lluvia. Ella le había recitado una balada irlandesa y le había confundido con sus palabras.

Segura, le había dicho con confianza, colocándola en la cama.

Si supiera lo equivocado que estaba.

Grace intentó concentrarse en el borrón alto y moreno que se cernía en la distancia. Unos hombros anchos enfundados en un abrigo negro dominaban la pared que había más allá. Apenas podía distinguir sus rasgos, pero oyó la preocupación en su tono.

Intentó respirar de nuevo y luchó. La tos sacudió su cuerpo y un dolor punzante le desgarró el pecho. ¿Dónde estaba ahora la muerte? ¿Dónde estaba su liberación? ¿No había sufrido bastante?

Cuando los espasmos remitieron un poco, alguien le levantó la cabeza de la almohada y le metió entre los labios una medicina amarga. Grace se atragantó con ella y su cuerpo respondió violentamente. Jadeó en vano en busca de aire, y entonces la habitación volvió a ennegrecerse a su alrededor.

Hugh ya había visto suficiente muerte. No quería presenciarla ahora.

Ver a aquella mujer jadeando le trajo de nuevo los inquietantes recuerdos de sus seres queridos, muriendo tan lejos de casa. Había estado murmurando versos de una balada. No conocía la obra, pero sonaba como la despedida de un soldado que moría en el campo de batalla.

Oh madre, adiós para siempre...

Ahora estoy en mi lecho de moribundo. . .

Si hubiera vivido habría sido valiente. ...

Dejo caer mi juvenil cabeza. . .

Nuestros huesos se derriban...

Los sauces llorones crecen sobre nosotros. . .

Hugh luchó por reprimir, por milésima vez, su amarga cólera contra el tirano francés y su sangrienta guerra.

Se quedó mirando a la mujer, preguntándose quién la echaría de menos ahora. Como la madre del poema, ¿quién la esperaba, angustiada por lo que había sido de ella, sin saber si estaba viva o muerta?

Hugh no había sabido que su mujer y su hijo estaban sufriendo hasta que fue demasiado tarde. Amelia había llevado a su precioso hijo a España cruzando las aguas sin avisarle. Mientras Hugh y su caballería ligera se abrían camino a través de España, ella le esperaba en Vigo. Mientras él y sus hombres protegían el flanco del ejército británico en aquella horrible retirada a través de la nieve y la lluvia helada, Amelia y su hijo de tres años se morían de fiebre en el campamento, atormentados por el dolor, jadeando y aferrándose desesperadamente a la vida. Pero fue inútil. Murieron allí, en el pueblo costero cercano a A Coruña, sin nadie que les cuidara, sin familia que les consolara, en la miseria de aquel lugar olvidado de la mano de Dios, aislados de la ayuda y agobiados por la peste.

Y no había estado allí cuando le necesitaron.

Hugh volvió a maldecir a los franceses, como había hecho millones de veces. Más tarde, en los campos de Francia y Bélgica, les había hecho sangrar por ello, aunque siguieran reduciendo a sus camaradas a su alrededor. Cuántas veces se había lanzado a la más espesa refriega de la batalla, sin importarle si vivía o moría. ¿Cuántas veces había deseado morir?

La mujer se sumió en un sueño intranquilo, si es que era eso. Si moría ahora, él no quería verlo.

Hugh salió de la habitación y se detuvo. Mirando por el pasillo las habitaciones de esta ala, que hacía tiempo que no utilizaba, sintió que el dolor le recorría con la misma fiereza que lo había hecho el día en que se enteró de la muerte de su mujer y su hijo. Esta parte del ala este había sido una vez un lugar de alegría para él. Ahora ya no. Seguía subiendo aquí, a pesar del dolor que le producía. Tenía que hacerlo. Era lo único que le quedaba de ellos.

Miró hacia la puerta donde yacía la mujer, luchando por respirar. Era una luchadora, sin duda. Pero no podía comprender cómo había llegado a estar en aquella maldita caja.

Bajó las escaleras y salió al patio. Seguía cayendo una ligera lluvia, aunque hacía tiempo que los relámpagos y los estruendosos truenos se habían alejado hacia el este.

Siguió el camino hasta el establo y entró.

Mirando fijamente la caja abierta, Hugh intentó calcular cuánto tiempo debía de llevar atrapada allí. La cesta había sido enviada desde Amberes. Alguien había cerrado la caja con clavos. ¿Cómo era posible que pasara desapercibida, a menos que se hubiera escondido allí intencionadamente? Podrían haberla drogado o dejado inconsciente y haberla escondido en la cesta. Si ése era el caso, la habían dejado allí intencionadamente para que muriera. O tal vez alguien no había logrado interceptar el cargamento y la había dejado salir antes de que saliera de Amberes. Las posibilidades eran numerosas, pero ninguna de ellas le dejaba tranquilo.

Hugh inspeccionó la caja. No le llamó la atención nada fuera de lo normal. Mirando dentro de la góndola del globo, consideró el tormento que suponía estar confinado en un espacio así. Era increíble que hubiera sobrevivido.

Algo le llamó la atención en el fondo de la cesta. Varias monedas. Subiendo, las cogió y las acercó a la luz.

Monedas americanas.

Capítulo Cuatro

DESDE HACÍA más de cuatro décadas, la gestión de Baronsford había residido en las capaces manos de Walter Truscott. Primo del padre de Hugh, Truscott era muy respetado por ser la razón de que la finca de los Pennington sirviera de modelo de cuidado y logros en este rincón de Escocia.

Hugh estaba al corriente de todo, pero su cargo en la judicatura le mantenía ocupado. Así que Truscott supervisaba el trabajo del mayordomo y de los administradores de la granja, y tomaba todas las decisiones operativas, tanto si el asunto afectaba a la granja como a la tenencia. No se construía ninguna casa de campo ni se reparaba ningún molino sin su autorización. No se compraba ni se vendía ganado, ni se araba ningún campo sin su conocimiento. No se contrataba ni despedía a ningún peón sin su aprobación final.

Había sido sugerencia de Truscott ofrecer un trabajo a Darby después de que éste pasara injustamente un tiempo en la cárcel local. Tras llegar a un acuerdo con el mayordomo de Lennox, Walter había ofrecido al herrero un puesto en Baronsford a la mañana siguiente de ser puesto en libertad.

Al regresar a Baronsford tras dos días en Edimburgo, Hugh descubrió que Darby había aceptado su oferta. De pie junto a la puerta de un establo, Truscott señaló hacia la herrería cercana.

"Trabajador, inteligente y capaz en su oficio", le dijo Truscott. "Será un activo para nosotros".

"Nunca te equivocas, Walter". Hugh entregó su caballo a uno de los mozos. "¿Arreglos de vivienda para él?"

"Encargado".

Las guerras francesas y la emigración de muchos trabajadores a ciudades como Edimburgo durante las dos últimas décadas habían disminuido el número de cotters que trabajaban y cultivaban en los alrededores de Baronsford, así como la población de Melrose Village. Cada vez aparecían más vagabundos irlandeses en la zona, pero muchas casas de campo permanecían vacías.

"También ha solicitado unos momentos de tu tiempo", dijo Truscott. "Dice que es importante que hable contigo. Pensé que sería menos intimidatorio para él que oyeras lo que tiene que decirte aquí fuera, en lugar de en tu estudio".

Hugh estaba impaciente por hablar con Jo sobre su paciente misteriosa. Supuso que seguía viva. No había recibido noticias de lo contrario mientras estuvo en Edimburgo.

Unos instantes no cambiarían nada. Dejando atrás a Truscott, se dirigió a las puertas abiertas de la herrería. El hombre alto trabajaba junto a un ayudante cubierto de hollín.

"¿Deseaba hablar conmigo, señor Darby?".

Al verle, el herrero colgó su delantal de cuero y salió. Hugh hizo un gesto hacia las perreras y se dirigieron al edificio bajo. Fuera lo que fuese lo que tenía que decir, el hombre podría tener algo de intimidad al hacerlo. Una docena de pequeños sabuesos cruzaron el recinto vallado, meneando las colas.

"En primer lugar, quería daros las gracias, mi señor". El herrero se quitó la gorra, aferrándola con las dos manos. "Sé que aún estaría pudriéndome en esa cárcel si no fuera por vos".

"No hace falta que me des las gracias. Me gusta pensar que hacemos un buen trabajo aplicando la ley en esta región. Pero lo que te ocurrió estuvo mal".

"Así es mi vida, milord. Nací y crecí en el East End de Londres. Un lugar duro", añadió. "Al venir al norte para este trabajo, esperaba un cambio".

"Puedo asegurarte que en Baronsford te tratarán con justicia y te pagarán de acuerdo con tu valía. El señor Truscott es un hombre justo".

"Sin duda, ya lo veo".

La gorra seguía retorciéndose en sus grandes puños. Hugh había pasado suficientes años en el banquillo como para saber cuándo un hombre se armaba de valor para decir algo más. Se inclinó sobre la valla y acarició a los perros.

"Os agradezco vuestra generosidad, mi señor. Desde que llegué ayer sólo he recibido amabilidad por parte de todos. Pero..." Hizo una pausa y su mirada recorrió el suelo que los separaba. "No deseo traer problemas a vuestra puerta. Has sido amable conmigo, así que me gustaría ser sincero contigo. Tu vecino, que iba a contratarme, no lo sabía todo sobre esto. No soy un asesino ni un ladrón, pero hay gente que mira por encima del hombro".

"Estoy al corriente de su anterior detención en Londres, señor Darby", dijo Hugh, encarándose con él. "Tras los disturbios de Spa Fields del pasado diciembre, pasaste veintiséis días en la cárcel antes de ser puesto en libertad. No se presentaron cargos contra ti".

Los disturbios del pasado diciembre habían sido la culminación de una década de descontento por los elevados precios e impuestos tras las guerras francesas. Y los más pobres de Londres no fueron los únicos que salieron a las calles a manifestarse. Para sorpresa de muchos, un gran número de aristócratas se unió a la llamada "chusma".

"¿Lo sabes y aun así me aceptaste?"

"Protestar contra el gobierno es un derecho consagrado". No quiso mencionar las leyes que el Parlamento había promulgado desde aquellos disturbios.

El herrero dejó de abusar de su gorra y soltó un suspiro aliviado.

"Aquí necesitamos comerciantes", dijo Hugh, cambiando de tema. "Y el señor Truscott me ha dicho que eres un hábil herrero".

"Trabajo duro, mi señor".

Ahora estaba ante él un hombre diferente. Uno que estaba libre de las sombras del pasado.

"Excelente. De hecho, me vendría bien tu ayuda en cierto proyecto mío, si estás dispuesta".

"Estaré encantada de ayudar, milord".

"Bien. Arreglaré con el Sr. Truscott cuándo puede prestarme sus servicios".

Hugh necesitaba un obrero metalúrgico que le ayudara con sus globos, y no le había duda de que Truscott estaba pensando precisamente en eso cuando contrató a Darby.

Unos instantes después, cuando Hugh llegó a la casa, Jo le estaba esperando. Su enérgico saludo y su expresión preocupada indicaban que necesitaba su atención de inmediato.

"¿Biblioteca?", preguntó.

"La biblioteca de abajo estará bien". Se volvió hacia uno de los lacayos que estaban cerca.

"Por favor, dile a la señora Henson que envíe té para su señoría".

Sin esperarle, se alejó en aquella dirección. Hugh se quitó el sombrero y la capa y la siguió.

Se paseaba por el suelo cuando él entró. En general, Jo tenía un temperamento tranquilo. Era una pacificadora natural, paciente a la hora de lidiar con las molestias de los desacuerdos mundanos. La única vez que afloraban sus emociones era por la familia. Cuando surgía la necesidad, se convertía en una leona protectora de la manada.

"Llevas un camino en la alfombra, Jo". Cerró la puerta tras de sí. "¿Qué pasa?"

Se detuvo, frente a él. "Se trata de nuestro invitado".

"¿Qué pasa con ella? ¿Ha muerto?"

"No, sigue viva, aunque continúa flotando dentro y fuera de la conciencia. El Dr. Namby estuvo aquí a mediodía. Sigue diciendo que hay pocas esperanzas de que sobreviva. También está preocupado por el contagio, ya que estuvo tanto tiempo expuesta a los vapores nocivos de la bodega del barco."

"¿Es esto lo que te preocupa?"

Sacudió la cabeza. "He estado con ella desde que la trajimos a la casa. Anna ha sido la única sirvienta que me ha ayudado. Nos hemos ocupado de sus cuidados, y las dos estamos bien después de tres días".

Sabiendo que su hermana no dejaría de pasearse hasta que dijera lo que pensaba, Hugh se sentó en un sofá.

"¿Pudiste encontrar algo sobre ella mientras estuviste en Edimburgo?"

"Fui a la oficina de envíos de Leith e hice algunas preguntas discretas sobre la manipulación de la caja", le dijo. "Nadie tenía la menor idea de que hubiera algún problema. Así que envié a mi empleado, Aston MacKay, a Amberes para que averiguara lo que pudiera sobre cualquier mujer estadounidense desaparecida. Deberíamos tener noticias tuyas dentro de quince días. Hasta entonces, sigo confiando en que nuestra invitada despierte y nos cuente ella misma cómo acabó en ese cajón. Mientras tanto, no quiero que se le preste más atención mientras se recupera".

Como juez familiarizado con los lados más oscuros de la naturaleza humana, Hugh era muy consciente de las feas exageraciones y falsedades que podrían propagarse si su situación se hiciera pública. Estaba enferma y no tenía forma de protegerse.

"¿Le pediste al Dr. Namby que mantuviera su situación en privado?"

"Lo hice. Y está de acuerdo. Hay que evitarle excitaciones innecesarias". Jo reanudó su paseo. "Ha estado hablando en sueños".

Hugh sonrió para sus adentros ante su recital poético y su insistencia en que entendiera que era una balada. "¿Ha divulgado algo útil?"

"Su forma de hablar es muy refinada. Y la he oído murmurar o gritar no sólo en inglés, sino en alemán, español y francés. Parece que domina esos idiomas. Y le gusta recitar poesía".

Él mismo era un lector constante, no tanto de poemas y novelas, sino de los diarios jurídicos y de cualquier cosa sobre historia y ciencia. Respetaba a las mujeres que leían, y parecía que ésta lo hacía.

"Así que es culta", comentó Hugh.

"Y bien nacida, creo. La calidad de su traje de viaje dice mucho de su posición". Jo volvió a encararse con él. "Pero eso no es todo lo que he aprendido".

La criada que traía el té interrumpió su conversación. Tras despedirla, Jo sirvió una taza a Hugh y se sentó a su lado.

"¿Qué más?", preguntó.

Colocó una bolsa de terciopelo entre ellos, sobre el sofá.

"¿Qué es esto?"

"Podría ser la razón por la que alguien se enfadó con ella".

"Si alguien la clavó en ese cajón, estaba más que enfadado. Intentaban matarla. ¿Qué hay ahí dentro y dónde lo encontraste?"

"La bolsa estaba cosida a la cintura acolchada de su vestido. La encontramos cuando la señora Henson bajó la prenda para lavarla".

Jo se sacudió una gran piedra opaca en la palma de la mano.

Un diamante. En bruto. El más grande que había visto nunca. ¿Quién lleva algo tan valioso? pensó Hugh.

Dejó la taza de té. "Déjame ver".

"¿Has visto alguna vez una gema de este tamaño?"

"Pesado", comentó.

Se levantó y se acercó a la ventana, sosteniéndola a la luz de la tarde.

"¿Crees que es un diamante?", preguntó.

Hugh colocó la piedra contra la ventana y rayó una pequeña "X" en el cristal. El estado en que la encontraron tenía que estar directamente relacionado con esto. Había dictaminado sobre crímenes cometidos por cantidades minúsculas de riqueza.

"Sí, es un diamante. Y supongo que vale una fortuna".

"Eso pensaba yo", dijo. "Estaba cosido en esta bolsa y oculto entre suficientes capas de tela como para que nadie que mirara el vestido supiera que estaba escondido allí".

"¿Has abierto la bolsa?", preguntó, con un tono más agudo de lo que pretendía.

Jo se sonrojó. "Quizá no debí hacerlo. Pero esperaba que nos dijera algo sobre nuestro invitado".

"Yo diría que sí".

Su invitado hablaba varias lenguas. Las monedas indicaban una conexión con América. Ahora este precioso diamante. Todas piezas de un rompecabezas. Podía ser una víctima o una ladrona, o una heredera americana como aquellas hermanas Caton. Sin embargo, se reservaría su juicio y no sacaría conclusiones precipitadas hasta tener todos los datos.

Hugh volvió hacia su hermana y le puso el diamante en la mano. "Deberías enseñárselo en cuanto despierte. Si fuera mío, me preocuparía bastante".

"¿Y crees que ésta podría ser la razón por la que la encerraron en el cajón?". preguntó Jo. "Quizá alguien buscaba la joya. Pero, ¿es suya? ¿O pertenece a otra persona?"

"No lo sabremos hasta que recupere el conocimiento. Por ahora, mantenla a salvo". Hugh tenía tantas preguntas como su hermana. "Lo único que podemos hacer es esperar. Ella es la única que puede darnos respuestas".

Capítulo Cinco

EL CUERPO DE GRACE ARDÍA.

El sudor caliente le corría por la frente en hirvientes riachuelos. El calor ascendía en oleadas desde su interior, atravesándole la piel con el agudo dolor de mil agujas. Le ardían la espalda, el cuero cabelludo y el pecho. Le dolía cada centímetro de piel. Se esforzó por llevar aire fresco a sus pulmones. Un peso la sujetaba, impidiéndole respirar. Estaba confinada, con los brazos y los pies atrapados bajo un grueso sudario. Pataleó y empujó con todas sus fuerzas hasta que se desprendió.

Rodó y aterrizó con un ruido sordo sobre las manos y las rodillas en la oscuridad.

Estaba en un lugar extraño. Sus dedos tantearon la superficie de madera. El pánico la impulsaba a levantarse y correr, a huir, pero sus miembros eran demasiado débiles para seguir instrucciones.

Finalmente, con gran esfuerzo, Grace consiguió ponerse en pie. Agarrada a un poste de la cama, intentó respirar y miró confusa a su alrededor. Le pesaba el pecho y le dolía terriblemente, pero no se atrevía a toser, temerosa de hacer ruido.

¿Dónde estaba?

En las profundas sombras de los rincones de la habitación, peligros informes se agitaban y cobraban vida. Incapaz de moverse, los observó alejarse en la oscuridad, avanzando amenazadoramente por el reluciente suelo de madera como una niebla viviente. Se enroscaban alrededor de sus piernas, tirando del camión blanco resplandeciente que la cubría.

El calor seguía irradiando de su cuerpo, y oleadas de terror la bañaban, paralizándola.

Algo se movió junto a una ventana abierta, y Grace contempló una figura corpulenta. Tardó un momento en reconocer la forma. Era una mujer, sentada en una silla y envuelta en una colcha. La luz de la luna resaltaba sus rasgos, haciendo que sus ojos parecieran hundidos y negros. La colcha subía y bajaba rítmicamente; estaba durmiendo.

Grace nunca la había visto. Nunca había estado en esta habitación. ¿Era una prisionera?

Su padre. Tenía que llegar hasta él. Él la necesitaba.

Le temblaban las piernas mientras se dirigía a la puerta. La encontró ligeramente entreabierta, tiró de ella y se deslizó a través de ella. Ninguna vela o lámpara arrojaba luz en el amplio pasillo, pero una ventana en el hueco de la escalera la atrajo hacia ella.

Ésta no era la posada en la que se habían alojado después de... después de... ¿cuándo fue eso? ¿dónde? Por su cerebro pasaron imágenes fragmentadas de un camarote de barco. Muchachos harapientos amontonados a su alrededor. Una zanja interminable y maloliente que discurría entre edificios derruidos.

Pero ¿dónde estaba su padre? Había que cambiarle el vendaje de la pierna. ¿Quién se

ocupaba de su cena?

Su mente era incapaz de terminar un pensamiento. Agarrándose con fuerza a la barandilla con las dos manos, descendió lentamente las escaleras. Un sonido sibilante la paralizó hasta que se dio cuenta de que era su propia respiración entrecortada.

El calor de hacía unos momentos se convirtió de repente en un escalofrío. Siguiendo la escalera de caracol hacia abajo, se apartó el pelo suelto de la cara y se apretó el camisón contra la piel húmeda. La luz de una ventana más grande se reflejaba en el suelo a cuadros blancos y negros que había debajo. Todo estaba en silencio. Tembló violentamente, pero se obligó a seguir. Seguro que su padre estaba sufriendo. La necesitaba.

Bajó otro peldaño, y la luz se hizo repentinamente brillante mientras todo a su alrededor se inclinaba.

Grace gimió al abrir los ojos. El suelo estaba frío y suave contra su mejilla. Estaba tumbada al pie de la escalera. Tanteando, se agarró al poste y se incorporó. La oscuridad se arremolinó a su alrededor y se agarró con fuerza hasta que sus ojos se enfocaron. Al otro lado del suelo, vio una línea de luz amarilla en la base de un par de puertas.

Padre.

Las puertas estaban a un kilómetro y medio, pero ella tenía que llegar hasta él.

Obligándose a mantenerse en pie, avanzó lentamente por el suelo, contando los bloques blancos y negros a medida que avanzaba. Miró hacia delante. Faltaban treinta pasos. Diez. Cinco. Agarró el pomo, empujó la puerta y entró tambaleándose.

La habitación estaba iluminada por una única lámpara al otro lado de la estancia. Un hombre moreno la miraba desde detrás de un escritorio, con cara de asombro. No había nadie más en la habitación.

"Estás despierta".

Pero, ¿lo era? se preguntó Hugh, intentando mantener la calma mientras se levantaba.

Era un espectro, delgada y fantasmal. Sus rizos rubios descendían en ondas hasta la cintura. Los pies descalzos asomaban bajo el vaporoso camisón. Unos grandes ojos dominaban la simetría clásica de su rostro. Parpadeó y le miró, pero parecía que no podía concentrarse. Temblaba violentamente y el castañeteo de sus dientes se oía desde el otro lado de la calle.

"¿Dónde está... dónde está mi...? "

Hugh supuso que buscaba a Jo o a Anna.

"Arriba", dijo, rodeando su escritorio. Señaló una silla cercana. "Siéntate y llamaré a mi hermana".

Sacudió la cabeza y se dio la vuelta para marcharse, pero se encontró cara a cara con la pared de libros que había a lo largo de la pared. Se detuvo y sus dedos recorrieron momentáneamente los lomos de cuero.

"No los he leído".

A Hugh no le sorprendió. Dudaba que los volúmenes de comentarios sobre la ley inglesa fueran una lectura interesante para ella. Pero no tenía sentido mencionarlo, porque ella se balanceó y él la agarró cuando empezaba a caer. Le rodeó la cintura con un brazo para estabilizarla.

"Suéltame". Ella forcejeó débilmente. "Necesito encontrarle".

"¿A quién necesitas encontrar?", preguntó.

Ardía de fiebre. Él podía sentirla a través del grueso camisón. Así de cerca, vio el temblor de sus labios, las manchas rojas de sus mejillas. La fiebre parecía abrasarla por dentro. Sus ojos azules, del color de los zafiros, se esforzaban por enfocar la mirada mientras ella le miraba a la cara.

"¿Dónde está?", preguntó ella, con la voz llena de pánico.

"Dime su nombre y tal vez pueda ayudarte".

"Su medicina. La herida. Tengo que ocuparme de ello".

Ella le empujó para liberarse y él la soltó. Pensó en la joya que Jo le había mostrado. No viajaría sola, llevando un tesoro del tamaño de aquel diamante. Tenía que tener un compañero. Un marido, un padre, un hermano... o un pretendiente.

Se alejó unos pasos y luego vaciló. Miró por encima del hombro y extendió una mano hacia él.

"Habitación... girando".

Hugh volvió a alcanzarla, y esta vez ella cayó en sus brazos, aferrándose a su camisa. Le apretó la cara contra el pecho y él aspiró su aroma a rosa y lavanda.

Cuando sus suaves rizos rozaron su barbilla, sus sentidos se encendieron de recuerdos. Su mujer, la forma en que insistía en que la abrazara constantemente durante los difíciles días antes de que él regresara a su regimiento en la Península. El tacto y el olor de su pelo. El sabor salado de las lágrimas que besó en su mejilla. Aquellos fueron sus últimos momentos juntos.

Desde entonces se había preguntado muchas veces si Amelia sabía que se acercaba el final. Si lo sabía, debía de haber imaginado que sería *la* muerte *de él* y no la suya. Ni la de su hijo. También recordó su impaciencia. No podía comprender su pánico, su dolor.

Si pudiera retroceder en el tiempo.

"Blackstone".

No tenía ni idea de lo que estaba hablando. Debía de conocer a alguien llamado Blackstone. Tal vez fuera el nombre de su compañera.

"¿Es ése tu apellido?"

"William Curry", dijo ella, apartándose de su pecho lo suficiente para mirarle a los ojos.

Me di cuenta. Hablaba de un volumen que acababa de ver en su estantería. Quiso sonreír. Febril, confusa, en busca de alguien a quien había perdido, su mente seguía dos caminos. Había hecho lo mismo cuando él la llevó a la casa.

"Puedes leerlo", le dijo Hugh. "Pero primero debería llevarte a la cama. Voy a buscar a Jo".

Miró a su alrededor, su cuerpo se tensó, reconociendo una vez más que estaba en un lugar extraño.

"No", protestó ella. "Debo ir. Encontrarle. No puede arreglárselas".

"No estás bien", dijo en voz baja, apoyándola y sacándola de su estudio. "No estás en condiciones de ir a ninguna parte".

El doctor Namby volvería a media mañana, pero Hugh temía que fuera demasiado tarde. La fiebre de la mujer podía matarla. Jo sabría qué hacer. Y enviaría a alguien a la aldea ahora.

"¿Dónde estoy?"

Ella había hecho la misma pregunta el primer día. "Estás en Escocia. Baronsford".

La ayudó a dar unos pasos.

"Dos volúmenes", dijo. "*Sobre multas y recuperaciones*".

Volvía a referirse a los libros de sus estanterías. No era un experto en aflicciones de la mente, pero había visto a soldados distraídos replegarse en sus propios mundos y aferrarse a aquello en lo que podían encontrar consuelo.

"¿Los has leído?", preguntó ella.

Hugh sonrió. Si no la hubiera sentido como un atizador caliente en sus manos, habría jurado que estaba poniendo a prueba sus aptitudes.

"No lo sé. Puede que sí".

Ella acercó su rostro al de él. "¿Quién eres?"

"¿Quién soy yo, en el sentido de por qué no recuerdo haber leído esos libros? ¿O quién soy yo, es decir, quién está a tu lado ahora?"

"Responde amablemente a la pregunta".

Había una confianza en su tono que trascendía su condición actual. Estaba acostumbrada a obtener respuestas.

"Hugh Pennington", dijo. "¿Y cómo te llamas?"

"Gracia", susurró.

Siete días en Baronsford y por fin supieron su nombre.

Teniendo en cuenta todo el peligro al que había sobrevivido, el nombre le sentaba bien.

"¿Cuál es tu apellido, Grace?"

Su rostro adoptó una expresión cautelosa mientras miraba hacia la oscura escalera. Hugh sintió que sus delgados hombros se tensaban y se preparó, reacia a dar un paso más.

"No puedo subir. Me persiguen. Esos hombres".

"¿Quién te persigue?"

"Me matarán". Se acurrucó contra él, aferrándose a su camisa.

Era la fiebre la que hablaba. No sabía dónde estaba. En un momento estaba hablando de los libros de su estantería, y al siguiente sus pesadillas cobraban vida.

"Aquí estás a salvo", le aseguró. "No permitiré que nadie te haga daño".

"Arriba. Esperando. Les oigo. Quieren matarme". Levantó la vista, con los ojos muy abiertos. "Corre. Tenemos que escapar".

El repentino estallido de fuerza fue sorprendente. Se liberó de un tirón y retrocedió para alejarse de los escalones.

Esta vez no fue lo bastante rápido. Cayó con fuerza al suelo.

Hugh se agachó a su lado. Ella hizo una mueca de dolor. Le apartó los mechones de pelo de la cara. El camisón se le había subido. Al empujarlo hacia abajo, sus dedos rozaron la curva de sus tobillos. Unos pasos resonaron en el pasillo y apareció un joven lacayo con una vela en la mano.

"He oído voces, mi señor. ¿Necesitáis...?"

"Dile al señor Simons que envíe un jinete a la aldea a por el doctor Namby", ordenó mientras el muchacho se acercaba. "Ahora".

Mientras el criado se alejaba corriendo, Hugh levantó a Gracia en brazos y se dirigió hacia la escalera. Ella ardía y temblaba al mismo tiempo. Se acurrucó contra su pecho.

"*Instituciones del Derecho Penal de Beyne*".

"Ya lo sé. Cuarto estante", dijo él, acercándola más a ella. "Te gustaría leerlo".

Unos dedos se movieron dentro del escote de su camisa, presionando su cálida piel. "Murray de Glendoch".

"Sí. *Actas y Leyes del Parlamento*. Otra lectura cautivadora -respondió él, intentando ignorar la caricia de la mano de ella sobre su pecho.

Sus palabras se convirtieron en murmullos incoherentes. Por lo poco que pudo descifrar, estaba recitando una página de una revista médica.

Quizá viajaba con un médico. Quizá estaba muerto o herido. Estaba huyendo de alguien.

¿Pero de quién? ¿Y quién era ella?

Sabía su nombre de pila. Había estado en Amberes y él había encontrado algunas monedas americanas en la caja. Y tenía una buena mente e interés por la lectura. Pero lo único que sabían era que estaba en posesión de un valioso diamante.

Apareció la luz en el pasillo superior. Ana se reunió con él al final de la escalera y condujo a Hugh de vuelta a la alcoba.

"Lo siento, milord". Levantó una vela. "Me habré quedado dormida. Abrí los ojos y ya no estaba".

Hugh llevó a Grace dentro.

"No pasa nada", dijo. "Deja una vela. Ve a despertar a Lady Jo".

La mujer hizo lo que le decían y salió corriendo. Unas sombras parpadeantes bailaban en las paredes. Tumbó a Gracia suavemente en la cama, subiéndole las mantas hasta la barbilla. Las lágrimas brillaban en sus mejillas.

Se sentó a su lado y le tocó la frente. Demasiado calor. Se preguntó si la perderían al cabo de una semana de intentar curarla. Quizá debería haber traído consigo a un médico de Edimburgo.

"Sangre".

"Calla, muchacha. Todo esto es una pesadilla". Le gustaba mucho más cuando ella nombraba los títulos de su estantería, o recitaba algún poema.

"No puedo dejarle. Me necesita. Debo volver". Un sollozo lacrimógeno se convirtió en una tos agitada.

Miró hacia la puerta, sintiéndose impotente. Luchando contra el impulso de escapar, le levantó la cabeza y le ofreció un sorbo de la taza de la mesilla de noche.

Ella tragó un bocado, de nuevo capaz de respirar. Él le quitó las gotas que había derramado sobre la barbilla. Por un instante, se quedó mirando sus labios agrietados y las largas pestañas oscuras que adornaban sus pómulos.

Hugh intentó apartarse, pero ella le cogió la mano. Rodando hacia él, la sostuvo contra su mejilla.

"Escóndeme".

"Ya te lo he dicho. Aquí estás a salvo", dijo. "Nadie te hará daño. No lo permitiré".

Las arrugas se hicieron más profundas en su frente. No le oía. Cualquier demonio que la persiguiera había vuelto. Ella frotó la mejilla contra la palma de su mano y lo que él había intentado ignorar en el hueco de la escalera volvió de golpe. Una inesperada punzada de conciencia se apoderó de él.

En los ocho años transcurridos desde la muerte de Amelia, Hugh no había sido un santo. Como viudo, se le consideraba presa fácil para los que estaban en el mercado matrimonial. Las familias ponían a sus hijas en su camino, pensando que volvería a casarse. Se equivocaban. Aun así, no era un monje; era un hombre, y sabía dónde encontrar mujeres cuando llegaban los momentos más oscuros. Pero más allá del olvido que le proporcionaba el sexo, permanecían sus recuerdos y su culpabilidad. Incluso había mantenido una amante ocasional. Pero ninguna de esas mujeres vio jamás el interior de Baronsford. Esta casa pertenecía a su familia. Aquí residían sus recuerdos de Amelia y su hijo. Aquí se afligía.

Pero ahora, al sentir la mejilla de ella contra su mano, al recordar el calor de su carne a través del camisón, Hugh sintió que su cuerpo respondía de un modo que le sorprendió.

"No debería haberle dejado".

No debía preguntarse si estaba casada. No importaba, se dijo.

Tenía los ojos cerrados, pero se aferraba a él con fuerza. Unas lágrimas frescas gotearon

sobre su mano.

"Llévame de vuelta con él", suplicó.

"¿Llévarte con quién?", preguntó.

"A mi padre. Ayúdame a encontrarle".

Al oír pasos, Hugh levantó la vista. Jo entró a toda prisa con Anna pisándole los talones. Retiró la mano del agarre de Grace y se puso en pie.

"Está ardiendo. Ya he mandado llamar a Namby".

Se retiró de la habitación mientras su hermana se hacía cargo, ordenando a Ana que trajera más paños para secar y una jarra de agua fresca.

Al bajar los escalones, Hugh frunció el ceño, dándose cuenta de que en realidad se había alegrado cuando ella mencionó a un padre y no a un marido.

Capítulo Seis

POR PRIMERA VEZ, Grace tuvo la cabeza despejada. Sus sentidos eran agudos. La niebla en la que había estado vagando había desaparecido. El borrón del paso de los días y las noches retrocedió. El camisón que le habían puesto se le pegaba a la piel, pero no apartó las sábanas.

Con los ojos cerrados, escuchó a las dos mujeres moverse por la alcoba.

"Bueno, al menos esta mañana no arde de fiebre", susurró Jo.

"Tiene mucho mejor aspecto, milady", respondió la criada con voz suave. "Pero yo diría que le queda mucho camino por recorrer".

Se sacudió una taza. Se sacudió una manta. Unos pasos crujieron por el suelo.

"Tenemos que fortalecerla. Ana, dile a la cocinera que hoy envíe algo más que caldo para Gracia. Quizá pan y mermelada".

Conocían su nombre. Había oído a Jo susurrarlo para animarla cada vez que le introducía medicamentos o agua por la garganta. Debía de habérselo dicho ella misma. Le preocupaba saber cuánto más les había revelado.

Grace se concentró en todo lo que sabía sobre sus anfitriones. Estaba en Escocia, en un lugar llamado Baronsford. Por fragmentos de conversación, supuso que la finca debía de estar a un día de camino de Edimburgo. El apellido era Pennington. Un apellido inglés. Sólo eso bastó para mantenerla en silencio.

Un crujido de faldas. Una ventana se abrió al otro lado de la habitación. Una cálida brisa matutina se deslizó sobre ella como una caricia, llevando el aroma de principios de verano. Grace no podía fingir que dormía durante mucho más tiempo. Pero primero tenía que decidir cuánto decir sobre quién era y qué había ocurrido. Era muy posible que su vida dependiera de ello.

No podía decirles que era hija de un coronel irlandés que había luchado del lado de los franceses contra los ingleses. O que el padre de su madre era Macpherson de Benmore, un jacobita escocés que escapó a Francia para evitar la horca. Su árbol genealógico se había llenado de traidores a la Corona inglesa. Hacía tiempo que el rey se había apoderado de las tierras de los Macpherson y de sus riquezas. Aparte de eso, no sabía nada de su familia, si es que aún existía. Nunca había pisado Inglaterra ni Escocia.

Tenía motivos para temer lo que harían los Pennington si descubrían algo de esto. ¿Podrían encarcelarla por los supuestos delitos de su familia? Podrían considerarla una espía que intentó colarse en el país en una caja de transporte.

Aquí estás a salvo.

Sus palabras habían sido una línea lanzada hacia ella cuando se ahogaba en un mar de pesadillas. En aquellos momentos en los que no distinguía el día de la noche, en los que no sabía si llevaba aquí un día o un mes, sus palabras habían vuelto a ella, calmando su mente

atormentada.

Aquella noche en que se había encontrado vagando, buscando a su padre, Hugh Pennington había intentado calmar sus temores. *Aquí estás a salvo.*

A *salvo*, repitió en su mente, sabiendo que no podía confiar en ello.

Una pisada más pesada entró en la alcoba, y Grace reconoció la voz del hombre al que había oído referirse como Dr. Namby.

"Durmió toda la noche", dijo Jo después de saludarle. "Por primera vez. Sin tos ni inquietud. Y esta mañana parece que le ha bajado la fiebre".

Cuando los fríos dedos del médico le tocaron la frente, Grace ya no pudo ocultarse tras la pretensión de dormir. Abrió los ojos.

Las pobladas cejas blancas se frunció por encima de sus gruesas gafas, y una sonrisa ahondó las líneas de su rostro.

"Estás mejor, ¿verdad?", le preguntó, levantándole la muñeca para tomarle el pulso.

Jo se reunió con el médico junto a la cama. Las ojeras demostraban la vigilancia que había mantenido. Durante los breves momentos de vigilia y relativa claridad, Grace había aprovechado para estudiarla. Con sus pómulos altos y redondeados, sus ojos marrón chocolate y su lustroso pelo negro, Jo era una mujer llamativa. Pero también había una tirantez en las líneas que rodeaban su boca y en las comisuras de sus ojos que denotaban una vida no exenta de dolor.

Era la hermana de Hugh. No llevaba anillos. ¿Una solterona?

Una mujer según su corazón. Además, podrían tener casi la misma edad. La prioridad de Grace en la vida siempre había sido su padre, y nunca planeó un futuro para sí misma. Por otra parte, podría ser viuda. Las guerras habían producido muchas en toda Europa. En cualquier caso, se preguntaba de quién se ocuparía Jo ahora. Quizá de su hermano.

"Retiro todo lo que he dicho", dijo el médico. "Parece *que* tu paciente vivirá".

Jo apoyó la mano en la de Grace, dándole un suave apretón. La simple muestra de afecto le provocó una oleada de cruda emoción. Estaba agradecida por lo que habían hecho por ella. Odiaba tener que mentir a alguien que había sido tan amable y atento.

El médico y su anfitriona sentaron suavemente a Grace. Le dio unos golpecitos en el pecho, acercando una oreja para escuchar su respiración. "Sigue respirando con dificultad, pero es joven. Debería disminuir con el tiempo".

Cuando terminó, Jo apoyó almohadas detrás de ella. Ana entró llevando una bandeja, y el rostro redondo de la anciana sonrió al ver a Gracia despierta.

El médico se desplazó por la habitación hasta una mesa que contenía un surtido de frascos, y Jo ocupó su lugar junto a la cama.

"Me complace enormemente verte mejorar", dijo. "Aunque llevas aquí diez días, no hemos tenido ocasión de presentarnos. Me llamo Jo, y ésta es nuestra criada Anna, y el doctor Namby. Aunque no lo recordéis, ya conocéis a mi hermano Hugh, el vizconde Greysteil. Todos hemos estado muy preocupados por ti".

¿Diez días? Grace miró las caras que, a pesar de su enfermedad, había llegado a conocer. Faltaba el hombre que la había rescatado de la jaula y luego la había vuelto a subir aquí cuando se puso a deambular por la casa. Hugh Pennington. El vizconde Greysteil.

"Debes comer muy poco durante uno o dos días", ordenó el médico, observando la bandeja. "Queremos asegurarnos de que puedes retener la comida".

"Gracias", susurró Grace, encontrándose con la mirada de Jo.

Unas manos cálidas se posaron sobre las suyas.

"Hubo algunos momentos durante estos últimos días en que tenía pocas esperanzas de que te

quedaras con nosotros", dijo Jo.

"Usted no, milady", dijo el médico, volviendo con un frasco marrón oscuro y una cuchara. "Nunca perdiste la esperanza".

El Dr. Namby vertió el líquido en una cuchara y se acercó. "Abre".

Grace hizo una mueca de disgusto y tragó el amargo jarabe. Jo se sentó en el borde de la cama e hizo un gesto a Anna para que trajera la bandeja.

"Empezaremos con un poco de té y pan esta mañana, Grace".

Éste era el momento. Seguramente le seguirían las preguntas. Tendría que elaborar sus respuestas de modo que levantaran las menores sospechas. Su único camino hacia la seguridad consistía en llegar a Bruselas, adonde ella y su padre se dirigían antes. Pero antes tenía que recuperar fuerzas.

"¿Grace?", respondió finalmente. "¿Ése es mi nombre?"

Jo giró la cabeza, buscando al médico. Namby ya se dirigía a la cabecera. Una mirada se cruzó entre ellos.

"Permitidme, mi señora".

Jo se puso en pie, pero se cernió sobre su hombro. Grace se odió por hacer esto, por actuar así después de todo lo que habían hecho por ella. Pero no tenía elección.

"¿Cómo te llamas, querida?", preguntó pacientemente el anciano.

Grace lo miró fijamente durante unos instantes antes de lanzar una mirada a Jo. Anna se quedó con los ojos muy abiertos a los pies de la cama.

Por fin volvió a centrar su atención en el médico. "No sé. Pero me has llamado Grace. ¿Es ése mi nombre?"

Se hizo un pesado silencio, el único sonido era la brisa que empujaba las cortinas y el gorjeo de un pájaro en algún lugar del exterior.

"Dinos lo que recuerdes", insistió Namby. "¿Algo? ¿Alguna persona? ¿Puedes decirnos dónde vives, tal vez?"

Miró fijamente los rostros atentos, agradecida de que nadie pudiera leer su mente. Pero sólo su escrutinio era intimidante. Empezó a sentir un nudo en la garganta mientras se preocupaba por mentir. Sin duda le iría peor si la descubrían.

"Nada. No recuerdo nada. Pero dime. ¿Me llamo Grace? ¿Qué hago aquí? Ayúdame".

Jo se sentó en el borde de la cama, hablando en voz baja. "Como te he dicho, llevas aquí diez días, pero hace tres noches mi hermano te encontró deambulando escaleras abajo. Le dijiste que te llamabas Grace. Temías que alguien te persiguiera".

Los hombres que la perseguían en Amberes la habían seguido hasta sus sueños febriles. En aquellas pesadillas, su padre seguía vivo, seguía necesitándola. Recordaba vagamente haber entrado a trompicones en la habitación donde Hugh Pennington estaba sentado tras un escritorio. Grace no recordaba qué le había dicho ni cuánto había admitido.

"Cuando una persona lucha contra la fiebre", dijo el médico, "la mente responde de formas que no comprendemos".

"¿Recuerdas haber estado a bordo de un barco?". Jo le cogió la mano. "Llegaste aquí dentro de una caja. Venía de Amberes. ¿Recuerdas algo de eso?"

"Recuerdo... la oscuridad". Grace se estremeció. Apartó la mano y se subió la manta hasta la barbilla. "No podía salir. Grité, pero nadie me oyó. Me sentía como si estuviera atrapada en un ataúd. No había luz ni aire. Nada excepto el olor húmedo y terrible de la muerte".

Las emociones la abrumaban. No estaba actuando. Le costaba respirar. Había vivido aquel horror. El miedo era real. Había rezado por la muerte.

"Tranquila". El médico hizo un gesto a Jo para que le diera de beber. "Tenemos que ir despacio. Darle tiempo. Después de lo que ha vivido, no debería sorprendernos".

Se llevó una taza a los labios. Grace bebió un sorbo, agradecida. En toda su vida, nunca había fingido ser otra cosa que lo que era. No podía hacerlo.

Tenía que escapar. Tenía que llegar hasta los que conocía en Bruselas. ¿Pero cómo?

Tras cabalgar hasta el lago para inspeccionar la vieja presa, Hugh y Truscott regresaron a la casa y entregaron sus caballos a los mozos de cuadra junto a la puerta principal.

"Así que sabemos lo que hay que hacer", dijo Hugh. "Hay que reparar la presa antes de las lluvias de otoño. Si se suelta, la crecida río abajo se llevará por delante el molino y al molinero con él".

"Ahora mismo no podemos sacar hombres de las granjas para hacer el trabajo", dijo Truscott. "No tenemos manos extras".

Hugh miró más allá del ganado y las ovejas que pastaban en los prados, hacia los campos que se extendían en la distancia. Los cotters acababan de empezar la siega del heno y tenían que terminarla para que las cosechas de cebada y avena se realizaran según lo previsto. Si se retrasaban ahora, los campesinos se enfrentarían a un invierno de vacas flacas.

"Tendremos que contratar a gente de fuera", sugirió Truscott. "Últimamente han venido muchos trabajadores irlandeses en busca de trabajo".

"¿Nos conviene emplear a hombres cuyo valor desconocemos? ¿Qué pasa con los pueblos?"

"Ahora mismo escasean los trabajadores en todas partes", respondió Truscott. "Los irlandeses son transitorios, pero están disponibles".

Había que hacer algo con la menguante población, pensó Hugh. Si no era el creciente número de fábricas lo que atraía a los hombres a las ciudades, era la gente de las granjas que abandonaba Escocia tras la maldita limpieza de tierras. Los escoceses se marchaban y llegaban los irlandeses.

"Déjame pensarlo", dijo, volviéndose hacia la puerta principal.

La cuestión de los irlandeses en Escocia era una preocupación creciente para muchos. En los alrededores de Glasgow, donde la mayoría de ellos desembarcaban y buscaban trabajo, los problemas con las autoridades locales habían llegado a oídos del público y también al banquillo de su tribunal.

Al entrar en el amplio vestíbulo de Baronsford, Hugh se detuvo y entregó sus guantes y su sombrero al lacayo. Al menos aquí, el lugar estaba lleno de trabajadores. El personal de la casa de la señora Henson trabajaba duro, entrando y saliendo de los salones y del gran salón de baile. Habían empezado los preparativos para el baile anual del mes siguiente.

La diminuta ama de llaves lo vio y se apresuró a acercarse. Con su cara pellizcada, su pelo rojizo y su constante energía nerviosa, la señora Henson siempre le había recordado a un piquituerto que Jo encontró herido en el jardín cuando eran niños. Ella había curado al pájaro rojo y la criatura había vivido una larga vida revoloteando de un lado a otro de la cama, la silla y el armario de la habitación de Jo. Ahora podía verla, saltando por el brazo de su hermana.

"Milord, Lady Jo te estaba buscando".

"Gracias, señora Henson. ¿Alguna idea de dónde podría encontrarla?"

"En la biblioteca de abajo, con el doctor Namby. Creo que esperaba tener unas palabras antes de marcharse".

"¿Algún cambio en nuestro invitado?" preguntó Hugh,

"Sé que se ha despertado", le dijo el ama de llaves. "Si me permites preguntarte, después de que consultes con el doctor Namby, tal vez tu señoría podría considerar la posibilidad de compartir cualquier noticia sobre la joven. Debo decir que el personal está algo ansioso".

Hugh comprendía la preocupación. Numerosos miembros de la casa que trabajaban allí eran la segunda o tercera generación al servicio de la familia, y los extraños en la casa siempre suscitaban preguntas. Para algunos, el infame accidente que casi mató al padre de Hugh décadas atrás seguía siendo un recuerdo fresco. Era gente que se preocupaba por Baronsford. Les importaba su bienestar.

"Veré lo que dice el médico", dijo. "Y me aseguraré de compartir toda la información que pueda".

Al dirigirse a la biblioteca, Hugh se dio cuenta de que se sentía muy aliviado al oír que Grace se había despertado. Se sentía responsable de ella. Había llegado en una caja dirigida a él y era una invitada bajo su techo. Aun así, había intentado olvidar la oleada de protección que sintió por ella la otra noche, cuando se aferró a él, asustada. Y esa otra sensación que le resultaba menos cómoda de recordar, ese borde inferior de la conciencia. No era habitual, pero ella ya le había impresionado. Se preguntó si sería por su peculiar interés en sus libros de derecho, o por recitar una balada a las puertas de la muerte. O si abrazarla le traía recuerdos oscuros y desgarraba viejas heridas.

Serpenteando por los pasillos, Hugh llegó a la biblioteca. La puerta estaba abierta y entró sin llamar. Esta habitación siempre le había parecido una de las más cómodas de Baronsford, pero ahora no lo parecía. Jo caminaba de un lado a otro y el médico estaba sentado en el borde de una silla, mirando su reloj de bolsillo. La tensión era palpable. Namby se levantó inmediatamente cuando entró Hugh.

"Me alegro mucho de que hayas venido", dijo Jo, animándose. "El doctor Namby tiene otros pacientes que ver. He intentado convencerle de que se quede a comer".

"Y de nuevo, te lo agradezco, pero no puedo". El médico se volvió hacia Hugh. "Sólo tengo unos momentos antes de que deba irme, milord, pero me quedé para hablar con vos".

"Y ahora estoy aquí", respondió Hugh. "¿De qué se trata?"

"Bueno, para empezar, me complace informar de que a la joven le ha bajado la fiebre y está fuera de peligro inmediato. Está despierta, pero extremadamente débil. Sin embargo, su juventud jugará a su favor. Sospecho que, si se le da tiempo para curarse, recuperará la salud".

Hugh recordó el cuerpo inerte e inconsciente que sacó de la caja. Apenas había sobrevivido. Y después de llevarla a la cama la otra noche, seguía pensando que no sobreviviría. Pensó que la fiebre acabaría con ella.

"¿Y su memoria?" preguntó Jo.

"¿Qué pasa?" preguntó Hugh, mirando de su hermana al médico. Desde el momento en que había entrado, había sabido que algo la molestaba.

"Parece que tu invitada está reprimiendo recuerdos de su pasado", dijo Namby.

"¿Qué recuerda?" preguntó Hugh.

"Nada en absoluto. Le hicimos algunas preguntas sencillas sobre su pasado, pero su mente parece estar en blanco respecto a todo lo anterior a su estancia en el cajón."

"Ni siquiera sabe su nombre ni su familia", añadió Jo. "No recuerda de dónde viene ni adónde va. Ni siquiera recuerda lo poco que te contó cuando entró en tu estudio".

"¿Nada sobre la búsqueda de un padre?" preguntó Hugh.

Jo negó con la cabeza.

"No soy un experto en las aflicciones de la mente", dijo Namby, mirando fijamente a Hugh.

"Pero he leído recientemente sobre esto. Ocurre de vez en cuando en los soldados, milord".

"Puede que Grace no sea un soldado, pero sin duda ha pasado por una dura prueba", dijo Jo en defensa de su invitada.

El médico estuvo de acuerdo. "En efecto. La pérdida de memoria es a veces el resultado de un shock repentino o de un golpe en la cabeza", explicó. "Otras veces puede ocurrir durante o después de largos periodos de sufrimiento. En este caso, si a eso añadimos el delirio que acompañó a sus días de fiebre sostenida, no me sorprende algún trastorno posterior de la mente."

La necesidad de olvidar. Hugh lo había visto. Hombres cuyas mentes cerraban el horror que habían presenciado en la batalla. Eran los afortunados.

"¿Se recuperará de ello?", preguntó.

"Tal vez. Con el tiempo". El médico miró el reloj de pared. "Pero es muy posible que sea un proceso lento. Hay que tratarla con paciencia, engatusándola suavemente. Es muy posible que empiece a recordar detalles importantes de su vida -la familia, por ejemplo- y cómo llegó aquí. Cuándo ocurrirá eso ya es otra cuestión".

Al escuchar al médico, Hugh estaba más impaciente que nunca por recibir noticias del empleado que había enviado a Amberes. Esperaba que MacKay encontrara algo que explicara el estado de Grace. Quizá si se reunía con su familia, pensó, recuperaría la memoria más rápidamente.

"Puedo hacer los arreglos necesarios para que la lleven a mi casa en el pueblo", se ofreció el médico. "Como sabes, mi esposa siempre está buscando un 'proyecto', como ella lo llama. Tu joven estará bien atendida. Y mis dos aprendices estarán encantados de ayudarla en su recuperación, estoy seguro".

"Gracias, señor, pero no. Podemos mantenerla aquí", afirmó Jo. Su mirada voló hacia Hugh. "Por supuesto, si no tienes inconveniente".

Lo que sentía no importaba, se recordó a sí mismo. Aunque ejercía de señor de Baronsford, en su mente la casa pertenecía a la familia. Era el lugar al que volvían para celebrar, llorar, curar y reunirse. El tumulto de los recuerdos que despertaba en él la presencia de Grace no podía ser la prioridad. Miró a Jo, la persona que se vería más afectada.

"Si eso es lo que quieres".

"Gracias. Así es", dijo Jo, volviéndose hacia el médico. "La mantendremos aquí, en Baronsford, hasta que haya recuperado las fuerzas".

"Muy bien", dijo Namby. "Entonces volveré dentro de unos días, a menos que me necesites antes".

Antes de atravesar la casa en dirección a su estudio, Hugh escuchó cómo el médico daba instrucciones a Jo sobre lo que debía hacer y buscar mientras cuidaba de Grace.

Namby había mencionado los "proyectos" de su mujer. Jo también los necesitaba. Dividía su tiempo entre Baronsford, Melbury Hall en Hertfordshire y la casa de Londres, y estaba dedicada a la familia. Pero durante toda su vida adulta se había mantenido ocupada con causas que consideraba importantes, sobre todo desde la debacle de su compromiso roto quince años atrás. La casa torre de beneficencia que dirigía con la esposa de Walter era un ejemplo de ello.

Quizá que Grace se quedara en Baronsford también sería bueno para Jo, durante el tiempo que necesitara para recuperarse.

En su despacho, Hugh encontró la pila ordenada de papeles que le esperaban en su escritorio. A su secretaria se le daba bien priorizar los asuntos que requerían su atención. Las invitaciones para el próximo baile anual debían enviarse esta semana, y la lista de invitados estaba en lo alto de la pila.

Al recoger la lista, Hugh contuvo su enfado, aunque sabía lo importante que era el baile para la familia y la comunidad. Aun así, frunció el ceño ante la suave insistencia de su madre en que su nombre figurara en la invitación como anfitrión, en lugar del conde y la condesa. Comprendía su motivación. Desde que él regresó de la guerra, ella se había esforzado por mantenerlo involucrado y hacerle sentir dueño de Baronsford.

Suspiró resignado. El baile era una tradición familiar, y una vez más haría lo que debía. Llamó a su hombre.

Apareció el secretario, con las gafas en la mano. "¿Sí, milord?"

"La lista está bien. Envía las invitaciones".

Sin embargo, cuando estaba a punto de entregar el papel, un nombre de la lista llamó su atención.

Melfort.

Hizo una pausa, con un destello de mal genio calentándole la cara.

"Espera". Señaló la lista con el dedo. "¿Por qué está incluido este nombre?"

El joven miró confuso el papel. "Lo siento, milord. Sir John Melfort ha comprado recientemente Highfield Hall. Él y lady Melfort residen en la actualidad. Supuse que querríais incluirlos".

"Has supuesto mal", dijo Hugh bruscamente. Controló su temperamento al darse cuenta de que su secretaria no conocía la historia entre los Pennington y los Melfort. "Quítate los".

"Por supuesto. Inmediatamente". El joven cogió la lista, ansioso por escapar de la habitación. le llamó Hugh al llegar a la puerta. "Espera, ¿ha visto mi hermana la lista de invitados?"

"No, milord. Lady Jo ha estado demasiado ocupada. Ha pedido que apruebes las invitaciones".

"Bien. Sigue así. Y no le menciones nada de esto".

Jo llevaba quince años sin ver a Wynne, el hermano de Melfort, y lo último que Hugh quería era herirla reabriendo viejas heridas.

No, los Melfort no fueron invitados a Baronsford. Ni este mes. Ni nunca.

Capítulo Siete

"SI YO FUERA el niño Moisés flotando río abajo en una cesta, no habría mejor lugar para llegar a la orilla que éste. De hecho, una muchacha podría hacer algo mucho peor que dejar a su hijo en nuestra puerta".

Ana sacudió un paño para secarse y se lo tendió. Grace salió de la bañera que le habían preparado en la alcoba, frente al fuego, y la criada le puso la toalla sobre los hombros.

"Si fuera una mujer cotilla, podría contarte algunas historias", continuó Anna. "Pero sólo diré que, si un cuerpo estuviera en apuros y necesitara ayuda, Baronsford sería el lugar adecuado para él. Recuerdo una vez, hace unos diez años..."

Grace no necesitaba animarla con preguntas. A la regordeta y afable mujer le gustaba hablar. Los padres de Anna habían prestado servicio aquí y estaba claro que, en su opinión, Baronsford era el paraíso terrenal. A ella y a su familia siempre las habían tratado bien - "igual que a todos los que pertenecían al lugar"- y cantaba con orgullo las alabanzas de la familia.

Entre las jarras de agua caliente que le echaban por la cabeza, Grace había aprendido las historias de los cinco hermanos Pennington. También le hablaron del conde y su esposa, lord y lady Aytoun, que pasaban la mayor parte del año en su finca de Hertfordshire y en su casa adosada de Londres. Aunque nunca había visto ninguno de los dos lugares, Anna estaba segura de que eran las "casas más grandiosas a ese lado del Muro de Adriano".

Pero la noticia más alarmante había venido de la alegre revelación de la criada de que el hijo mayor era el "juez más respetado de Escocia".

Un juez. Grace se estremeció, maldiciendo su suerte. El vizconde Greysteil -el hombre que se había presentado simplemente como Hugh Pennington- no sólo era par del reino inglés, sino también lord juez del Tribunal Comisarial de Edimburgo.

¡*Malchance!* De todas las cajas que había en aquel almacén, ¿por qué tenía que meterse en la que se enviaba a un juez británico?

"Respetado y temido, lo es. Y se habla mucho de él, y también se escribe sobre él", cacareó Anna. "La madre de Su Señoría, lady Aytoun, guarda en la biblioteca de arriba un álbum de folios repleto de escritos sobre sus actividades jurídicas. Está repleto".

Aquí en Escocia, se preguntó Grace, ¿se castigaría a una hija por la traición de su padre o de su abuelo? Como patriota irlandés, Daniel Ware nunca aceptó que fuera súbdito del rey inglés, y ella se iría a la tumba defendiendo su nombre.

Pero ahora no quería pensar en nada de eso. Había sobrevivido a Amberes y a la travesía hacia Gran Bretaña. Nadie la acusaba de nada. No tenían motivos para hacerlo. No había hecho nada malo.

"El fuego está caliente y hace un día estupendo, pero seguro que vuelves a ponerte enferma

estando así". Anna la envolvió con otras dos toallas.

El Dr. Namby era bastante progresista en cuanto a los beneficios del agua caliente y fría en el tratamiento de las fiebres, y a Grace la habían lavado regularmente con esponjas empapadas en agua perfumada de rosas y lavanda mientras yacía en su lecho de enferma. Aun así, había pedido este baño. Necesitaba sumergirse, con la esperanza de erradicar el olor del barco que seguía llenando sus sentidos. Temblando de nuevo, aunque no de frío, se envolvió en las toallas y se sentó en una silla recta. Se preguntó si alguna vez se recuperaría de verdad de la pesadilla que había vivido.

"Lo mejor de todo, señora -continuó Anna alegremente mientras secaba el pelo de Grace-, es que dentro de unos quince días tendrás la oportunidad de conocer al resto de los Pennington. Como cada uno se hace mayor y se marcha a buscar su propio camino, el Baile de Verano, a finales de junio, y la Asamblea de Navidad son los únicos momentos en que podemos estar seguros de que toda la familia se reúne en Baronsford."

¿Quince días? Gracia rogó a Dios que entonces no siguiera en Baronsford. No quería estar aquí ni un día más de lo necesario. Una cosa era que Jo, Anna y el médico la creyeran, pero no podía imaginarse tratando de engañar a toda la familia Pennington.

"¿Qué día es hoy, Ana?"

"Vaya, sigo olvidando que no recuerdas nada, ama", dijo suavemente la criada, dándose la vuelta y encarándose con ella. "Hoy es sábado, veinticuatro de mayo. El mes que viene hará justo dos años de la caída de aquel pequeño tirano francés".

Se preguntó cuán amable sería aquella mujer si supiera que Gracia hacía sólo dos meses que había abandonado la casa de José Bonaparte, el hermano del tirano "pequeño".

24 de mayo. Se esperaba que Grace y su padre llegaran a la villa de la reina Julie, a las afueras de Bruselas, a mediados de mayo. Habían viajado con nombres falsos, pero su padre llevaba correspondencia de Joseph a su esposa. Alguien conocía ya sus verdaderas identidades.

La sangrienta escena de la que había huido en Amberes acudió a su mente. El horror estaba tan fresco ahora como entonces. La pregunta de qué había sido de los cuerpos de aquellos buenos hombres y si habían recibido una sepultura digna la atormentaba. Por mucho que deseara enviar una carta a Bruselas y contárselo a la reina Julie, sabía que sería interceptada antes de salir de esta casa. Aunque encontrara algún modo de enviar un mensaje así de forma segura, no tenía forma de pagarlo.

Se le ocurrió una idea. Tenía un poco de dinero en el bolsillo de su vestido cuando aún estaba en Amberes. Regaló algunas monedas a sus galanes callejeros, pero le quedaba algo cuando subió al cajón. Sin embargo, aunque encontrara el resto, dudaba que fuera suficiente para enviar una carta a Bruselas.

"Creo que has abandonado la cama demasiado pronto".

Grace parpadeó. Jo la estaba observando. Había estado demasiado absorta en sus pensamientos para oírla entrar.

"En absoluto", respondió ella. "Estoy mucho mejor".

Grace se levantó para saludar a su anfitriona, pero la habitación se inclinó. Anna y Jo la cogieron por los brazos cuando estaba a punto de bajar.

"Un día más de reposo en cama sería prudente, creo", sugirió Jo.

"Gracias, pero no podría soportarlo", protestó Grace. "Necesito estar en pie. Respirar aire fresco".

Necesitaba caminar, fortalecerse y prepararse para abandonar este lugar.

"Entonces, aventurémonos hasta el salón", sugirió Jo, indicándole a Ana que siguiera

vistiéndola. "Las ventanas están abiertas y corre una agradable brisa".

La ropa interior y el precioso vestido de muselina azul pálido le quedaban flácidos, pero Grace se alegró de haber dejado el camisón.

"Siento decirte que tu vestido de viaje se ha estropeado", explicó Jo. "Esta ropa es de mi hermana menor, Millie. Es la que tiene la talla más parecida a la tuya".

"Estoy agradecida por volver a llevar un vestido".

Cogiéndola del brazo, Jo la condujo a la habitación contigua.

"Eres más delgada que Millie, pero esta tarde haré venir a la costurera. Modificaremos esto para que te quede bien, y ella podrá tomar medidas para algunos vestidos más".

"Con éste bastará. No necesito más", respondió Grace. "No quiero abusar de la amabilidad de tu familia. Ya habéis hecho mucho por mí".

"Tonterías. Este es nuestro camino".

En la espaciosa sala de estar, una fina alfombra persa cubría el suelo. Alrededor de la chimenea se habían dispuesto con gusto varias sillas tapizadas. Una mesa de escritorio estaba situada para aprovechar la luz de una ventana. Las paredes estaban adornadas con papeles de vivos colores que representaban hileras de hojas y flores, y en el manto había delicadas figurillas pintadas.

Grace aspiró el aroma del heno cortado que entraba por la ventana. No podía saciarse. Después de tantos días en aquel cajón, aquello era el paraíso. El espasmo de tos le sobrevino sin previo aviso. Sentada en un banco acolchado, aceptó agradecida una taza que Anna le acercó.

Grace sorbió la bebida. Té frío y suave con sabor a miel. Le alivió la garganta y la tos remitió. Miró con nostalgia los trozos de cielo azul que había fuera de la alta ventana abatible.

"No deberías cansarte demasiado deprisa", le amonestó Jo con suavidad.

"Ansío salir".

Sintiéndose más fuerte, Grace se levantó y se acercó a la ventana abierta. Abajo se extendía un jardín amurallado, con un agradable diseño de senderos verdes, árboles frutales y macizos de flores bien cuidadas, encendidos de rojo, púrpura y amarillo. A lo lejos, una amplia pradera descendía hasta un bosque. Se veían atisbos de un río. Baronsford era idílico, sin duda.

Un jinete apareció a lo lejos, galopando por el prado. Siguió derecho hacia la casa y se detuvo junto al muro del jardín, bajo la ventana de ella. Cuando el hombre bajó de su reluciente corcel negro, la mirada de Gracia se fijó en su ancha espalda. Los criados vinieron corriendo, y su respuesta inmediata le dijo que tenía que ser el vizconde Greysteil.

Era mucho más alto que el larguirucho mozo que le quitó las riendas del caballo. Algo en su constitución, en la forma en que le quedaba la chaqueta negra, le hacía parecer más corpulento que la mayoría de los hombres. Unos pantalones morenos cubrían sus poderosas piernas, y sus botas de montar brillaban a la luz del sol. Se quitó el sombrero y se pasó una mano por el pelo largo del color de la noche.

Su vago recuerdo de él no la preparó para cuando se volvió. Pómulos altos y firmes. Una mandíbula fuerte y cincelada. La intensidad y la confianza estaban escritas en cada línea de su rostro, en el paso que daba hacia la casa. Era un hombre peligrosamente atractivo.

Alerta de ser observado, dirigió sus ojos hacia arriba, hacia la ventana. Se detuvo, y ella quedó aturdida por el repentino calor que la invadió. Por un momento, permaneció inmóvil ante su mirada. Luego, volviendo en sí, se apartó de la ventana.

Su hermana estaba de pie junto a la chimenea apagada. Gracia volvió a sentarse en el banco acolchado.

"No me imagino que seas una persona acostumbrada a estar enferma", dijo Jo, tomando

asiento a su lado.

No lo estaba. Grace nunca tenía tiempo para estar enferma, sobre todo en los últimos años. Su padre, cada vez más enfermo, dependía de ella allá donde iban. No sólo era la hija y enfermera del coronel Ware, sino también su secretaria: organizaba sus viajes, coordinaba sus horarios, gestionaba su correspondencia. En resumen, hacía lo que había que hacer. Nunca podía permitirse estar enferma.

"¿Recuerdas haber estado enfermo alguna vez?"

Era evidente que Jo intentaba obtener alguna respuesta en relación con el tiempo que faltaba para su viaje desde Amberes, y Grace sabía que la pondrían a prueba constantemente mientras permaneciera aquí. Sacudió la cabeza.

"No siento ningún cambio en lo que recuerdo. Sigo sin saber quién soy ni qué hago aquí. Acabo de preguntarle a Anna la fecha antes de que vinieras. No tengo ni idea de por qué estoy aquí".

Esto era, en parte, la verdad. Realmente no sabía por qué les habían atacado en Amberes con una violencia tan cruel.

"El Dr. Namby ha sugerido que ver algo de tu pasado tal vez pueda estimular tu memoria".

Jo entró en la alcoba y regresó un momento después llevando el vestido de viaje verde oscuro de Grace.

"Llevabas esto puesto cuando llegaste". Lo dejó sobre el banco. "La falda y el corpiño están estropeados, pero quería que lo vieras".

Cuando bajó corriendo hasta el carruaje de la posada del puerto, Grace no había cogido el abrigo pelisse ni el sombrero a juego, ni los guantes ni la retícula. Pensó que regresaría inmediatamente a sus habitaciones para terminar de prepararse para el tramo final de sus viajes. Pasó los dedos por el dobladillo roto y manchado de la falda.

"No sé. Parece un vestido cualquiera".

"Pero uno fino", corrigió Jo. "Mira la calidad del tafetán. La cintura alta y acolchada y los bordados. Deben de haber invertido muchas horas en confeccionarlo".

Era, en efecto, un buen vestido de viaje. Esta prenda y la ropa empaquetada en los baúles perdidos habían costado mucho. Pero en sus viajes por las cortes de Europa, se exigía que la Gracia vistiera y actuara y hablara de forma acorde con la *haut ton*.

"Lo siento. Ojalá pudiera acordarme".

La decepción se reflejó en el rostro de Jo cuando cogió el vestido y lo colocó sobre el respaldo de una silla.

"Hay más cosas que quiero que veas". Jo cogió un retículo de cuentas de la mesa, volvió al banco y se sentó. Le tendió varias monedas.

"Mi hermano encontró esto en el fondo de la góndola".

Grace se quedó mirando las monedas americanas. Centavos de cobre y algunas medias monedas de diez centavos. Las cogió de la mano de Jo, fingiendo estudiarlas.

"Son americanos. Quizá estuviera allí", dijo, intentando parecer esperanzada. "Pero tal vez pertenezcan a otra persona y de algún modo cayeron en la caja".

Intentar utilizar este dinero para enviar una carta a Bruselas sería inútil. ¿Cuánta gente de por aquí aceptaría monedas americanas en una transacción? Su secreto sería descubierto de inmediato. No, esas monedas no le servían de nada. Sacudió la cabeza y las devolvió.

"Ojalá pudiera acordarme".

"Tenemos que mantener la fe en que sucederá". Jo le dio unas palmaditas en la mano. "Haré que Anna se lleve el vestido si ya no lo necesitas".

"Creo que ahora sólo sirve para trapos. Está demasiado estropeado para que nadie se lo ponga".

"Entonces sé agradable cuando venga la costurera", ordenó Jo con buen humor. "Mi hermano insiste en que tengas una selección de ropa mientras estés con nosotros".

Hugh Pennington. Grace se retorció ante la idea de tener que pasar tiempo en su compañía, ahora que conocía su profesión. Intentó no pensar en él como el hombre ferozmente guapo que acababa de ver fuera.

"Pero hay más", dijo Jo. "El bolsillo secreto que encontramos en el vestido".

"¿Un bolsillo secreto?" Era su vestido, y Grace sabía que no había nada raro en él. Desde luego, no había ningún bolsillo secreto.

"Encontramos una bolsa cosida en la cintura".

Grace había trabajado con la costurera. Ella misma había supervisado el diseño, elegido la tela y los adornos, y encargado los accesorios. No había nada de este vestido que ella no supiera.

Curiosa, observó cómo Jo sacaba de la retícula una bolsa de terciopelo negro. Nunca la había visto.

Jo sacó una gran joya de la bolsa de terciopelo.

"Esto es lo que hemos encontrado".

Grace miró incrédula un enorme diamante que Jo le puso en la palma de la mano.

Comprenderlo le produjo una punzada de angustia y luchó contra las lágrimas. Nunca había visto esa piedra, pero podía adivinar lo que era. Y ahora sabía por qué habían matado a su padre. Aquello era lo que buscaban aquellos hombres.

Llevaban un trozo del tesoro de Bonaparte. Aquel diamante debía de pertenecer al vasto tesoro que José Bonaparte se llevó a América. Su padre debía de estar entregándolo de manos de José a su esposa, Julie, en Bruselas.

Con Napoleón encerrado en la isla de Santa Elena, los cazadores de tesoros buscaban el oro y las joyas de Bonaparte, mientras los leales seguidores del emperador se organizaban para liberarlo de nuevo. Una de esas facciones era responsable del asesinato de Daniel Ware. ¿Por qué su padre no le había dicho lo que llevaban en secreto? No tenía sentido que se lo ocultara cuando le confiaba mucho más.

Gracia pensó en lo diferente que podría haber planeado su viaje si lo hubiera sabido. Habrían viajado con más hombres para proteger el tesoro. Habría sido mucho más precavida. Y este vestido. Acababa de sugerir que lo desecharan por harapos; el diamante se habría perdido para siempre.

Le corrió un sudor frío por la espalda. Quizá hubiera sido lo mejor. Teniendo en cuenta todo lo que había perdido, deseó que nunca se hubiera descubierto la joya.

Al darse cuenta de que la observaban, Grace dejó escapar un suspiro frustrado. "Nunca había visto esto. No sabes lo asombrada que estoy".

"¿Ningún recuerdo en absoluto?"

Lo miró fijamente y sacudió la cabeza. "Si estaba en el vestido, supongo que debe de ser mío. Pero no recuerdo haberlo tenido".

Grace volvió a poner el diamante en la mano de Jo.

"¿Puedes guardármelo?"

Las tensas líneas que rodeaban la boca de Jo se suavizaron. Su mirada se apaciguó y su rostro mostró su asombro ante la confianza que Grace depositaba en ella.

"Podemos encerrarlo en el cofre de hierro de mi hermano. Ahí es donde ha estado desde que lo encontramos".

"Gracias", dijo ella.

Jo introdujo el diamante en la bolsita de terciopelo y lo volvió a dejar caer en su retícula.

Grace se levantó y se acercó a la ventana abierta. El vizconde y su caballo habían desaparecido, y ella miró las oscuras nubes que se acumulaban en el horizonte.

Todo había cambiado. Antes del descubrimiento de este diamante, había sido simplemente la hija de un supuesto traidor. Ahora era una conspiradora. Al llevar esta joya, se había convertido en una agente al servicio de Napoleón y su familia, y no había forma de que pudiera convencer a esta gente de lo contrario.

Capítulo Ocho

HUGH SE APARTÓ y se secó el sudor de la cara con el dorso de la mano. Avanzaba en el granero de carruajes, pero el sol de la tarde cruzaba el cielo demasiado deprisa.

"¿Qué te parece?", preguntó al gato de rayas grises que le observaba desde lo alto de un barril junto a la puerta.

Respirando hondo, Hugh se lanzó de nuevo a su tarea. Truscott había prometido poner a Darby a su disposición dos tardes a la semana, y mañana iba a ser su primer día juntos. Hugh quería que todo estuviera en orden para que pudieran ponerse a trabajar.

A pesar de todo su esfuerzo, el granero sólo se había vaciado a medias. Lo que quedaba seguía siendo una caótica maraña de barriles, cuerdas, redes y poleas. Algunas cosas no las quitaría. El aparato de paracaídas inservible que colgaba de la pared del fondo. El viejo sobre de seda suspendido de las vigas. El largo cajón que contenía el nuevo sobre, barnizado y listo para inflar. La nueva góndola.

Hugh sacó un rollo de cuerda de un rincón, levantando una nube de polvo y enviando un puñado de ratones corriendo en todas direcciones. Miró con desdén al gato, que se lamía las patas e ignoraba la situación.

Tras arremangarse un poco más la camisa, Hugh se quitó el polvo de los pantalones y sacó un rollo de red. Siempre se sentía más feliz cuando realizaba un trabajo físico. Truscott y Simons nunca dejaban de mirarle con recelo cuando rechazaba sus ofertas de enviarle a un muchacho de los establos o de las cocinas para que le ayudara a mover las cosas. Y era algo más que el esfuerzo físico. Hugh pensaba mejor cuando estaba activo.

Sin duda, tenía muchas cosas en la cabeza. Casos y juicios. Actualmente se hallaba en medio de la resolución de un caso relativo a la legitimidad de dos hijas y su derecho a suceder en la herencia de un par. También estaba el próximo asunto relativo a una madre sorda acusada de ahogar a su propio hijo en el Clyde. El caso llevaba casi medio año languideciendo en los tribunales inferiores. Hugh escucharía en su sala los argumentos al respecto en la sesión de otoño.

Aparte de su trabajo en el poder judicial, tenía que decidir sobre el asunto de arreglar la presa. Truscott necesitaba una respuesta suya sobre la contratación de vagabundos irlandeses. No es que tuvieran muchas opciones. Había que reparar la presa antes de que las lluvias de otoño ejercieran más presión sobre ella.

La inminente llegada de su familia también requería su atención. La casa había trabajado duro para prepararlos, pero él quería que todo estuviera perfecto para su estancia.

Inevitablemente, le vino a la mente la imagen en la que había intentado no pensar. Grace, mirándole desde el piso superior del ala este cuando llegó a la casa ayer. Aquel momento le

había sobresaltado. Incapaz de apartar la mirada, Hugh permaneció inmóvil como un colegial, contemplando los rizos sueltos de oro que se secaban alrededor de los hombros de Grace. Sabía que sus ojos, fijos en él, eran azul zafiro. Sus labios le fascinaban y su voz, de una riqueza profunda, fluía sobre él como la seda. Y estaban las cosas que decía. Incluso en estado febril, le intrigaba.

Cuando se apartó de su vista y recuperó el pensamiento racional, se alegró de ver que estaba lo bastante bien como para permanecer de pie junto a la ventana. Su cuerpo se estaba recuperando, aunque su mente no. Jo le contó después la total falta de reacción de Grace al ver el vestido, las monedas y la joya. Y su invitada no había vuelto a mencionar a su padre.

Puede que Grace no lo recordara, pero Hugh se imaginaba que un hombre muy perturbado estaba en ese mismo momento rastreando las posadas y almacenes del muelle de Amberes.

"No creo que estés lo bastante presentable para una presentación".

Al oír la voz de Jo, Hugh se volvió. Ver a Grace de pie junto a ella en el umbral de la puerta le produjo la misma oleada inesperada de placer que ayer.

Era un palmo más alta que su hermana y lo bastante delgada para flotar con una ligera brisa. Una cofia de paja apenas contenía las trenzas rubias recogidas con alfileres. Llevaba una chaqueta spencer azul oscuro sobre un vestido blanco, y él trató de desterrar de su mente la imagen de ella de pie en su estudio, en camisón. La brillante luz del sol que había a sus espaldas la silueteaba, lo que dificultaba cualquier escrutinio minucioso de su rostro.

"Quizá deberíamos volver más tarde", dijo Jo, rompiendo el silencio.

"¿Presentaciones?", repitió, sin dejar de mirar a Gracia. "Ahora es tan buen momento como cualquier otro. Dame un momento".

Hugh se bajó las mangas y cogió el abrigo de una percha. Ella observaba todos sus movimientos.

No era necesaria una presentación, pero Jo se esforzó por mantener las formas. Sin tratar de ocultar su admiración fraternal, desgranó su título, sus distinciones militares y su cargo en el Tribunal del Economato como si fuera la pregonera de un espectáculo ambulante. Él casi esperaba que incluyera "dama barbuda" en su lista de elogios.

En algún momento de la larga presentación, Hugh se dio cuenta de que la mirada de su invitada se desviaba furtivamente hacia el contenido del establo. Era evidente que no estaba tan impresionada como Jo por sus credenciales.

"Señorita Grace", dijo cuando su hermana terminó.

"Lord Greysteil".

Se inclinó y, al hacer ella una reverencia, notó que un rubor coloreaba sus mejillas.

"Como no conocemos tu apellido, espero que referirme a ti como "señorita Grace" no sea inapropiado".

"Eso estará bien, mi señor".

"Me alegro de verte en pie. Supongo que te encuentras mejor".

"Efectivamente. Todos han sido muy atentos y amables. No he podido evitar mejorar".

Al verla ahora, notó algo más que la mejora de su salud. Su mirada era directa, sus modales serenos y seguros. Su rostro era serio; no le gustaba sonreír sin motivo. Aunque Hugh sabía que muchas mujeres la empleaban como arma para seducir a un nuevo conocido, Grace no era una de ellas.

"Y te encuentras lo bastante bien como para permitir que mi hermana te saque a pasear, por lo que veo".

"Grace ha estado insistiendo en tomar un poco de aire fresco", explicó Jo. "He pensado que

podríamos ir en dirección a los acantilados que dan al río. No queremos ir demasiado lejos y cansarla demasiado".

Hugh echó un vistazo al desorden que había a su alrededor. Seguiría esperando si se unía a ellos.

"Pero antes de empezar", continuó Jo, "¿serías tan amable de entretener a Grace unos momentos mientras hablo con uno de los mozos de cuadra sobre los caballos para mañana?".

"¿Montas?", preguntó a Grace.

"Tu hermana sugirió la salida. Lo sabremos mañana", respondió ella. "Y prometo ser prudente. No quiero huesos rotos que puedan empeorar mi estado o alargar mi estancia en Baronsford".

"Haré que los muchachos elijan la montura más suave para ella", le aseguró Jo, dejando a los dos solos.

Hugh salió al sol por las puertas abiertas de par en par. Tan cerca, ella no era tan valiente en su abierta valoración de él. Siguió mirando hacia el granero. Un mechón de rizos dorados se había escapado de la cofia y ahora le colgaba de los labios. Cuando ella alzó la mano para apartárselo, él se fijó en el dedo anular sin adornos.

"Estás demasiado débil para unirme a nosotros en el comedor, pero lo bastante fuerte para caminar hasta el río", se burló. Anoche se había llevado una bandeja a su habitación. "Espero que no sea la compañía lo que te mantiene alejada".

"Os pido disculpas, mi señor. Sólo hace dos días que abandoné mi lecho de enferma". Se volvió hacia él. "Espero que no te ofendas. No creo que hubiera sido muy buena compañía".

Por muy llamativo que le pareciera el color de sus ojos antes, su estimación se disparó hoy. Delicados anillos de oro rodeaban sus iris azules.

"Apenas ofendido. Aunque no puedo imaginar que no seas la mejor compañía", dijo. "Verás, no es demasiado frecuente que tengamos el placer de contar con un invitado tan misterioso aquí en Baronsford".

"Tendréis que disculparme, mi señor, pero como no recuerdo mi pasado, me resultaría difícil que me inspeccionaran y juzgaran en compañía extraña. Después de todo, no puedo ofrecer nada sustancial con lo que defenderme".

Siempre que Jo estaba en Baronsford, la cena formaba parte de una serie continua de visitas y compromisos sociales. Anoche sólo había sido la familia, pero tenían que decidir cómo explicarían la identidad de Grace y su presencia aquí. Su reserva era razonable. Como juez, comprendía la tensión que sentían quienes testificaban. Sufría por su pérdida de memoria y por verse arrojada entre extraños. Aun así, se sintió inclinado a bromear, con la esperanza de suavizar la coraza de inquietud.

"Asumes que la gente pensará lo peor, sin saber tu nombre ni tus antecedentes".

"Mejor el diablo que conoces que el diablo que no conoces", dijo, apartando la mirada en la dirección en que se había ido Jo. "Creo que ésa es la actitud general en Inglaterra.

"Entonces menos mal que estamos en Escocia", dijo con ligereza. "Pero tienes razón. Aun así, ¿no es ésa la naturaleza humana, independientemente de dónde se viva?".

"Me tienes en desventaja, ya que apenas puedo utilizar mi experiencia personal en el argumento".

"Cierto, pero tu comentario indica que no eres inglés".

"¿Lo ves? Ni siquiera en esto puedo defenderme". Volvió a centrar su atención en el establo del carruaje.

Hugh reconoció la profundidad de su malestar y buscó un tema que la distrajera de su dilema

actual. Ella eligió por él.

"Lady Jo me dijo que habías encontrado las monedas".

"Sí, lo hice. Aquel primer día. Estaban en el fondo de la cesta".

Hugh volvió a preguntarse si podría ser americana. Tenía familia que llamaba a Boston su hogar. Pierce, su tío, y su mujer, Portia, vivían allí con sus hijos. Ahora que la guerra con las antiguas colonias había quedado atrás, quizá él y Jo pudieran presentar a Grace como una conocida de sus parientes americanos.

"Esas monedas podrían ser una pista sobre tu procedencia".

"Tal vez. No puedo decirlo".

Pensó en el día en que ella llegó. "Cuando te llevaba a la casa, murmurabas versos de una balada. ¿La recuerdas?"

"Supongo que me debe gustar leer. Recuerdo haber oído mi propia voz en el cajón, recitando versos. De qué obras procedían y cuándo me topé con ellas...". Se encogió de hombros.

Hugh reprimió una sonrisa, pensando en el febril deseo de ella de leer sus diarios jurídicos en el estudio. "Tenemos dos bibliotecas bien equipadas aquí en Baronsford. Puedes utilizarlas cuando quieras".

"Gracias, mi señor. Eres muy amable". La atención de Grace se volvió hacia la góndola en la que había llegado. "¿Es ésta?"

"¿Quieres verlo más de cerca?"

"Por favor", dijo ella, siguiéndole al granero.

"Limpiamos la cesta por completo. Aparte de las monedas, no había nada más que indicara su posible procedencia, aparte de Amberes."

Lentamente, rodeó la cesta y miró en su interior.

"Esto debe de ser como encontrarse con un viejo amigo".

"En realidad, ahora sé lo que pudo sentir Lázaro al pasar por su cueva funeraria". Se estremeció. "O cómo se siente un antiguo preso al volver a ver su celda".

Cinco días, pensó. Cautiva. Aislada casi en la oscuridad, conociendo su entorno sólo por el tacto. Sin saber nunca si volvería a ver la luz del día.

Señaló las puertas abiertas. "Quizá deberíamos irnos. No pretendo atormentarte".

"Sois muy amable, milord, pero pedí verlo", dijo Grace en voz baja. Volviendo la vista hacia la cesta, añadió: "Y ahora estoy bien".

Mientras Hugh la observaba, se preguntó si estaría buscando algo que pudiera devolverle su pasado olvidado. Se puso a su lado.

"Jo me ha dicho que sólo recuerdas el tiempo que pasaste dentro de la góndola. E incluso esos recuerdos son dispersos y limitados".

"Limitado en todos los aspectos".

No era su imaginación que ella estaba cada vez más pálida. "Te estoy presionando".

"Lo que se me queda grabado es mi respuesta a lo que creía que era una muerte segura", prosiguió. "Supongo que desear que llegue el final, rezar para que cada aliento sea el último, es una emoción demasiado poderosa para olvidarla".

"Siento que un instrumento de mi avocación haya sido la causa de tu calvario".

"Puede que no recuerde el pasado, pero estoy seguro de que ni tú ni esta cesta podéis ser responsables de nada de ello".

Lentamente, se giró y echó un vistazo al resto del equipo.

"¿Eres globero?"

"Culpable. Como ves, volar es mi pasión", le dijo Hugh.

Pasando junto a barriles y montones de redes, se detuvo y miró las cuerdas anudadas que colgaban como dogales de las vigas.

"¿Y ese globo es lo único que te mantiene en el aire?", dijo, señalando la seda desinflada.

"Se llama sobre. Pero sí, eso y el gas que lo llenará".

"Dicen que hay una delgada línea entre el valor y la locura".

"Eso me dice mi hermana", respondió sonriendo.

"Los humanos han estado ligados a la Tierra desde el Jardín del Edén".

"Es cierto. El hombre lleva apenas treinta años volando. Pero cada día aprendemos más cosas sobre el vuelo. En esta era moderna, Dédalo e Ícaro ya no son seres míticos; los hombres surcan los cielos y se batan en duelo con las estrellas."

"Y, por supuesto, qué mejor manera de morir". Grace le miró con un atisbo de sonrisa.

Su comentario le pilló por sorpresa. Hugh no pudo contenerse. Se rió a carcajadas.

La siguió hasta un banco de trabajo, donde ella cogió una pequeña polea de poleas. Mientras ella giraba la rueda, su mirada se fijó en la delicada curva de su oreja, en la suave sombra que jugueteaba a lo largo de su garganta, en la cinta blanca de su cofia, que descansaba ligeramente sobre el oleaje de su pecho.

"Te envidio", admitió. "¿Cómo es ver el mundo desde ese punto de vista?".

Le encantó su interés.

"Cuando estás en las alturas, sólo ves la belleza. Los campos y los bosques son como una colcha de retazos. Ves un vasto patrón de formas geométricas, bordeado de flecos, que se aleja hacia cada horizonte. Miríadas de tonos verdes y marrones dorados saludan a la vista".

"Suenan muy bonito".

Volvió a mirarla a los ojos. Sólo había visto ese tono de azul en el cielo matutino sobre las colinas de Eildon.

"¿Alguna vez tienes miedo?"

"Sólo un necio no siente miedo cuando está justificado. Es temerario ignorar el riesgo de una muerte inminente. Al mismo tiempo, vivir con miedo es un tipo de muerte. Hay que vencerlo", le dijo. "No podemos dejar de vivir la vida al máximo simplemente porque la muerte nos espera en algún lugar del futuro".

Hugh se detuvo, dándose cuenta de que hablaba tanto consigo mismo como con ella.

"Si no es ahora", murmuró, "sin embargo llegará".

"La disposición es todo".

Estaba citando a *Hamlet*. Estaba impresionado. Hugh vio que su mirada se desviaba hacia la góndola.

"Te enfrentaste al miedo en esa cesta", dijo. "Sube conmigo. Ven en mi próximo vuelo".

Se sobresaltó al oír su propia invitación.

Grace se abrazó a sí misma. Se lo estaba pensando, y a él le animó que ella no se negara inmediatamente.

"¿Lo dices en serio?"

"Así es. Pero debo decirte que es la primera vez que invito a una mujer a acompañarme en el aire".

"No tengo recuerdos del pasado", dijo, mientras sus ojos recorrían el contenido del granero. "Pero creo recordar haber hecho alguna vez algo tan imprudente".

"Entonces debes venir. Qué mejor manera de sustituir un recuerdo terrible que con uno estimulante".

"Eres un maestro de la persuasión". Ella se rió. Era la primera vez que la oía reír. Hugh

decidió que nunca había oído un sonido más encantador.

Levantó la vista hacia él, con los ojos brillantes de interés. "¿Cuándo piensas volver a volar?"

"Espero llevar este nuevo equipo a lo alto en unos quince días".

El sonido de la voz de Jo llegó hasta ellos.

"Entonces acepto".

Sus palabras tardaron un momento en calar.

"¿De verdad? ¿Irás sola conmigo en esa cesta? ¿En lo alto del aire?"

"Ya he dicho que es una buena forma de morir". Su rostro estaba sereno, pero había vuelto ese atisbo de sonrisa. "Cuando estés preparada para volver a volar, si sigo aquí en Baronsford, lo haré".

Hugh vio cómo Grace tocaba la cesta una vez más mientras salían.

Sus palabras resonaron en su mente. *Si sigo aquí*. Había pensado que la duración de su estancia dependería del tiempo que pasara hasta que ella recordara. O del tiempo que tardara su empleado en volver de Amberes con información sobre su identidad. Ahora, por primera vez, mientras la seguía hacia el sol de la tarde, se le ocurrió que su hombre podría regresar con un familiar que la reclamara.

"¿Nos acompañarás a cenar esta noche?", preguntó.

"Me temo que no, mi señor", dijo Gracia. "Veo que voy a necesitar descansar y reponer fuerzas".

Le decepcionó que ella no se uniera a ellos.

Jo estaba esperando más allá del equipo esparcido alrededor de las puertas abiertas. "Todo está arreglado para mañana. He elegido una yegua preciosa. Estarás a salvo".

Hugh decidió que sería mejor no mencionar el viaje en globo. "¿Qué planeas para mañana?"

"He pensado que después del desayuno cabalgaremos hasta el lago del parque de los ciervos".

"Me uniré a ti".

Los guantes de Grace resbalaron de su mano. Hugh los recogió y esperó a que ella la mirara antes de devolvérselos.

La calidez de su mirada confirmó su impulso.

"Hasta mañana, pues", dijo con una reverencia.

Capítulo Nueve

"MALDICIÓN, DOBLE MALDICIÓN", murmuró Grace en voz baja.

Un noble inglés. Un oficial de caballería condecorado por sus acciones en la guerra contra Napoleón. Un juez del Tribunal Supremo, por el amor de Dios. ¿Cuántas marcas contra él necesitaba?

Grace se ciñó más el chal y se detuvo ante otra escalera. No creía haber pasado antes por ellas, pero no estaba segura. Los ruidos de la cena subían desde la planta baja. Antes había oído llegar a gente en carruajes. ¿Familiares, amigos, vecinos? No era asunto suyo.

Se asomó por una larga galería a lo que, estaba segura, debía de ser el ala oeste. Decidió arriesgarse. Echando un vistazo por encima de la barandilla, Grace apretó con más fuerza contra su pecho el libro que había encontrado en su salón y se apresuró a bajar por el pasillo. Con un poco de suerte, encontraría la biblioteca antes de que oscureciera.

Una marca contra él o cien, no parecía importar. Cada palabra y cada mirada que habían intercambiado volvían a ella, y Grace no podía calmar a los colibríes que hacían estragos en su vientre.

"¿Qué te pasa?", murmuró. "No eres una niña".

Fuera del granero de carruajes, se había quedado de pie con Jo mientras el compañero trabajaba, sin darse cuenta de su público. El abrigo a un lado. Las mangas de la camisa remangadas sobre los musculosos antebrazos. El sudor brillaba entre las manchas de suciedad de su rostro. Su pelo oscuro y despeinado completaba el conjunto.

No pudo evitar admirar los músculos que se flexionaban bajo la camisa mientras él levantaba el equipo. Incluso ahora, el recuerdo de sus largas y poderosas piernas y de los pantalones estirándose sobre sus fuertes nalgas la hizo entrar en calor.

Y más tarde, hablando con él, la atrajo. Le hizo sentir su pasión. Incluso había accedido a volar con él. Estaba claro que había perdido la cabeza.

En su vida, había conocido a soldados y cortesanos por montones. Políticos de alto rango, hombres ricos y de posición. Ninguno le había ofrecido lo suficiente para tentarla a abandonar el bando de su padre. Había rechazado las tentaciones románticas de los hombres más veces de las que podía contar. El *affaire de coeur* era el principal pasatiempo entre los cortesanos, tanto hombres como mujeres, aunque a menudo el *coeur* quedaba totalmente al margen del *affaire*. Incluso había rechazado varias ofertas serias de matrimonio. Era curioso que ahora, a la madura edad de veintiocho años, estuviera enamorada de un completo desconocido.

Ella sabía la razón. Nunca -independientemente de lo apuesto, guapo o poderoso que fuera el *pretendiente*- había sentido la chispa que aquel hombre encendía en ella.

Había oído a otras mujeres hablar del deseo en los términos más íntimos en la corte. El

estremecimiento que te recorría con sólo verlo. El hormigueo que recorría la superficie de tu piel. El calor líquido que se acumulaba en lo más profundo de tu vientre cuando te susurraba al oído. Las imaginaciones eróticas que llenaban tu mente en los momentos más inoportunos. Mientras caminaba, se preguntaba cómo sería hacer el amor con él. Pasar las manos por sus musculosos hombros y espalda. Apoyar todo su peso sobre ella.

Se detuvo en seco. Abandonar Baronsford no podía ser lo bastante rápido. Hugh Pennington era demasiado peligroso para tener pensamientos eróticos.

Grace mendigaría o robaría un caballo si fuera necesario para dejar atrás este lugar. Caminaría si fuera necesario. Le haría cumplir su promesa de llevarla a lo alto. Napoleón utilizaba globos para observar los campos de batalla. En las alturas, podría ver la mejor forma de escapar de Baronsford.

Avanzando rápidamente por la galería, Grace trató de no distraerse con los cuadros montados en la pared. Baronsford era tan grandioso como muchos de los grandes palacios europeos en los que había vivido. E igual de complicado de maniobrar. Intentó no pensar en la diferencia entre familias como los Pennington, en las que la historia de generaciones pasadas definía sus vidas, y alguien como ella. Su historia familiar había sido prácticamente borrada.

Y eran los ingleses los que querían borrar a su familia.

¿Dónde estaba la maldita biblioteca?

Al final de la galería, Grace siguió una serie de pasillos que subían y bajaban cortas escaleras y parecían no llevarla a ninguna parte.

Estaba perdida, pero no sólo esta noche. Sin su padre, ¿qué camino le quedaba por delante? No le quedaba nadie. Y si alguna vez conseguía llegar a Bruselas, nadie la estaría esperando.

El coronel Ware había servido fielmente a Napoleón y a su familia. Les había sido útil durante muchos años y en muchas funciones. Su padre era un formidable oficial de caballería cuando la guerra lo requería. Desde la caída del emperador, había demostrado ser un astuto negociador entre José Bonaparte y el presidente Madison.

Pero la Gracia no les servía para nada.

Al pasar junto a las puertas abiertas, empezó a pensar que tal vez no estuviera en el ala oeste.

Hugh le había ofrecido el uso de las bibliotecas y, antes de cenar, Jo le explicó la diferencia entre la de arriba y la de abajo. La de arriba era mucho más pequeña, pero era una de las favoritas de su madre. Grace no reveló a Jo lo que Anna le había contado sobre el folio de recortes de la condesa acerca del vizconde Greysteil.

No era pasar el tiempo frívolamente lo que Grace tenía en mente. Una estrategia previa a la batalla de su padre consistía en aprender todo lo posible sobre su oponente. Eso era exactamente lo que pensaba hacer. La cortesía exigía que dejara de negarse y empezara a reunirse con ellos en el comedor para comer. Pero mañana Hugh les acompañaría en su paseo. Con el hermano y la hermana trabajando juntos, Grace estaría en el centro de una inquisición.

Y cada pregunta, independientemente de quién la hiciera, se estaba convirtiendo en un reto mayor. Grace deseaba saber más sobre la pérdida de memoria. Necesitaba decidir hasta qué punto debía jugar a este peligroso juego. Su identidad. Su educación. Su capacidad para tocar música. O hablar idiomas. O recordar los libros que había leído. La constancia sería la clave de su supervivencia, pero cada hora que pasaba le daba más pánico.

En el granero de carruajes, Hugh le había preguntado si recordaba la balada que había estado recitando. Era una bendición que él no supiera el resto, pues era una balada trágica que ella había oído cantar a los soldados irlandeses en el campamento de Napoleón.

Podría haber quedado expuesta antes incluso de entrar en razón.

Hoy, Gracia vio lo fácil que era distraer al vizconde con un tema que le interesara. Esta noche, necesitaba aprender más sobre aquel hombre para poder hacerle más preguntas, entablar conversaciones con él y mantener el foco de toda discusión en él.

Sumida en sus pensamientos, Grace dobló una esquina y casi chocó con una mujer diminuta que llevaba una vela. Era el ama de llaves.

"Mis disculpas, señora".

"No, ha sido culpa mía, señora Henson", respondió Grace. Jo las había presentado aquella mañana. "Salí en busca de la biblioteca superior y me he perdido por completo".

"No es difícil darse la vuelta en esta ala. Sígueme, estaré encantada de enseñártelo".

Grace siguió los enérgicos pasos de la mujer, recordando los comentarios de Jo sobre la dedicación del ama de llaves. No paraba desde el amanecer hasta el anochecer.

"¿Te ha parecido que faltaba la bandeja de la cena enviada a tu habitación, ama?"

"¡No! Al contrario, estaba delicioso. Por favor, dale recuerdos al cocinero".

"Pero sólo probaste un poquito de la sopa". El rostro pellizcado de la señora Henson se giró ligeramente y miró a Grace por el rabillo del ojo. "El resto estaba intacto".

Una prueba más de que la vigilaban de cerca.

"La sopa me pareció celestial. El sabor de las almendras y la nata era exquisito", dijo. "Me habría encantado terminarme todo lo que me enviaron, pero sigo las indicaciones del Dr. Namby sobre la necesidad de empezar poco a poco. Para ser sincera, soy un poco tímida a la hora de comer demasiado de una vez".

"¡Bah!" La señora Henson agitó una mano en el aire. "Con todos sus aires, nuestro médico no es más que un serrucho de pueblo. Ha hecho su trabajo y es mejor que acabes con él. Ahora nos dejás que volvamos a poner un poco de carne en tus huesos, ama".

"Mañana comeré más", se ofreció Grace. "Te lo prometo".

"Se lo diré a la cocinera. Se alegrará".

El ama de llaves abrió una puerta, y Gracia se encontró en el umbral de una gran habitación sumida en la oscuridad.

"Como su señoría prefiere la gran biblioteca del primer piso, no solemos ventilar ésta a menos que Lady Aytoun esté de visita. Pero el fuego está preparado. Te lo encenderé".

"¿Crees que a la condesa le importaría que utilizara esta habitación?" preguntó Gracia. "Si es un problema, puedo...".

"No se lo piense dos veces, señora", dijo el ama de llaves, cortando su protesta. "A Su Señoría no le importará en absoluto. De hecho, estoy segura de que estará encantada de saber que otra persona lo utiliza. Así es ella. De gran corazón y bondadosa, eso es lo que es".

Definitivamente, la naturaleza de la madre se había transmitido a la siguiente generación, pensó Grace. Jo y Hugh habían sido muy amables.

"Te prepararé la habitación en un santiamén".

La Sra. Henson encendió el fuego y luego correteó por la biblioteca, encendiendo velas y corriendo las cortinas. El cielo más allá de las ventanas era una paleta de colores de atardecer de artista.

Todas las paredes estaban cubiertas de libros desde el suelo hasta el techo. Cerca de la ventana había un escritorio, y en los rincones había cómodos sillones y sofás. La alfombra, aunque elegante, mostraba el cómodo desgaste del uso frecuente. Sobre la repisa de la chimenea había un despliegue de abanicos pintados y figuritas de porcelana, y en un rincón, junto a otra puerta, sonaba un gran reloj.

La mirada de Grace se fijó en una mecedora infantil situada junto a una mecedora para

adultos a juego. Había una colección de bloques de madera apilados en un taburete bajo cercano. Entre las sillas había una cesta tapada, y sintió que probablemente contenía más juguetes infantiles.

Esta sala no era la típica gran biblioteca de un gran castillo destinada a impresionar. Era un lugar de confort. Grace comprendió por qué la condesa la utilizaba cuando estaba aquí.

El ama de llaves pasó un dedo por una mesa, comprobando discretamente si había polvo. El resultado parecía pasar la inspección.

"Muy bien, señora. ¿Puedo enviarte una bandejita? ¿Quizá un bocado de cena caliente para ayudarte?".

"No. Gracias". Grace sonrió. "Pero prometo comer mejor mañana. Ya verás".

Satisfecha, se dirigió a la puerta. "Puedes usar el timbre si necesitas algo".

"Tengo una pregunta, señora Henson. ¿Hay algún niño en Baronsford?", preguntó, señalando los bloques y la pequeña silla.

El ama de llaves arrugó la frente. "Sí. Bueno, antes sí. Pero ya no. Una gran tragedia para todos nosotros".

Antes de que Grace pudiera seguir hablando del tema, el ama de llaves salió corriendo de la habitación.

Ocho cenaron con ellos esta noche. Su vecino, el escudero Lennox, Walter y Violet Truscott, el vicario y su esposa, y tres miembros del consejo de la aldea de Melrose. Así eran las cenas en Baronsford siempre que Jo estaba aquí. Invitaba a todos los que tenían alguna relación con la familia. Nadie era despreciado ni olvidado, y nadie era invitado más de una vez cada quince días. Esto le venía muy bien a Hugh. Cuando su hermana no estaba, rara vez recibía visitas para cenar y aún menos aceptaba invitaciones para cenar fuera. Truscott y Violet, por supuesto, eran una excepción.

La cena de esta noche no debería haber sido diferente a la de cualquier otra noche, y sin embargo fue *muy* diferente. Sus invitados habían intercambiado agradables conversaciones alrededor de la mesa. Las mujeres se habían retirado al salón durante unos instantes. Las discusiones se habían centrado en la política, la economía y el accidente más reciente en la mina de Leadhills. Y durante todo ese tiempo, los pensamientos de Hugh se habían centrado en Grace.

Sentado en su estudio después de que los invitados se hubieran marchado, se dio cuenta de que no era sólo esta noche. No es que no le hubiera prestado atención antes, pero esta tarde su belleza le había pillado desprevenido. Desde luego, disfrutaba de su ingenio y de su conversación, pero había algo más: el matiz de su sonrisa, el arco de sus cejas, la elegante facilidad con que se movía. Y sus ojos, claros y azules como un cielo de zafiro. No era de extrañar que no pudiera dejar de pensar en ella.

Y se había ofrecido a llevarla a volar en globo.

Hugh no pudo evitar preguntarse si realmente le acompañaría en su próximo vuelo. Quizá sólo había dicho que sí por cortesía. Quizá nunca esperó que la obligaran a cumplir su promesa. Nadie de su familia, ni nadie lo bastante cercano como para llamarlo amigo, había accedido nunca a acompañarle.

Abandonando por fin su empeño en realizar algún trabajo, Hugh cogió una vela y se encaminó hacia el ala oeste. Una buena noche de sueño le ayudaría a despejar la mente.

No podía negarlo, se sentía fascinado por ella, atraído por ella. El misterio de su procedencia

o de lo que iba a ser de ella ya no era la fuente de aquella atracción. Hablaron de volar en globo, pero ahora su mente se sentía atraída por un deporte diferente. Uno que implicaba una cama y una piel y sus largas piernas... y unas horas lujosas de dar y recibir placer.

Tiró de su corbata y sintió que la entrepierna de sus pantalones se estrechaba.

Si se hubieran conocido en otras circunstancias, en otro lugar que no fuera Baronsford, Grace era exactamente el tipo de mujer con la que le habría gustado tener una aventura.

Momentos después, caminando a grandes zancadas por la galería del ala oeste, Hugh se detuvo ante un retrato que había contemplado mil veces. Con la vela en alto, miró a los ojos de Amelia y de su hijo.

Como si alguien hubiera vaciado un cubo de agua fría sobre él, volvió la claridad. Estaba en Baronsford. No podía. No debía. La culpa reforzó el pensamiento.

No, no podía ir a montar con ellos mañana. Era imposible. Incluso con Jo, pasar tiempo con Grace sólo avivaría un deseo que no debía permitir.

Dándose la vuelta, se dirigió al final de la galería y empezó a recorrer los sinuosos pasillos hacia su habitación. Se había decidido. Por la mañana le comunicaría a Jo que no se uniría a ellos.

El sonido de un golpe procedente de una de las habitaciones del pasillo detuvo en seco a Hugh.

Capítulo Diez

EL VOLUMEN de letras doradas estaba más alto de lo que ella podía alcanzar. Enrollando la escalera de la biblioteca a lo largo de una pared llena de ediciones encuadernadas de colores de Ovidio y Horacio, Burney y Scott, Pope y Burns, Grace respiró el reconfortante olor del cuero y el papel. Subió hasta el tercer peldaño, y el libro que buscaba estaba metido bajo el brazo cuando miró hacia abajo. De inmediato, el suelo se inclinó alocadamente y unas manchas de color bailaron ante sus ojos.

"Oh, no", murmuró, agarrándose a la barandilla lateral de la escalera. Falló.

El libro cayó con estrépito mientras ella se agitaba en busca de cualquier cosa a su alcance. Su cuerpo se balanceó como una persiana suelta al viento. Su espalda chocó contra las estanterías y sus dedos aferrados encontraron la parte superior de una hilera de volúmenes que levantaron el vuelo de inmediato.

Con un grito agudo, Grace la siguió.

Se precipitó al suelo entre libros que caían, golpeándose la cabeza con la pata de una mesa cercana. Como una bandada de pájaros heridos, los volúmenes yacían esparcidos a su alrededor y bajo ella. Una esquina especialmente afilada se le clavó en las costillas.

El codo se había llevado la peor parte del brusco aterrizaje y la alfombra le quemaba la piel. Gimió, rodó sobre la espalda y se quedó mirando la estantería vacía.

"No está bien. Nada bien".

Tenía que volver a colocar esos volúmenes en las estanterías. Y eso significaba que tendría que subir de nuevo a aquella escalera. Las alturas nunca habían sido un problema. El mareo debía de ser consecuencia de que aún no se había recuperado del todo. La Sra. Henson tenía razón; tenía que obligarse a comer más.

Cuando Grace oyó el ruido de pasos apresurados, no tuvo tiempo de salvar su dignidad. La voz del vizconde Greysteil llegó desde la puerta.

"¡Dios mío! ¿Qué te ha pasado? ¿Te has hecho daño?"

Cuando se incorporó, el sujeto de sus horas de estudio se arrodilló a su lado. Seguía vestido con el atuendo de la cena. Pero la corbata estaba medio desabrochada y en su pelo había señales de sus dedos recorriéndolo.

Ella flexionó el brazo y sintió que el corazón se le aceleraba, pero no era por la caída. Le agarró el codo y le pasó suavemente el pulgar por encima. Una descarga de calor le subió por el brazo hasta el vientre.

"Estás herido".

Su voz tenía un sonido más ronco al que ella ya se había acostumbrado. Grace siguió la dirección de su mirada. Los pechos se le salían por el escote del vestido, uno de los cuatro que la

costurera le había entregado esta tarde.

Sintiendo que se ruborizaba, se ajustó la prenda y echó un vistazo al chal que yacía en el respaldo de una silla.

"Mandaré llamar al doctor Namby".

"No, por favor, no mandes llamar a nadie", le aseguró ella. "Estaré bien dentro de un momento. Hoy simplemente me he pasado".

Había perdido la cuenta de las horas que su cabeza estuvo enterrada en el folio de recortes. Debería haber aceptado antes el ofrecimiento de la Sra. Henson de una bandeja de cena.

Grace no intentó levantarse inmediatamente. La habitación aún se tambaleaba ligeramente, y la alfombra y los muebles se balanceaban con el oleaje de un barco en alta mar. Se palpó el pelo y descubrió un pequeño bulto en el lugar donde su cabeza había golpeado la mesa. Cerró los ojos y parpadeó varias veces, deseando que la visión se centrara.

Se puso en pie. "Voy a enviar a buscar a Namby en este instante".

"No tengo ninguna herida de la que hablar. Por favor, estoy perfectamente", le dijo. "Os aseguro, mi señor, que no necesito al médico".

Hizo una pausa y se dio la vuelta.

"El Dr. Namby me dijo que era de esperar, que mi recuperación llevaría un poco de tiempo. Me animó a tener paciencia", continuó. Había perdido una de las suaves zapatillas de niño. "Por supuesto, no le hice caso. No debería haber subido a la escalera".

"¿Estás segura?", preguntó él, volviendo hacia ella. Su rostro mostraba escepticismo. "Pareces magullada".

Buscó una forma elegante de ponerse en pie. Los libros que la rodeaban serían un problema.

"Ahora mismo, mi dignidad se ha llevado más moratones que mi cuerpo".

Hugh sacó algo de debajo de un volumen de Shakespeare y se arrodilló a sus pies. Su zapatilla.

"Gracias. Lo estaba buscando".

Tanteó con la zapatilla, sintiendo su mirada clavada en ella. Sólo su mirada era como una lenta caricia, que seguía los movimientos de sus dedos, fijándose en el lugar donde la falda se había levantado, dejando entrever las medias. Consiguió ponerse la zapatilla.

No se atrevía a mirarle a la cara mientras él se levantaba. Le tendió una mano para ayudarla a levantarse y Grace no pudo ignorar el ofrecimiento. Su mano era cálida, su agarre firme. Se puso en pie con un suave movimiento.

"¿Cómo te encuentras ahora?"

No la soltó de inmediato. Sus dedos tocaron ligeramente su cintura, como un bailarín en un vals. Se dijo a sí misma que intentaba evitar que volviera a caer.

Pero si eso era todo lo que pretendía, la conciencia de Grace iba por otro camino. Se quedó mirando el escote suelto de su camisa. El aroma a cuero y Madeira llenó su cabeza. En muchos círculos la consideraban una mujer alta, pero él sobresalía por encima de ella. Y hasta ahora, sus rodillas nunca habían flaqueado ante la altura de una persona. Pero Hugh Pennington no era *una* persona *cualquiera*.

Le miró a los ojos y se encontró con que él la miraba fijamente a los labios.

"Estoy completamente . . . Estoy perfectamente..." Su voz pertenecía a un desconocido. "Gracias, mi señor".

Grace empezó a alejarse de la tentación, pero su tacón pateó un libro. Se giró rápidamente, respiró hondo y se obligó a recuperar la cordura.

Los volúmenes esparcidos a su alrededor se enfocaron. Habían caído más de los que ella

sabía. Había libros preciosos abiertos, con las páginas dobladas y desordenadas. Había hecho daño.

"Por favor, acepta mis disculpas", soltó. "Fue una imprudencia por mi parte alcanzar las estanterías mientras me caía. Asumiré toda la responsabilidad de arreglar esta habitación. Inspeccionaré cada una de ellas".

"No harás tal cosa", dijo él, cortándola. "Sólo son libros, y no has hecho ningún daño".

La ayudó a moverse del centro del desorden, apoyándole la mano en la parte baja de la espalda.

"Sin embargo -dijo, conduciéndola a un banco cercano-, te permitiré que te sientes aquí y me hagas compañía mientras vuelvo a colocarlos en las estanterías".

Sin su chal, los brazos de Gracia quedaron al descubierto y rozaron su chaqueta. Estaba demasiado cerca de él.

"Soy una perpetua molestia para ti", insistió ella, volviéndose hacia él. "Por favor, mi señor. *Debes* permitirme enderezar este caos que he creado".

Parecía estar evaluándola. Sus ojos recorrieron lentamente su rostro. Los de ella hicieron lo mismo, y así de cerca, él no era perfecto. Tenía una débil marca en la barbilla. Había una cicatriz más larga que le recorría la mandíbula. Su nariz no era tan recta y un bulto en el puente indicaba que se la habían roto y fijado al menos una vez. Por encima de una ceja se veía claramente una herida cosida. No se trataba de un suave aristócrata inglés. Era un hombre de guerra curtido en mil batallas, y su rostro lo reflejaba.

Y ella lo encontraba más atractivo por cada marca y cicatriz masculinas. En resumen, si le quedaba aliento en el cuerpo, Hugh Pennington se lo habría robado.

Su mirada chocó con la de él, y el hambre que vio en sus ojos grises le hizo comprender el peligroso juego que había iniciado.

"Siéntate".

Grace vaciló y luego se quedó inmóvil cuando el pulgar de él le rozó el labio inferior.

"Creo que tienes que sentarte".

Se sentó en el banco.

"Mucho mejor", dijo.

Se apartó de ella, pero los latidos de su corazón tardaron en encontrar un ritmo normal. Mientras luchaba por recuperar cierta apariencia de calma, miró fijamente a través de la habitación: las sillas, los escritorios, las brasas moribundas de la chimenea y la oscuridad que había cubierto el paisaje al otro lado de las ventanas. Miraba todo lo que no le importaba, para evitar que sus ojos se clavaran en la persona que había llegado a dominar su atención incluso antes de entrar en la habitación.

Tantas veces Grace había oído a su padre sermonear a sus protegidos sobre la importancia de saber lo suficiente, pero no demasiado. Aprende sus debilidades, pero no desarrolles la camaradería.

Había venido a esta biblioteca para aprender lo suficiente como para dirigir la conversación cuando salieran a cabalgar por la mañana. En cambio, en las horas que había pasado hojeando recortes de actas publicadas de juicios y copias de procedimientos judiciales oficiales, se había convertido en una admiradora. Respetaba su forma de dirigir el tribunal. Le animaban sus principios y sus esfuerzos por que la justicia se aplicara con honradez. Leyendo aquellas páginas, era fácil verle como un defensor de los que carecían de poder en el mundo.

Pero todo eso palideció en comparación con lo que sintió cuando Hugh Pennington le acarició el labio. El riesgo de la camaradería no era un problema aquí.

"¿Has podido encontrar algo de interés en esta biblioteca?"

"Sí, mucho. Gracias". Miró a su anfitrión mientras éste se estiraba para colocar un par de volúmenes en un estante alto.

Sus hombros eran imposiblemente anchos y, sin embargo, la ropa de la cena le quedaba impecable. Ella estudió cada detalle, observando cómo él cogía otro libro del suelo. Lo abrió, fingiendo interés, pero Grace sabía que estaba siguiendo cada movimiento que ella hacía.

Y le había tocado el labio, pensó ella, reviviendo de nuevo el momento. *Su labio*.

Se estaba enamorando de su encanto. Pero sólo habría una persona que sufriría si se liaban.

Deslizó lentamente el libro hasta su lugar en la estantería y cogió otro que estaba parcialmente oculto bajo una silla.

"¿Qué has encontrado para pasar el rato?"

Se obligó a recordar a qué había venido.

"He pasado gran parte de mi tiempo leyendo el folio que guarda lady Aytoun".

"¿Mi madre?" Dejó el libro en la estantería y se volvió para mirarla.

Grace señaló el gran álbum que había sobre una mesa cercana.

"¿Esa mezcolanza de retazos sobre la familia? ¿Con toda esta literatura a tu alrededor?"

Modestia y confianza. A excepción de algunas referencias de hace décadas al trabajo y las posiciones políticas de lord Aytoun, sobre todo en asuntos locales, la mayoría de los recortes de folio se referían a los éxitos militares de Hugh Pennington y a los casos que había presidido en los tribunales.

"No estoy de acuerdo", le dijo. "Los artículos me parecieron más que informativos. Me proporcionaron un profundo conocimiento de Baronsford y su amo".

Pasó un dedo por el lomo de otro libro, y Grace imaginó su mano deslizándose por *su* columna vertebral.

"¿Una comprensión aguda?", preguntó con una sonrisa. ¿"Echar un vistazo a unos recortes es la base para formarse una opinión? Me pondría un poco nervioso oír lo que has decidido".

¿Unos cuantos recortes? Si él supiera que ella podía recitar todos los artículos y grabaciones palabra por palabra.

"Tú . . . y tu familia tenéis un historial de defensa de causas. Por lo que he leído, tu padre ha tenido una gran influencia para el bien en las Fronteras. Tú continúas esa tradición".

Le agitó el libro. "Si he hecho algo digno de tu aprobación, se debe a los principios que me inculcaron mis padres".

Grace sentía lo mismo. Se había convertido en la persona que era gracias a su padre.

"La guía de un buen padre no garantiza el mismo resultado en un hijo o una hija", replicó ella. "Tiene mérito, milord, que te hayas convertido, por ejemplo, en un defensor tan declarado de los derechos de los inquilinos".

"Debes de haber escarbado profundamente en ese folio para encontrar pruebas de ello".

"Al contrario. Las pruebas de tu generosidad son abundantes", argumentó. "Además de ponerte del lado de los arrendatarios contra los terratenientes, has apoyado el trabajo de los abolicionistas aquí en Escocia".

Aunque la ley abolió la esclavitud en estas costas y puso fin al comercio de esclavos en las colonias, esos males seguían existiendo.

"Hubo varios artículos sobre un caso que se os presentó el año pasado".

"A los periódicos les encantaba utilizar el término 'Travesura del Comercio Triangular', pero una persona no saca mucho de un titular".

"El caso implicaba a un caballero rico de Glasgow y a sus amigos". Quería que supiera que

su opinión sobre él no se basaba en un titular o dos. "Sus barcos intercambiaban carga material por seres humanos como cargamento entre Escocia, África y las Indias Occidentales".

Siguió citando nombres de capitanes, barcos, tipos de carga, fechas de embarque e incluso historias espeluznantes sobre el temido Paso del Medio. Terminó citando partes de su sentencia final. Este caso concreto fue quizá el punto decisivo para ella respecto al carácter de Hugh Pennington.

"Tienes una memoria impresionante, señorita Grace". Sus ojos estaban fijos en ella, olvidado el libro que tenía en la mano. "Inusual, se diría, en alguien que no puede recordar nada de su pasado".

Las palabras empezaron como un cumplido, pero acabaron con un matiz de acusación. La sangre se le escurrió de la cara. Había despertado al fiscal que había en aquel hombre. Se había equivocado. Había dicho demasiado. Al relatar el contenido de los artículos, había incluido algo de sus propios conocimientos sobre el tema. Eso era exactamente lo que temía: decir demasiado, darle una ventana para que viera a la persona que se ocultaba en su interior.

"No sabría decir si es inusual o no", respondió.

Cogió dos volúmenes más y los colocó en la estantería. Se sintió aliviada de que no la persiguiera.

"¿Qué libro estabas cogiendo antes de caerte de la escalera?"

Antes de la avalancha literaria, Grace se había sentido atraída por el nombre familiar del lomo. James Macpherson, un pariente lejano de su madre. Tiempo atrás, había leído una edición alemana de su obra, y sabía que Goethe incorporó la misma traducción al *Joven Werther*. Pero nunca lo había visto en inglés.

Decidiendo que eso no podía hacer daño, se lo dijo y señaló el último volumen que quedaba sobre la alfombra.

Lo cogió y lo hojeó, con el rostro ensombrecido. "Me sorprende que aún tengamos esto aquí".

"¿Y eso por qué?"

"No tengo muy buena opinión de James Macpherson", dijo rotundamente. "De hecho, no te recomendaría que perdieras el tiempo con el trabajo de ese caballero".

La obra de Macpherson había gozado de éxito internacional. Grace no pensó más allá antes de responder. "¿Eres una experta en la autora?"

Hugh Pennington levantó rápidamente la cabeza, con el ceño fruncido.

"Sé más de lo que me importa sobre ese hombre y el miserable negocio que hizo con la gestión de sus tierras".

"¿Macpherson no lleva muerto algún tiempo?"

"Dos décadas, diría yo", dijo brevemente. "Y sus antiguos inquilinos de Phoiness, Etterish e Invernahaven siguen mendigando por las calles de Edimburgo a causa de su insensible manía de limpiar sus granjas de ovejas".

Grace esperaba que fuera mucho más distante como pariente.

"Y encima, la herencia de ese hombre sigue atestando los tribunales porque dejó cuatro bastardos, como mínimo, y ningún heredero claro que le suceda. ¿Y sabes quién sufre por ello?"

"¿Quién?"

"La pobre gente que permanece en sus tierras, intentando ganarse la vida a duras penas sin que quede nadie para gestionar las explotaciones". Cerró el libro con un chasquido. "James Macpherson era un canalla irresponsable. No deberías molestarte con él".

"Puedo entender tu crítica hacia él como persona, pero ¿has leído alguna de sus obras?"

"En efecto. La llamada poesía de Ossian. El hombre afirmaba que era obra de un antiguo poeta irlandés, hijo del mismísimo Finn, y que él se limitaba a traducirla."

Grace se dijo a sí misma que guardara silencio. No podía dejar que su temperamento la dominara.

"Se lo inventó todo", continuó. "Macpherson se creía el campeón de la historia y la mitología gaélicas, pero el hombre era un mentiroso. Un completo fraude".

La columna vertebral de Grace se puso rígida. No le importaba que James Macpherson *hubiera* escrito los poemas él mismo. Su trabajo atrajo una atención positiva hacia la lengua irlandesa. Tampoco le gustaba *que nadie* le dijera lo que debía o no debía leer.

"Haces que parezca que defiendes a los irlandeses frente a lo que llamas un "fraude", cuando en realidad tienes prejuicios contra ellos".

"¿Prejuicios?", dijo él, atónito ante su acusación. "¿Te importaría explicarte?"

Grace no podía creer lo que había dicho. Sabía que se había pasado de la raya por la forma en que la miraba. No le agradaba la perspectiva de tener que echarse atrás en esta lucha, pero ¿cuánto debía decir? Las consecuencias podrían ser nefastas, sin duda, si él la expulsaba de Baronsford.

"No te me pongas en plan señorita ahora que has dado el golpe. Me gustaría saber qué tienes que decir".

Tenía los dedos anudados en el regazo. Se obligó a contener la lengua.

"No puedes recordar tu pasado, pero no dudas en contar chismes y..."

"No me dedico a los cotilleos, milord", dijo bruscamente, incapaz de contenerse. "En los dos primeros meses en que ocupaste el cargo, demostraste tu evidente parcialidad antiirlandesa, procesándolos mientras otros implicados en el mismo delito salían impunes sin siquiera afrontar cargos".

Las compuertas se habían abierto y las aguas irrumpieron, precipitándose de cabeza hacia las cataratas. Pero ella era medio irlandesa y esta batalla le correspondía a ella. Enumeró media docena de casos. Algunos eran por delitos menores. En un caso, un escocés saldría libre. En otro, un irlandés iría a la cárcel durante semanas hasta que se juzgara el caso.

"No conoces los hechos", argumentó. "La justicia no se imparte de la noche a la mañana".

"¿Llamas 'pasar la noche' a pasar semanas en la cárcel antes de la *posibilidad* de un juicio por la mera sospecha de un delito menor?", preguntó. "¿Y quién va a alimentar a sus familias durante ese tiempo?"

La cabeza de Grace palpitaba y su rostro ardía por la fuerza de su convicción.

"¿Te has preguntado alguna vez quiénes son estos irlandeses? ¿Prestas alguna atención a su desesperada condición de vida? En un caso tras otro, alegan que no encuentran trabajo, aunque estén dispuestos a trabajar por una miseria. Quizá las injusticias a las que se enfrentan se deban al hecho de que son católicos. ¿Crees sinceramente que tratas igual a todos los acusados que se presentan ante ti, independientemente de su procedencia?"

Sabía que estaba siendo dura, pero no iba a ceder ahora. Había visto las pruebas mezcladas con todas sus buenas acciones.

El vizconde se quedó como una estatua, sin decir nada.

"No es de extrañar", terminó, "que los irlandeses tengan un proverbio: *El nombre de un irlandés basta para ahorcarlo*".

"¿Y esto es lo que muestra el expediente?" Su tono era grave pero peligroso. Dejó el libro de Macpherson sobre la mesa, a su lado. "Bueno, ya has dicho bastante".

A Grace le dolía el pecho y no se sentía bien. En algún momento de su diatriba, se había

olvidado de respirar.

"Por favor, dile a mi hermana que no me espere por la mañana. No me reuniré contigo".

Mientras él salía de la biblioteca, Grace se encorvó en el banco y enterró la cara entre las manos.

Capítulo Once

¿DE VERDAD CREES que tratas igual a todos los acusados?

Hugh pasó gran parte de la noche sangrando por las afiladas palabras de Grace.

Su primera reacción fue de negación. Ella no le conocía. Era una desconocida. No era abogada. Era una invitada en su casa. Le debía la vida a él y a su familia. ¿Qué la impulsaría a atacarle con tanta estridencia? Se paseaba de un lado a otro por su suite, reflexionando sobre sus acusaciones.

Mientras su ira empezaba a remitir, siguió reflexionando sobre la motivación de Grace. Se había mostrado indecisa hasta que él la provocó, y no había nada deshonesto en la franqueza de sus palabras. Teniendo en cuenta la vulnerabilidad de su posición en Baronsford, tuvo que aceptar que sus comentarios eran objetivos, basados en lo que había leído.

Mientras el reloj de su chimenea marcaba la medianoche, la posibilidad de que ella tuviera razón era lo que más le escocía.

Se preguntaba si, en efecto, no veía inconscientemente ciertas cosas que afectaban a su forma de impartir justicia. Si su compasión no abarcaba la afluencia de extranjeros indigentes que buscaban desesperadamente un lugar donde vivir, trabajar y criar a sus familias. ¿Era sensible sólo a la difícil situación de los oprimidos sobre los que le habían instruido en su juventud? Le hería profundamente que su sentido de la justicia no se extendiera más allá de los africanos de Inglaterra y las colonias, y de los escoceses desplazados por la limpieza de tierras.

Hablando con Grace, se había jactado de sus principios y había dado crédito a sus padres. Pero no fueron los únicos que le formaron. Ohenewaa, la curandera africana que vivía con ellos, le había proporcionado otra poderosa base durante su infancia. Comprada por la madre de Hugh en una subasta para liberarla, Ohenewaa pasó sus últimos años educando sutilmente a la siguiente generación de Pennington sobre los derechos y los males del mundo. En Melbury Hall, en Hertfordshire, había crecido entre antiguos esclavos de las plantaciones azucareras: Jonás, el viejo Moisés, Amina y los demás. Hugh había idolatrado a Israel, sólo diez años mayor que él, y le había observado mientras luchaba ferozmente por encontrar un lugar en la sociedad, a pesar de haber sido criado por un conde.

Cuando se trataba de los males de la desamortización escocesa, Hugh tenía a su hermana Jo como recordatorio vivo y cotidiano del malévolo resultado de la codicia de los terratenientes. Ella había sobrevivido, pero su madre biológica no.

Contemplando la luna que descendía por el cielo occidental, contempló la posibilidad que Gracia le obligaba a considerar.

Recordó cómo había desanimado a Truscott al contratar a los vagabundos irlandeses. ¿Qué razón le había dado? No los conocía. Y en la sala del tribunal, pensó en la mujer sordomuda que

llevaba seis meses esperando el juicio. Ahora lo recordaba: había nacido en Dublín. Estaba sentada en aquella cárcel mientras los jueces discutían sobre... ¿qué?

Se había asegurado de que Darby había sido liberado de la custodia del alguacil local. Y, sin embargo, muchos irlandeses estaban sentados entre rejas sin otra razón que la tardanza en obtener una audiencia.

Hugh sabía que no podía cambiar el sistema judicial. Aquellas ruedas giraban muy despacio. Pero el fantasma que despertaba Grace era de cuánta injusticia él mismo había sido responsable.

Aún no había amanecido cuando bajó a su estudio. En el despacho de su secretario judicial, encontró el último expediente de instrucción y los registros de la prisión sobre la mesa de Kane Branson. Las páginas incluían los casos que figuraban en el sumario de los tribunales inferiores. El nombre de cada persona iba seguido del lugar de nacimiento, la ocupación, la edad, la estatura y la religión. Al leer los presuntos delitos, vio exactamente de qué hablaba Grace. En la mayoría de los casos se trataba de un irlandés, y muchos de esos hombres deberían haber entrado y salido con una reprimenda mínima. Peor aún, muchas de las ofensas eran el delito del pobre: robar para comer.

En la mayoría de los casos, estos casos no llegaban a su tribunal, pero Hugh empezó a tomar notas, indicando a Branson lo que había que hacer para liberar a los presos o acelerar las vistas.

Cuando terminó con la lista, se levantó y se estiró. Sabía que aún no había terminado. La mujer sordomuda. El caso de asesinato llegaría por fin al Tribunal Superior este otoño. Desenterró el expediente que le habían enviado a Baronsford.

La mujer, Jean Campbell, de Dublín, fue acusada de arrojar a su hijo de tres años al río Clyde desde el puente de Saltmarket el diecinueve de noviembre del año pasado. Se habían presentado testigos denunciando el delito, y fue detenida con pruebas sólidas en su contra.

Hugh hojeó todo el material que tenía. Había muy poco. Ninguna declaración de la acusada. Las notas indicaban que la Sra. Campbell no sabía leer ni escribir. No podía oír ni hablar. Por lo que él pudo ver, no se hizo ningún otro intento de comunicarse con ella.

Recordó la cuestión que había provocado el impasse. Si no era apta para ser juzgada, la condenarían a un manicomio de por vida. Un destino peor que la muerte, en opinión de Hugh. Pero si Jean Campbell era apta para comparecer ante el tribunal, no tenía defensa. Acabaría en la horca. Pero mantenerla encerrada, mes tras mes, por disputas legales tampoco era hacer avanzar su caso.

Hugh empezó una nueva lista para su asistente jurídico. Necesitaba información. Registros de testimonios contra ella. Un informe que proporcionara información sobre dónde vivía en Glasgow. Los nombres de sus vecinos y familiares. ¿Dónde *estaban* sus otros hijos?

Pensó en la cuestión clave en sí, su incapacidad para comunicarse. ¿Cómo se comunicaban con ella su familia y sus vecinos? Cuando terminó con sus instrucciones, tenía suficiente para mantener ocupado a Kane Branson en Edimburgo durante unos días. El joven se estaba formando para ser abogado. Idealista y entusiasta, compartía la pasión de Hugh por defender a quienes no podían defenderse por sí mismos. Le iría bien en esto.

Hugh terminó escribiendo un mensaje a Walter Truscott sobre la presa. Debía contratar a quien necesitara, incluidos trabajadores irlandeses sanos.

Dejó el bolígrafo, se reclinó en la silla y vio que las velas se habían consumido hasta convertirse en muñones. Sin su ayuda ni aviso, el sol ya había salido y brillaba en el exterior. Se sentía bien. El inquietante comienzo de la noche se había convertido en productivo.

Hecho, pensó. Pero ahora necesitaba ejercicio. Algo que hiciera que su pulso coincidiera con la velocidad de sus pensamientos. Dejó las instrucciones sobre la mesa de Branson y volvió al

estudio, donde Jo llamó a la puerta y entró.

"Esto es pronto, incluso para ti", dijo ella, echando un vistazo al desaliñado estado de su ropa de cena. "Ya veo. Anoche no te acostaste".

"Primero tenía que corregir algunos errores".

"Bueno, no te acosaré por trabajar demasiado si aceptas hacerme un favor. Aunque odio pedírtelo, teniendo en cuenta que no has dormido".

"No lo pienses más". Jo rara vez pedía favores. "¿Qué necesitas?"

"Tú y yo íbamos a llevar a Grace después del desayuno a cabalgar por el parque de los ciervos".

Hugh no dijo nada. Era evidente que Grace no había visto a su hermana esta mañana para comunicarle su cambio de planes.

"Me diste la impresión de que sí querías ir", dijo Jo, leyendo su reticencia. "Y creo que sería bueno para ella. Parece mucho más feliz cuando está fuera. Ayer me pareció que mejoraba diez veces con sólo dar un paseo".

Anoche había olvidado que ella había estado a las puertas de la muerte hacía tan pocos días. La imagen de ella tendida sobre la alfombra, con los libros esparcidos a su alrededor, pasó por su mente. En cuanto supo que no estaba herida, se lanzó de cabeza a disfrutar de su encanto, de su belleza. Su vestido distaba mucho de ser atrevido en comparación con los trajes de noche de muchas mujeres, pero en Grace se convirtió en un estandarte de sensualidad. Sus brazos desnudos, el profundo escote que le ofrecía una generosa visión de sus pechos perfectos. Había mirado su rostro y admirado su perfecta simetría. Como antes, sus ojos y sus labios le fascinaban.

Hugh había disfrutado de suficientes relaciones en el pasado como para reconocer cuándo una mujer estaba interesada en él. Grace le mostraba todas las señales. Excepto que era él quien estaba en posesión de su pasado. Sabía lo que estaba bien y lo que estaba mal. Fuera cual fuera la tentación que sintiera, debía actuar con responsabilidad.

Y lo había hecho, a pesar de que ella le atraía físicamente. Pero entonces vio la fuerza de su mente. Era asombroso darse cuenta de que alguien podía aprender tanto con una sola lectura, y la contundencia de sus argumentos le cautivó.

"Por favor, dime que no tengo que decepcionarla y posponer la salida".

Hugh volvió a centrar su atención en su hermana. "¿Qué haces esta mañana?"

"Acaba de llegar una nota de Lady Nithsdale. Piensa hacerme una visita esta mañana".

"Oh, bueno, el mundo debe cambiar de órbita si Lady *Nithsdale* viene a visitarnos".

"Sabes que es la verdad", dijo Jo, sonriendo. "Va a traer con ella a su amiga e invitada, la señora Douglas. ¿No recuerdas que nos lo contó la semana pasada?"

Hugh no se acordaba. No prestaba más atención a la interminable cháchara de aquella mujer sobre compromisos sociales que a los alardes incoherentes de su marido sobre sus proezas como deportista. Sólo los toleraba porque eran vecinos.

"Si sólo se tratara de una llamada social, no me preocuparía por ello".

"¿Por qué viene?"

"Su nota me hace creer que sabe lo de Grace".

"¿Cómo es posible?"

"Pudo oírlo de la esposa del doctor Namby. Ella y lady Nithsdale son confidentes".

Por Baronsford pasaba demasiada gente. Pocas cosas permanecían en secreto, y la noticia de Gracia era demasiado extraordinaria para esperar que nadie se la guardara.

"Necesito recibirlos. Y no quiero a Grace aquí".

"No tiene sentido arrojarla desprotegida a una guarida de víboras", convino.

Señaló la puerta. "Lo que significa que apenas tienes tiempo de cambiarte y desayunar antes de reunirte fuera con nuestra encantadora invitada".

"Estás dando por sentado que voy a ir".

"Ayer vi cómo mirabas a Grace". Los ojos de Jo centellearon con una pizca de picardía. "Definitivamente vas a ir".

"Sólo como un favor para ti".

Hugh supo que su hermana se había dado cuenta de la mentira por la mirada que le dirigió.

"Pero quizá quieras tener en cuenta que, cualquier día de éstos, podría aparecer un marido en Baronsford para reclamarla".

No fue por miedo a perder la protección de la familia Pennington por lo que Grace se revolvió inquieta en la cama durante gran parte de la noche. Fue por su imprudencia al hablar cuando apenas la habían provocado.

Podría haber dejado que las opiniones del vizconde sobre James Macpherson quedaran sin respuesta. El escritor estaba muerto y enterrado; no necesitaba protección. No debería haberse dejado irritar. ¿Quién era ella para darle lecciones sobre la justicia en este país? Era una intrusa accidental en la vida de aquella gente. Un antiguo miembro de la corte del emperador francés. Una enemiga. El modo en que Hugh Pennington aplicaba la ley, equitativamente o no, no debería haberle importado en absoluto. Le había dado el crédito que merecía, pero no tenía derecho a ser tan crítica.

Los afilados dientes de la culpa seguían desgarrándola. Teniendo en cuenta todo el bien que él hacía y seguía haciendo, las acusaciones que ella le lanzaba eran injustas. Había sido mezquina al atacarle. Su naturaleza apasionada había vuelto a desbordarse. Con todo lo bueno que había heredado de su padre, también había sido maldecida con su temperamento.

Mientras bajaba los escalones hacia la puerta, sus pensamientos se volvieron hacia el diamante que reposaba en el cofre de hierro de Baronsford. La joya había traído violencia y dolor a su puerta. Tampoco ella podía darle ningún uso. Ni siquiera podía utilizarla para asegurarse un pasaje fuera de Escocia sin llamar demasiado la atención.

Se contentaría con no volver a verla. José Bonaparte tenía consigo en América una fortuna en joyas como ésta. Al coser aquel diamante en su vestido, habían mentido a Grace y la habían utilizado. Y lo que era peor, su padre había muerto por su culpa. No le importaba que el diamante fuera un regalo de José a su esposa. Si alguna vez tenía la suerte de llegar a Bruselas, les diría a los Bonaparte que se lo habían dejado junto con el vestido. Perdido. Desaparecido para siempre.

Al salir al exterior, respiró el aire fresco de la mañana y se encogió de hombros. A Grace nada le habría gustado más que alejarse hoy de Baronsford, pero tenía que esperar su momento y hacerlo de forma que le permitiera llegar al continente. Este paseo le daría un conocimiento más claro de la campaña, y eso la ayudaría a escapar cuando llegara el momento.

Era demasiado pronto para ir a dar un paseo con Jo, así que dobló la esquina de la casa y subió una ligera pendiente hasta donde los jardines resplandecían al sol de la mañana.

Deambulando por los verdes senderos entre parterres repletos de flores, Grace respiró el aroma del tomillo y las peonías. En una gran sección, los capullos de rosa de docenas de plantas estaban a punto de abrirse, y en el centro brillaba un reloj de sol. Dos jardineros se afanaban en

cavar en un rincón lejano, donde florecían esquejes primaverales de todos los colores. En un rincón protegido, encontró una sección de azaleas resplandecientes de flores rojas y rosas.

Lentamente, volvió sobre sus pasos. Había quedado con Jo junto a los establos a las nueve, y aún era pronto. Caminando por el sendero, pasó junto al establo y recordó la cesta que había dentro. Estaba viva, se dijo. Había sobrevivido. Ahora era el momento de tomar las riendas de su futuro.

Grace pensó en el vizconde, preguntándose si le habría dicho a su hermana que no cabalgaba con ellos. Se ruborizó al pensar que tal vez ya le habría contado a Jo el sermón que le había dado la desagradecida que arrebataron de las puertas de la muerte.

En el patio, frente a los establos, un herrero herraba un enorme caballo de tiro irlandés. Era un caballo precioso, de color castaño con una mancha blanca y medias calzas. El herrero rodeó al animal y le inclinó la gorra, y ella le devolvió la sonrisa. Éste tenía que ser el hombre nuevo del que le había hablado Ana.

Mientras le observaba trabajar, un mozo de cuadras salió de los establos conduciendo una pequeña gris. Intercambiando cumplidos con el hombre, se acercó a la bonita yegua. La montura volvió la cabeza hacia Gracia, y sus orejas se aguzaron hacia delante, alerta.

"Es una vieja perezosa, ama", dijo el mozo. "Pero le gusta el ejercicio, y es bastante amable con un cuerpo que no sabe montar".

Grace extendió la palma de la mano y esperó a que la yegua se estirara para olerla. No era nueva en el mundo de los caballos ni de la equitación. Como hija única de un oficial de caballería, había aprendido a montar a una edad temprana y era una jinete hábil. Miró con desconfianza la silla de montar del caballo. Trampas mortales, las llamaba Daniel Ware. Nunca le permitiría montar una. Siempre montaba en silla cruzada.

Para lo que quería hoy, Grace decidió que daba igual. Era su primera oportunidad de alejarse del castillo. Esperaba poder convencer a Jo de que se olvidara de llevarla al lago y, en su lugar, cabalgara hasta la aldea de Melrose.

"¿Queréis darle un capricho?"

Aceptó un trozo de manzana del mozo. La yegua lo cogió de la palma de su mano y volvió sus suaves ojos marrones hacia Gracia. Susurrando palabras dulces, acarició el cuello de la yegua con la mejilla. Echaba de menos este olor. El vínculo que existía entre caballo y humano era único. Sus dedos peinaron la crin áspera. Había tenido caballos para montar toda su vida, pero nunca uno propio. Siempre se trasladaban a otro palacio o campamento militar, y cuando tenía que separarse de un caballo al que había cogido cariño, dejaba atrás un trozo de su corazón.

"Creo que tienes un talento natural, ama. Debes de ser jinete". La voz del mozo sacó a Grace de su ensoñación. "Pero creo que podría ser demasiado mansa para ti".

Antes de que pudiera responder, otro mozo de cuadra sacó al patio un majestuoso semental negro.

"Si te apetece, la llevaré de vuelta y te traeré otra montura más probable. Estaréis deseando seguir el ritmo del semental de su señoría".

Dio un paso atrás. "Debe de haber algún error. Voy con..."

"Buena idea, muchacho", llegó la voz profunda desde detrás de ella. "Cambia el caballo del ama y sé listo".

"Enseguida, mi señor".

El sonido de la voz de Hugh encendió una llama de vergüenza en lo más profundo de su ser. Grace vio cómo el mozo de cuadra se llevaba a la yegua y se quedó mirando al inquieto semental. Había visto al vizconde montar a la bestia desde el prado el primer día que estuvo lo

bastante bien como para mirar por la ventana.

Estaba demasiado cerca. Las afiladas palabras que había pronunciado anoche, la fría mirada que le había dirigido al salir de la biblioteca pesaban sobre ella.

"Milord", dijo mientras se giraba y hacía una reverencia.

"Señorita Grace". Se quitó el sombrero de ala ancha e hizo una reverencia.

Un nudo se formó rápidamente en su vientre, pero Grace se obligó a mirarle a la cara.

Sus ojos estaban cansados, pero no mostraban nada del resentimiento que ella había visto la noche anterior.

Se estudiaron mutuamente en silencio durante un largo y ponderado instante. Ella se sintió incómoda al ver su hábito de montar gris y su sombrero de plumas. Todo ello era un regalo de los Pennington. Y Grace los llevaba puestos la mañana después de insultar al señor de la casa.

"Esperaba a Lady Jo".

"Mi hermana lo lamenta. Tenía visitas de última hora. Me pidió que te transmitiera sus disculpas. Estoy aquí para sustituirla".

Miró en la dirección por la que había desaparecido el novio.

"No quiero importunaros, mi señor. Daré un paseo hacia el río. Ya conozco el camino. No hace falta que te molestes".

"No es ninguna molestia".

"No, no debemos ir. Seguro que no hay necesidad de que vayamos montados en este...".

"Nos vamos. Está decidido -dijo, mirando al caballo que sacaban de los establos-.

La situación era, como mínimo, incómoda. Sin embargo, no podía rechazarle sin proferir otro insulto. Y ella quería irse. La disculpa que había practicado durante la noche empezó a rodar por su lengua. "Entonces, antes de empezar, tengo que retractarme de la palabr...".

"Ahora no", ordenó. "Ya tendremos tiempo de hablar de eso más tarde".

Capítulo Doce

RUIDOSO HASTA LA AMPULOSIDAD. Prepotente e intolerante. Y, sobre todo, una cotilla muy hábil.

La llamadora de Jo nunca había encontrado un tema sobre el que ella no tuviera una opinión. Lady Nithsdale era una mujer que creía -con un fervor que envidiaría el más devoto fanático religioso- que su deber celestial era enterarse de los asuntos de todo el mundo e interferir en ellos todo lo posible. Y si podía arruinar una reputación o atropellar algo de valor, tanto mejor.

Jo no esperaba con impaciencia aquella visita, pero intentaría soportarla con estoica civilidad, como siempre.

Lady Nithsdale se consideraba londinense, y sólo se dignaba abandonarla cuando la gente de moda había abandonado sus clubes, salones, teatros y jardines de recreo. La única excepción que hizo fue pasar un mes en Bath y viajar a los Borders en mayo y junio. Jamás se le ocurriría perderse el baile de Baronsford. Entre la multitud que asistía se encontraban muchos de los miembros más selectos de la tonelada, y ella podía navegar entre ellos como si fuera la anfitriona de las fiestas.

Jo pasaba muy poco tiempo en Londres y dividía el resto del año entre Escocia y Hertfordshire. Afortunadamente, sólo hubo un breve periodo en el que ambos estuvieron aquí. Y eso era una bendición. Jo consideraba que era su responsabilidad mantener cordiales las relaciones entre Baronsford y sus vecinos circundantes, y llevaba años teniendo un éxito razonable en ese empeño. Y con la mayoría de sus invitados, disfrutaba de las tranquilas cortesías de las cenas campestres y las horas de visita matutina.

Lady Nithsdale, sin embargo, era un desafío. Y Jo temía que hoy fuera mucho peor que de costumbre.

Los invitados llegaron antes de lo esperado y se situaron en el salón. Al descender por la escalera de caracol, Jo se detuvo y respiró hondo para aliviar la tensión de sus hombros.

Recibir a Lady Nithsdale ya era bastante malo, pero además traía a su invitada. Por mucho que Jo intentara superar su aprensión, nunca le resultaba fácil conocer a gente nueva. Sólo conocía a la Sra. Mariah Douglas por su reputación. Viuda de un antiguo ministro del Gabinete, la mujer viajaba ahora de salón en salón, comentarista del estilo y la moda, árbitro de la alta costura, modista del más alto nivel, pero cuyos dedos nunca se dejaban mancillar por la banalidad de la tienda. Por lo que Jo había oído, viajaba principalmente en el aire enrarecido que habitaban el Príncipe Regente y su séquito real, y las duquesas, marquesas y condesas que estaban bajo su tutela *nunca* elegían un estilo de vestido sin su aprobación expresa. Por qué estaba en Escocia durante la Temporada era un misterio.

Sin embargo, a Jo no se le ocurría qué decirle a aquella mujer. No estaba especialmente interesada en los últimos cambios de estilo. No se molestaba en actualizar su vestuario con cada

tictac del reloj de la moda. Salvo en los bailes de Baronsford en junio y en Navidad, Jo rara vez asistía a fiestas o reuniones. Hacía tiempo que había perdido el entusiasmo por esas ocasiones. Al mismo tiempo, se había dado cuenta de que en la vida que llevaba no había sitio para mujeres como Mariah Douglas.

El sonoro ladrido de risa de Lady Nithsdale hizo que Jo se detuviera y se agarrara a la pulida barandilla. Algunas cosas nunca podían olvidarse. Nunca se lo había contado a Hugh. Nunca se lo había contado a sus padres ni a ninguno de sus otros hermanos. Hacía quince años, lady Nithsdale había sido una voz destacada en el coro de cotillas que contribuyeron a destruir su felicidad. El frenesí de rumores y falsedades que contaminaba los salones de sus conocidos había sido directamente responsable de que Wynne Melfort retirara su oferta y pusiera fin bruscamente a su compromiso.

Jo apretó la mandíbula y empezó a bajar. No podía cambiar su vida. No podía culpar a espectadores y cotillas de las incertidumbres de su origen. Era cierto que fue adoptada al nacer, y creció rodeada del amor y la fortuna de la familia Pennington. En el momento de su compromiso, sus padres la habían dotado de una cuantiosa dote. Pero a pesar de todo lo que Jo ofrecía, seguía sin ser lo bastante buena para los Melfort una vez que comenzó la avalancha de conjeturas y viles insinuaciones.

Cuando entró en la habitación, su intención de mantener un aire de fría formalidad se desvaneció de inmediato. Lady Nithsdale saltó de su silla con una agilidad que contradecía su edad y su peso. En una falsa muestra de intimidad, depositó un beso en cada mejilla de Jo. Estaba claro que, para el mundo, eran las mejores amigas.

"Aquí estás, querida. El mismísimo ángel de la empatía. La más bondadosa de las almas". Tiró de Jo hacia la pequeña mesa y las sillas como si diera la bienvenida a un invitado. "Quiero presentarte a mi queridísima amiga, la señora Mariah Douglas".

Desde el sombrero hasta el vestido de paseo, pasando por los complementos, la señora Douglas era un anuncio impecable de su vocación. Pero la ceja arqueada de la mujer y la sombra de una sonrisa en las comisuras de los labios pintados de rosa cayeron como un puñetazo en el estómago de Jo. Sin duda, Lady Nithsdale había compartido largo y tendido la historia personal de Jo, pues ahora la estaba valorando como si fuera un perro callejero que mendigaba en la puerta de una cocina.

"Lady Josefina es una mensajera de misericordia, como lo fue Lady Aytoun antes que ella. Yo estaba recién casada, apenas era una niña, pero recuerdo a su señoría llevándote a aquel salón de baile, envuelta como estabas en una manta de barro". Hizo una pausa, saboreando el recuerdo. "Pero como le decía, señora Douglas, esta querida joven es una benefactora extraordinariamente generosa de la gloriosa ayuda que aquí, en las Fronteras, estamos prestando a esas desafortunadas mujeres caídas. Te he enseñado la casa de la torre..."

Jo se alejó con el pretexto de llamar para que trajeran el té, aunque ya lo había preparado. No podía escuchar nada de aquello. No quiso dar más detalles sobre el trabajo que durante años había cargado sobre sus hombros Violet Truscott. La propia Jo nunca había pedido ayuda a los Nithsdale ni a nadie. Lord y Lady Aytoun seguían corriendo con los gastos.

Al mismo tiempo, a Jo le molestaba la insinuación que acechaba bajo las palabras de lady Nithsdale. ¿Cuántas veces necesitaba oír la historia de su propia entrada en Baronsford? Y no le había pasado desapercibida ni la mención de *las mujeres caídas* ni la mirada de suficiencia que intercambiaron las dos visitantes. Se preguntó cuándo, después de tantos años, la gente se cansaría de referirse a su madre biológica. Nunca, supuso con rabia. El sentimiento de superioridad moral era demasiado gratificante.

Tragándose sus sentimientos, volvió con los invitados.

"Pero sobre tu sorpresa", continuó lady Nithsdale. "No puedo creer que me ocultaras una noticia tan asombrosa. Vaya, estuvimos aquí cenando la misma semana en que llegó el cajón, y ni tú ni su señoría hicisteis mención alguna de ello."

Jo decidió que no iba a ponérselo fácil. Se volvió hacia la señora Douglas. "¿Es su primera vez en las Fronteras, señora?"

"¡No, no, no!" gritó Lady Nithsdale, impidiendo que su amiga respondiera. "Háblanos de la *mujer* del cajón".

"Perdóneme, lady Nithsdale, pero acabo de conocer a su invitada", objetó Jo, centrando de nuevo su atención en la señora Douglas. "Si me disculpas la curiosidad, me sorprende ver a una dama de tu célebre talento en el campo en plena temporada. ¿Cómo se las arreglará Londres sin ti?"

La señora Douglas intercambió una mirada con su amiga y luego volvió a dirigir su fría mirada a Jo. "La ciudad es un torbellino de actividad, milady, como sabes, pero todos necesitamos un tiempo fuera de ella".

"Siempre está desbordada de ofertas", intervino lady Nithsdale. "Si no está en Brighton con la fiesta de Su Alteza Real, está en... bueno, ¡está en los mejores sitios! Llevo años rogándole que se reúna con nosotros aquí, en las Fronteras. Nunca ha tenido tiempo. ¿Verdad, querida? Pero, ¿te imaginas lo contenta que me puse cuando recibí su carta la semana pasada diciéndonos que vendría?"

La condesa le dio una palmadita en la mano a su amiga, evidentemente satisfecha por haber retomado la conversación.

"Recuerdo que lo mencionaste aquí en la cena", dijo Jo.

"Sí, así es. Bueno, pues ya está arreglado. Hablemos de tu inesperado huésped".

Jo miró hacia la puerta abierta del salón, esperando que el té llegara pronto.

"Sé que te estarás preguntando cómo es que sé tanto".

Jo enarcó una ceja. No tuvo que decir nada más. La incapacidad de lady Nithsdale para retener nada era bien conocida.

"El criado de la señora Namby le contó a su hermana que habían llamado al médico en mitad de la noche. La chica se lo contó a su prima. Su prima es una de mis ayudantes de cocina". Su voz subía de volumen a cada paso sucesivo. "Una mujer casi sin vida llega a Baronsford en un envío destinado al vizconde. Imagínatelo".

Jo no sabía cuál de las dos mujeres la estaba sacando más de quicio en aquel momento, si lady Nithsdale con su parloteo entrometido o la señora Douglas con su mirada inquebrantable. Esta última no había apartado los ojos de la cara de Jo ni una sola vez. Al principio, ella sabía que la mujer la estaba evaluando. Ahora era como si tratara de leerle la mente, como la anciana de la compañía gitana que pasaba todos los años por Hertfordshire.

"¿Por qué iba a ser yo la *última* en enterarme de esta emocionante noticia?". se lamentó lady Nithsdale.

El efecto combinado de las dos mujeres estaba colmando la paciencia de Jo. "Si el cargamento hubiera llegado a Nithsdale Hall, milady, tú habrías sido la primera".

"Eso no vale. No estoy satisfecha". La condesa movió el dedo. "¿Quién es?"

"Parece que sabes más que yo".

"Sé demasiado poco. Sé que su nombre de pila es Grace y que no recordaba nada más. Y que ha estado enferma, pero se está recuperando. Seguro que tienes algo más que compartir con tus amigos".

Demasiado tarde, pero ahora Jo veía lo acertado de la sugerencia de Hugh de que deberían haber mandado llamar a un médico de Edimburgo. No tanto por una mejor atención médica como para evitar habladurías. El doctor Namby era un hombre amable, pero estaba claro que lo que sabía se lo había transmitido a su mujer. Y ahora estaba fresco en la lengua de aquella mujer. Por el bien de Grace, Jo se sintió aliviada de que el buen doctor no supiera nada del diamante que habían encontrado en su vestido. No quería imaginarse el festín que estos dos harían con aquella información.

"¿Ha habido algún cambio en su estado desde la última vez que estuvo aquí el Dr. Namby? ¿Qué te ha contado de sus orígenes? ¿Su familia?" El cotilleo se había convertido en un interrogatorio.

Justo cuando Jo estaba a punto de ceder a un deseo casi irrefrenable de decirle a la mujer que se metiera en sus asuntos, llegó el té.

"Lady Nithsdale", dijo, bajando la voz y haciendo un gesto significativo hacia los sirvientes. "Os ruego que seáis tan amables de interrumpir esta conversación".

Mientras un lacayo y una criada pasaban bandejas de brioche con mantequilla y mermelada, Jo se puso de pie y preparó el té. Mientras comían, lady Nithsdale parloteaba sobre la ópera y las obras de teatro a las que había asistido en Londres, y la señora Douglas se sentaba a tomar el té en silencio, respondiendo sólo de vez en cuando cuando la llamaban. Pero Jo sabía que la conversación daría un giro en cuanto recogieran los platos.

Estaba en lo cierto. Los criados no habían salido de la habitación cuando lady Nithsdale, incapaz de esperar un momento más, volvió a hablar de Grace.

"Por último. Como te decía, la Sra. Douglas podría proporcionarte una brillante ayuda en relación con-"

"¿Queréis más té, milady?" interrumpió Jo, tendiéndole la tetera.

"No, gracias. ¿Dónde estaba? Ah, sí. Podría resolverte todo el misterio de esta desconocida".

La mirada de Jo se dirigió incontroladamente hacia la silenciosa invitada. Su rostro era una máscara. El mismo e inmutable atisbo de sonrisa se dibujaba en los rasgos de la mujer.

"¿Más té para usted, señora?"

"Gracias. No".

"La señora Douglas viaja mucho por el continente", continuó la condesa. "Conoce a todo el mundo que es alguien. Ella misma me ha dicho que tiene varios amigos a los que visita en Amberes. Si tu invitada tiene alguna importancia allí, mi amiga seguramente la reconocerá".

"¿Y vas a estar aquí para el baile? ¿O te necesitan demasiado las damas de Brighton?"

La fría expresión de la señora Douglas no cambió, pero antes de que pudiera contestar, lady Nithsdale apartó de ella la taza y el platillo de té.

"De verdad, Dama Josefina. Debes permitirnos reunirnos con esta joven antes de irnos".

"Oh, ¿tienes que irte?" Entonces, sonriendo tan dulcemente como pudo, Jo se levantó de la mesa. "Pero claro, seguro que tienes muchas llamadas que hacer. Mira qué hora es".

"No, no quería decir que tengamos que..."

"Por supuesto que no. Eres demasiado amable para apresurar tu visita, pero estoy segura de que nuestros otros vecinos se sentirían desatendidos si les privaras de la compañía de la señora Douglas. No me sentiría bien reteniéndolos a los dos para mí sola. ¿Señoras?"

Cuando lady Nithsdale se levantó de mala gana de su asiento, Jo miró a la otra invitada, que la observaba con la misma expresión inescrutable.

"Pero sobre tu invitada..." Lady Nithsdale resopló.

"No, milady. No te entretengo ni un momento más. Lo dejaremos para otra visita, ¿de

acuerdo?". Jo los condujo hacia la puerta. "Y la próxima vez que vengas, podemos dar una vuelta por el jardín. Las azaleas están preciosas este año".

Capítulo Trece

EL DESASTRE ya estaba en marcha incluso antes de que salieran de los establos.

Hugh y los dos mozos de cuadra le daban instrucciones. El castrado que iba a montar ahora era más joven y enérgico, y necesitaba una mano fuerte para quedarse quieto mientras ayudaban a Grace a subir a su lomo. Casi la tiran antes de sentarla.

La situación no mejoró en absoluto cuando empezaron. Grace sabía por experiencia que todos los caballos, incluso los más dóciles, intentan mostrar su independencia cuando los monta un extraño. No había tenido oportunidad de hacerse amiga de la nueva montura. Le habían dado una fusta para compensar la ausencia de una pata en el lado contrario, pero fue inútil. El castrado se desparramaba constantemente, exigiendo continuos tirones. No podía bajar las manos, colocada como estaba. Y sin la pierna derecha, que estaba incómodamente enganchada a la muleta de la silla, perdió una herramienta inestimable para controlar al animal. Todo lo que le habían enseñado antes no había servido para nada. Bien podría haber estado encaramada a la joroba de un camello.

Estaba claro, pensó, que nunca había respetado lo suficiente a los que dominaban ese método de montar tan peligroso. Las pocas veces que le habían ofrecido la oportunidad de intentarlo, Grace nunca aceptó. Su padre no se lo permitía. Y como perfeccionista, nunca le había gustado esa sensación de "menos capaz" cuando aprendía algo nuevo.

Mientras sus caballos pasaban junto a una perrera y varios graneros, Grace se inclinó hacia la derecha para mantener el equilibrio, pero la pierna se le dormía rápidamente. Esto no era montar a caballo. No había alegría en ello. Era evidente que aquella montura había sido diseñada para torturar a las mujeres.

Le gustaba montar a horcajadas. Siempre le había gustado. Correr por un prado o por un camino rural con el viento en la cara, surcar el aire por encima de un muro o una zanja, moverse como una sola persona con el poderoso animal entre las piernas era un placer sin igual. Al diablo con la moda, a menudo había llevado calzones de hombre mientras lo hacía. Hoy no tenía elección en cuanto al vestido que llevaba, pero no creía que todo fuera a salir tan mal.

A pesar de todo, su orgullo no le permitiría mostrarse débil. No se quejaría. Sería la dueña de la situación. Cuando dejaron atrás los edificios y Hugh ordenó a su enorme corcel que "siguiera trotando", ella empujó a su caballo al galope en un esfuerzo por parecer hábil. Estuvo a punto de caerse media docena de veces antes de frenar al castrado al trote, y Grace se estremeció al pensar lo ridícula que debía de parecer, tambaleándose y balanceándose delante de él como un húsar borracho.

No tenía sentido sugerir que fueran al pueblo en lugar de al lago. Fuera lo que fuera lo que hubiera querido, su plan cambió cuando apareció Hugh en lugar de su hermana.

Afortunadamente, la tortura que le estaban infligiendo en las piernas y el culo pronto llegó a su fin. Tras cabalgar durante un rato por lo que parecía un antiguo bosque de robles y abetos, llegaron a un claro de hierba de prado salpicado de flores silvestres amarillas, blancas y violetas. Más allá de una hilera de pinos, vislumbró un estrecho lago.

Se sintió muy aliviada cuando él refrenó su caballo y sugirió que desmontaran y caminaran un poco antes de regresar.

Grace observó el suave desmontaje de su compañera y bajó la mirada hacia el artilugio al que se aferraba. No tenía ni idea de cómo demonios iba a bajar.

Hugh dejó a su semental y se acercó. "Esto será más fácil que montar".

"Eso no es decir mucho".

Su dignidad la obligaba a hacerlo con facilidad. Había desmontado de caballos, ensillados o a pelo, miles de veces. Podía hacerlo. Pero enseguida se dio cuenta de que una pierna y una nalga que habían perdido toda sensibilidad la iban a frustrar.

"Si te recoges las faldas y sueltas la rodilla, estaré encantada de ayudarte".

Estaba muy cerca, con las manos extendidas, dispuesto a ayudar.

"Puedo encargarme de esto", dijo, más bruscamente de lo que pretendía. Quería bajar de un salto sin ayuda, pero el castrado empezaba a inquietarse. Recoger los voluminosos faldones en la mano estaba resultando un serio obstáculo mientras intentaba liberar la pierna de la muleta de la silla.

"Antes de hacerlo, suelta primero el pie del estribo de la zapatilla y del lazo".

Las faldas empezaban a frustrarla. Sin pensar en el pudor, se las subió hasta la rodilla y sacó el pie del estribo.

"Ahora quita la pierna derecha de la muleta".

Su pierna no cooperaba.

Hugh esperó mientras ella hacía un último intento por arreglárselas sola. Finalmente, alargó la mano y la agarró por la cintura. Levantándola de la silla, la bajó suavemente al suelo.

Su pierna derecha, colgando como una rama de sauce rota, se desplomó bajo ella cuando él la dejó en el suelo. Mientras luchaba por mantener el equilibrio sobre la otra pierna, el inquieto castrado, liberado de su jinete, la golpeó y ella cayó sobre Hugh.

Los labios de Grace se apretaron contra la suave lana. Lo rodeó con los brazos, aferrándose a su abrigo de montar. Olió el aire fresco y al hombre, y su mente se vació de toda queja. Su cuerpo se llenó de un sentimiento tan antiguo como la feminidad. El tiempo se detuvo. Rozó su hombro con la mejilla y se permitió saborear el momento, imaginando un sueño que nunca podría ser. La sensación de hormigueo en la pierna le impidió alejarse de él. Él no se quejó.

Cuando se sintió capaz de apoyar su peso en aquella extremidad, empezó a retroceder, pero la ligera presión de la mano de él en la parte baja de su espalda hizo que Grace se detuviera.

Su mirada subió lentamente por la fuerte barbilla hasta los labios de él. Quería que la besara. Levantó la vista y se sintió aliviada al ver una necesidad similar en el fondo de sus ojos grises. Le estaba mirando los labios.

Sus dedos trazaron suavemente la línea de su mandíbula, y un delicioso temblor la recorrió.

"Aléjate y no te besaré".

Su voz era profunda, invitándola a jugar. Pero la decisión era suya. La dejaba en sus manos, como la noche anterior. Podía alejarse... y lamentar el resto de su vida no haber vivido ese momento.

Grace se puso de puntillas y rozó suavemente los labios de él.

Sintió que cada músculo de su cuerpo se ponía rígido. Envalentonada, le miró a los ojos y le

besó suavemente.

Su boca se posó en la de ella, dura y rápida, y cuando los labios de ella se separaron con asombro y deleite, él le introdujo la lengua profundamente en la boca. La besó hambriento y sin restricciones, borrando cualquier recuerdo de los castos besos de su juventud. Su cuerpo respondió al juego de sus labios. Un deseo jamás conocido estalló en su interior, corriendo como el fuego por sus venas. Quería más.

A Grace le faltaba el aire. Su corazón martilleaba como el batir de cañones. El beso de Hugh la estaba deshaciendo, derritiendo. Era como arcilla en su abrazo, su boca se rendía a su boca, su cuerpo se amoldaba a su cuerpo. Se elevó más y le rodeó el cuello con los brazos. Sintió, más que oyó, su gemido de placer cuando sus pechos se apretaron contra el suyo.

Rápido. Piensa. Equivocarse. En su interior se libraba una batalla. *Ahora. Deseo. Bien.*

Quería que el fuego de la pasión dominara este momento, pero no podía ser. Estaba equivocada. Hugh no sabía la verdad sobre ella, y estaba aumentando sus males con lo que había empezado. Tenía que parar ya.

Grace forzó sus dedos temblorosos entre sus cuerpos y se apretó contra el pecho de él. Inmediatamente puso fin al beso y dio un paso atrás.

Sus piernas amenazaban con ceder bajo ella. Todo a su alrededor era una mancha de colores. Sus labios hormigueaban de placer.

"No debería haberte besado", consiguió susurrar por fin.

"No, fui yo", dijo él, su mirada seguía encendiendo el cuerpo de ella incluso a dos pasos de distancia. "Pero no me arrepiento, y creo que tú tampoco".

Grace se volvió hacia el lago y se llevó las manos a las mejillas enfebrecidas. Nunca había imaginado un deseo tan ardiente y explosivo por alguien. Nunca había iniciado un momento así, y cuando estuvo en sus brazos, le habría dado mucho más que aquel beso. Cerrando los ojos mientras una oleada de mortificación se apoderaba de ella, buscó en su mente una forma de justificar aquel repentino error de juicio.

Hugh se alejó, conduciendo a los caballos hasta un arbusto bajo donde podían pastar en la hierba del prado. Ella le vio asegurar las monturas y luego quedarse contemplando las centelleantes aguas del lago. Había perdido el control por un momento, y ella se sorprendió de que le hubiera hecho eso. Desgarrada por deseos contradictorios, se obligó a quedarse quieta y a no volver hacia él y arrojarle de nuevo a sus brazos.

Cuando por fin se giró y volvió hacia ella, era el anfitrión controlado y serio que ella había conocido.

"La gente considera que el sendero que bordea el lago es muy pintoresco. Si no estás demasiado cansado, quizá te apetezca estirar las piernas".

Grace resentía la pérdida del hombre que la había besado con tanta pasión, pero estaba agradecida por el caballero que había conservado una apariencia de razón. Era un derviche de contradicciones que giraba enloquecida, incapaz de comprender en quién se había convertido de repente.

Las respuestas que buscaba no eran fáciles de encontrar, al menos no ahora que el objeto de su anhelo estaba a su lado.

Hugh señaló el camino y, mientras bajaban entre los árboles hacia el agua, Grace se obligó a concentrarse en lo que la rodeaba. Si hablaba, no insistiría en lo que había hecho. Quería encontrar algo que desviara cualquier conversación de su descarado comportamiento.

Cuando salieron a una amplia franja de hierba a lo largo de la orilla del lago, sus ojos contemplaron el verde bosque que se alzaba en la orilla opuesta. El lugar era tranquilo, protegido

y apacible.

"Esto es precioso. No esperaba que el bosque estuviera tan lleno de flores". Señaló un manto de campanillas que se extendía a su alrededor.

Los miró como si los viera por primera vez.

"Creo que es una buena época del año para eso". Indicó el camino que bordeaba el agua. "Podemos caminar por aquí si quieres".

Sus voces le sonaban tensas, pues ambos se esforzaban por parecer no afectados por el encuentro.

"Vizconde Greysteil. ¿Es un nombre escocés?"

"Lo somos. Lo somos. El título de mi abuela paterna".

"¿Te criaste aquí?", preguntó.

"Sí, pasábamos mucho tiempo en Baronsford. Por supuesto, yo iba a la escuela, pero volvíamos para las vacaciones de verano. Mi padre tenía sus obligaciones en el Parlamento, pero los placeres de la temporada nunca han atraído a mis padres".

Recordó que les reconocía sus cualidades de justicia y tolerancia. Qué maravilla que un hombre de su edad pensara en sus padres con tanta admiración. Se preguntó si llegaría el día en que pudiera alabar abiertamente a su padre por lo que le había dado.

"Creo que éste habría sido un lugar encantador cuando era niña".

"De hecho, este lugar en concreto era nuestro sitio favorito. Todos mis hermanos y primos nadaban aquí de niños".

Grace imaginó a unos niños jugando en la hierba que bajaba hasta la playa de guijarros. Una arboleda cercana se asomaba sobre el agua cristalina y, en su mente, tomaban el sol en la gran roca plana que había a unos metros de la orilla.

"¿Todavía tienes familia cerca?", preguntó.

Se volvió y señaló hacia arriba a través de unos árboles. "En esa dirección, estamos a un paseo de los establos de Greenbrae Hall. Allí es donde mi tío menor, David, y su esposa, Gwyneth, viven con su familia durante parte del año". Señaló en otra dirección. "Si caminamos un poco más, deberías poder vislumbrar una casa torre de piedra sobre las copas de esos robles. Cuando era joven, Walter Truscott empezó a restaurar el lugar para sí mismo".

"¿Walter Truscott?", preguntó ella.

"Es primo hermano de mi padre y ha sido el administrador de la finca de Baronsford desde antes de que yo naciera. Estaría perdida sin él. La casa torre alberga ahora un proyecto benéfico en el que participan mi hermana y Violet Truscott, pero puedes preguntarle a Jo al respecto."

Para Grace, estar arraigada en un lugar y utilizar parte de donde vives para ayudar a los demás era un sueño. Se lo preguntaría a Jo. De todas las mujeres ricas y de posición que Grace había conocido en su vida, no recordaba a ninguna que encarnara las cualidades de la hermana de Hugh.

Llegaron a una bifurcación del sendero, y él señaló hacia donde giraba para adentrarse en el bosque. "Este camino lleva de vuelta al lugar donde dejamos los caballos".

Caminaron en silencio mientras ella se esforzaba por encontrar más preguntas. Su mente seguía recordando su beso y cada vez le resultaba más difícil ignorar su presencia.

Se sintió aliviada cuando salieron de la cañada y entraron en el claro. No muy lejos, los caballos estaban a la vista.

Hugh rompió el silencio. "Me temo que nuestro paseo no fue lo que esperabas".

Si él supiera que era mucho más de lo que ella había previsto.

"Estar fuera era lo que necesitaba", dijo. "Creo que esto puede ser el paraíso en la tierra. La

serenidad del agua y los árboles que la rodean. El olor de todas estas flores silvestres".

Su mirada recorrió los campos que tenían ante ellos. Durante unos instantes de silencio, le imaginó intentando apreciar la escena como ella. El respiro duró poco, y sus ojos grises volvieron a encontrar los de ella.

"Pensaba en la silla de montar. Me atrevería a decir que en la vida que no recuerdas, montabas a caballo, pero no de lado".

Su astucia era encomiable. "Podrías tener razón".

"¿Crees que fue el ajuste de la silla de montar?"

Grace era una amazona más que capaz. Ahora la fastidiaba su incapacidad para adaptarse, pues no tenía problemas para montar a caballo cruzado. No era el ajuste de la silla, sino su maldito diseño.

"No podía montar ni bajar sin ayuda. Y no podía dejar de pensar en lo indefensa que estaría si mi caballo corcoveara o se encabritara".

"Eso sería una complicación".

"Exactamente. ¿Y saltar? ¿O al galope? Su tono era agudo. Intentó suavizarlo. "Ese artefacto bárbaro se rige por la moda. Ignora la seguridad del jinete".

Se sorprendió cuando él sonrió, y su mente traicionera recordó su beso.

"Los hombres suelen quejarse del espíritu en una mujer, pero en ti es encantador".

Sabía cómo despistarla y hacerle olvidar lo que quería decir. Un rubor cálido le subió por el cuello hasta las mejillas. Grace se quedó mirando las puntas de las botas que asomaban por debajo del vestido. Espíritu. Impulso. Deseo. Todos brotaban de aquel lugar de pasión que había dentro de ella.

"Eres como una árabe", continuó. "Espíritu e inteligencia criados juntos en una criatura de gran belleza".

"Me lo tomaré como un cumplido, ya que eres jinete".

Árabes. Sabía mucho sobre la raza. Había visto a su padre ayudar a entrenar al gran caballo de guerra de Napoleón, Marengo. Otra conversación más que no se atrevía a mantener con él.

Mientras caminaban, Grace no se atrevía a mirarle, por miedo a obligarle a volver a tomarla en sus brazos. ¿Y entonces dónde estaría?

"Es un cumplido".

No podía dejarse distraer por su encanto. Aún le debía una disculpa. Atacó su carácter. Cuando Anna trajo la bandeja del desayuno, le contó a Grace la historia del nuevo herrero de Baronsford, el hombre que había visto más tarde cuando bajó a los establos. El vizconde se había encargado de corregir una injusticia. La historia no hizo más que avivar su sentimiento de culpa.

"Necesito pedirte perdón, mi señor", dijo. "Me pasé de la raya en la biblioteca. Mis modales, la violencia de mis expresiones . . . el recuerdo me avergüenza incluso ahora. No tenía derecho a criticarte a ti, que sólo me has mostrado amabilidad. Y me expresé sabiendo todo el bien que has hecho. Para mí, equiparar la difícil situación de un grupo con la de otro que ha sido esclavizado durante generaciones revela falta de arte e ignorancia en mi propio carácter. Ese "espíritu" al que te acabas de referir me ha traicionado. Hablé cuando no debería haber hablado. Fui crítico cuando debería haberte elogiado".

La agarró por el codo, haciendo que se detuviera. "Decías la verdad. Y dirigiste mi atención hacia un punto ciego que no me había dado cuenta de que poseía".

"Saqué una conclusión basada en un puñado de artículos".

"Una vez que tuve la oportunidad de reflexionar sobre lo que dijiste, descubrí que tenías razón. No me hice juez para mejorar mi estatus social o político. Mi objetivo siempre ha sido

dictar mis sentencias con justicia y sin parcialidad. Y me preocupa ver en qué he fallado".

El mismo hombre que la había estrechado entre sus brazos con tanta pasión hacía unos instantes estaba ahora ante ella sin una pizca de arrogancia o vanidad. Hugh Pennington no podía impresionarla más.

"Pero no has fracasado. Creo que mi decepción y frustración se dirigían realmente a la ley y a la sociedad, y no a ti en concreto."

Todos los inmigrantes lucharon de una forma u otra. Grace y su padre no fueron una excepción. Era hija de padre irlandés y madre escocesa que habían vivido sus vidas en el bando perdedor de las guerras contra la Corona inglesa. Con sus días en los campos de batalla a sus espaldas, Daniel Ware se preocupaba por la seguridad del futuro de su única hija. Deseaba poder compartir ahora su propia experiencia con Hugh. El miedo a los forasteros existía en todas partes donde había vivido, incluida América, una curiosidad teniendo en cuenta que era una nación de forasteros recién colonizada. Pero no podía decírselo.

"Gracias por hablar, pero deseo dejar atrás el desacuerdo de anoche".

Grace agradeció su cordialidad. Nada le gustaría más.

"¿Te importa que acompañemos a los caballos de vuelta?", preguntó cuando llegaron junto a los animales.

"Sería estupendo". Miró la silla con exagerado desdén.

Se quitó un gran peso de encima. El olor de los abetos llenó sus sentidos mientras caminaban.

"Sin embargo, aún me asombra la capacidad de tu mente", dijo él, interrumpiendo sus pensamientos. "La exactitud de tu memoria. La capacidad de recitar textos impecablemente. Fechas. Referencias. ¿Cómo puedes recordarlos todos con tanta precisión?".

Para variar, podía ser sincera. "Parece que lo que leo se queda conmigo, tal como lo veo en la página".

Salieron de la sombra del bosque y caminaron hacia los prados abiertos. A lo lejos, las torres y torreones de Baronsford se alzaban sólidamente contra el cielo azul.

"Nunca olvidaré que tus primeras palabras fueron el recitado de los versos de un poema". Giraron hacia el carril.

"¿No era una balada?", se burló.

Al mirarle, vio que su expresión se ensombrecía. Sus ojos estaban fijos en un carruaje abierto que se acercaba a ellos. Tiró de sus caballos hacia un lado del camino.

"Pido disculpas por esta intromisión, de antemano".

Antes de que Grace pudiera replicar, la voz chillona de una mujer surcó el aire, ordenando al carruaje que se detuviera.

"Lord Greysteil", chilló de alegría una robusta mujer mayor. "¡No sabes cuánto me alegro de encontrarte aquí!"

Se arrancó el sombrero de la cabeza y se pasó los dedos por el pelo. Su enfado era evidente.

"Acabamos de dejar Baronsford tras una *agradable* visita a tu hermana. ¡Y encontrarte aquí! Nos sentimos realmente desolados al pensar que podríamos perdernos veros a ti y a tu... vaya, a tu *encantadora* invitada. ¿Serías tan amable de presentarnos a la joven?"

Grace miró del rostro del orador a su compañera. De repente, una oleada de enfermedad la invadió. Conocía a aquella mujer. Hacía seis años, el día en que el hijo de Napoleón fue bautizado en la catedral de Notre Dame, dignatarios de todo el continente, incluida una pequeña delegación de Inglaterra, habían viajado a París.

Y ahora la señora Mariah Douglas, miembro de aquel grupo, estaba sentada en este carruaje, a un mundo de distancia, con su aguda mirada fija sin vacilar en el rostro de Grace.

Capítulo Catorce

AHOGADO EN EL RÍO TWEED. Troceado y utilizado como cebo para peces. Empujado desde un globo a mil pies de altura. Fusilado por un ganso. Hugh podría pensar fácilmente en cien formas más de castigar al conde de Nithsdale por la conducta de su esposa, pero ninguna de ellas le parecía en aquel momento lo bastante dolorosa.

La mujer era una molestia. Una simple presentación no era suficiente. Inmediatamente se lanzó a un aluvión de dos docenas de preguntas antes de hacer una pausa para respirar. Lady Nithsdale no era sólo una molestia. Era una amenaza absoluta.

En algún lugar de aquella biblioteca, pensó, tenía un volumen sobre las técnicas de tortura de Torquemada.

Al contemplar la palidez del rostro de Gracia en aquel momento, el recuerdo de su beso se desvió hacia las sombras. Su estado le preocupaba, y recordó las palabras que ella le había dirigido en el establo de los carruajes. *Le resultaría difícil ser inspeccionada y juzgada en compañía extraña.* No la culpaba. El comportamiento de la condesa era imperdonable. Los acusados de su sala eran tratados con más consideración.

"Ya basta, Lady Nithsdale", dijo en un tono que, al menos por un momento, hizo callar a la mujer. "Disfrutad del viaje, señoras. Que tengáis un buen día".

Hizo un gesto al cochero para que procediera.

"¡Espera!" La condesa encontró la voz antes de que el carruaje se pusiera en marcha. "Milord, aún no hemos cumplido el motivo de nuestra llamada, la oferta que hicimos a vuestra hermana".

Esperó a que nadie pronunciara palabra y se volvió hacia su compañera.

"Sra. Douglas, ésta es su oportunidad de resolver el mayor misterio de los Borders en una década. ¿Puede decirnos si, en sus extensos viajes, se cruzó alguna vez con esta joven?"

La compañera de Lady Nithsdale se inclinó hacia delante, estudiándola como un gato que observa a su presa. Aquello era demasiado. Hugh se enfureció en nombre de Grace.

"Es más que suficiente", ordenó secamente. "Pretendemos ayudar a la señorita Grace a recuperar fuerzas, no causarle más agitación".

"¿Y bien?", chilló la mujer mayor, que no quería que le robaran ese momento. "¿La conoces?"

"Perdonadme, mi señor. He conocido a mucha gente en mis viajes. No recuerdo si alguna vez me presentaron a esta joven".

"Muy bien. Está decidido". Hugh lanzó una mirada de advertencia al conductor. "Vete, hombre. No volveré a repetirlo. Buenos días, señoras".

Grace se quedó inmóvil, sus ojos azules siguieron con cautela la marcha del carruaje.

Levantó una mano temblorosa y apartó un mechón de rizos que le colgaba a un lado de la cara.

Volvieron a su mente los recuerdos de su beso. El dulce sabor de sus labios cuando ella los rozó con los suyos, dándole permiso. Había perdido la cabeza. El juego de sus lenguas, la presión de su cuerpo, la urgencia por tomar todo lo que ella le ofrecía no era propia de él. No recordaba haberse sentido nunca catapultado como lo estaba a aquellas inciertas alturas de la pasión sólo por un beso. Su mirada se fijó en la subida y bajada de sus pechos bajo el abrigo gris, y supo que tenía problemas.

Las palabras de su hermana volvieron a él. ¿Y si había un marido? Grace no llevaba anillo, pero ¿qué seguridad le proporcionaba eso? ¿Y si estaba prometida? O si simplemente estaba unida a alguien a quien no recordaba.

¿Y qué buscaba Hugh? Una aventura.

Hasta que recuperó la memoria, Hugh era quien estaba en posesión del pasado. Era él quien necesitaba ejercer más control en el presente.

El carruaje desapareció de la vista, y cuando Grace volvió su mirada de zafiro hacia él, era un hombre perdido.

"Estoy preparado para volver".

Mientras guiaban a los caballos, se sintió aliviado al ver que el color volvía a su rostro.

"Me temo que la grosería de Lady Nithsdale es legendaria. Responsabiliza a todos los demás de cualquier desliz en su comportamiento y, mientras tanto, *ella* se comporta de forma abominable. Su visita a Baronsford fue la razón por la que Jo se retiró de este viaje. Mi hermana quería evitarte este encuentro. Deben de estar dando un rodeo para volver a Nithsdale Hall. Fue una desgracia que se toparan con nosotros".

"Estoy agradecida a Lady Jo, pero encuentros como éste son inevitables. No puedo esconderme en mi habitación para siempre. Y no me preguntaron nada verdaderamente inapropiado, por muy asombrosa que fuera la fuerza de su entrega. Mi vergüenza provenía de mi incapacidad para dar respuestas que les satisficieran".

"Estás siendo demasiado amable. Lady Nithsdale fue grosera e indigna. Y yo fui negligente al exponerte a algunos de los comportamientos más insoportables que pueden ofrecer las Fronteras".

"Un vívido recordatorio de que debo planear el fin de mi estancia en Baronsford", dijo. "No temo nada de lo que tu vecina pueda hacerme personalmente, pero no es justo permitir que tú y tu hermana os convirtáis en blanco de tanta atención. Tengo la sensación de que, sea lo que sea lo que Lady Nithsdale piense de mí, su opinión se difundirá por todas partes".

Las palabras le escocieron. Ella ya estaba hablando de marcharse. ¿Pero qué podía esperar? El hecho de que la hubieran entregado en una caja dirigida a él no convertía a Grace en un regalo que pudiera conservar.

"Sin ningún recuerdo de tu pasado, no tienes forma de saber en quién confiar. ¿Adónde irías?"

"Lo único de valor que poseo es un diamante que no reconozco. Comprendo tu preocupación. Crees que alguien podría aprovecharse de mí si se enterara de que llevo una piedra de valor. Por esta razón, te pido que la conserves por ahora como garantía de un préstamo de dinero suficiente para el pasaje a Amberes."

"¿Amberes?", preguntó bruscamente.

"Me dijiste que era allí donde se originó el envío. Si voy allí, tendré más posibilidades de encontrar amigos o familiares. Quizá recuerde lo que me he obligado a olvidar".

"Es imposible. No estás lo bastante bien. Hace sólo cuatro días que te bajó la fiebre. No

puedes exponerte tan pronto a los peligros y rigores del viaje". No podía dejarla marchar. Todavía no. "¿Y quién cuidaría de ti una vez allí? ¿Qué pasaría si volvieras a enfermarse?"

Su mirada recorrió su rostro, deteniéndose inconscientemente en su boca. Hugh se preguntó si la había llevado a tomar aquella decisión precipitada al besarla. La deseaba, y ella había correspondido a su pasión. Pero quizá la había asustado.

"Baronsford está bien equipado para hacer frente a los cotilleos", continuó. "Ya ha soportado escándalos en el pasado. No podrías traer un escándalo mayor a sus muros".

Ella sacudió la cabeza en señal de desacuerdo. "Una vez más, estás siendo demasiado amable. Pero no puedo abusar de tu hospitalidad".

"No permitiré que te vayas tan pronto. Tampoco Jo. Hemos terminado de hablar de ello".

"¿Hasta cuándo hemos terminado de hablar de ello?"

La propia Grace era un diamante reluciente en medio de los guijarros grises de su mundana existencia. Pero eso no era excusa para retenerla aquí. Ninguna razón para pensar que él podía dictar su vida.

Aun así, debía quedarse hasta que su empleado regresara de Amberes, pensó Hugh. Había recibido una sola carta de MacKay, enviada por correo urgente, como él había ordenado. Nadie en Amberes buscaba a ninguna americana desaparecida. Debía reunirse con funcionarios de la embajada británica en Bruselas, a menos de medio día de viaje, que se habían puesto en contacto con él para pedirle una reunión. Suponiendo que no saliera nada de aquello, el hombre pidió instrucciones a Hugh.

"Quince días. Podemos volver a hablar de esto dentro de quince días. ¿De acuerdo?"

Deseó poder leer su mente mientras ella miraba fijamente hacia delante. No podía obligarla a quedarse. El dorso de sus manos se rozó mientras caminaban. Bajó la mirada, esperando que Grace retirara la suya. Pero no lo hizo. Levantó la mirada hacia el rostro de él. No era una decisión que ella tomara a la ligera. No era su imaginación. Estaba destrozada. Vio una nostalgia en sus ojos, un anhelo que coincidía con el suyo.

"Una semana. Debo irme en cuanto pueda. Volveremos a discutirlo dentro de una semana. Y si entonces estoy lo bastante bien, aceptas prestarme lo suficiente para el pasaje a Amberes".

"Me parece justo". Al principio no le habían dado nada. Ahora tenían una semana. Y si por él fuera, añadirían más días hasta que tuvieran una respuesta firme sobre quién era ella y adónde iría.

Antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada más, la atención de Gracia se vio atraída por el sonido de voces jóvenes detrás de ellos. Al volverse, vio a casi una docena de niños de diversas edades corriendo por el campo con una criada en su persecución.

Grace les devolvió el saludo con la mano mientras un par de niñas les saludaban a gritos.

"¿Quiénes son? ¿De dónde vienen?"

Señaló la casa de la torre, sólo parcialmente visible a través de los árboles. "Ahí es donde viven. Creo que se dirigen al lago. Hay un pantano especialmente desagradable debajo de donde caminamos que tiene más ranas de las que se pueden contar".

"¿Todos viven allí arriba?"

"Todas". Los contó. "Creo que faltan los dos más jóvenes".

Sonrió, se dio la vuelta y los vio desaparecer uno tras otro entre los árboles.

"No pueden ser todos hermanos. Parecen demasiado cercanos en edad".

"Mi hermana puede responder a todas tus preguntas. Es la casa torre de la que te hablé. Es el proyecto de Jo y Violet".

Seguía sonriendo cuando levantó la vista hacia él.

"Y eso", dijo, señalando a los niños que se marchaban. "Eso es lo mejor de las Fronteras".

Capítulo Quince

¿PODRÍA DURAR UNA SEMANA?

Desde su ventana, Grace observaba distraídamente a tres trabajadores que recortaban los setos de boj verde intenso que bordeaban uno de los muros del jardín. Mientras Anna correteaba por la habitación detrás de ella, Grace intentó convencerse de que la señora Douglas no la había reconocido. Recordaba a la mujer, pero no había motivo para que la invitada de lady Nithsdale recordara haberla conocido. Al fin y al cabo, habían pasado seis años. Miles de personas habían asistido a la ceremonia y a las recepciones posteriores. Se habían intercambiado cientos de presentaciones. Con toda la fanfarria y opulencia del día, esperaba que su rostro no se hubiera distinguido entre la multitud. La posibilidad era mínima.

El bautizo había supuesto el esplendor más memorable de la década, después de la coronación. Grace aún recordaba la ceremonia como si fuera ayer.

París. La procesión de carruajes viajó desde el palacio de las Tullerías hasta la catedral de Notre Dame, a lo largo de caminos bordeados por la Guardia Imperial y las tropas de la guarnición. La multitud gritaba y aplaudía a cada carruaje a su paso, y un estremecimiento recorrió a Gracia incluso ahora al recordarlo. La calesa en la que cabalgaba iba tres por delante de la pareja real, pues le habían concedido el tremendo honor de unirse a las *dames du palais* en el séquito de damas que llevaban el séquito de la reina, una distinción debida al valor y el servicio de su padre. Cuando el emperador, su esposa y su hijo pequeño llegaron a la vista de la multitud, los vítores de júbilo y los gritos de "*¡Viva el Rey de Roma!*" que se elevaron fueron lo bastante fuertes como para haberse oído en Calais.

La ceremonia en la catedral se llenó con las voces de los coros, y el propio cardenal entonó el *Veni Creator*. Y cuando Napoleón tomó al niño de manos de la emperatriz y lo sostuvo en alto dos veces, los reunidos en la antigua iglesia alzaron sus voces como un solo hombre en señal de adulación.

Aquel día residía en su memoria como un sueño. Grace recordaba haberse sentido como un espíritu etéreo elegido para pasar un día en un cuento de hadas. El espectáculo, las aclamaciones, la trascendental importancia del acontecimiento en el que había sido elegida para participar, habían sido casi inabarcables. Se sentía flotar entre los dioses dorados del mismísimo Olimpo.

Fue después de la ceremonia en la catedral, cuando el emperador y su séquito se trasladaron al Hôtel de Ville para las celebraciones, cuando le habían presentado a tantos invitados y diplomáticos, entre ellos varios miembros del contingente inglés. Como se habían roto las relaciones diplomáticas oficiales entre ambos países, de Inglaterra asistieron muy pocos. Por desgracia, la Sra. Douglas estaba allí con su marido, un miembro de alto rango del Parlamento. Lo que Grace recordaba más vívidamente de la presentación fue la gélida respuesta de la pareja a

su padre. Grace casi podía sentir la reacción del inglés ante el orgulloso militar irlandés, súbdito renegado, honrado por el emperador francés por sus contribuciones luchando contra los británicos en España y Portugal. Daniel Ware estaba destinado a atraer su atención y su desagrado.

Sintió un escalofrío. La posibilidad de que ambos se encontraran cara a cara después de tantos años era tan ínfima y, sin embargo, había sucedido. La Sra. Douglas no había cambiado mucho desde que se presentaron. Grace era mayor; quizá los años habían marcado la diferencia. Los agudos ojos de la mujer no se habían apartado en absoluto de su rostro. Hoy, la Sra. Douglas no reconocía conocerla, pero seguía existiendo el riesgo de que el recuerdo de aquel día en París volviera cuando ella tuviera la oportunidad de reflexionar.

Grace intentó calmar su pánico mientras se ponía un vestido de día antes de que Anna se marchara. No podía hacer nada más que esperar. No tenía forma de abandonar Baronsford a menos que el vizconde accediera a cambiar su acuerdo. Él se había sentido decepcionado cuando ella le sugirió que había llegado el momento de marcharse. Su pesar era sólo una fracción de la tristeza que ella sentía en su corazón. Se había sentido atraída por él tan rápidamente.

Entró en la sala de estar, se acercó a las ventanas abiertas y levantó la cara hacia la suave brisa. Ardía, incluso ahora, al recordar su beso. La presión de su boca la deshizo. Su sabor, la sensación de su cuerpo duro apretado contra el suyo la hicieron desear más. Nunca se había sentido tan viva como en aquellos instantes entre sus brazos.

Y luego charlas triviales. Una distracción. Había hecho todo lo posible por recuperarse del impacto de su apasionado encuentro. Quería volver a besarse. Le dolía que la tocara. Le deseaba. Pero tras el encuentro fortuito con las vecinas, la ardiente pasión de aquellos momentos se transformó en un escalofrío que no pudo superar. Habló muy poco durante el resto del camino de vuelta a Baronsford.

La persistente pregunta no desaparecía. ¿Qué pasaría si la Sra. Douglas se acordara?

Mientras un reloj daba las doce en algún lugar de la casa, unos ruidos en el camino bajo su ventana llamaron la atención de Grace. Pasaban trabajadores e intercambiaban saludos con los jardineros. Uno de los hombres que pasaban era el herrero Darby. Él y dos ayudantes se dirigían hacia la zona de los establos, empujando una reja de arado dañada sobre una carretilla. Cuando se separaron, Hugh le dijo que esta tarde se reuniría con el herrero para trabajar en los preparativos del globo.

Hugh se había ocupado de que Darby fuera liberado tras haber sido encarcelado injustamente. Aun siendo un lord de justicia muy respetado y señor de Baronsford, había aceptado libremente la validez de su reproche respecto a la ley. Hugh Pennington no era el hombre que ella había pensado en un principio.

Y Grace era hoy una persona diferente a la de hace cuatro días, cuando decidió que tenía que mentirles. Ahora sabía qué clase de personas eran Hugh y Jo. Comprendía su compasión. Vio la generosidad de buen corazón que era su forma de vida. Pero la cuestión que se le planteaba ahora era si confiaba en ellos lo suficiente como para revelarles la verdad. Se imaginó a sí misma contándoselo todo. En cuanto al diamante, sinceramente no sabía que estaba oculto en su vestido. Pero, ¿debería?

Mejor pronto que tarde, pensó. Conociéndolo como lo conocía ahora, Grace estaba segura de que Hugh no era un hombre que la vería castigada por circunstancias que estaban fuera de su control. No castigaría a una hija por las decisiones de su padre.

Al final, todo se redujo a esto. ¿Era valiente o cobarde? ¿Podía enfrentarse a él y confesar? ¿O debía esconderse y esperar y escapar a Amberes dentro de una semana?

La despertó un suave golpecito en la puerta abierta del salón, y se volvió para ver entrar a Jo. La seguían dos sirvientas, cada una con una bandeja.

"He oído que estabais almorzando en vuestras habitaciones, así que he decidido acompañaros, si me permitís. Espero que no te importe".

"No sabes cuánto me alegro -respondió Grace, acercándose a ella y cogiéndole la mano.

Esto era exactamente lo que ella necesitaba, una oportunidad para que las dos pasaran tiempo juntas. Tal vez podría armarse de valor para decirle a Jo las cosas que había que decirle.

Colocaron una mesita cerca de la ventana y dispusieron los platos y la comida.

"Gracias. Eso estará muy bien. Podemos servirnos nosotros". Jo se mostró amable, pero el sutil filo de su tono hizo que Grace se fijara más en las tensas arrugas que rodeaban su boca. "Llamaré cuando los platos estén listos para que se los lleven".

La hermana de Hugh se sentó en un sofá, con las manos apretadas en el regazo, mientras los criados los dejaban solos. Hombros tensos, espalda recta y ojos que vagaban inquietos por la habitación. Grace sabía que Jo no había venido a comer, sino a hablar.

"Por favor, ven y siéntate a mi lado". Dio una palmada en el asiento de al lado.

Grace fue hacia ella, preparada para lo que pudiera surgir.

"Hugh me ha contado lo que ha pasado hoy".

El beso que compartieron pasó por su mente, pero Grace se tranquilizó. Nunca divulgaría un momento tan personal.

"Lo siento mucho", continuó Jo. "Me mortifica que hayas tenido que sufrir la grosería de lady Nithsdale".

"No hubo ningún daño", respondió ella. De todos modos, esperaba que no se produjera ningún daño.

Los ojos oscuros de Jo se centraron en el rostro de Grace. Había tristeza más allá del tono sombrío.

"Mencionó tu agitación. Me ha dicho que quieres abandonar Baronsford. Eso no puede ser. No lo permitiré. No quiero que te vayas".

Pero había llegado el momento. Grace tenía que decir la verdad y acabar con esta plaga de fingimiento. Por desgracia, no tenía ninguna posibilidad, pues Jo continuaba.

"Me horroriza esa mujer y su falta de decoro. Es un veneno. He llegado a creer que vive con el único propósito de estropear vidas".

"Encuentros como el de hoy son inevitables", dijo Grace en voz baja, decidiendo que debía facilitar su confesión. "Soy una extraña aquí. Era de esperar que tarde o temprano la curiosidad llevara a los vecinos hasta tu puerta".

"Esto es algo más que una curiosidad ociosa. La misión de Lady Nithsdale en la vida es inmiscuirse en los asuntos de los demás. Es insidioso que algunas mujeres tomen como vocación difundir falsedades sobre los demás y arruinar futuros."

Grace no iba a discutir la respuesta de Jo. Conocía a otras mujeres así, y sin duda la hermana de Hugh comprendía mejor a sus vecinos. Pero tal vez estaba disgustada ante la posibilidad de los rumores que pronto correrían por las mesas de té y cartas de la zona. Grace imaginó lo chocante que era que la hubieran encontrado cabalgando con el vizconde sin compañía. Sólo era una breve visitante en Baronsford. Poco le importaba su propia reputación.

Lo único del encuentro de hoy que angustiaba personalmente a Grace no tenía nada que ver con lady Nithsdale, sino con su invitada.

"No sabes cuánto aborrezco a esa mujer".

La dura intensidad de la voz de Jo sobresaltó a Grace. Aquellas palabras no se decían a la

ligera. Jo tenía las manos apretadas sobre el regazo. Sus ojos oscuros estaban fijos en una línea de copas de árboles al otro lado de la ventana. Imaginó que en la mente de su compañera se libraba una batalla diferente. La raíz de aquellos sentimientos hacia Lady Nithsdale debía de estar plantada mucho antes.

"Te ha hecho mal personalmente en el pasado, ¿verdad?"

No había forma de ocultar las emociones. La mirada de Jo se empañó.

"¿Qué te pasa? ¿Qué te ha hecho?" Grace cogió la mano de su amiga. De repente, sus propios problemas se hicieron a un lado. La invadió un sentimiento de protección.

Jo tenía los dedos helados. Sacudió la cabeza una vez y se mordió el labio. El pasado rodaba como una tormenta que viaja a toda velocidad. Tantas veces en su propia vida Grace no tuvo a nadie a quien recurrir. Ninguna amiga. Ni confidente. Aprendió pronto que no podía acaparar la atención de su padre por lo que él consideraba problemas femeninos.

"Sé que no me he ganado tu confianza", dijo. "Y desde luego no he hecho nada para merecerla. Pero sólo me has mostrado bondad. Desinteresadamente has pasado días cuidándome y dándome esta segunda oportunidad en la vida. Me duele verte así".

Las lágrimas brotaron del rostro de Jo como perlas.

"Han pasado demasiados años". Se deshizo de las gotas. "No es justo que aún guarde tanto odio en mi corazón. Debería olvidarlo. Pero ver la ira de Hugh contra lady Nithsdale rascó una herida muy antigua".

Era propio de Grace decir lo que pensaba. Nunca se le había dado bien contenerse. Había perdido amigos por ello. Aun así, no había alivio como permitir que el temperamento explotara, sobre todo cuando estabas segura de tener razón. Jo, lo sabía ahora, era exactamente lo contrario. Mantenía sus problemas ocultos. Quizá también sus penas.

"¿Hace cuántos años?" preguntó Gracia, decidida a sonsacarla.

Jo dudó antes de contestar. "Quince años".

"Así que eras un niño pequeño cuando ocurrió esto".

Un atisbo de una rara sonrisa puso un hoyuelo en su cara de sorpresa. "Ahora soy una mujer madura de seis años y treinta".

se burló Gracia. "No sepamos nunca lo que es la vejez. Conozcamos la felicidad que trae el tiempo y no contemos los años".

"¿A quién estás citando?"

"Decimio Ausonio".

"¿Cómo puedes saber tanto?"

"No importa". Grace no quería hablar de sí misma ahora. Quería ayudar a Jo a desahogar sus problemas. "¿Quién era?"

"¿Por qué supones que se trata de un romance?". Las lágrimas habían desaparecido.

"Tenías uno y veinte años. ¿Tu marido?"

"Nunca me he casado". Sacudió la cabeza. "Pero en su momento estuve prometida. Con un hombre llamado Wynne Melfort. Era teniente de la marina".

Al darse cuenta de que la expresión de dolor volvía a aparecer en los ojos de Jo, Grace siguió adelante. "¿Qué fue mal con tu compromiso?"

"Antes de decir más, debes saber que no nací Pennington. Mis padres me adoptaron cuando era un bebé. Mi madre biológica murió durante el parto, en una carretera muy cercana a Baronsford. Viajaba con otras personas víctimas de la limpieza. Les habían echado de las tierras de alguien sólo con lo que podían llevar. No he podido averiguar nada más sobre quién era o de dónde venía. No sé quién me engendró".

Grace agarró la mano de su amiga. De algún modo, esta revelación no la sorprendió demasiado. Jo y Hugh no se parecían en nada, y Anna lo había insinuado al hablar de los hermanos Pennington. También tenía sentido, dado que Grace comprendía los esfuerzos de lord Aytoun por detener las limpiezas, así como la apasionada repugnancia de su hijo hacia esa práctica.

"¿Y eso causó los problemas? ¿Se hizo pública la verdad de tu adopción?"

"No. Nunca fue un secreto", le dijo Jo. "Wynne lo sabía. Su familia fue informada, y no pusieron objeciones. Imagino que en parte se debió a la cuantía de mi dote. Pero mi familia nunca hizo ningún esfuerzo por ocultarlo. Mi madre me trajo aquí el día del Baile de Verano. Todos fueron testigos. Lady Nithsdale también estaba aquí".

"¿Le querías?" preguntó Grace con dulzura. "¿Le habías entregado tu corazón a este oficial de la marina?"

"Han pasado demasiados años. No me acuerdo".

Grace reconoció la mentira en la forma en que los ojos de Jo se empañaron de nuevo al volver la cara hacia la ventana.

"¿Qué ha ido mal? Dímelo, por favor. ¿Por qué se rompió tu compromiso?" Grace había oído mil veces que nada desahogaba el corazón como una confesión. Ojalá ella misma pudiera seguir ese consejo.

"Cotilleos. Rumores. Historias infundadas de que mi madre biológica era una vulgar prostituta", dijo Jo, con el dolor grabado en los ojos. "No sé por qué las habladurías se convirtieron en furor. No conozco su origen. Pero, de repente, era lo único que les importaba a los tontos. Sonreían, se reían detrás de sus admiradores y difundían falsedades como si fueran el evangelio".

La malicia de la élite. Parecía una enfermedad rampante en los círculos sociales de los ricos de todas partes. Cuanto más tenías, más envidiabas a los demás. Falsas amistades, puñaladas por la espalda y la alegría maniaca de ver caer a un rival percibido. Así era la vida en la corte y las clases sociales que la emulaban. Sólo había visto a lady Nithsdale una vez, pero Grace sabía que era de las que disfrutaban haciendo circular lo que sabían y lo que podían inventar.

"Aquel verano, cuando el trabalenguas estaba en su peor momento -al menos hasta entonces-, Wynne me escribió para informarme de que tenía que poner fin a nuestro compromiso".

"El canalla", espetó Grace con rabia. "Pequeño, débil e indigno de ti. ¿Alguien le desafió? Deberían haber disparado al perro".

"Mi padre estaba preparado para desafiarle, y lo habría hecho. Lo sé. Pero Hugh se le adelantó. Siguió a Wynne hasta Vauxhall Gardens y le abofeteó públicamente. Estuvieron a punto de pelearse allí mismo, pero intervinieron los amigos de Wynne. Llegó a nuestra casa de Hanover Square la noticia de que se pelearían al amanecer. No podía permitirlo. No podía soportar la idea de ir por la vida con la sangre de cualquiera de ellos en mis manos y en mi conciencia." Jo se apuñaló con lágrimas frescas. "Estaba como una loca. Supliqué a mis padres que lo dejaran. Juré que si le pasaba algo a Hugh, me quitaría la vida".

"¿Le detuvieron?"

Los ojos de Jo se vidriaron al revivir el recuerdo. "Mi madre lo intentó, pero fue en vano. Lo único que lamentaba mi padre era que Hugh se batiera en duelo en vez de él. Estuve deambulando toda la noche. No puedo describir la angustia que sentí".

Grace sabía que esto era por lo que pasaban las esposas, hermanas e hijas la noche anterior a cada batalla. El miedo abyecto por tus seres queridos. El pavor frío que te drena la vida.

"Justo después del amanecer, nos llegó la noticia. Habían luchado en Hyde Park. El disparo

de Hugh atravesó el hombro derecho de Wynne. Sé que mi hermano podría haberlo matado. Es capaz de dar en el blanco a todo galope. Para mí, prefirió no matarlo. Aun así, se llevaron a Wynne, sangrando mucho, y temieron que no sobreviviera al día. Pero sobrevivió".

El hermano noble y cariñoso, pensó Gracia. No mataba cuando la ira y el honor lo dictaban, sino que dejaba vivir a su enemigo. Y sólo porque sabía que causaría a su hermana más dolor del que ya había soportado.

"Aquél fue el final para mí y Wynne. Y fue la última vez que permití que se acercara un pretendiente", dijo Jo, soltando un suspiro tranquilizador. "Aquella debacle me abrió los ojos. Me hizo apreciar lo que la familia Pennington significa realmente para mí. Nunca fui una hija adoptiva para ellos, nunca me trataron de forma diferente al resto. El amor y la lealtad de mis hermanos y padres durante aquella época terrible, y su devoción después, me permitieron seguir un camino en la vida que me ha convenido. No necesité más matrimonio ni más amor que el de ellos. Seré una hija comprometida con mis padres cuando envejezcan, y una tía cariñosa con los hijos de mis hermanos y hermanas. Me conformo con eso".

Estar en paz. Después de una decepción tan grande, encontrar serenidad y un propósito en la vida. Cualquier emoción que Grace hubiera sido capaz de controlar se liberó de sus ataduras y las lágrimas acudieron a sus ojos. Jo las vio y abrazó a Grace.

"Lo siento", dijo Jo cuando por fin se separaron. "No tenía intención de arrastrarte a través de mi miseria personal".

"Quería saberlo". Grace se limpió la humedad de las mejillas. "Creo que la curación no se produce hasta que nos enfrentamos a la fuente de nuestro dolor".

Jo volvió a cogerle la mano. "Hugh me dijo que, cuando te vayas, quieres volver a Amberes. Que crees que allí podrías recuperar la memoria".

Era la oportunidad de Grace de hablar.

"No te vayas todavía", dijo Jo. "Dale un poco más de tiempo. Si no es por tu salud y el tiempo para ganar más fuerza, hazlo por mí y por Hugh".

"Pensé que una semana sería..."

"Te lo pido por mi hermano", interrumpió Jo. "Por el cambio que estoy viendo en él. Por primera vez en ocho largos años, algo le está ocurriendo. No tienes ni idea del efecto que tu presencia ha tenido en él. Puede que por fin se esté curando".

Las palabras de Jo la sorprendieron, impidiendo que Grace dijera lo que quería decir. Las preguntas ardían en su lengua. ¿Por qué ocho años? ¿Qué podía haberle hecho tanto daño como para que su hermana se preocupara tanto?

Deseos contradictorios se retorcían en su interior. Quería saber más, pero no estaba segura de poder permitirse perder por completo su corazón por aquel hombre. Éste era el camino hacia el desamor, y no sabía por qué se sentía tan obligada a seguirlo.

"Nadie habla de ello en Baronsford. Nadie lo menciona en ninguna parte -ni siquiera esos apóstoles de la malicia- por miedo a su mal genio. Pero las pistas nos rodean aquí. Puede que las hayas visto. Quizá incluso hayas adivinado que Hugh estuvo casado antes y que tuvo un hijo".

La cesta de juguetes en la biblioteca.

"Perdió a su mujer y a su hijo hace ocho años. Y no exagero si digo que no ha pasado ni un solo día en que no haya llorado su pérdida".

"¿Qué les ha pasado?"

"Fue durante la guerra de la Península. En aquel momento, la unidad de caballería de Hugh estaba cubriendo la retirada del ejército a través de España. Amelia cogió a su hijo Cameron y se fue a Vigo. Pero la fiebre del campamento estaba muy extendida. Ella y Cam se contagiaron.

Murieron mientras él luchaba contra los franceses en La Coruña. No pudo llegar hasta ellos. Cuando lo hizo, habían tenido una muerte horrible. Nunca volvió a ser el mismo desde entonces".

El reconocimiento le desgarró las entrañas. El regimiento de su padre estaba en La Coruña.

"Se culpa a sí mismo. Culpa a los franceses. Hasta el día de hoy, creo que busca a alguien o algo a quien pueda responsabilizar de lo que le ocurrió a su familia."

Cuando me escribiste a Londres, pensé que me mandabas a hacer el tonto, pero estabas en lo cierto. Grace Ware está aquí, en Baronsford. La he visto con mis propios ojos.

Afirma, como consecuencia de la ardua travesía en la caja, no recordar nada de su pasado, y sus anfitriones la creen. Si esto es cierto o si actúa para protegerse, aún no puedo decirlo. Como hija del coronel Ware, se encuentra en una situación peculiar. Tomaré medidas inmediatas para determinar la veracidad de su "amnesia".

No sé si tiene el objeto que buscamos. Si lo tiene, puede que no reconozca su verdadero valor, ni cómo entregarlo como su padre planeó.

Lord Greysteel parece bastante protector, aunque obviamente no sabe a quién protege ni lo que ella ha traído a este país. Aun así, debemos evitar la confrontación directa con él.

Tus hombres nos fallaron en Amberes, y ésta es nuestra última oportunidad. Procedamos como procedamos, los próximos días serán reveladores.

Ven aquí directamente. No permitas ningún retraso. Sin duda necesitaré tu ayuda.

Atentamente, &c

Capítulo Dieciséis

EL PRIMER DÍA, Grace no apareció, Hugh agradeció que al menos uno de los dos tuviera el suficiente sentido común para crear cierta distancia entre ellos. Ambos necesitaban tiempo para dejar que se enfriaran sus pasiones, para analizar con mesura cómo comportarse el uno con el otro y para determinar cómo se presentarían en compañía de los demás.

El segundo día, al no verla ni saber nada de ella por la noche, empezó a preocuparse. Pero su hermana le aseguró que Grace estaba bien. Estaba dividiendo el tiempo entre su salón y las bibliotecas. Las dos mujeres habían almorzado en la suite de Grace y cada día paseaban por los acantilados que bordeaban el río. Su invitada intentaba recuperar fuerzas, le dijo.

Para la cena del tercer día, su ausencia le resultaba penosa. Baronsford era un lugar grande, pero no tanto como para que un invitado pudiera pasar desapercibido y sin ser oído, sobre todo cuando él iba deliberadamente a buscarla a los lugares que se sabía que frecuentaba. A menos, claro, que ella hubiera elegido no ser encontrada por él. Y su hermana no era de ayuda, pues había pasado todo el jueves en la casa de la torre con Violet.

Al cuarto día, tras una noche agitada, Hugh bajó a su estudio al amanecer, decidido a poner fin a aquella locura. Estaba claro que ella intentaba ofenderle. Si pensaba que iba a permanecer escondida hasta que terminara la semana y luego escabullirse a Amberes, se engañaba seriamente. No tenía nada que temer de él. No era un depredador, aunque empezaba a sentirse como tal. Si ella deseaba no volver a repetir lo que habían compartido junto al lago, él respetaría y acataría su decisión. Pero eso no debía impedirle mantener una conversación civilizada con él. Quería ver su rostro, oírla hablar, mirar sus hermosos ojos. Quería preguntarse por la dirección de sus pensamientos mientras ella le observaba cada vez que creía que estaba desprevenida. Sólo pretendía pasar un rato disfrutando inocentemente de la compañía de Grace.

"Muy bien, eso último es mentira", murmuró para sí, mirando el cielo turbio de la mañana. Pero, a menos que algo hubiera cambiado, seguía siendo el amo de Baronsford y seguía teniendo una hermana. No había ninguna razón por la que no pudiera emplear la ayuda de. . . Jo, la Sra. Henson, *alguien* que propiciara algún encuentro con Grace.

Todos los planes que se formaban en su cabeza fueron inmediatamente dejados de lado. Fuera de las ventanas del estudio, divisó los rizos dorados de una mujer que deambulaba por los verdes senderos de los jardines amurallados. Faltaba una hora para que los jardineros empezaran su jornada de trabajo. La casa empezaba a agitarse cuando él bajó las escaleras.

Con las pesadas cortinas protegiéndole, observó cada paso de Grace a medida que se acercaba. Su rostro se alzaba hacia el cielo y, como un entendido en vinos, sorbía su belleza. Los labios generosos, el ángulo de su mandíbula, el pelo rubio que se negaba a ser domado. Pero también se fijó en otras cosas. Tenía los brazos apretados alrededor del torso. Mientras él la

observaba, se secaba las ojerazas. Lágrimas, especuló. Estaba disgustada. Quizá lloraba alguna pérdida. Hugh pensó inmediatamente en su memoria. Quizá había recuperado lo que había olvidado. Era posible que ése fuera el motivo de su distanciamiento.

Quizá Jo tenía razón desde el principio. Grace estaba unida a otra persona.

La idea de perderla cayó como un golpe seco.

"Para", murmuró. Todo esto eran conjeturas. Era juez. No era un adivino de feria. No se suponía. Ella era la única que podía aclararle las cosas. Tenía que hablar con ella.

Mariah Douglas lo sabía.

La carta de Nithsdale Hall había llegado ayer tarde. Ana la entregó en su habitación con una mirada interrogante, y durante mucho tiempo Grace se limitó a mirar el corazón y la corona del sello de cera.

Al abrir la carta, una fría sensación de ruina descendió sobre ella. Desde el momento en que la señora Douglas la miró desde aquel carruaje, mancillando aquel glorioso día, Grace había estado esperando este momento, sabiendo que llegaría. Resignada a su destino, la leyó.

Sin duda, la Sra. Douglas lo sabía, aunque había algo de astucia en sus palabras. Transmitió su significado sin revelar nada abiertamente.

Qué encantador encontrar una belleza con un perfil parisino tan elegante en el rústico desierto de los Borders escoceses.

En otra línea, la modista mencionó el baile de Baronsford, escribiendo que el físico voluptuoso de Grace sería perfecto para un vestido que había visto una vez en las damas de palacio de la duquesa de Parma en una ocasión muy memorable hace algunos años.

Y luego la descripción del vestido:

Como la alta costura me interesa especialmente, rara vez me olvido de un vestido cuando le sienta perfectamente a su portadora. Ahora lo veo: las enaguas de satén blanco con delicados bordados de trigo dorado entrelazado con uvas y hojas de vid. Las mangas a juego, onduladas y rematadas con lazos blancos. Las mangas a juego, cayendo en ondas y rematadas por lazos blancos. El cuerpo verde pálido de seda de Lyonnais con un borde verde más oscuro de raso de seda, también trabajado con cordón dorado y hojas de trigo y uva a juego. Tan bonito. Tan inolvidable. Pero divago, y puesto que nunca lo has visto y tendrás pocas posibilidades en tu situación actual de llevarlo. . .

Pero Grace *había* visto el vestido. Se lo había puesto para la recepción en el Hôtel de Ville tras el bautizo del hijo de Napoleón. Tampoco podía pasar desapercibida la deliberada falta de ortografía de "llevar". La señora Douglas le estaba diciendo a Grace que recordaba su presentación hasta el más mínimo detalle.

El resto de la carta no mostraba ningún indicio de amenaza, sino que parecía ofrecer una rama de olivo. La Sra. Douglas mencionó sus viajes por el continente desde la guerra, los amigos que había hecho y cómo *antiguos enemigos eran ahora los aliados más cercanos*. Concluyó la carta diciendo que había adquirido la costumbre de dar un paseo cada mañana -sin la compañía de lady Nithsdale- por Melrose Village y sus alrededores, y que disfrutaría mucho de la compañía de Grace si decidía acompañarla.

Grace miró distraídamente el manto de nubes que descendían. Qué insignificante era el descubrimiento de la señora Douglas cuando se comparaba con el trágico giro del destino que ahora amenazaba con partirle el corazón en dos.

La mujer y el hijo de Hugh murieron, solos en su miseria, enfermos sin ningún ser querido que los atendiera... mientras él luchaba por llegar a Vigo. Las palabras de Jo resonaron en su cerebro. *No podía llegar hasta ellos*.

Muchas veces su padre le había hablado de aquella gran victoria sobre los británicos. Cómo la caballería bajo su mando había rodeado el sur de La Coruña para cortar cualquier escapatoria. Cómo había hostigado el flanco del atrincherado ejército inglés mientras intentaban resistir los ataques frontales desde el norte. El enemigo había estado intentando resistir, esperando a que llegaran más barcos desde Vigo, más refuerzos y cañones para bombardear a los franceses mientras escapaban por mar. Pero los barcos británicos no llegaban. La enfermedad generalizada los había retrasado. Y mientras arreciaba la lucha, su padre había cortado el paso a todos los mensajeros, a todos los jinetes que intentaban escabullirse. Los había detenido a todos.

"Y Hugh era uno de ellos", murmuró. Intentando llegar a su familia enferma.

Su propio padre le había impedido llegar hasta ellos.

La lluvia empezó a caer, mezclándose con las lágrimas de sus mejillas, y ella tiró del chal a su alrededor. La angustia la hirió como un cuchillo. No era la inocente hija de un militar. Era la carne y la sangre del hombre responsable de la pérdida que había sufrido Hugh.

Grace oyó la pesada pisada de unas botas en el camino que conducía al jardín. Era Hugh.

Unas gotas dispersas y luego se abrió el cielo.

Hugh se apresuró a entrar en el jardín, recorriendo con la mirada la zona donde había visto a Grace desde la ventana. No estaba a la vista. Moviéndose rápidamente entre árboles frutales y parterres de flores, buscó el siguiente camino y comprobó bajo los enrejados arqueados de rosas aún no florecidas y clemátides de floración primaveral. La lluvia seguía cayendo con fuerza mientras caminaba por un fragante sendero de lilas, púrpuras y blancas, en dirección a los parrales.

Cuando no encontró a nadie allí, se volvió frustrado, pasándose la mano por el pelo e intentando imaginar adónde habría ido ella para escapar de la lluvia que caía.

La vio en el camino, más allá de los muros, mirándole por encima del hombro antes de colarse por una puerta lateral de la casa.

Capítulo Diecisiete

GRACE SE LIMPIÓ la lluvia de la cara mientras atravesaba la casa a toda prisa. Había vuelto a escapar de él. No era una cobarde, aunque se comportaba como tal. Su padre se avergonzaría de ella. No la había educado así. Éstos no eran los valores que Daniel Ware le había inculcado.

Hugh y su padre eran tan diferentes y, sin embargo, tan iguales.

Esta semana, durante las horas pasadas con Jo, había hecho preguntas sobre el pasado del vizconde. Su servicio militar. Dónde había servido. Los cargos que había ocupado. Tanto él como su padre eran oficiales de caballería. Grace podía contar una docena de ocasiones en las que los dos hombres habían luchado en bandos opuestos en la misma batalla. En más de una de ellas, Grace había viajado con él. Había estado en los campamentos franceses, haciendo lo que podía para atender a los heridos o prestar apoyo a las esposas que habían seguido a sus maridos en las campañas.

Jo sacudió la cabeza mientras le contaba a Grace lo de la mujer de Hugh. No entendía por qué Amelia se había llevado a la niña con ella al borde de aquel conflicto. Grace no intentó explicárselo, pero lo comprendió. Había visto y cuidado a tantas como ella, mujeres francesas que incluso acompañaban a sus maridos al humo, el barro y la carnicería de los campos de batalla. El amor obligaba a las mujeres a hacerlo. La propia seguridad importaba muy poco cuando el hombre al que apreciabas marchaba de cabeza hacia el peligro.

Grace se había convertido en una de esas mujeres. Sus sentimientos cada vez más profundos hacia Hugh la sorprendían y se burlaban de ella. Pensaba en él cada hora que estaba despierta. Le veía en sueños. Pero lo que la desgarraba ahora era la necesidad de decirle la verdad. Sabía lo doloroso que sería dejarle después.

Se apuñaló con lágrimas frescas mientras subía corriendo las escaleras. Al detenerse ante su puerta, Grace se detuvo y contempló el pasillo más allá de sus habitaciones. La suite de Amelia. Jo le contó cómo Hugh había conservado aquellas habitaciones tal y como estaban cuando su mujer y su hijo vivían.

Después de ocho años, aún la amaba y conservaba su recuerdo. Lo que Grace compartió con él no fue más que un flirteo. Se llevó una mano al pecho, sintiendo el tamborileo de la derrota.

Las confesiones sólo eran palabras, se dijo a sí misma. No podía seguir jugando a este juego del zorro y la zorra. Quizá una vez que se lo contara todo, no tendría que esperar más. Hugh estaría encantado de enviarla lejos.

La mirada de Gracia se dirigió de nuevo a la puerta cerrada de las habitaciones de Amelia. Ella también necesitaba hacer las paces con un alma difunta que seguía viva en espíritu. La muerte nunca era la vencedora cuando alguien era verdadera y eternamente amado.

Respirando hondo, avanzó por el pasillo.

Grace lo había visto. Hugh estaba seguro de ello. Y luego había huido.

Bueno, él no lo permitiría. Fuera cual fuese la tristeza que la había atrapado, Hugh decidió que tenía derecho a ayudarla a superarla si podía. No quería tenerla aquí, bajo su techo, sintiéndose tan abandonada como parecía. Era una invitada en su casa, bajo su protección. Seguía siendo responsable de ella. Sólo le interesaba su bienestar. Se le podían ocurrir innumerables razones para preocuparse por ella. Y la decencia común exigía que ella no huyera con sólo verle. Le gustaría tener una respuesta para eso.

Por Dios, al diablo el decoro. Iría a su suite y esperaría en su puerta hasta que ella le diera una.

Mientras se abría paso por la casa, Simons le interrumpió con una tontería sobre el desayuno. La impaciencia de Hugh debió de manifestarse, pues el mayordomo decidió rápidamente abreviar el informe y apartarse de su camino. Al pasar por su estudio, fue prácticamente abordado por uno de sus dependientes, que acababa de empezar su trabajo matutino. El joven, al ver el ceño fruncido de Hugh, se apartó del camino de su patrón.

Cruzó la planta controlada y subió los escalones de dos en dos. De pie ante su puerta, estaba a punto de llamar cuando su mirada fue atraída por el pasillo. Se detuvo. La puerta de la suite de Amelia estaba entreabierta.

La Sra. Henson se ocupaba de que las habitaciones estuvieran cuidadas según un horario regular, pero aún era pronto para que los criados de la casa estuvieran limpiando. Se dirigió a la puerta y entró. El salón estaba vacío. Pero oyó el ruido de pasos procedentes del cuarto de los niños.

El niño se sentó satisfecho en el regazo de su madre, con las manos metidas entre ellas. Su rostro, querúbico con su halo de rizos oscuros, estaba recostado contra el pecho de ella. Era un retrato de seguridad y paz, y el pintor lo había captado a la perfección. Como una *Virgen con el Niño* moderna, la serenidad que desprendía transmitía la seguridad confiada de que el mundo que él conocía estaría allí mañana. Que estaría protegido de todo lo malo.

Pero cuando Grace miró los rostros, pudo leer un atisbo de ansiedad en el semblante de la madre. Algo en la expresión de la boca, en los ojos. Amelia sabía que la vida no era el material de los sueños de la niña. Incluso en el rostro del niño vio los serios ojos grises que coincidían con los de su padre. Apartados de la mirada del pintor, parecían buscar algo más, algo que había perdido.

El corazón de Grace se hizo añicos al contemplar su retrato. Dos vidas perdidas como resultado de una búsqueda sin sentido de. . . ¿para qué? Un niño al principio de la vida, con el pulso vacilante y desvaneciéndose. ¿Para qué? Una madre, desesperada por la seguridad de su marido, y sin embargo incapaz de salvarse a sí misma o a su hijo. Sufriendo y muriendo sola porque no podía llegar hasta ellos. ¿Por qué?

La guerra. El destructor indiscriminado de vidas. La plaga de carnicería creada por el hombre. Por tierras o riquezas o poder, ciudades y pueblos reducidos a escombros por la descarga de los cañones. Campos y granjas pasados por la antorcha para evitar que cualquier cosa de valor cayera en manos del enemigo. Hombres de honor convertidos en furiosos asesinos,

y muchachos que deberían haber estado en las aulas masacrados sin piedad.

Grace lo había visto. Había caminado por campos de batalla donde mil hombres yacían sobre su propia sangre, gritando de dolor. O peor aún, en eterno silencio, sin volver a emitir otro sonido. Hombres y niños cuyas cabezas habían descansado sobre los pechos de sus madres - como el hijo de Hugh- no hacía mucho tiempo. Tantas veces había tomado en sus brazos a una mujer o a un niño inconsolables, sabiendo que no podía hacer nada para devolverles a su ser querido. Grace había pasado por ello. Había experimentado los estragos de la guerra. Era el infierno en la tierra.

Lágrimas ardientes bañaron su rostro. ¿Cómo podía hacer las paces con aquel niño? Grace se acercó a la repisa y levantó una mano temblorosa hacia el retrato, deseando poder cambiarlo todo. Deseando poder traerlos de vuelta.

"¿Qué haces aquí?"

La voz severa hizo que Grace se volviera bruscamente. Hugh llenaba la puerta. Ella no podía verle la cara a través de las lágrimas.

No hubo contención.

"Soy Grace Ware, la hija del coronel Daniel Ware. El hombre que luchó y te detuvo en La Coruña. Era el comandante de una brigada de caballería francesa. Por él llegasteis demasiado tarde a Vigo. Demasiado tarde para llegar con tu familia".

Su aliento se retorció en un nudo que amenazaba con ahogarla. Pero no podía detenerse.

"Está muerto, asesinado en Amberes. Pero yo estoy aquí. Su hija. La mujer a la que deberías considerar responsable de la muerte de tus dos seres queridos. La sangre de mi padre corre por mis venas. Soy de la misma carne. Puedes coger una espada y cortarme si eso satisface tu necesidad de venganza. Puedes estrangularme con tus propias manos. No te culparía".

La mano de Grace se extendió hacia el retrato que había sobre la repisa.

"No deberían haber muerto. Estaban en el lugar equivocado. Pero no les culpes por haber acudido a ti. No puedes culparla a *ella*. Estaban allí, en Vigo, por su amor. Lo vi muchas veces. Demasiadas veces. He estado en los campos de exterminio mientras las mujeres corrían de un cadáver ensangrentado a otro, buscando a sus hombres. He visto lo que significa llegar a tiempo hasta un ser querido, sólo para sostenerlo mientras exhala su último aliento. Sé que a veces es la diferencia entre querer vivir o querer morir, para la persona que queda atrás".

Utilizó la manga del vestido para secarse las lágrimas de los ojos, pero fue inútil.

"He visto a soldados moribundos convertirse en locos, aferrándose desesperadamente a la vida. Los he sostenido en mis brazos mientras exhalaban su último aliento. Aún sueño con niños inocentes, demasiado jóvenes para estar en la guerra, que gritaban llamando a sus madres mientras les cortaban las piernas o los brazos."

sollozó Grace. "He visto demasiado. Hace mucho tiempo, me di cuenta de que mi enemigo no era un hombre que luchaba en un bando o en otro. Mi enemigo era la guerra misma. Odio la matanza sin sentido, la ciega toma despiadada de vidas. Detesto la ola de destrucción y muerte que arrastra a inocentes y culpables sin distinción".

Ella luchó por respirar. "Ninguna palabra que pueda decir te aliviará de la pérdida que aún sufres. Ninguna disculpa mía cambiará el odio que llevas dentro ni disminuirá tu deseo de venganza. Pero debes saber esto. Si me dieran una oportunidad -ya fuera en aquel campo de batalla, en Vigo o hoy- renunciaría a mi propia existencia inútil si pudiera devolverte la vida de aquellos dos inocentes. I . . ."

Grace vaciló. No podía continuar.

Empujándole, salió corriendo de la habitación.

Capítulo Dieciocho

SUS PALABRAS le golpearon con la fuerza percusiva de una ráfaga de cañón. Aturdido y entumecido, Hugh se sentó pesadamente en la silla más cercana. Su mirada se clavó en el retrato de Amelia y Cameron.

Grace había hablado de culpar. Culpó a los franceses. Se culpó a sí mismo. Culpó a la fiebre del campamento. Culpó al horrible tiempo y a la ventisca que habían permitido que la enfermedad se propagara. Pero hasta ahora no se había dado cuenta de hasta qué punto había culpado a Amelia por viajar a Vigo durante aquella terrible guerra.

Cuando Hugh decidió casarse con ella, era una joven fresca de dieciocho años que debutaba en su primera temporada. Llena de vida, hermosa, brillante y bondadosa, procedía de una excelente familia que era estrecha aliada política de los Pennington. Ya estaba enamorada de Hugh. Llevaba años enamorada de él. Se convenció de que el suyo sería el matrimonio perfecto. Él regresaba a sus obligaciones militares aquel otoño, pero Amelia no era ajena a sus padres ni a Baronsford. Y, con Truscott como guía, estaba bien cualificada para gestionar los asuntos de la finca.

Sus nupcias habían sido celebradas por todo lo alto en Londres, y su luna de miel -por breve que fuera- había sido todo lo que ella había esperado. Pero cuando las hojas empezaron a caer, Hugh había vuelto a su brigada. La vida le iba como había planeado.

Pronto sus cartas empezaron a insinuar episodios de melancolía. Pero no fue hasta que Hugh regresó para el nacimiento de su hijo cuando reconoció el alcance de su infelicidad. No quería ser la esposa de un vizconde ausente. No aspiraba a la riqueza ni al título. *Hugh* era la razón por la que se había casado. Lo que necesitaba era su amor y su atención.

Apoyando los codos en las rodillas, Hugh enterró la cabeza entre las manos. Había sido un tonto. Intentaba apaciguarla con regalos y con afecto cada vez que volvía a Baronsford. Pero ambos sabían que volvería a ausentarse durante largos períodos de tiempo. Nada de lo que pudiera hacer era suficiente. Llevaban dos vidas diferentes. La de él era una vida militar de gravedad y responsabilidad, de guerra y peligro, de rey y patria. La de ella era una vida de cuento de hadas, de amor, hogar y familia, una vida que él no podía darle. No, él nunca le dio lo que ella realmente necesitaba.

Nunca le habló de la guerra. Siempre que volvía a casa, no mencionaba la muerte, las penurias y el miedo que se entretejían en las vidas de todos los hombres que cabalgaban o caminaban por un campo de batalla. Nunca le habló de la incertidumbre de volver de una pieza, o de volver alguna vez. Hugh se decía a sí mismo que era por su propio bien. Pero, en realidad, no confiaba en que fuera lo bastante fuerte para vivir con esa verdad. Su inocencia era demasiado valiosa. Creía que la estaba protegiendo.

Mirando fijamente el retrato, a Hugh le dolía la culpa que recaía sobre él y nadie más. La culpa era suya por no prepararla para lo que le esperaba si se acercaba demasiado al frente. Por no advertirla de las miserias y peligros que acechaban en los campamentos. No le había dado una imagen clara de la vida que soportaban las mujeres que seguían a sus maridos a la guerra.

La joven e inocente Amelia fue a Vigo imaginando un puerto seguro donde podría esperar a su marido. En lugar de eso, se vio expuesta a la cruel realidad de la enfermedad, el aislamiento y la muerte.

Los colores de los rostros del cuadro se desdibujaron, y Hugh sintió una humedad en las mejillas.

La culpa. La culpa. La realidad de la culpa que cargaba se había forjado mucho antes del último día de su mujer y su hijo. La tragedia que le desgarraba por dentro era que nunca había amado a Amelia como ella le amaba a él.

El rostro manchado de lágrimas de Grace pasó ante sus ojos mientras sus valientes palabras volvían a él. *Si me dieran una oportunidad -ya fuera en aquel campo de batalla, en Vigo o en la actualidad-, renunciaría a mi despreciable existencia si pudiera devolverte la vida de aquellos dos inocentes.*

Qué sentimiento tan noble. Muchas veces había dicho lo mismo. Pero ahora se daba cuenta de que sus palabras sólo habían enmascarado el deseo de muerte que su familia reconocía y temía. El deseo de expiar su culpa. En vida, Amelia había querido algo que él no había estado dispuesto a dar. Se había quedado muy, muy corto en su matrimonio. Las palabras de Grace sólo subrayaban ese fracaso.

Sin embargo, seguía buscando culpables. Aparte de él mismo, no había nadie más a quien culpar. Eligió ir a la guerra. Eligió proteger a su mujer del salvajismo de aquella vida. No consiguió que ella se sintiera segura en su matrimonio. Pero ya no podía cambiar nada de aquello. Viviría con ello el resto de su vida, pero ella ya no estaba.

Ocho años había llorado lo que no podía cambiarse. Había llegado el momento de dejar descansar a Amelia. Ella y su hijo se habían ido, y la muerte no tenía vuelta atrás.

Era hora de dejarse llevar. Por frágil que fuera la vida, este mundo pertenecía a los vivos.

Grace corría a ciegas por los pasillos. Hugh conocía ahora la verdad de su pasado, pero eso no era lo que la desgarraba. El dolor y la pérdida latían en el aire de la suite de Amelia. Madre e hijo, ambos demasiado jóvenes para ser secuestrados, habían confiado en un mundo que no les protegió. Víctimas de la guerra. Una frase tan vacía. Había visto a tantos tendidos a lo largo de una carretera, mirando al cielo vacío con ojos que no veían.

Grace anhelaba que llegara el día en que los hombres aprendieran de los errores del pasado en lugar de repetirlos.

Era hija de un comandante militar. Al no tener un país al que regresar, de joven Daniel Ware había buscado venganza contra Inglaterra. Napoleón le había dado un ejército con el que luchar. Por el camino, la guerra se convirtió en su profesión, y construyó su vida matando.

Hombres como su padre formaban la columna vertebral de todo ejército. Le dolía que estos hombres permitieran que se libraran guerras perpetuas entre naciones. Les interesaba obedecer las órdenes de políticos y reyes cuando trazaban una línea en la arena y declaraban a un bando bueno y al otro malo.

De pie ante el retrato de aquel cuarto infantil, había sentido cómo el dolor le retorció las

entrañas al desenterrar años de recuerdos teñidos de culpa. Revivir aquellos momentos la había devastado y la había llenado de nuevo de angustia por el destino de tantas víctimas. Amelia y Cameron incluidas.

Sí, le había dicho a Hugh lo que tenía en el corazón, había vomitado los restos de su vida, le había contado su dolor por lo que no podía deshacer, pero eso la destrozó.

De repente, no había suficiente aire entre los muros de Baronsford, y Grace se sintió desfallecer. Tambaleándose por una escalera trasera, salió al exterior y jadeó, desesperada por llenar sus pulmones.

Cuando empezó a andar, la lluvia como una aguja no le atravesó la piel, sino que le apuñaló el alma. Quería liberarse de aquellos recuerdos con los que había cargado durante tantos años. Grace, cuya mente nunca olvidaba nada. Pero algo había cambiado. Ahora lo comprendía. La valentía y el honor eran utilizados con demasiada facilidad por los hombres "justos" que llamaban a los jóvenes a morir por el rey y la patria. Las víctimas merecían ser lloradas, independientemente de su lealtad.

"¿Puedo ayudar, ama?"

La voz del hombre la sobresaltó, y se quitó las lágrimas a puñaladas. Un trabajador estaba de pie sobre su azada, mirándola con preocupación. Grace miró a su alrededor, dándose cuenta de que estaba atravesando los huertos. A lo lejos, vio el largo camino que salía de Baronsford.

"No, gracias. Estoy bien -dijo ella, sin detenerse.

Se echó el chal sobre la cabeza y siguió adelante. La necesidad de poner distancia entre ella y Baronsford crecía a cada paso que daba.

Melrose Village. El miedo a exponerse ya no impulsaba sus pasos. Simplemente necesitaba alejarse. A Grace no le preocupaba que Hugh o Jo supieran quién era. No le preocupaba que la castigaran por sus mentiras. Sabía que sus palabras habían desgarrado el corazón herido de Hugh y tenía que alejarse. Volver a verle no era una opción. Revivir aquellos momentos en las habitaciones de Amelia estaba descartado. Tenía que marcharse inmediatamente de Baronsford. Abandonar Escocia.

El camino estaba resbaladizo por la lluvia. Grace medio corría, medio caminaba por la mañana gris, abriéndose paso entre los surcos de los carros llenos de agua turbia. Estaba segura de que ése era el camino hacia la aldea; era la carretera que Jo le había señalado en uno de sus paseos.

A bastante distancia de Baronsford, se adentró en un denso bosque. Cuando el oscuro bosque la rodeó, un sentimiento de desesperación la invadió, mezclándose con el frío de la lluvia. No tenía dinero, ni amigos o contactos a los que recurrir, ni ningún lugar donde refugiarse. La única esperanza que le quedaba era que la carta de la Sra. Douglas fuera una oferta de ayuda... *viejos enemigos ahora eran los mejores aliados*. Grace necesitaba ayuda económica para llegar a Amberes, y rezaba para que aquella mujer, conocedora de su pasado, estuviera dispuesta.

Bajo el dosel verde oscuro de las ramas, enormes gotas de agua seguían cayendo sobre ella. La lluvia había disminuido hasta convertirse en niebla. El bosque no daba señales de terminar y, mientras rodeaba una hilera de árboles y bajaba a toda prisa por una colina, se preguntó a qué distancia estaría la aldea. Una niebla se había instalado en las zonas bajas, y la visibilidad era escasa. Mientras Grace caminaba, pasó junto a dos casas de campo metidas en cañadas a lo largo del carril. Pero no había gente, ni jardines verdes, ni gallinas o cabras en los corrales, ni salía humo de las chimeneas.

Tiró de la envoltura alrededor de sus hombros. Su pie resbaló en un surco y su tobillo rodó dolorosamente. Grace perdió el equilibrio y apenas pudo evitar caerse. Maldiciendo para sus

adentro, se agachó y se palpó el tobillo. El dolor era agudo.

"¿Por qué ahora?", murmuró ella, luchando contra unas lágrimas furiosas.

Se congeló al oír el susurro de las hojas y se le erizó el vello de la nuca. Allí, a su izquierda. Algo se movía. Escuchó. Pasó una eternidad. Otra vez. Una pisada entre la espesura. No se lo había imaginado.

Grace miró por encima del hombro en dirección al sonido. Sintió una punzada de alarma. Contempló el paisaje desconocido de árboles y rocas. Una colina se precipitaba en una cañada brumosa y sólo podía oír la lluvia que caía de los árboles y el lejano murmullo de un arroyo.

No vio nada. Aun así, sabía que la observaban.

Inmediatamente le vino a la cabeza la voz de su padre. *Lucha siempre. Nunca te permitas convertirte en una presa pasiva. Lucha.*

Miró a su alrededor en busca de un arma. Una rama rota atrajo su atención.

El dolor le subió por la pierna mientras intentaba caminar. Al meterse en el agujero, se había hecho daño. Se acercó cojeando y cogió la rama, arrancando ramitas y hojas. Apoyándose en ella a modo de bastón, Grace reemprendió la marcha.

Unos pasos más allá, una sombra se movió en la bruma junto a una gran roca a una docena de pasos del sendero. Se detuvo, mirando fijamente la penumbra del bosque.

Una ramita pisoteada crujió a su derecha. Se giró y miró en esa dirección. No veía a nadie. Sólo la lluvia y la niebla. Pero ahora sabía que al menos dos la acechaban. Se volvió al oír otra pisada a su izquierda. Más de dos. Quizá tres. O más. Y se acercaban a ella.

El sonido de los latidos de su corazón retumbaba en sus oídos. Una mujer caminando sola por este bosque tenebroso. Un objetivo fácil de robar. Su vestido y su chal, arruinados por la lluvia, hablaban de riqueza. Pero ¿qué le harían cuando se dieran cuenta de que no tenía monedas que darles?

Miró el carril que tenía por delante, sin saber cuánto le quedaba por recorrer. Con el dolor en el tobillo, tampoco podría volver corriendo a Baronsford. Había llegado demasiado lejos.

La pena con la que había luchado antes, la incertidumbre de lo que iba a ser de ella una vez llegara a la aldea, no significaban nada ahora. Estaba asustada y sola, pero no iba a rendirse a ellos sin luchar.

Avanzó unos pasos y luego se detuvo y se volvió, mirando en todas direcciones, intentando ver a través de las brumas.

"Mostraos".

No hubo respuesta. No podía ver nada. La niebla y los bosques que la rodeaban los ocultaban.

"¿Qué quieres?"

De detrás de un árbol salió un hombre con un largo abrigo negro. Se volvió cuando apareció otro por la izquierda, y luego otro por la derecha. Grace retrocedió, intentando no mostrar su pánico.

"Como una palabra, ama", siseó el primero.

Cuando vio que los otros hombres se lanzaban hacia ella, levantó su bastón como si fuera un garrote, preparada para la batalla. Retrocedió cuando los tres hombres frenaron justo fuera de su alcance.

Dos manos la agarraron por los hombros, y el amargo sabor de la muerte subió a su garganta. Cuatro de ellos.

Capítulo Diecinueve

GRACE SE HABÍA IDO.

La casa estalló en un frenesí de actividad mientras Jo dirigía el registro de la casa por parte del personal, incluidas las habitaciones de sus huéspedes desaparecidos y las bibliotecas que Hugh ya había revisado él mismo. No había rastro de ella por ninguna parte. Se había enfadado mucho en la guardería, pero él no podía aceptar que se marchara sin decírselo a nadie.

A Hugh le daba igual lo que les hubiera ocultado. Nada de lo que dijera cambiaba las circunstancias de cómo había llegado aquí. La había encontrado casi muerta en aquel cajón. Ninguna admisión por parte de ella disminuía la responsabilidad que él sentía por ella. Nada del pasado de Grace aliviaba el agudo dolor que le cortaba entre las costillas ante la posibilidad de que ella se hubiera alejado de su vida para siempre.

No, tenía que encontrarla.

"Pregunta a todas las criadas, lacayos, jardineros, mozos de cuadra, a todos", ordenó al ama de llaves y al mayordomo. "Estuvo aquí esta mañana. Alguien debió de verla".

No tuvo ocasión de explicarle a Jo lo ocurrido antes, pero estaba más que alarmada por la desaparición de Grace. Hacía un momento, su hermana había salido en busca de Anna, con la esperanza de que la criada pudiera ofrecerles alguna pista. Truscott estaba organizando una partida de búsqueda.

"Que traigan mi caballo al frente", ordenó a un lacayo. "Rápido, hombre".

La niebla y la bruma rodeaban Baronsford en todas direcciones, y una llovizna continua pesaba sobre los jardines situados frente a las ventanas de su estudio. El rostro lloroso de Grace permanecía en su mente. Sus palabras desesperadas resonaban. Estaba terriblemente agitada cuando corrió llorando desde la suite de Amelia. No se permitió pensar que pudiera hacer alguna tontería. No, se negaba a imaginarla haciéndose daño a sí misma.

Los campos y los bosques se extendían a lo largo de kilómetros alrededor de Baronsford. Quizá sólo había ido a dar un paseo. Bajo la lluvia. No estaba bien para eso. Jo y ella habían caminado por los senderos de los acantilados que daban al río, pero con este tiempo estarían traicioneramente resbaladizos. Podría caerse en una docena de sitios. Grace también conocía el camino hacia el lago... y la casa de la torre. Podría ir por allí.

Hugh se volvería loco si esperaba un momento más. Tenía que ir tras ella.

Cuando se dirigía a la puerta de su estudio, Jo irrumpió en él.

"Acabo de hablar con Anna. Puede que tengamos una pista".

Un destello de alivio se apoderó de él. "¿Qué pasa?"

"Ayer llegó una carta de Nithsdale Hall, dirigida a ella. A Anna le pareció extraña, y dice que Grace parecía bastante ansiosa después de leerla".

Sra. Douglas. El duro escrutinio que la mujer hizo de Grace cuando lady Nithsdale detuvo el carruaje. Por Dios, arrastraría al conde, a su esposa y a su maldita invitada sobre brasas si eran responsables de que ella sufriera algún daño. Intentó empujar a su hermana, pero Jo le agarró del brazo.

"¿Has hablado con ella esta mañana? ¿Qué ha pasado?"

Hugh miró fijamente a los ojos preocupados de su hermana. Grace y ella se habían hecho amigas. Jo tenía derecho a saberlo. "Ella recuerda su pasado. Me contó la verdad. Y sospecho que la carta decía que la señora Douglas conocía la verdadera identidad de Grace".

"¿Crees que va a ir a Nithsdale Hall?"

"O huyendo por ello".

"¿Quién es?"

Se detuvo en el umbral de la puerta, obligándose a hacer una pausa mientras miraba hacia atrás por encima del hombro.

"Grace Ware. La hija de uno de los comandantes de Napoleón. Piensa que, debido a la profesión de su padre, sería considerada una enemiga aquí en Baronsford. Yo la consideraría una enemiga. Pero no podría estar más equivocada".

Hugh no podía esperar más. Tenía que encontrarla. Empezaría por Nithsdale Hall. Quienquiera que hubiera enviado aquella nota a Grace, más le valía tener respuestas.

Las palabras que le había dicho a Jo volvieron a él. Grace *se equivocaba*. No tenía motivos para huir de él. Al encontrarla en los apartamentos de Amelia, abrumado por el efecto de las palabras de Grace, no había dicho ni una palabra para tranquilizarla. Ella no tenía forma de saber cómo se sentía él.

Al salir, dio órdenes a Simons. "Dile al Sr. Truscott que cuando vuelva empiece con los senderos del acantilado. Que más hombres registren el lago. Y quiero que un jinete vaya a la aldea. Y que saquen a los perros. Quiero que todas las manos disponibles ayuden en la búsqueda. No dejes nada al azar. Encontradla".

Su caballo le esperaba en el patio. Mientras cruzaba el patio de grava hacia donde un mozo de cuadra sostenía su montura, por la mente de Hugh pasaron imágenes de otros tiempos, imágenes de una cabalgada desesperada a través de una tierra devastada por la guerra hasta Vigo.

Intentó deshacerse del recuerdo. Ya no estaba en combate. No había tropas al acecho para detenerle. Pero la sensación de fatalidad no desaparecía. Algo iba muy mal.

No dejaría que el pasado se repitiera. Tenía que llegar hasta Grace.

Hugh se subió a la silla, pero antes de que pudiera espolear a su corcel, sonó la voz de Truscott.

"La aldea", gritó su primo, acercándose a él. "Uno de los jardineros la vio dirigirse al camino forestal que lleva a la aldea".

"Ponte detrás de mí, ama".

Un destello de esperanza inundó a Gracia cuando miró por encima del hombro y reconoció a Darby, el nuevo herrero. No estaba sola, pero el tamaño de los tres brutos que se les enfrentaban agotó rápidamente ese momentáneo alivio.

La niebla gris y amorfa, cada vez más densa, les había cortado el paso. Darby sujetaba un robusto bastón y tenía la rama que había cogido, pero los cuchillos en las manos de dos de los asaltantes brillaban dulcemente en la turbia cañada. Por las cicatrices y sus ojos fríos y muertos,

supo que eran hombres violentos que habían utilizado aquellas armas más de una vez para su trabajo sucio.

Permaneció cerca de Darby mientras los hombres empezaban a dispersarse a su alrededor. El herrero era alto y fuerte, pero los dos tenían pocas posibilidades contra semejantes canallas.

"Aparta, tú", dijo Darby en voz baja y amenazadora mientras levantaba el bastón. "No tienes nada que hacer aquí".

El líder escupió desdeñosamente, y cuando se limpió la saliva del labio, Grace vio el tatuaje negro y descolorido de una *M* marcada en el dorso de su mano carnosas. ¿Asesino, pensó?

"Siento haberte metido en esto", le susurró a Darby.

"No te preocupes, ama. A los cobardes como éstos se les corre fácilmente".

Conocía la realidad de su situación. Ninguna muestra de valor disminuiría el peligro al que se enfrentaban. Los hombres intentaban rodearlas, pero ella y Darby continuaron retrocediendo por el sendero.

"Si lo que buscas es dinero...". No llegó a terminar.

El ataque se produjo de repente. Grace vio cómo dos de los hombres iban a por Darby, que arremetió con fuerza con su bastón. Al mismo tiempo, el otro se abalanzó sobre ella.

Grace balanceó la rama, pero no pudo bracear con el tobillo maltrecho. El hombre se apartó y saltó hacia delante, agarrándose a ella. Dejándola girar alrededor de su cabeza como un garrote, lo agarró por debajo de la oreja, haciéndolo caer de lado sobre una rodilla.

"¡Maldita zorra!", rugió, levantándose de nuevo en un santiamén.

Por el rabillo del ojo, vio que Darby -que había perdido su bastón- descargaba furiosos golpes sobre el líder y lo hacía tambalear. El otro hombre se abalanzó sobre el herrero, apuñalándolo con saña con la hoja de su cuchillo.

Grace no tuvo tiempo de ayudar. Su agresor se acercaba de nuevo, y ella tenía el bastón preparado. Se abalanzó sobre ella y retrocedió, dando vueltas cautelosamente, justo fuera de su alcance, buscando su oportunidad.

Más allá de él, vio cómo Darby caía, retorciéndose en el lodazal, cuando un atacante le propinó una feroz patada en la cabeza.

"Coge el chit", ladró la líder, mientras los dos se daban la vuelta para mirarla. "Tenemos que irnos".

Cuando levantó el garrote, una furia ardiente corrió por sus venas. Moriría antes de dejar que se la llevaran.

Antes de que pudieran moverse, el carril se estremeció con el estruendo de los cascos. Cuando sus cabezas giraron hacia el sonido que descendía sobre ellos, la conmoción en sus rostros no tuvo precio.

Unas emociones crudas recorrieron sus miembros y su corazón, llenándola de afecto por el hombre que -a pesar de sus palabras, a pesar de ser quien era- había ido tras ella.

Grace sintió un orgullo que nunca había conocido.

Hugh Pennington, con fría furia en los ojos, había llegado.

Capítulo Veinte

EL MIEDO Y LA ANSIEDAD, como tenaces sabuesos en la cola de un ciervo herido, persiguieron a Hugh mientras volaba por el boscoso sendero. Su cabeza le decía que Grace no podía estar en grave peligro. Había abandonado Baronsford hacía poco tiempo. Era probable que aún estuviera en el camino hacia el pueblo. Los trabajadores y los visitantes recorrían ese camino todo el tiempo. Pero su corazón y sus instintos le decían algo muy distinto. Los sabuesos aulladores de su pasado se acercaban a él, obligándole a empujar con más fuerza al corcel.

Tenía que llegar hasta ella por miedo a llegar demasiado tarde.

A todo galope, Hugh espoleó a su montura hacia una cañada brumosa. Dobló la curva junto a una vieja cabaña de leñador, abandonada desde hacía años, y entonces los vio.

Sus años en la caballería encajaron como el gatillo amartillado de un mosquete, y vio de un vistazo lo que tenía delante. Grace estaba siendo atacada.

Dos hombres luchaban contra alguien que caía al suelo. Uno blandía un cuchillo. El hombre que estaba en el suelo era Darby.

Más allá, un tercero se esforzaba por agarrar a Gracia, pero ella balanceaba una rama robusta para mantenerlo alejado.

Hugh estaba sobre ellos casi antes de que tuvieran ocasión de reaccionar.

Cabalgando directamente hacia los dos hombres que estaban sobre Darby, Hugh los atravesó con su corcel, haciéndoles caer desplomados. No aminoró la marcha cuando se volvió hacia el atacante de Grace, pero el hombre ya se había internado en un matorral de pinos. Cuando Hugh hizo girar su montura, los otros dos también se habían dispersado, desapareciendo en los bosques a ambos lados del camino.

Saltó al suelo y corrió al lado de Grace. La preocupación por ella y por Darby se fundió con la rabia por la huida de los atacantes. Los sonidos de los cuerpos que se estrellaban contra la maleza en todas direcciones se hicieron más débiles a medida que huían. Antes de que Grace pudiera decir una palabra, él la estrechó entre sus brazos. Por un momento de pánico, necesitó abrazarla. Aspiró el aroma de su pelo mojado. Le tocó los brazos y la espalda, asegurándose de que no estuviera herida.

Se apartó, pasándole el pulgar por la cara manchada de barro. Sus ojos aún mostraban el fuego de la batalla en sus profundidades azules. Se limitó a mirarla mientras el alivio lo inundaba.

Le cogió la mano y apretó los labios contra la palma.

"Darby", susurró ella contra su tacto.

La dejó y se acercó rápidamente a su hombre, que intentaba levantarse sobre un codo. La sangre empapaba la camisa bajo su abrigo abierto. Le habían clavado el cuchillo en el costado.

"Malditos cobardes. No les dejes escapar".

"Los encontraremos. Déjame ver". Hugh le animó a tumbarse de nuevo y le levantó la camisa. La herida sangraba profusamente y no podía ver lo grave que era.

"No es nada, mi señor. Un rasguño, eso es todo". El hombre intentó levantarse de nuevo.

"¿Te apuñaló en algún otro sitio?"

"No, mi señor".

Hugh oyó un ruido de tela rasgándose detrás de él, y Grace se agachó al otro lado del herrero. Empujó suavemente a Darby hacia el suelo.

"Estoy bien, ama".

Limpiando y hurgando alrededor de la puñalada ensangrentada, presionó contra ella una tira limpia de sus enaguas.

"Deja de hacerte el valiente, señor Darby. Tu herida no es ningún rasguño. El canalla sólo se hizo carne al apuñalar, pero hay que coserla. ¿Y tu cabeza? Le vi darte una patada".

Darby le tocó un lado de la cabeza. "Debo de estar bien. Sólo te veo a ti, ama".

Los ojos de Grace se encontraron con los de Hugh por encima del hombre herido. La cautela y las preguntas acechaban en su mirada azul. Tenía tantas cosas que quería decirle para tranquilizarla sobre lo que había dicho en Baronsford, pero no era el momento. Le tendió la mano y le secó una lágrima que brotó en la mejilla. Volvió su atención hacia Darby.

"Desde aquí será más rápido llevarte al doctor Namby, en Melrose Village. El señor Truscott vendrá detrás de mí con un carruaje".

"Me ha salvado la vida, señor Darby". Grace ajustó su posición y aplicó más presión sobre la herida. "Gracias".

"No he hecho nada, ama. Sólo llegué en el momento oportuno. Y eres una luchadora dura, si me permites la expresión. Por la forma en que blandías esa madera, les habrías roto el cráneo a uno o dos si hubieran intentado acercarse más".

El orgullo llenó el corazón de Hugh. Pensó en lo que ahora sabía de Grace. La hija de un soldado de caballería. Daniel Ware. Nunca se habían visto, salvo en el campo de batalla, pero él le conocía. Ware era un hábil comandante de caballería. Le vinieron a la memoria las palabras que ella había pronunciado sobre su presencia en los campos de batalla. Miró sus hábiles manos, su inquebrantable atención al hombre herido, su actitud tranquila. Grace era una mujer de acción, acostumbrada a salvar a otros... no a ser salvada ella misma.

"Me alegro de que hayas venido", dijo Hugh.

"Me dijeron en los establos que la gente camina sola por este camino todo el tiempo, hombres o mujeres, y nunca hay problemas".

Eso era cierto en todos los caminos de por aquí, a menos, pensó Hugh, que no fueras de ascendencia escocesa y cruzaras por casualidad a tierras de Nithsdale. Hugh sintió una oleada de ira. Y aún no había terminado con el conde... . . o con la invitada de su esposa, si era ella quien había enviado aquella carta a Grace.

"Eres nuevo por aquí", le dijo a Darby. "¿Pero habías visto antes a estos hombres? ¿En el pueblo quizás?"

"Me acordaría de esos canallas, mi señor". El herrero sacudió la cabeza. "Al principio creí que sólo eran granujas ladrones que pasaban por aquí, pero creo que intentaban arrebatarlos, ama".

"Aquellos hombres no eran ladrones", convino Grace. "No buscaban monedas ni joyas. Ni una sola vez me exigieron un bolso".

Intentaba mantener una actitud valiente centrándose sólo en la herida de Darby, pero Hugh la

vio estremecerse. La decepción que viene después de la batalla.

"Oí a uno de ellos decir que te 'agarraran'", dijo el herrero, respirando hondo mientras Grace volvía a frotar y presionar la herida. "Como si estuvieran escondidos aquí esperando. Ni un cuarto de milla antes de llegar hasta ti, me crucé con una de las granjeras de Baronsford que se dirigía al pueblo. Intercambiamos saludos. No tuvo problemas para pasar por aquí".

Las preguntas bombardearon la mente de Hugh sobre por qué alguien querría secuestrarla. Muy pocos sabían que estaba aquí. Nithsdale. La Sra. Douglas. ¿Quién más?

Su empleado, normalmente un hombre discreto, no tenía motivos para guardar secretos cuando preguntó en Amberes por una mujer americana desaparecida. Puede que se le escapara que había llegado a Baronsford en una caja, pero no tenía ningún nombre que hacer circular. Alguien *podría* haber viajado ya hasta aquí. Y estaba el diamante encerrado en su cofre de hierro. Los hombres eran capaces de actos despreciables cuando se trataba de poseer un tesoro como aquél.

O bien, todas estas conjeturas carecían de sentido. Aquellos hombres podrían haberse topado simplemente con Gracia, haber visto cómo iba vestida y haber decidido que era un premio demasiado tentador para dejarlo pasar.

El ruido del carruaje que se acercaba le sacó de sus pensamientos.

Los lacayos saltaron de sus puestos y Truscott salió del carruaje antes de que éste se detuviera.

"¡Dios mío!", gritó al ver al herrero ensangrentado.

"Ayúdame a meterlo en el carruaje", ordenó Hugh. "Con cuidado".

"Puedo andar", protestó Darby. "No necesito que mi sangre ensucie vuestro carruaje, milord".

"Tonterías", respondió Hugh brevemente.

"Mantenga la presión sobre la herida, señor Darby", dijo Grace mientras Hugh, Truscott y los lacayos subían con cuidado al hombre al carruaje.

"Quédate con él mientras el médico atiende sus heridas", dijo Hugh a su primo. "Que le dé a Darby los mismos cuidados que me daría a mí. Y dile a Namby que quiero a mi hombre de vuelta en Baronsford, donde podremos ocuparnos de su recuperación".

Truscott asintió y subió al carruaje.

"Si no te importa, me gustaría ir contigo al pueblo", dijo Grace a Truscott. Avanzó y puso la mano en la puerta.

Truscott miró de la cara de Hugh a la de ella. "Creo que sería mejor que te quedaras con él".

Los dedos de Hugh recorrieron su brazo y le cogió la mano. Ella le miró.

"Volverás a Baronsford conmigo", dijo en voz baja, haciendo señas al conductor para que siguiera adelante.

Las palabras de Hugh la emocionaron y la dejaron sin habla.

Grace bajó la mirada hacia la poderosa mano que envolvía sus temblorosos dedos. Sintió la calidez de su tacto irradiando a través de sus brazos, tocándole el corazón. Le miró a los ojos y no vio animosidad, sólo ternura. Lo había visto antes, cuando él irrumpió en la cañada, abrazándola mientras ella temblaba después de que los atacantes huyeran.

"Quiero que estés a salvo en Baronsford", volvió a decir. "Conmigo".

Al recordar lo que le había dicho esta mañana, además de la violencia a la que acababa de enfrentarse, sus emociones se encendieron.

"Siento haberte mentido", consiguió decir. "Nunca pretendí hacerte daño a ti ni a nadie. Pero al conocerte... . . . cuando entré en las habitaciones de Amelia . . . me dolía el corazón . . . sabiendo . . . lo responsable que era-"

"No lo hagas", interrumpió, girando a Gracia para que le mirara. Sus manos acunaron su rostro. "La responsabilidad de lo que les ocurrió a mi mujer y a mi hijo no es tuya. Y lo que me dijiste en aquella guardería me despertó. Llevo mucho tiempo durmiendo. Estoy harto de culpar a otros: a tu padre, al ejército contra el que luché, incluso a Napoleón. He terminado de perseguir la venganza cuando nadie más que yo debe cargar con la culpa".

Su boca estaba a un suspiro de la de ella. Estudió sus penetrantes ojos grises y supo que sus palabras, ásperas y rasposas, salían directamente de su corazón.

"Y, si es posible, ya he terminado de castigarme. Sé lo que hice mal. Sé el joven insensato que fui una vez. Sólo rezo por poder tomar lo que he aprendido de mi pasado y...".

Grace le besó. Incluso cuando apretó sus labios contra los de él, se dijo a sí misma que era para sellar el perdón que había pasado entre los dos. Ella no tenía nada que perdonar, pero él la había perdonado. Ella aún sabía que el dolor persistía en su corazón.

Pero en realidad, en cuanto sus labios se tocaron, se dio cuenta de que el perdón no tenía nada que ver con esto. Necesitaba demostrarse a sí misma que él era real, que este momento existía de verdad. Estaba en sus brazos. Él la quería. Había venido a por ella.

Si aquel beso pretendía demostrarle su afecto, pronto se convirtió en algo más, y la calidez de su tacto la consumió por completo.

Los dedos de Hugh se enredaron en su pelo y atrajo su cuerpo contra él. La poca contención que tenía se evaporó como una gota de rocío bajo un brillante sol de verano. Le rodeó el cuello con los brazos y sus dedos se enroscaron en su pelo. No podía saciarse de su sabor. Hugh le pasó la lengua por los labios y en un instante la estaba devorando. No pudo evitar que un gemido de satisfacción subiera a su garganta. Su boca estaba caliente, y Grace se estremeció de excitación cuando la mano de él se deslizó por su columna vertebral, sobre su trasero, acercándola aún más.

La sensación de su cuerpo, duro donde el suyo era blando, la asombró. La necesidad que la aturdió la recorrió cuando liberó su boca. Sus labios se movieron sobre la aspereza de su mandíbula, encontrando un punto en la base de su garganta donde podía saborear el calor de su piel y oír el canto de su corazón.

Volvió a acercar sus labios a los de ella. Su lengua empezó a explorar los recovecos de su boca, excitándola con la intimidad de la sensación, y de repente se apartó.

"Me encantaría llevar esto más lejos, pero no es el momento ni el lugar".

Grace se despertó de golpe. Por un momento no existió nada en el mundo excepto ellos dos. Ahora, mientras él retrocedía un paso, ella miraba a su alrededor, a la niebla que seguía llenando la cañada, ocultando quizá peligros más allá de su vista. Una fría brisa de realidad la recorrió. Aquellos hombres aún podían estar al acecho en este bosque. Una persona ya había resultado herida al intentar salvarla. Quería estar lejos de aquí.

Darby tenía razón. Creía que aquellos canallas la estaban esperando. Fuera lo que fuese lo que había detrás de sus acciones, su propósito había sido arrebatarla.

Hugh fue a buscar su caballo, y Grace trató de ocultar el dolor cuando apoyó peso en el tobillo.

"¿Qué te han hecho? Estás herido. ¿Por qué no has dicho nada?"

Fue una tonta al pensar que a él se le escaparía algo. Hugh empezó a agacharse para examinarle el tobillo, pero ella se lo impidió. "Ahora no. Por favor. Sólo es un esguince. Estoy bien".

Hugh la miró con renovada preocupación, pero luego la subió a la silla y se colocó detrás de ella. Ella se acurrucó contra el calor de su pecho, mientras sus ojos observaban los alrededores en busca de cualquier señal de los tres hombres.

"Estás temblando", murmuró contra su oído, estrechando más a Gracia contra él mientras empujaba su caballo por el sendero hacia Baronsford. "Nadie va a hacerte daño".

Hacía unas horas, Grace se ahogaba en un mar de desesperación. Ahora se sentía en la cresta de una ola, segura en los brazos de Hugh.

"¿Sabe Jo que me fui de Baronsford?"

"Todos lo saben. Todos fueron a buscarte, buscamos por todas partes". Sus labios rozaron su oreja. "*Todos* estábamos preocupados por ti".

"Fue una desconsideración por mi parte. I-"

"Se acabaron las disculpas", dijo él, apretándole un beso en el pelo. Guardó silencio un momento. "Quiero que me hables de la nota que recibiste de la Mansión Nithsdale".

A Grace no le sorprendió que lo supiera.

"La Sra. Douglas me envió la carta. Me reconoció de una recepción en París hace seis años. Formaba parte de la celebración del bautizo del hijo del emperador. Por el tono de la carta, deduje que no estaba del todo segura de mi pérdida de memoria. Al menos, no lo bastante segura como para hacer una afirmación directa; sus palabras eran ambiguas. Pero la carta no contenía ninguna amenaza. Incluso parecía ofrecerme ayuda".

"¿Pidió reunirse contigo en el pueblo?"

Siguió la dirección de sus pensamientos. Tras el ataque, aquellos pensamientos no estaban tan lejos de los suyos. "Piensas que ella sabía de algún modo lo del diamante. Sospechas que pudo saber que lo llevaba conmigo cuando llegué a Baronsford".

"La sospecha es un riesgo de mi profesión". Su brazo la rodeó con fuerza. "Parece ser la única persona de las Fronteras que conoce tu identidad. Esos hombres intentaron secuestrarte. Tengo que suponer que iban tras Grace Ware y que sabían que viajarías por ese camino hasta Melrose Village".

"Me dijo en su carta que caminaba cada mañana por el pueblo, y que disfrutaría de mi compañía si me apetecía acompañarla. Pero no le respondí. Ella no tenía forma de saber si yo iría andando a la aldea hoy, mañana o nunca. O si vendría en carruaje y traería a tu hermana conmigo".

"Pero si ocultabas tu identidad y querías que te ayudara, podría haber supuesto que habías venido solo".

"Tal vez", respondió ella. "Pero lo único valioso que tengo es el diamante. Creo que mataron a mi padre por él en Amberes".

Grace decidió contárselo todo. Empezando por su estancia en América con José Bonaparte, le contó lo que sabía sobre su destino en Bruselas. Luchando contra sus emociones, detalló el brutal asesinato de su padre y de los criados que viajaban con ellos. Terminó contándole su huida por los callejones y zanjas del puerto de Amberes y cómo acabó en la caja sellada con destino a Baronsford.

"Aunque sólo puedo suponer que el diamante forma parte del tesoro Bonaparte. Nunca lo había visto hasta el día en que Jo me lo enseñó. No tenía ni idea de que estuviera oculto en mi vestido", dijo. "No puedo perdonarme lo que le ocurrió al señor Darby. La violencia me ha perseguido".

"Sé que volvería a enfrentarse a esos hombres", dijo con dulzura. "Está en buenas manos. Nos aseguraremos de que reciba los cuidados que merece".

Siguieron cabalgando al ritmo lento que él había marcado.

"Sobre el diamante", dijo. "No es ningún secreto que muchos han intentado poner sus manos sobre las riquezas amasadas por los Bonaparte. Algunos de esos hombres son leales incondicionales de Napoleón que quieren utilizar ese tesoro para formar un ejército y restaurar a su emperador. Otros seguramente lo persiguen simplemente para llenarse los bolsillos".

A Grace no le gustaba la idea de que Daniel Ware encajara en uno u otro grupo. Quería creer que llevaba el diamante de Joseph a su mujer, Julie, en Bruselas. Su padre, a pesar de sus defectos, era un hombre de honor.

A lo lejos, Baronsford se alzaba imponente entre la niebla y la bruma. Los brazos de Hugh la rodearon con fuerza. Estaba agradecida de estar de nuevo aquí.

"No entiendo por qué mi padre no me dijo nada sobre el diamante. Yo era su confidente. Yo fui quien hizo los preparativos para nuestra travesía. Confiaba en mí. No puedo imaginar por qué me ocultaría semejante información. Si lo hubiera sabido, podría haberme asegurado de que estuviera mejor protegido. De que hubiéramos estado mejor protegidos".

Su padre era un hombre precavido cuando se trataba de la seguridad de Grace. En ningún momento de la travesía pensó que estuviera preocupado por ella. Las habitaciones ensangrentadas de la posada de Amberes volvieron a su mente. Aquellos hombres, muertos a manos de asesinos. El dolor intentó abrirse paso de nuevo en su mente y se estremeció.

"Quizá tu padre tampoco sabía lo del diamante", sugirió. "O si lo sabía, tal vez calculó mal el peligro de llevarlo".

Coge el chit. Las duras palabras volvieron a ella.

"Si los dos ataques están relacionados, y si la joya era lo que buscaban -replicó ella-, ¿por qué llevarme a mí? ¿Quién llevaría *consigo* un diamante como ése? Nada de esto tiene sentido. No sé de qué les habría servido".

Las palabras de Grace se detuvieron cuando Jo salió corriendo al patio, por delante del ama de llaves, el mayordomo y un grupo de criados.

"¿Por qué sale todo el mundo?"

"Para saludarte. Para darte la bienvenida".

Mientras las emociones afloraban en su interior, Grace intentó cubrirse la cara enrojecida con la mano, pero no tenía dónde esconderse.

Hugh le susurró al oído mientras la familia corría hacia ellos: "Independientemente de tu pasado, de lo que te trajo aquí, mi hermana y toda esta gente -y yo, sobre todo- hemos venido a cuidarte, Grace. Por favor, no vuelvas a huir de nosotros".

Capítulo Veintiuno

MEDIA DOCENA DE CRIADAS, encabezadas por la Sra. Henson y Anna, zumbaban por la habitación asegurándose de que Grace no fuera más que un maniquí en el proceso de desvestirse y vestirse. Jo estaba de pie al final de la cama, dirigiendo a todo el mundo con la eficacia de un comandante de campo maniobrando a sus tropas. Todo esto sólo para poner a Grace ropa seca.

Una vez terminado el simulacro y examinado y vendado el tobillo, el "general" Jo se sentó en la cama junto a ella.

"Creo que tienes razón en lo del esguince de tobillo. Pero haremos que el doctor Namby lo examine cuando lleve a Darby de vuelta a Baronsford". Jo arrojó a Grace con la ropa de cama. "Iba a decir que tendremos que encerrar al buen doctor en los desvanes de Baronsford si queremos mantener en privado cualquier información sobre tu salud, pero estoy bastante segura de que la señora Namby y lady Nithsdale están en este mismo momento inventando los detalles del ataque mientras toman el té."

Grace levantó la vista, aliviada ante el rastro de una sonrisa en el rostro de su amiga. Aquello era mucho mejor que su expresión de pánico cuando Hugh insistió en llevarla a la alcoba.

"Una bandeja de comida, señora Henson, si es tan amable", ordenó Jo mientras las criadas se llevaban las toallas y la ropa mojada. "Sé a ciencia cierta que la señorita Grace no ha comido nada hoy".

Cuando la habitación se vació, Grace se acercó y cogió la mano de Jo.

"Gracias. Y siento mucho haber ocultado la verdad. I-"

"Calla. No quiero volver a oír esas palabras de ti", reprendió Jo con suavidad. "Sólo puedo imaginármelo. Ser testigo del asesinato de tu propio padre. Y luego encerrada en un cajón durante cinco días".

Después de llevarla en brazos, Hugh había atraído a su hermana al salón durante unos instantes. Ahora sabía que él le había transmitido a Jo lo que Grace le había dicho antes.

"Debió de ser aterrador no saber qué iba a ser de ti", continuó. "Y cuando abriste los ojos aquí, ¿quiénes éramos? ¿Extraños? No, Grace. Tenías todo el derecho a no confiar en nosotros. Yo no confiaría en nosotros".

Grace sonrió mientras estrechaba a Jo entre sus brazos. *Una amiga*. Nunca había conocido a una persona más amable e indulgente.

"Responde a una pregunta", pidió Jo, echándose hacia atrás.

"Cualquier cosa".

"¿Tienes marido?"

Grace negó con la cabeza. "No."

"¿Estás prometida? ¿Prometida? ¿Hablada?"

"Ésas son las preguntas dos, tres y cuatro", dijo Grace a su amiga, sonriendo. "Pero la respuesta es 'no' a todas ellas. Desde el final de la guerra, he dedicado todo mi tiempo a cuidar de mi padre. ¿Por qué lo preguntas?"

"Por mi hermano". Jo cogió la mano de Grace y la miró a los ojos. "Hoy, cuando descubrí que habías desaparecido..."

Las palabras se entrecortaron, pero Gracia comprendió. Recordó la visión del hombre y el caballo cargando furiosamente contra los atacantes. Incluso ahora, su cuerpo se calentaba al recordarle saltando de la silla, cogiéndola en brazos y abrazándola. El afecto que sentía por él corría por sus venas como su propia sangre. Y el beso que se dieron después seguía asombrándola. Nunca había experimentado en sí misma una pasión tan desenfrenada, sin ninguna consideración por el decoro, con su cuerpo como siervo de su deseo.

Al oír las palabras de Jo, su corazón se aceleró. Al menos por hoy, al menos por este momento, podía soñar. Mañana, o pasado mañana, o la semana siguiente, la realidad de su situación aplastaría inevitablemente cualquier esperanza de felicidad. Puede que el afecto que Hugh o Jo sentían por ella no cambiara, pero para la Corona inglesa seguía siendo una simpatizante francesa. Una traidora. Y Grace sabía que quienquiera que hubiera contratado a los hombres que la atacaron hoy seguía acechándola en la niebla, esperando su momento.

"Y yo tengo una petición", dijo Jo, atravesando la nube de penumbra que descendía rápidamente.

"Cualquier cosa".

"Comprendo que aún tengas muchas cosas que te preocupan", prosiguió Jo, leyendo los pensamientos de Grace. "Sólo te pido que le des una oportunidad".

¿Una oportunidad para qué? Un sueño sin esperanza, pensó. Pero no tuvo ocasión de responder. Llamaron a la puerta y Ana entró.

"Una visita para usted, milady", dijo a Jo, volviéndose luego hacia Grace. "Y también desea verla a usted, señorita Grace".

"A pesar de lo que he dicho", susurró Jo conspiradoramente, "esto es demasiado pronto incluso para lady Nithsdale".

Cogió la tarjeta de visita de Ana y la leyó en voz alta.

"Sra. Douglas".

Gracia sacudió la cabeza. Ahora no deseaba hablar con aquella mujer.

"Anna, llévale esto a su señoría", dijo Jo. "Estoy segura de que mi hermano estaría encantado de conocerla".

Aquella mujer no sabía el peligro que corría viniendo aquí ahora, echó humo Hugh mientras se dirigía furioso hacia el salón. Habría hecho mejor en meter la cabeza en un avispero.

Al entrar, encontró a la señora Douglas sentada en una silla junto a la ventana. Cuando empezó a levantarse, él le hizo señas para que volviera a sentarse.

"¿Señora?"

"Lord Greysteil, no sabes cuánto me ha conmovido y apenado enterarme del insidioso ataque a tu huésped. Tuve que venir en cuanto supe la noticia. Espero que se encuentre bien. Ruego que no la hayan herido".

Hugh no dijo nada y se quedó mirándola en un silencio sepulcral. Ella se quitó una inexistente mota de polvo del dorso de la mano enguantada y continuó. "Estaba en Melrose

Village cuando el señor Truscott llevó a esa pobre trabajadora tuya a la consulta del doctor Namby. Todo el pueblo está alborotado, como puedes imaginar".

Por muy fríos que fueran sus modales, la señora Douglas se presentaba como una mujer mucho más habladora de lo que él había conocido cuando ella y lady Nithsdale los abordaron desde su carruaje.

"Repito. Espero que la señorita Grace no se encuentre mal". Hizo una pausa, esperando infructuosamente una respuesta de Hugh. "He venido hoy aquí porque temo que debo asumir alguna responsabilidad por lo ocurrido".

Se ajustó el retículo sobre el regazo.

"Quizá sepas que he enviado una nota a tu invitada". Le miró fijamente. "Al hacerlo, sólo pretendía transmitir mi voluntad de ser amigo de la joven. Veréis, milord, recuerdo que me la presentaron hace años".

El reloj de la esquina sonó y la señora Douglas esperó. Cuando ella continuó, él percibió un ligero cambio en ella. Algo en su mirada insinuaba el aire estudiado de una actriz.

"Cuando la conocí en París, me quedé prendado de su belleza y su porte. Por supuesto, entonces era mucho más joven, no la belleza madura que es ahora. Fue todo un espectáculo", dijo con nostalgia. "Y el esplendor de la ocasión no hizo más que aumentar con su presencia. Nadie que la viera podía pensar de otro modo. Era la más hermosa del séquito real, eclipsando con mucho a las otras treinta y seis damas de palacio que asistían a la emperatriz. Estoy seguro de que estarías de acuerdo, si la hubieras visto".

Decidió que estaba jugando con los sentimientos de protección de Hugh hacia Grace, y se esforzaba por contener su ira. El pasajero frío y silencioso de aquel carruaje había sido sustituido de repente por aquella criatura congradadora que se sentaba ante él.

"Pero me estoy desviando del tema. Sólo quería transmitirle en persona mi más profundo pesar si la carta que le envié fue de algún modo responsable de este horrible suceso. Cuando se la envié, nunca, *nunca* imaginé que pudiera causar ningún daño".

Se quedó sentada un momento, quieta y en silencio.

"Le estoy robando demasiado tiempo, milord. ¿Sería posible visitar a tu hermana o a tu invitada, aunque sólo fuera unos minutos, para decirles a ambas cuánto lamento verme mezclada de algún modo en este espantoso asunto?"

"¿Por qué no dijiste que te acordabas de ella cuando la viste desde el carruaje?", preguntó bruscamente.

"Pues yo..." La había pillado desprevenida con su pregunta, pero recuperó rápidamente la compostura. "No estaba seguro de que ella quisiera exponerse de esa manera. Francamente, no estaba seguro de que su pérdida de memoria fuera real. En cualquier caso, dudaba *que* quisieras exponerla en presencia de Lady Nithsdale".

"¿Cuándo fue la última vez que estuviste en el continente?"

"Déjame pensar. Estuve allí el otoño pasado. Mi difunto marido dejó unas propiedades..."

"¿Estuviste en Amberes?"

"No, Bruselas".

Pudo ver que una ira acerada se extendía por su pálido rostro.

"Milord, no entiendo el sentido de estas preguntas".

"¿Has tenido alguna relación con la familia Bonaparte, en Bruselas o en América?"

"En absoluto. La única vez que tuve contacto con ellos fue en compañía de mi difunto marido, que como sabes era ministro del gobierno. Y esa única vez fue en el bautizo del niño príncipe". Empezó a levantarse. "No sé a qué viene que me preguntes semejante cosa. Mi marido

dio su propia salud al servicio de..."

"Siéntate, señora", ordenó.

Cuando ella se sentó en la silla, él vio que había vuelto la actitud enmascarada que había observado cuando se conocieron. Estaba claro que no estaba acostumbrada a recibir órdenes de nadie.

"Tu comportamiento imprudente puso en peligro a mi invitada y a mi trabajadora. Francamente, me cuesta creer que tus intenciones respecto a la señorita Grace fueran tan altruistas como dices. Si querías reunirte con ella, podías haberla citado aquí, en Baronsford. Podrías haber entablado conversación con ella aquí, en los jardines, si necesitabas esa intimidad, y haberle ofrecido tu amistad con seguridad. En lugar de eso, entraste en un juego de intriga, atrayéndola a una situación que podría haber resultado mucho peor de lo que fue".

Si sus palabras la escandalizaron, su rostro no lo demostró. Permaneció en silencio, mirándole fijamente, con la espalda recta como un bastón y las manos inmóviles sobre el regazo.

"Es todo lo que tengo que decir, señora. Mi hermana y mi huésped no tienen tiempo de veros esta mañana. Mi lacayo os acompañará a vuestro carruaje".

Inclinándose secamente, Hugh salió sin decir palabra de la sala de estar.

Con la severa orden de Jo de que descansara durante la tarde, Grace se quedó sola en su habitación.

Agotada como estaba, enseguida se dio cuenta de que cerrar los ojos era inútil. Intentar dormir era inútil. Habían ocurrido demasiadas cosas. Mientras miraba al techo, su mente daba saltos acrobáticos a través de los acontecimientos emocionales y físicos de aquel tumultuoso día.

Se había despojado de todos sus secretos, lo que la alivió enormemente, pero eso no disminuyó su preocupación por lo que le esperaba. Jo había insinuado con creces su deseo de que Grace formara un vínculo con Hugh. Pero a pesar de su invitación a quedarse, el resto de su familia pronto descendería sobre Baronsford. Como forastera, Grace se inmiscuiría en sus vidas. Había un límite al tiempo que podía permanecer aquí sin correr el riesgo de abusar de su hospitalidad.

Luego tuvo que considerar la pasión abrasadora que chisporroteaba en su cuerpo cada vez que Hugh y ella se besaban. Su pulso latía enloquecido con sólo pensarlo. Cada vez que él la tocaba, se despojaba de todo sentido. Algo se derretía en lo más profundo de su vientre, incluso ahora, al recordar sus caricias. *Ésa* era una complicación en la que no podía permitirse pensar ahora.

Y estaba el asunto del diamante. Alguien deseaba aquella joya lo suficiente como para organizar un atentado contra ella. Si se trataba de un secuestro, no dudaba de que habrían exigido un rescate. Al quedarse aquí, había llevado el peligro a las puertas de Baronsford y, como resultado, un hombre valiente había resultado gravemente herido. Sería más seguro para todos si se marchaba de aquí y viajaba a Bruselas, como era su intención. Una vez allí, tras entregar la joya a su destinatario, podría decidir cuál era su futuro.

Pero incluso cuando pensaba en dar ese paso, el rostro de Hugh apareció en su mente, y un dolor le dio un codazo en el corazón.

Cada vez más inquieta, Grace no encontraba tregua a aquel tormento mental. No había pasado ni una hora desde que Jo la dejó, pero echó hacia atrás la colcha y se levantó de la cama. El tobillo vendado le dolía cuando apoyaba el peso en él, y agradeció el bastón que la señora

Henson había tenido la previsión de dejar junto a la cama. Al cogerlo, no pudo evitar admirar la cabeza de león tallada que formaba el mango del bastón.

Necesitaba una distracción que la apartara de los dilemas a los que se enfrentaba. Seguramente podría llegar a la biblioteca, se dijo Grace. Mientras avanzaba lentamente por los pasillos hasta el ala oeste, intercambió palabras de cortesía con algunas de las criadas que entraban y salían de las habitaciones y suites. No sabía la fecha exacta de la llegada de la familia, pero suponía que llegarían pronto.

Habían echado las cortinas y las ventanas abatibles estaban abiertas. La lluvia y la niebla de la mañana habían desaparecido, y la luz del sol de la tarde se extendía perezosamente sobre la alfombra persa y las sillas y bancos cómodamente tapizados. La biblioteca superior desprendía realmente un aura de bienvenida. Al contemplarla ahora, Grace recordó por qué era la habitación favorita de lady Aytoun.

Volúmenes de libros llamaban a su lectura, pero una vez más se sintió atraída por los álbumes de recortes. Había pasado menos de una semana desde que hojeó aquellos volúmenes, pero desde entonces habían ocurrido muchas cosas. Había aprendido y comprendido mucho más sobre el hombre en el que se centraban muchos de los artículos.

Las voces silenciosas del personal de la casa le llegaban desde los pasillos. Los sonidos de los que trabajaban en los jardines entraban por las ventanas. Grace encontró un rincón bañado por el sol y se acomodó con un volumen en el regazo y los pies sobre un escabel acolchado.

El álbum que había elegido constaba en su mayor parte de páginas en blanco. Páginas enteras de periódicos de las últimas semanas y meses habían sido cuidadosamente dobladas y guardadas dentro de la cubierta para lady Aytoun. Entre ellas, encontró un artículo de un periódico de Edimburgo, *The Scotsman*. La semana pasada, mientras hojeaba otros diarios, había leído un editorial que censuraba esta nueva publicación por sus opiniones "radicales y peligrosamente independientes". Por curiosidad, Grace lo había mencionado, y Jo le contó que los fundadores del periódico se habían declarado "enemigos declarados de los privilegios y la corrupción, decididos a trastornar el establishment de Edimburgo". Jo se había reído, diciendo que habían tenido tanto éxito que supuestamente se pasaban ejemplares de contrabando a lectores que no se atrevían a ser vistos comprándolo.

Al ver una página del periódico entre las demás, Grace sonrió al comprobar que el periódico "radical" había publicado un artículo elogioso sobre el "Muy Honorable, el Lord Vizconde Greysteil". Repasando cada línea, decidió que podría convertirse fácilmente en partidaria del tal William Ritchie, el editor.

"Bueno, es un espectáculo digno de ver".

Grace levantó la vista, sorprendida y feliz de encontrar a Hugh de pie en el umbral de la puerta. Habían pasado tan pocas horas desde la última vez que lo había visto, pero eso no influyó en el salvaje golpeteo de su corazón ni en el calor que le subía a la cara. Empujó el volumen sobre la mesa que tenía a su lado y empezó a poner los pies en el suelo y a levantarse.

"Por favor, no lo hagas", me indicó, entrando en la habitación. "Descansa el tobillo".

Grace no sabía si alguna vez se acostumbraría al modo en que su presencia la afectaba. Cada vez que lo veía, le sorprendía su reacción ante su rostro oscuramente apuesto, su gran altura, su seguridad. Se había cambiado de ropa. Su mirada se fijó en las largas y musculosas piernas enfundadas en los ajustados pantalones de ante, el chaleco de seda gris bordado y el abrigo azul de doble botonadura. Por encima de su ancho pecho, oculto bajo el pañuelo, estaba el fuerte cuello que ella había saboreado esta mañana.

Al darse cuenta de que había suspirado audiblemente, se arriesgó a mirarle a la cara. Y él

volvía a mirarla. Se mordió el labio cuando él miró hacia la puerta abierta de la biblioteca antes de volver a mirarla a ella.

Una sonrisa se dibujó en su labio. Cruzó la habitación hasta la ventana y aspiró profundamente la cálida brisa.

"Me dijeron que estabas durmiendo".

"¿Cómo sabías que no lo era?"

"Espías. Informadores a sueldo. Fieles sirvientes". Llegó a su lado y abrió el volumen que había estado leyendo. "Más investigaciones sobre mis fallos legales".

"Más informes elogiosos sobre tus logros, incluso de *The Scotsman*".

"Eso es sólo porque William Ritchie era abogado antes de descender al abismo del periodismo. Y sigue siendo amigo mío".

Ella ya sabía que era muy propio de él desviar un cumplido.

"¿Has oído algo sobre el estado del señor Darby?", preguntó.

"Truscott regresó hace una hora con buenas noticias. El médico le ha cosido y dice que se recuperará bien. Sin embargo, quiere que pase la noche en la enfermería. Mañana traerá a Darby en su carruaje".

Se sintió tremendamente aliviada. Nunca habría podido detener o sobrevivir a aquel ataque de no ser por el heroísmo de Darby.

"También te gustará saber que hemos iniciado una búsqueda para encontrar a los tres hombres".

"Pensé que lo harías".

Durante años, Grace había sido la organizadora de todo en la vida de su padre y en la suya propia. Quizá fuera su naturaleza, o quizá su educación como hija de un militar, pero siempre había planeado y organizado cada movimiento. Al escuchar a Hugh, se dio cuenta de que compartían ese rasgo.

"Siento que hoy hayas tenido que recibir a la señora Douglas junto con todo lo demás", le dijo Grace mientras se dirigía a la chimenea. Cogió un bloque de juguete de la repisa y le dio la vuelta en la mano antes de volver a guardarlo.

"El perfecto anfitrión no la saludó cuando llamó. La posición de su difunto marido en el gobierno podía comprarle un gran estatus, pero descubrió que aquí no significaba nada. Se enfrentó al juez que había en mí y fue acusada".

"¿Explicó el motivo de su repentina visita?"

"Para asegurarse de que quedaba absuelta de toda culpa o responsabilidad", le dijo. "O para obtener más información de la que aprendió en el pueblo. Como creías, estaba paseando por Melrose en el momento del ataque. También admitió todo lo que ya sabía por ti sobre su carta".

"¿Su veredicto, mi señor juez?", preguntó. "¿Culpable o inocente?"

"Me reservo el juicio por ahora. La actuación de la Sra. Douglas fue lo suficientemente sólida como para permitir otra vista".

Cuando hablaba como juez, Hugh asumía una presencia severa e imponente ante la que Grace imaginaba que pocos hombres o mujeres no se acobardarían. No se sentía desconcertada por ello; había crecido en compañía de generales y reyes. Pero esa faceta suya, esa confianza en su capacidad para actuar con decisión, no hacía más que acrecentar sus sentimientos. Sólo hacía que lo deseara más.

Volvió hacia donde ella estaba sentada y cogió su bastón, flexionándolo para comprobar su robustez.

"Éste era el bastón de mi padre", dijo. "Si es demasiado largo, podemos cortarlo a la medida

adecuada para ti".

"Es un palo precioso. Nunca podría permitir que lo hicieras. La longitud está bien como está".

"Como desees". Inspeccionó un momento la cabeza de león tallada antes de continuar. "¿Tienes algún plan para esta tarde, señorita Grace?"

Su mirada se movía lánguidamente sobre ella, deteniéndose en sus labios y luego en sus pechos antes de descender por sus piernas hasta el tobillo envuelto, dejando una estela de deliciosos escalofríos que la recorría.

"Pensaba seguir leyendo".

"Excelente. Sujeta esto", dijo, entregándole el bastón.

Jadeó cuando él la levantó de la silla de un tirón. Mientras le rodeaba el cuello con un brazo, Grace vio pasar a una criada por delante de la puerta abierta.

"¿Qué haces? ¿Adónde me llevas?"

"¿Adónde quieres que te lleve?", le susurró al oído.

La mirada de Grace voló hacia la suya. Sus rostros estaban a escasos centímetros. Miró unos ojos grises que brillaban sugestivamente mientras se centraban en sus labios. De repente se sintió perversa, deshecha. Iría a cualquier parte. Haría lo que él le pidiera. Lo deseaba.

"Lo tomaré como una respuesta muy favorable a una pregunta no formulada", susurró con un atisbo de sonrisa. "Pero dejaremos eso para más tarde. Ahora mismo, te llevaré a mi estudio y te pondré a trabajar".

Capítulo Veintidós

"DEBES DEJAR DE TOMARME EL PELO", susurró Grace al oído de Hugh mientras éste la sacaba de la biblioteca.

Si supiera que, al "burlarse" de ella, se estaba torturando a sí mismo.

La proximidad de sus propias habitaciones lo hacía terriblemente tentador. Un giro a la derecha aquí, unos pasos allá, y en unos instantes ambos podrían estar despojados de sus ropas y embarcados en horas de hacer el amor.

La deseaba, de eso no había duda. Ella despertaba en él el deseo como ninguna otra mujer que recordara. Y él sabía que ella lo deseaba. Ella lo había dejado bastante claro en la forma en que respondía cada vez a sus caricias. Sí, su atracción era mutua.

Pero nada de eso importaba. No se acostaría con Grace en esas circunstancias. No podía. No se arriesgaría a dañar su reputación, aunque estaba seguro de que no había nadie en Baronsford que no supiera lo apegado que se había vuelto a ella. Aun así, había que trazar una línea en algún sitio. No quería complicarle la vida. No la reduciría a la condición de amante cuando pudiera... ¿Cuándo pudiera qué? ¿Qué planes se estaban gestando en los oscuros recovecos de su mente? No haría el amor con Grace hasta que supiera exactamente qué era lo que quería de ella. Hugh ya intuía que hacer el amor con ella no era suficiente.

Mientras la llevaba escaleras abajo, oyó al personal de la casa debajo de ellos.

"Insisto en que me permitas caminar por mi propio pie".

"Sólo si insistes", dijo él, intentando no mirarle los labios.

"Yo lo hago. Al final de la escalera".

Observó la terquedad de su mandíbula, la mirada amenazadora que pretendía transmitirle que más le valía hacer lo que le pedía o pagaría con el infierno. Ya había visto un atisbo de esa mirada antes. La irlandesa que había en ella.

Sonrió. "Siempre que vengas conmigo a mi estudio".

"¿A trabajar?"

"Ya sé que te gusta el Derecho. Te ha cautivado la colección de artículos de mi madre, y la primera noche me dijiste que querías leer mis libros de Derecho".

"Creo que entonces deliraba de fiebre".

"Cierto, pero me vendría bien tu ayuda en un caso especialmente peliagudo que me ha llegado". Había llegado al último escalón y se detuvo antes de subir al último. "Me gustaría que revisaras las decisiones publicadas de unos cuantos miles de casos y encontraras un precedente que pudiera aclarar un punto jurídico controvertido".

Grace enarcó una ceja con desconfianza, pero él se dio cuenta de que había despertado su curiosidad.

"Tienes varios dependientes. Los he visto entrar y salir".

"Cierto", admitió. "Pero ninguno de ellos me proporciona ni de lejos el placer que disfruto en tu compañía. Ninguno discute conmigo sobre la duración de su estancia en Baronsford. Ninguno posee la brillantez o el recuerdo de lo que lee, como tú. Ninguno..."

"Y ninguno de ellos empuña un bastón tan bonito como éste". Agitó el bastón amenazadoramente hacia él. "Así que si sois tan amable de bajarme, milord, lo utilizaré para acompañaros a vuestro estudio".

Hugh dio el último paso y puso suavemente a Grace en pie. Le encantaba ganársela.

Antes de que pudieran dar un paso, la Sra. Henson apareció de la nada para preguntar por el tobillo lesionado. En cuanto el ama de llaves tuvo una respuesta, llegó el mayordomo y quiso saber si la señorita Grace se reuniría con la familia en el comedor esta noche. Hugh sabía que Jo ya había restringido las invitaciones a invitados externos, y observó la cara de Grace cuando Simons le dijo que "aparte de la familia inmediata, los únicos invitados serían el señor y la señora Truscott".

Cuando vaciló, Hugh estuvo a punto de responder por ella, pero se lo pensó mejor. Grace tenía una independencia distinta a la de cualquier otra mujer que hubiera conocido. Se había ocupado de los asuntos de su padre en el continente y en América, durante los caóticos tiempos de la guerra y desde la paz. Su perspicacia y franqueza aquella noche en la biblioteca sobre sus ciegos prejuicios le habían cambiado para siempre. Estaba acostumbrada a pensar y tomar decisiones por sí misma, por triviales o significativas que fueran.

"Gracias, Sr. Simons", respondió ella tras una pausa. "Me gustaría unirme a la familia esta noche, si no es mucha molestia".

En respuesta, el mayordomo prácticamente arrulló. Hugh habría hecho lo mismo si ella hubiera vuelto sus ojos azules hacia él y le hubiera sonreído.

"Por favor, cuénteme sobre este caso 'peliagudo', milord", dijo ella, mientras se dirigían hacia su estudio.

Mientras caminaban, Hugh le habló del caso de Jean Campbell, explicándole que la irlandesa, sordomuda, había sido acusada del asesinato por ahogamiento de su hijo. Debido a su situación, no había podido declarar. Confusa y, en general, angustiada, la mujer había permanecido recluida en la prisión de Glasgow durante seis meses, mientras los jueces seguían en un punto muerto sobre si estaba en condiciones de ser juzgada. Y ahora el caso había sido remitido a su tribunal.

"Así que no sabe leer ni escribir".

"Así es", respondió Hugh. "Y he recibido más información que perjudica el caso para la defensa, por insignificante que sea ya. Sus vecinos de Glasgow hablan con cariño de ella. Afirman que es muy trabajadora y que siempre se mostró como una madre cariñosa con sus hijos."

"¿Cómo perjudica eso a su defensa?"

"Porque también dicen que sólo unos días antes de arrojar supuestamente a su hijo de tres años al río Clyde, había sido traicionada y abandonada por su marido".

"Así que crees que un jurado vería la venganza como el motivo de su acción. Quería devolverle el golpe matando a su hijo".

"Exacto". Hugh no pudo evitar admirar su mente. Grace tenía una astucia que se prestaba al negocio legal. "Y, por desgracia, los jurados no son comprensivos con aflicciones como la suya. El prejuicio común es que su sordera es un castigo ordenado por Dios. Algún fallo moral oculto. Además, como la mayoría de los escoceses aprenden a leer y escribir de niños, la falta de

educación de esta mujer -junto con el hecho de que es una inmigrante irlandesa- seguramente empañará la opinión que el jurado tenga de ella. Si la juzgan, sus posibilidades de absolución son prácticamente nulas".

Entraron en su estudio. Le indicó una silla junto a la pared de estanterías y ella tomó asiento.

"Pero si no se presenta a juicio porque no es apta", le dijo, "será recluida el resto de sus días en un manicomio".

"¿Por qué haces esto?", preguntó ella. "¿Es por lo que he dicho? ¿Es porque es irlandesa?"

Hugh se lo pensó un momento. "Ignoraba su situación hasta que me recordaste mi deber. Pero lo hago porque creo que una persona es inocente hasta que se demuestre su culpabilidad. No conozco todos los hechos, pero no quiero que la ley encarcele o ejecute injustamente a esta mujer, venga de donde venga."

Hugh movió un banco tapizado que había delante de ella y, antes de que pudiera protestar, levantó con cuidado la pierna herida y la colocó en él.

"Así que puede que esta mujer ni siquiera sepa de qué se la acusa", dijo Grace. "Y no ha podido dar su versión de lo ocurrido. ¿Cómo puede defenderse?"

"Este es el quid de la cuestión. Ella no puede. No tendrá un abogado capaz que la represente porque es pobre y porque no puede hablar por sí misma".

"Alguien *debe* hablar por ella", exclamó Grace. "Alguien tiene que comunicarse con ella".

"Pienso exactamente lo mismo. Conozco a un hombre llamado Kinniburgh que dirige la Escuela de Sordomudos de Edimburgo. Mi empleado Branson está organizando un encuentro entre él y la señora Campbell. Tengo la esperanza de que Kinniburgh pueda conversar con ella".

Hugh se paseó por la habitación.

"Pero puede que no sea suficiente. Antes de que este caso llegue a juicio, si es que llega, debemos proporcionar la defensa que ella no puede. Debemos procurar que la ley actúe tanto *a su favor* como *en su contra*". Se detuvo y miró a Grace. "Tal como están las cosas ahora, una mujer que puede ser inocente será ahorcada por asesinato o se pudrirá en un manicomio, lo que sería un destino peor que la muerte. Y en cualquiera de los dos casos, sus hijos irán al manicomio y, si sobreviven, acabarán en la calle".

El efecto de sus palabras ensombreció sus bellas facciones. "¿Qué necesitas que haga?"

"Necesito que encuentres *todos* los casos resueltos en el derecho escocés en los que una persona sordomuda se haya enfrentado a cargos penales. Necesito un resumen de los hechos de cada caso, los argumentos presentados que sean relevantes para la aflicción del acusado y las sentencias del tribunal."

Grace se volvió hacia su tarea. "¿Por dónde empiezo?"

Hugh bajó tres grandes volúmenes. "Debes empezar por convertirte en mejor abogado que cualquiera que pueda ser arrastrado a representarla. Estos dos libros contienen los *Comentarios Críticos* de David Hume sobre el derecho penal escocés. El tercero contiene sus *Notas complementarias* y casos. Empieza por ellos".

Se movió a lo largo de la pared.

"Esta sección contiene registros publicados de casos judiciales escoceses, organizados por fecha. Céntrate primero en los últimos veinte años. Busca los casos en los que estén implicados acusados sordomudos, pero busca también los precedentes citados que se refieran a decisiones anteriores." Hugh miró para comprobar que ella le seguía. Claro que sí, se reprendió. "La siguiente sección contiene las actas de casos anteriores. Hay que examinar detenidamente cada caso. Después, estas tres hileras de estanterías contienen comentarios sobre la ley inglesa, así como registros legales publicados. Desde la unión de los países, es discutible que esos

precedentes puedan aplicarse en la sala escocesa."

Mientras cruzaba la habitación hacia su escritorio, Grace abrió el primer volumen y lo colocó sobre su regazo.

"Y mientras lo haces, tengo registros inéditos de casos más recientes juzgados en Edimburgo. Los revisaré". Se detuvo junto a su escritorio. "La libertad de una mujer depende de esto. Lo que hagamos aquí es realmente una cuestión de vida o muerte".

Durante las horas de la tarde y hasta la noche, Grace hojeó rápidamente los volúmenes, haciendo preguntas a Hugh y a sus ayudantes. Los dos asistentes entraban y salían constantemente de su despacho, respondiendo a las llamadas del lord justicia y trayendo documentos para que los firmara. Los secretarios la miraron boquiabiertos cuando empezó a recitar información de los casos que investigaba. No necesitó tomar notas, pero ofreció resúmenes de los juicios concretos y se refirió a ellos por tomo, página y línea. Como le había pedido Hugh, Grace se centró en los casos de acusados sordos. Encontró más casos de los que esperaba. En casi todos los casos, había que convencer al tribunal y al jurado de su condición. Aunque las referencias eran a veces oblicuas, también había descubierto que el acusado había sido a menudo víctima de engaño, desertión y violencia.

Y los tribunales no solían ser comprensivos con su situación.

Finalmente, Hugh despidió a sus empleados por ese día. La propia Grace habría continuado toda la noche si la hermana de Hugh no hubiera venido a recordarles que los Truscott habían llegado. Debían dejar lo que estuvieran haciendo, les dijo Jo, y debían entrar a cenar.

Se estaba sirviendo una comida ligera en el comedor más pequeño, y Grace agradeció que no hubiera necesidad de cambiarse. Se apresuró a ponerse en pie, pensando en lo horrorizada que se sentiría si Hugh intentara cargar con ella.

"Si Grace insinúa alguna vez que se aprovecha de nuestra hospitalidad -dijo Hugh a su hermana mientras se acercaba a su escritorio-, quiero que le recuerdes lo que ha estado haciendo para ayudarme".

Le agradó su falta de formalidad y se alegró de pensar que era útil.

"Unas horas de lectura de revistas jurídicas no son recompensa por todo lo que has hecho por mí".

"Deberías ver lo valioso que ha sido ya su trabajo, Jo. Cuando vengamos aquí mañana -añadió, volviéndose hacia Grace-, te enseñaré los libros de contabilidad y cuánto me cuesta mantener a mis empleados. Creo que cambiarás de opinión".

Ofreció un brazo a su hermana y otro a ella. Grace estaba encantada ante la perspectiva de seguir trabajando mañana en este valioso proyecto. Apreciaba abiertamente su talento y su intelecto. Daniel Ware era la única persona que realmente apreciaba sus habilidades. Hasta hoy.

A Grace ya le habían presentado antes al señor Truscott. Severo y caballeroso, era primo hermano del conde de Aytoun. El hombre irradiaba tranquila confianza y gozaba de la estima de todo el mundo. También se dio cuenta de lo perspicaz que era sobre las preferencias de su primo cuando le cerró la puerta del carruaje tras el ataque en el camino, diciéndole que lo mejor sería que se quedara con Hugh. Por muy disgustada que estuviera en ese momento, había tenido la clara impresión de que le estaba dando su aprobación.

Si Walter Truscott era el robusto roble, su esposa, Violet, era el burbujeante arroyo. De saludo efusivo y amistoso, se ganó rápidamente el afecto de Grace. Las arrugas de su rostro

redondo y sonrosado y el cabello claro salpicado de canas mostraban su edad con ventaja. Tenía la disposición alegre y amable que Grace imaginaba que necesitaban en sus vidas aquellas jóvenes madres y niños que se refugiaban en la casa de la torre.

Al compartir la historia de Violet, Jo había explicado que llegó a Baronsford desamparada y embarazada. Por desgracia, perdió a su bebé y estuvo a punto de morir. Sin embargo, como en un romance de cuento, Violet y Truscott se enamoraron y se casaron. Desde entonces, innumerables jóvenes desesperados y desamparados habían sido bendecidos con el amor que ella habría dado a su propio hijo.

"Lo arreglaré con Lady Jo", dijo Violet cuando Grace preguntó por las familias que se alojaban ahora en la casa de la torre. "Os llevaremos y os presentaremos. Las circunstancias de cada madre son diferentes. Algunas llegaron esperando un hijo. Otras tenían un niño en brazos. Incluso hemos acogido a jóvenes fugitivas. En unos pocos casos, hemos cuidado de pequeños mientras la madre trataba de establecer una vida estable antes de volver a por ellos. Es un lugar animado, sin duda".

"¿Cómo saben de ti?" preguntó Gracia mientras se servía la cena.

"Como puedes imaginar, no podemos hacer publicidad", respondió Jo. "Todas las parroquias del país nos enviarían a sus chicas. La avalancha sería abrumadora".

"¿Cómo te encuentran?"

"Muchos de los que hemos ayudado hasta ahora han venido a través de...". Jo hizo una pausa y su mirada se dirigió a su hermano, que mantenía una conversación en voz baja con Truscott al final de la mesa. Bajó la voz. "A menudo, estas jóvenes han infringido la ley de algún modo. Y cierto lord justicia vio un futuro mejor para ellas aquí que en Bridewell o en el asilo de pobres de la parroquia".

Los ojos de Grace se desviaron hacia Hugh. Pensó en las posturas que había adoptado en su corte y en el esfuerzo que estaba haciendo ahora en favor de una mujer irlandesa sordomuda. Su compasión despertó un amor profundo en ella. En todas las naciones se necesitaban más hombres como él. Empezaba a asustarla lo mucho que había llegado a quererle. Su mente, su generosidad y su valor la conmovían.

Su mirada se detuvo en los largos dedos que sostenían un vaso de vino. Y el cuerpo de él también la conmovió, pero de un modo muy distinto.

Violet le estaba contando a Jo una carta que había recibido aquel mismo día de una madre que las había dejado por un trabajo el otoño pasado. Grace volvió a centrar su atención en este extremo de la mesa.

Era un juego peligroso al que estaba permitiendo que jugara su corazón.

Le llegaron trozos de la conversación de los hombres. Una posada en la carretera de Jedburgh. La cabaña desierta del leñador en el camino cercano al ataque.

"Sin duda, estaban allí al acecho", dijo Truscott.

Sabía que hablaban de los hombres que la habían atacado a ella y a Darby.

"Y no me cabe duda de que eran de Jedburgh", añadió.

"¿Jedburgh?" preguntó Jo, retomando lo último de la conversación. Se volvió hacia Grace. "¿Sabías que el pugilismo es un deporte favorito de los mineros? Jedburgh tiene una mina de piedra caliza y una cantera de whinstone especialmente famosas por tener los púgiles más feroces de Escocia."

"No estaba al corriente", respondió Grace.

"Resulta que el pugilismo también es una de las aficiones favoritas de cierto honorable juez - continuó Jo-, que permanecerá en el anonimato, pero que está sentado en esta misma mesa. De

hecho, se sabe que ese juez ha participado en combates con esos mismos mineros".

"Con notable éxito, debo añadir", añadió Truscott con orgullo.

Grace miró a Hugh. Ahora conocía la causa de las cicatrices de su rostro. Era muy propio de él practicar el deporte entre los trabajadores de Escocia, en lugar de hacerlo en clubes privados.

"Ya no es un pasatiempo favorito", corrigió, sin mirar a nadie más que a Gracia. "Ese pasatiempo ha descendido bastante en la lista".

Su mirada nunca se apartó de su rostro, sólo se deslizó hasta sus labios. Durante unos latidos, la conversación se detuvo bruscamente. Cinco de ellos estaban sentados a la mesa, pero bien podrían haber estado sólo Hugh y Grace en aquella habitación. Sintiendo que el rubor le subía hasta la raíz del pelo, Grace intentó desviar la atención de sí misma.

Se volvió hacia el señor Truscott. "¿Te he oído bien? Has identificado a los atacantes".

"No del todo. Pero sabemos de dónde pueden haber venido", le dijo. "Mañana me llevaré a unos hombres de Baronsford y al alguacil de la aldea de Melrose. Iremos a Jedburgh. Sabremos más cuando lleguemos allí".

Grace nunca había estado en ningún tipo de mina, pero había leído sobre ellas. Hombres rudos que trabajaban en condiciones duras y peligrosas, y por muy poco dinero. Era fácil imaginar que esos hombres podrían ser persuadidos de cometer un crimen si eso significaba dejar atrás aquella vida miserable.

Los rostros de aquellos hombres permanecieron en su mente. A pesar de la conmoción del ataque y de la niebla, Gracia estaba segura de que los reconocería.

"Me gustaría ir a Jedburgh contigo mañana", le dijo. "No tienes forma de identificar a esos hombres. Pero yo sí puedo, y me gustaría serte de ayuda".

Jo casi se atraganta con el vino. El ceño de Hugh se frunció tanto que Grace supo exactamente cómo debía de sentirse la señora Douglas hoy.

"Me temo que cada una de estas tres está a punto de sufrir un ataque, mi joven amiga". Violet sonrió, cogió la mano de Grace y la apretó suavemente. "Las minas y canteras de los alrededores de Jedburgh no son los lugares más adecuados para las jóvenes".

Grace no sabía si debía alegrarse por su actitud protectora o sentirse insultada porque la consideraban demasiado blanda. Los campos de batalla en los que había estado seguramente harían palidecer a estas minas en comparación. Había presenciado más muerte y destrucción que la mayoría de los hombres.

Lo que ofrecía no era descabellado. No iba a cabalgar sola y desprotegida hacia el vientre de la bestia. Grace se preguntó si toda su estancia en Baronsford se vería ensombrecida por los recuerdos de lo que Amelia había hecho. Pero ella no era la antigua esposa de Hugh. Eran mujeres diferentes.

La ira burbujeaba bajo la superficie de su piel y amenazaba con estallar en cualquier momento.

"Truscott y el alguacil planean traer de vuelta a los hombres que se ausentaron de las minas en los últimos días", dijo Hugh, dirigiendo su atención sólo a Grace. Su mirada era seria, pero su voz tranquila no contenía ningún atisbo de reprimenda.

Grace decidió que no había tenido mucho éxito ocultando su irritación. "No pretenderás apartar a hombres trabajadores de su empleo basándote en una vaga sospecha, ¿verdad?".

Truscott miró a Hugh.

"¿Y cuántos hombres piensas traer exactamente?", preguntó. "¿Y cuándo podré verlos? Con el Sr. Darby herido, soy la única persona que puede identificarlos positivamente".

Las palabras le ardían en la lengua. Quería decir más. Su temperamento abrasador. Iba a

continuar cuando Hugh la interrumpió.

"Conseguiremos una descripción tan clara de ellos como tú y Darby podáis proporcionarnos. No traeremos a más de cinco hombres", le dijo Hugh. "Y te llevaré personalmente a Melrose cuando lleguen. Podrás identificarlos con el alguacil presente".

"¿Y si ninguno de ellos es el asaltante?"

"Primero, les daré a cada uno el sueldo de dos días y una carta a sus jefes". La miró a los ojos. "Luego tú y yo acompañaremos a Truscott y a los hombres a Jedburgh al día siguiente. ¿Te parece bien?"

Así fue, y ella sonrió agradecida por su comprensión.

Capítulo Veintitrés

DESPUÉS DE CENAR, mientras las mujeres dejaban a los hombres y se dirigían al salón, Grace presentó sus excusas y se dirigió a sus habitaciones. Había sido un día agotador y lleno de emociones. Y su mente por fin estaba cediendo al cansancio de su cuerpo.

El esguince de tobillo funcionó mucho mejor de lo que había esperado mientras subía las escaleras. Las horas de mantenerlo elevado en el estudio de Hugh habían ayudado. Esperaba que mañana pudiera dejar a un lado el bastón y acabar con la preocupación de todos.

Anna la ayudó a desvestirse y a prepararse para retirarse. Sin embargo, antes de meterse en la cama, Grace fue al salón y eligió una novela. Dejando las velas encendidas junto a la cama, se instaló cómodamente.

Cuando la criada se marchó, Grace intentó repasar mentalmente todo lo que había ocurrido hoy, pero no conseguía concentrarse. Las voces entraban por las ventanas abiertas. Baronsford zumbaba con los sonidos del atardecer, adormeciéndola en un sueño profundo y sin sueños.

No sabía si había dormido minutos u horas. Pero se despertó sobresaltada al oír un suave golpecito en la puerta de su habitación.

Se incorporó, desorientada. La vela seguía ardiendo en la mesilla de noche. Entonces recordó. Jo le dijo que podía subir a darle las buenas noches antes de retirarse ella misma.

Volvió a sonar el suave golpecito.

Grace se levantó de la cama y fue hacia la puerta, abriéndola.

Hugh estaba de pie en el vestíbulo, vestido sólo con los pantalones ajustados de ante que había llevado antes y una camisa blanca, abierta por el cuello. Tenía que estar soñando.

"¿Estabas dormido?"

Era real. Nadie tenía derecho a verse tan bien. Una deliciosa dulzura se filtró en su cuerpo.

"Sí, lo estaba". Se obligó a respirar con calma. "¿Por qué estás aquí?"

Su mano empujó suavemente la puerta y ella retrocedió, permitiéndole entrar. Él entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí.

"Tu hermana podría subir pronto".

"Jo se jubiló hace horas".

El aire nocturno se mezclaba con el aroma del whisky y el humo. Sus ojos la bañaron como la luz de la luna, contemplando su rostro, sus labios y su pelo, suelto alrededor de los hombros. Le vio respirar hondo mientras bajaba la mirada por su cuello hasta los lazos de la fina camisa de lino y más abajo, deteniéndose en sus pechos. Su piel se calentó al contacto con su mirada. Estaba bañada y desnuda, devastada por su calor.

El deseo la invadió. Deseaba el sabor de sus labios, su presión sobre los suyos. Dio un paso hacia él, pero él alargó la mano y la cogió por los hombros, manteniéndola suavemente a

distancia.

"No puedes tocarme". Sus fuertes dedos se deslizaron por los brazos de ella y le cogió las manos. "Retrocede, Grace".

Dio uno o dos pasos hasta que se encontró de espaldas contra una pared.

Hugh le soltó las manos. Sus ojos volvieron al profundo escote de la camisa.

Grace sintió un dolor en los pechos cuando las puntas de sus pezones se endurecieron contra la fina tela. Sus ojos continuaron hacia abajo, quemándola con el contacto de su mirada.

"Te deseo". Su voz, grave y tensa, la estremeció. La suave luz de la vela acentuaba las líneas de su rostro. "Llevo horas paseándome por mi habitación, imaginando cómo sería venir aquí. Diciéndome a mí misma que no debía hacerlo y, sin embargo, esperando encontrarte así".

Las chispas ardían. Inconscientemente, sus ojos se movieron hacia la cama deshecha. Quería que la llevara allí, que le enseñara lo que nunca antes había experimentado. Quería que le hiciera el amor.

Siguió su mirada. "Todavía no. Esta noche no".

Grace se obligó a pensar a través de la niebla del deseo. "Entonces, ¿qué quieres de mí?".

Acortó la distancia que los separaba. "Necesitaba verte. Tocarte".

Sus cuerpos estaban separados por un suspiro. Ella se levantó para rodearle el cuello con los brazos, pero él le agarró las muñecas y se las apretó contra la pared por encima de la cabeza.

"Y apenas estoy en equilibrio al borde de un lugar muy peligroso. Así que no debes tentarme. No debes intentar seducirme".

"Tú eres la tentadora", le dijo. En toda su vida, nunca se había imaginado a sí misma dominando los poderes de la seducción.

Inclinó la cabeza y la besó suavemente. Ella se inclinó hacia él, escapándosele un suave gemido.

"Mantenlas ahí". Le soltó las muñecas.

No sabía a qué estaba jugando, pero estaba dispuesta a correr el riesgo. Se llevó las manos a la cabeza mientras él le pasaba la punta de los dedos por la cara, trazando las cejas, los pómulos y el contorno de los labios con toques suaves y tiernos.

Las manos de Hugh se dirigieron a los lazos de su camisa y Grace sintió que se le cortaba la respiración. No podía escapar de aquella suave tortura, con la pared detrás de ella y el hombre delante.

Uno a uno, los cordones se soltaron. Ella miró las manos de él, oscuras contra el lino y aún más oscuras contra su piel mientras deslizaba la prenda por sus pechos. Grace se estremeció cuando el aire frío la tocó.

"Estás impresionante".

Inclinó la cabeza y la besó. Un beso largo, sensual y explorador. Cuando lo rompió, Grace se quedó respirando agitadamente. Su boca se movió desde sus labios y descendió a lo largo de su garganta, sobre su clavícula y luego hasta sus pechos. Grace cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la pared mientras su lengua saboreaba cada pezón, sus labios y sus dientes la hacían gritar suavemente por el dulce placer que recorría su cuerpo.

"Tómame, Hugh", dijo ella. "Hazme el amor".

Con suavidad, le bajó la camisa hasta que le llegó a los pies. La abrazó y la llevó a la cama. Un estremecimiento la recorrió mientras se hundían en las sábanas de lino.

Los labios de Hugh besaron su boca y volvieron a recorrer su cuello hasta llegar a sus pechos. Grace contuvo la respiración mientras los dedos de él se movían lentamente, acariciándola, por el interior de su pierna. Su mano llegó a la unión de sus muslos, y ella jadeó

cuando sus dedos se deslizaron hasta su sexo.

Levantó la cabeza y sus ojos buscaron los de ella. Grace no quería hablar de que era su primera vez.

"Te deseo", susurró ella, sujetándole la cara, levantándose y rozando sus labios con los de él. "No pares".

Su boca era ávida cuando reclamaba la de ella, pero su mano era suave cuando se deslizó dentro y reanudó el juego erótico.

Su sexo estaba resbaladizo, y sus dedos encontraron cada punto de placer, tocando su cuerpo como un instrumento musical mientras acariciaban su carne. Grace empezó a quedarse sin aliento. Su cuerpo empezó a zumbar con sensaciones tan nuevas.

Grace nunca había conocido un tormento tan dulce. Estaba poseída por él. Se entregó al puro placer de sus manos y su boca. Su cuerpo giraba en un estado eterno y frenético de pasión y deseo. Movié las caderas, levantándose de la cama, pidiéndole más presión, deseando que la penetrara más profundamente.

De repente, sintió que su cuerpo se elevaba como sobre una nube mientras una tormenta de verano estallaba en su interior. En algún lugar de un mundo más consciente, oyó la voz alegre de una mujer que gritaba. No podía respirar y, sin embargo, luchó ferozmente por mantenerlo cerca de ella. Y entonces, simplemente estaba navegando por un cielo cristalino.

Hugh la sostuvo mientras descendía, besándola suavemente. Las sensaciones de su cuerpo seguían retrocediendo en oleadas de felicidad. Yacía desnuda en las sábanas, con el pelo extendido a su alrededor, mirando unos ojos grises que nunca se apartaban de su rostro. Él seguía vestido como había llegado, pero ella sentía la dureza de su virilidad presionándola. Vio la sonrisa grabada en sus labios.

"Parece como si hubieras ganado un concurso", susurró.

"Te he ganado. Te he ganado".

El aleteo de su corazón era lo bastante fuerte como para que él tuviera que oírlo. Le tocó el pecho. Levantándose, apretó los labios contra su garganta. "Quiero hacerte lo que acabas de hacerme a mí".

Un gran suspiro de satisfacción brotó de su pecho.

"Todavía no. Esta noche no", dijo, besándola profundamente antes de apartarse de ella. "No podemos seguir así hasta que hayamos tenido una conversación seria sobre nuestro futuro".

No quería pensar en el mañana.

Se sentó en el borde de la cama. Su mirada la bañó. Ella no intentó cubrirse cuando él le pasó la punta del dedo desde el hueco de la garganta hasta entre los pechos.

"E incluso después, sólo podrás tocarme cuando pueda saborearte aquí . . ." Su dedo recorrió lentamente su vientre. "Y aquí... . ." Ella ya no respiraba cuando el dedo de él siguió bajando y se deslizó de nuevo en su sexo. "Y aquí. Haremos el amor después de darte un festín aquí".

Ardió cuando la visión inundó su mente. Sus huesos se habían disuelto en líquido. Le hormigueaba la carne. Hugh se apartó y le subió las sábanas hasta la barbilla antes de besarle los labios.

"Tenemos mucho que discutir, pero no aquí, en la oscuridad, cuando mi hermana podría despertarse en cualquier momento. Hablaremos, pero por ahora, vuelve a dormir".

Grace, sintiéndose estremecida hasta la médula, le observó mientras cruzaba la habitación y salía.

A primera hora de la tarde, el médico llevó a Darby de vuelta a Baronsford. Para disgusto de Jo, el herrero insistió en que lo llevaran a su propia cabaña para recuperarse, en lugar de a la casa principal. Pero si el hombre pensaba que allí podría descansar tranquilamente y no imponerse, se equivocaba. Nadie tenía intención de permitirlo, y menos Jo. Preparó un horario y pronto filas de sirvientes le llevaban la comida y atendían todas sus necesidades. Jo y Grace acordaron que lo visitarían al menos dos veces al día. El Dr. Namby, para no quedarse al margen, se ofreció a volver el lunes por la mañana para cambiarle el vendaje de la herida de cuchillo.

Hugh se enteró de todo esto cuando volvió del lago, donde estaba empezando la construcción de la presa.

"Eres un héroe, Darby", le dijo Hugh, visitando la cabaña del herido. Grace y Jo ya estaban allí. "No habrá forma de escapar a estas atenciones".

Su hermana estaba alborotando en otra habitación, en el otro extremo de la casa.

Sentado en un taburete junto a la cama del herrero, observó cómo Grace trasladaba el contenido de una cesta a una estantería. El ama de llaves le dijo que el médico había declarado que el tobillo era "sólo un esguince" y que Grace ya caminaba por la casa sin usar el bastón.

Ella lo miró, pero apartó rápidamente la vista. Su saludo cuando llegó Hugh había sido tímido y había evitado el contacto visual con él.

Hugh había pensado en Grace al menos mil veces a lo largo de la mañana. Cuando regresó, sus empleados le dijeron que ella había estado revisando los libros de casos y los había mantenido ocupados registrando la información que iba encontrando. Qué suerte tienen, pensó.

"Estoy casi en forma, milord", le dijo Darby. "Y sé que estás ansioso por poner ese globo en el aire antes de que llegue tu familia. Espérame en el establo de carruajes el lunes. Creo que podremos terminar de aparejar los cabos tal como querías".

"Dos días de recuperación podrían ser algo ambicioso", replicó Hugh, moviendo la cabeza en señal de desacuerdo. "No quiero que pienses ahora en el trabajo, ya sea de herrero o de globero. Necesitas recuperarte".

"Perdonad, milord", dijo Darby con voz dirigida sólo a Hugh. "Debes librarme de toda esta molicie. Esa espada suya hizo poco daño, como te dirá el propio doctor. Eres un hombre luchador. Y lo sabes. No me siento cómodo aquí tumbado mientras las damas se molestan en cuidarme".

Hugh lanzó una mirada a Grace y a su hermana. "Aguanta hasta mañana", susurró. "Y entonces veremos cómo te sientes. Y hablaré de ello con mi hermana. Lady Jo tiene mucha experiencia en el cuidado de enfermos y heridos. Ella sabrá cuándo es el momento de que te levantes".

"Sí, milord", aceptó Darby a regañadientes. "Pero, ¿podrías al menos hablar con mistress Grace? Me siento como una tonta por lo poco que hice y las veces que me ha dado las gracias. Si la vieras, qué valiente fue al enfrentarse a esos canallas. No necesitaba que la rescataran. Aquí le digo que se esconda detrás de mí. En lugar de eso, se pone delante y les planta cara. Tiene valor, te lo aseguro. Fue algo digno de contemplar".

Valiente Ama Grace. Hermosa Ama Grace. Brillante Ama Grace. Desde Darby hasta Jo, pasando por sus malditos asistentes jurídicos, todos la alababan. La mirada de Hugh se dirigió al objeto de su conversación cuando ella levantó la mano para colocar una pila de paños doblados en un estante. Si supieran lo lejos que estaban de la verdad sus palabras de admiración.

En sus treinta y seis años, nunca había conocido a ninguna mujer que lo consumiera -mente, cuerpo y corazón- como lo hacía ella. Los pensamientos de la noche anterior se agolparon en su mente. En las horas posteriores a la marcha de los Truscott, había intentado disuadirse de ir a su

habitación, pero le había sido imposible. Independientemente de lo que los demás vieran de las virtudes de Grace, Hugh sabía más. Su ardiente pasión, su cuerpo impecable y sensible. Tenía que escapar de su habitación o habría hecho el amor con ella.

Darby seguía hablando, pero la atención de Hugh se centraba sobre todo en Grace. No llegaba lo bastante alto como para coger un tarro de una estantería. Excusándose, se acercó a ella. Su vestido rozó su abrigo. Estaban tan cerca que casi podía oír el pulso que latía agitadamente en la garganta de ella, sentir el calor que le subía a la cara. Quería susurrarle al oído. Contarle los secretos de su corazón, cómo anoche le había llegado la verdad.

Estaba enamorado de ella.

Hugh cogió el frasco y se lo entregó. Levantó la mirada y él se perdió, hundiéndose en las profundidades azules de sus ojos hasta que el impulso de besar sus labios fue abrumador.

Le salvó un golpe en la puerta de la cabaña. Ana entró con otra cesta, y Hugh se acercó de nuevo al hombre herido.

Detrás de ella, uno de los mozos que se había ido con Truscott esta mañana se detuvo en la puerta. Hugh salió para hablar con él.

"Hemos traído a tres de ellos, milord. El señor Truscott dice que está seguro de que tenemos a los que lo hicieron. Os pide que tengáis la amabilidad de ir al pueblo. El alguacil está esperando allí con él y el resto".

"Me gustaría acompañaros, mi señor". Grace se quedó en la puerta abierta. Había oído todo lo que se dijo.

Hugh se volvió hacia su hombre. "Nos llevaremos el curricán. Haz que lo traigan al frente. Y haz que mi ayuda de cámara saque mis pistolas".

El novio salió corriendo para hacer lo que le habían dicho. Jo también se acercó a la puerta y Grace le contó lo que estaban haciendo. "Odio dejarte sola, pero debo ir al pueblo".

"No estoy sola. Anna está aquí y, si no me equivoco, puede que Darby se alegre de librarse de nosotros durante la tarde".

"Probablemente le vendría bien estar un tiempo a solas", convino Hugh. "Para descansar".

Le dio un abrazo a Grace. "Comprendo que sea importante para ti saber que se ha capturado a las personas adecuadas". Se volvió hacia Hugh. "Y tú cuidarás bien de ella".

Jo le estaba advirtiendo de sus intenciones respecto a Grace.

Se llevaban menos de un año. De todos sus hermanos, ella era la más cercana a él y la que mejor comprendía sus estados de ánimo. Pero ya era amiga de Grace. Hugh deseaba poder decirle a su hermana que no tenía por qué preocuparse, que haría todo lo que estuviera en su mano para que formara parte de su vida, de la vida de todos en Baronsford. Y que se ocuparía de cualquier asunto que hubiera que resolver en Bruselas en relación con el diamante y los Bonaparte.

Grace entró a buscar su gorro y él la siguió. Tras contarle a Darby lo que había ocurrido, Hugh la acompañó fuera de la casa.

Los dos caminaron en silencio hasta el carruaje. Su ayuda de cámara le esperaba con el sombrero y los guantes. Sus pistolas estaban guardadas bajo el asiento, y él la ayudó a subir antes de subir y tomar las riendas.

Sus hombros chocaron cuando los caballos salieron al sendero y ella se acomodó discretamente en el asiento, intentando mantener una distancia adecuada entre ellos. Hugh observó el rubor en sus mejillas, la forma en que sus manos se agarraban al borde del asiento para mantenerse bien colocada. Contempló su hermoso perfil, y ella volvió la cara hacia el prado en flor.

"Di lo que piensas, Grace".

"Anoche..."

"Lo de anoche era inevitable. Se veía venir desde la primera vez que nos besamos". Mientras Hugh se apresuraba a hablar, sus palabras se agolpaban unas sobre otras. Tenía tantas cosas que quería contarle. "Todo en ti me emociona. Cuando estoy contigo, todas mis intenciones honorables vuelan fuera de mi alcance".

"Para, por favor". Se apretó las manos contra las mejillas. "Estoy muy avergonzada por lo que ha pasado. No sé qué me pasó. Estaba durmiendo. Y entonces estabas delante de mi puerta, y todo parecía... como..."

"¿Cómo qué?", preguntó él, apoyando la mano en la rodilla de ella.

"No me atormentes. No me animes a recordar. No he olvidado nada de eso -dijo en voz baja, apartándole la mano. "Pero debes comprender que ese desenfreno no forma parte de lo que soy. No me educaron así. No me comporto así. Pero anoche... la forma en que actué. Las cosas que dije. Eso no fue robar un beso. Te animé descaradamente a hacer más. Mucho, mucho más".

Y pretendía hacer mucho, mucho más. Durante mucho tiempo. Pero su inocencia seguía asombrándole. "Eres una mujer adulta, Grace".

Su mirada voló hacia su rostro. En sus hermosos ojos brillaban las lágrimas. Estaba realmente disgustada.

"Soy una mujer adulta. Una solterona de ocho y veinte años que nunca se ha dejado atrapar por ninguna aventura romántica. Nunca he entregado mi corazón ni mi cuerpo a un hombre. He evitado la tentación de las relaciones amorosas en todos los lugares donde he vivido". Se apuñaló una lágrima que resbalaba por su mejilla. "No sé por qué me he permitido empezar ahora. Es imperdonable que te haya engañado cuando... cuando dentro de dos días voy a pedirte que cumplas tu promesa".

Sus palabras le apuñalaron. No podía estar hablando de irse, se dijo. Ahora no. En algún momento de los acontecimientos de la semana pasada, él había desechado aquella conversación. Ahora todo era distinto entre ellos.

"¿Qué promesa?"

"De enviarme a Amberes".

El temperamento de Hugh se encendió y le costó contenerlo. "No. Eso no ocurrirá. Esa promesa la hice antes de saber quién eras. Todo ha cambiado. Siento algo por ti y sé que tú sientes algo por mí. No puedes negarlo".

"Pero me diste tu palabra".

"Insistí en que esperarás quince días antes de volver a hablar de ello. Decidiste que estarías lo bastante bien para irte en una semana. No me importa lo que se haya dicho, pero incumpliré de buen grado cualquier promesa que te permita ir a Amberes".

Hugh sonaba petulante incluso para sí mismo, pero no le importaba. Quería que se quedara.

"No estás siendo razonable". Ella igualó su tono cortante. "Tú sabes quién soy, al igual que Jo. Pero también los demás, ahora que la Sra. Douglas lo sabe. ¿No ves que es una razón más para que me vaya? Mi familia sigue siendo considerada traidora a la Corona. No sólo soy hija de Daniel Ware; también soy una Macpherson, una jacobita por parte de madre. Enemigos del gobierno inglés donde los haya. No puedo quedarme aquí y simplemente desear que esas cosas desaparezcan. No te haré eso a ti, ni a Jo, ni a tu familia".

Nada de eso le importaba. No le importaba quién era su familia, ni de dónde había venido. Todo eso era irrelevante para Hugh. Se había enamorado de Grace. Ella era lo único que importaba.

Repitió las palabras en su mente. *Estaba enamorado de ella*. Pero ella estaba demasiado alterada. No le escuchaba. Estaba demasiado atrapada en el drama de su situación para escucharle declarar su afecto. O admitir lo que él sabía que había en su corazón.

"Tengo que contarte algo que he hecho esta mañana -dijo Hugh, forzando una nota de calma en su voz-.

"No hay nada que hayas hecho o vayas a hacer que pueda hacerme cambiar de opinión".

Esperaba que estuviera equivocada. "Escúchame".

"Por favor... no hagas esto. ¿No ves que es mejor que me dejes marchar?".

No lo haría. No podía permitir que Grace saliera de su vida. Y discutir sobre ello no iba a conseguir nada. Detuvo los caballos. Baronsford se elevaba majestuosamente tras ellos. El bosque y el camino a Melrose se extendían en línea recta.

"Tras abandonar tu dormitorio anoche, escribí una carta al Príncipe Regente. Le pedí que te concediera el indulto".

Esta mañana, después de enviar la carta por correo urgente, había pensado que no se lo contaría hasta que tuviera una respuesta. Pero ahora se daba cuenta de que ella tenía derecho a saberlo.

Unas lágrimas brillantes corrían libremente por su rostro mientras le miraba fijamente.

"Puse toda la fuerza del nombre Pennington detrás del llamamiento. Mi nombre y el de mi padre. Todo el servicio y la influencia que representamos. Le expliqué tus circunstancias pasadas, tu situación actual... y mis intenciones -le dijo Hugh, cogiéndole la mano. Tenía los dedos helados cuando se los llevó a los labios. "Te quiero, Grace. Y en esa carta te hice saber que pienso casarme contigo, si me aceptas. Si me encuentras..."

Ella no esperó a que él dijera nada más. Le rodeó el cuello con los brazos. Lloró suavemente mientras sus labios se apretaban contra los de él.

Hugh la levantó sobre su regazo mientras le besaba las mejillas y los labios, saboreando la salinidad de sus lágrimas. La estrechó contra él, sabiendo que nunca la dejaría marchar, decidiera lo que decidiera el Príncipe Regente. Hugh tenía influencia en la corte. Lucharía por ella y por su felicidad. Incluso estaba dispuesto a mudarse, a ir a las colonias o a América como habían hecho su tío Pierce y su esposa. Haría lo que fuera necesario para que estuvieran juntos.

"Te quiero", susurró ella contra sus labios. "Creí que moriría en la oscuridad de aquel cajón y, sin embargo, ahora sé que el viento y las corrientes marinas me llevaban hacia ti. Cuando aquel barco se zarandeo en el mar, no sabía que estaba a punto de quedar atrapada en una tormenta aún más poderosa... de afecto, pasión y honor sin igual. Tú eres esa tormenta, y me has arrastrado. Me has hecho atreverme a soñar, pero..."

"No hay ningún 'pero', mi amor".

Le puso los dedos en los labios. Tenía la cara tan cerca que podía ver su reflejo en los brillantes charcos de lágrimas de sus ojos.

"Pero quiero que retires tu oferta de matrimonio".

Le apartó la mano de los labios. "No haré tal cosa. Tengo la intención de pasar el resto de mi vida contigo".

Ella le acarició el rostro y depositó un tierno beso en sus labios. "Entonces debes guardar esa oferta en tu corazón, como yo la guardaré en el mío, por ahora".

"¿Qué quieres decir? ¿Crees que me callaré cuando me atormentes con amenazas de volver a Amberes? ¿Cuando sé que me quieres?"

"Puedes pedírmelo de nuevo, si aún lo deseas, pero sólo si tu Príncipe Regente te concede este indulto".

"Maldito Príncipe Regente", estalló Hugh. "Gracia, me importa un..."

"Sin ultimátums. Sin amenazas. No permitiré que tires por la borda tus logros ni tu carrera. No te alejaré de tu familia", le dijo. El tacto plumoso de sus dedos trazó las duras líneas de su rostro. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas impecables. "No me hagas sufrir con el temor de que pueda arruinarte del mismo modo que se arruinó mi propia familia. Con mi padre muerto, no tengo a nadie. Ni hermanos ni hermanas, ni primos ni tíos. No tengo hogar, ni raíces a las que aferrarme y utilizar como fuerza. ¿Crees que permitiría que eso le ocurriera al hombre que amo? No puedo. . . No te haré eso. No dejaré ese legado a nuestros hijos".

Cerró los ojos cuando otro sollozo la obligó a tomar aliento.

Quería asegurarle que su vida sería diferente. Quería decirle que había crecido en tiempos de guerra. Ahora el mundo había cambiado.

Quería decírselo, pero sabía que sería mentira.

Lo cierto era que lo sacrificaría todo por ella. Renunciaría a todo lo que tenía.

Apoyó la frente en la suya. Sus labios estaban a un suspiro de distancia.

"Te quiero", susurró ella. "Pero por ahora, debes mantener tu oferta a buen recaudo".

Capítulo Veinticuatro

CAMINANDO desde la cabaña de Darby, Jo se detuvo y miró a través de los campos a los caballos que eran azuzados a un ritmo vertiginoso a lo largo del camino hacia la puerta principal de Baronsford. Sólo una emergencia haría necesaria una velocidad tan temeraria. Entonces reconoció el carruaje y la tensión se acumuló de inmediato entre sus omóplatos.

Lord o Lady Nithsdale.

Fuera cual fuese el motivo de aquella visita, lo primero que se le pasó por la cabeza fue la decepción de que Hugh no estuviera aquí para poner a aquella gente en su sitio. Al fin y al cabo, era su invitada, la Sra. Douglas, quien había puesto en peligro a Grace con sus descuidadas indirectas e invitaciones. Si Jo fuera lo bastante fuerte y valiente, ella misma llamaría al orden a los molestos conde y condesa.

Sin embargo, mientras se apresuraba por el camino, Jo sabía que no lo haría. El decoro siempre la silenciaba. Eso y la vergüenza de que los Nithsdale lo supieran todo sobre su pasado, sobre sus turbios orígenes y el escándalo público que la perseguiría para siempre, a pesar de la protección del nombre y la riqueza de los Pennington.

Justo cuando Jo llegó al patio de grava, el carruaje atravesó las puertas y los frenéticos caballos fueron encañonados.

"Milord", gritó cuando el corpulento conde saltó al suelo. "¿Ha ocurrido algo?"

"¿Dónde está Greysteil?" preguntó Nithsdale, avanzando junto a ella hacia la puerta sin siquiera inclinarse.

Más pruebas de lo insignificante que era en opinión de esta gente, pensó amargamente. Sin su familia cerca, el hombre omitía hasta las cortesías más rudimentarias.

"No está en casa", dijo.

Nithsdale giró sobre sí mismo. "Pero debo hablar con él de inmediato".

¿Cómo deseaba desesperadamente decirle lo poco que le importaban sus deseos! Las afiladas palabras pugnaban por salir a la superficie. Jo buscó en su interior un ápice de la fuerza de Hugh para reprender al conde por su manera poco caballerosa de saludarla. Pero nada salió de sus labios. Permaneció en silencio, frustrada y constreñida.

"Habla", ordenó. "¿Dónde puedo encontrar a su señoría?"

"Melrose Village", respondió finalmente, incapaz de decir más.

Sin dirigirle la palabra, Nithsdale gritó a su cochero y subió al carruaje. Mientras Jo observaba el vehículo a toda velocidad, intentó convencerse de que la manzana de la discordia era con lady Nithsdale y no con su marido.

Eso era mentira, admitió Jo en silencio un momento después. La verdad era que era una cobarde.

Entonces sólo era una niña, pero después de que circulara la noticia de la proposición de Wynne Melfort, había permitido que las habladurías, la arrogancia mezquina y la envidia de gente como los Nithsdale destruyeran su felicidad. Revolcándose en las vergonzosas incertidumbres de su nacimiento, no se había atrevido a luchar contra las acusaciones y las insinuaciones. Se había refugiado en un silencio cobarde.

Quince años después, seguía escondida.

Grace miró a través de la pequeña ventana enrejada de la puerta de la celda.

Sin duda eran los tres hombres que la atacaron a ella y a Darby en el sendero. El líder, con la distintiva *M* tatuada en la mano, estaba de pie bajo la ventana alta, mirando con el ceño fruncido a los demás. El que se había abalanzado sobre ella estaba sentado en un catre. El hombre que había pateado a Darby estaba agazapado en un rincón, mirando fijamente a la nada.

No quería quedarse aquí ni un momento más de lo necesario. Estaba satisfecha de que hubieran atrapado a los correctos.

Después de cabalgar hasta la aldea y de todo lo que le había dicho el hombre que estaba a su lado, Grace quería que este asunto terminara, pero no había ninguna posibilidad de hacerlo hasta que supieran con certeza el motivo del ataque. Hugh le tocó el codo y ella asintió. Tenía la mirada de un sabueso atado. Quería respuestas.

La condujo fuera de la cárcel, donde esperaba Truscott. Los demás hombres de Baronsford se arremolinaban cerca de la cruz del mercado y holgazaneaban en la esquina junto a la posada George.

"¿Cómo los has encontrado?" preguntó Hugh.

Truscott envió una mirada a Gracia. "Fuimos a la mina de piedra caliza y hablamos con el operario. Por mala suerte, la mina estuvo cerrada la semana pasada. Un derrumbe parcial de uno de los túneles. No pudimos precisarlo del todo porque no había nadie trabajando, salvo una pequeña cuadrilla apuntalando las obras. Esta misma mañana han reanudado las operaciones".

"¿Y nadie sabía nada?" insistió Hugh.

"Mientras hablábamos con el operario, entró uno de los capataces. Dijo que anoche hubo una pelea entre dos compañeros". Truscott miró a Hugh. "Y no una de vuestras peleas a puño limpio. Los muchachos habían estado jugando a las cartas bastante fuerte a principios de semana, como suelen hacer cuando la mina está cerrada. Uno de ellos perdió una buena suma contra otro, y cuando el ganador quiso cobrar, el otro le dijo que le pagaría cuando volviera de hacer un "gran trabajo" en Melrose. Resulta que el trabajo no salió como él esperaba, y cuando volvió anoche, no tenía dinero para pagar su deuda".

"Sabemos cuál era el 'gran trabajo'", intervino Hugh.

"Llamaron al hombre de la mina", continuó Truscott. "En cuanto nos vio, echó a correr y se puso a pelear como un demonio cuando le cogimos. Nos echó la bronca por ponerle las manos encima a un trabajador inocente, pero enseguida se puso a cantar como una urraca."

"¿Renunció a los otros dos?" preguntó Hugh.

"Lo hizo. Sus cómplices seguían en la mina y el operador también los sacó. Una vez que tuvimos a los tres, dos de ellos señalaron con el dedo al de la marca *M* -que responde al nombre de Quint- como cabecilla".

Hugh volvió a mirar hacia la puerta de la cárcel, parecía dispuesto a volver allí dentro. "¿Te han dicho algo?"

"Los dos tenían mucho que decir, pero Quint es difícil".

"¿Qué razón dieron para el ataque?" insistió Hugh. "¿Por qué venir aquí y esperar en un camino rural? Serían tontos si llamaran a eso un gran trabajo".

Grace veía que se enfadaba cada vez más.

"Ésa es la parte más interesante", continuó Truscott. "Dijeron que el hermano de Quint, un criado, acudió a él con la oferta de un buen dinero por raptar a una mujer en particular y entregarla en un lugar de la carretera de Jedburgh, justo al sur de Melrose. Les pagaron unos chelines por adelantado, e iban a recibir partes iguales de quince libras a la entrega."

¿"Un criado de quién"? preguntó Hugh.

"No lo sabían, y Quint aún no ha hablado. Sin embargo, los dos le describieron. Dijeron que era alto y que tenía una escayola en el ojo derecho".

Grace sabía que ningún criado pagaría tanto dinero por su secuestro. Tenía que estar actuando en nombre de su amo.

"Haré que el alguacil busque en todas las propiedades desde Berwick hasta Edimburgo", le dijo Hugh. "Averiguaremos quién está detrás de esto. Hasta entonces..."

Un carruaje tirado por cuatro caballos entró en el pueblo a gran velocidad. Cuando el carruaje pasó a toda velocidad junto a ellos, Gracia vio que una cara redonda que se asomaba por la ventanilla gritaba de repente al conductor que se detuviera.

En cuanto el cochero detuvo la marcha, un corpulento caballero saltó del carruaje y se apresuró hacia donde estaban ellos. El rostro de Hugh se ensombreció cuando el hombre se acercó.

"Lord Greysteil", llamó el hombre. "Acabo de estar en Baronsford. Tu hermana me dijo que te encontraría aquí".

"Lord Nithsdale", respondió Hugh en tono glacial.

El marido de lady Nithsdale, pensó Grace. La otra mitad, para bien o para mal.

"Necesito un momento para hablar contigo, si puedes..."

"Estamos ocupados", gruñó Hugh amenazadoramente. "No es el momento".

Nithsdale dio un paso atrás involuntario, y luego pareció darse cuenta por primera vez de que el vizconde no estaba solo. Asintió a Truscott y miró a Grace. "Oh, ¿esto es...? ¿Sería vuestra señoría tan amable de presentarme a vuestro invitado?"

La vacilación del lord justicia era intimidatoria. A pesar de la diferencia de rango, Grace no tenía ninguna duda de que el vizconde estaba al mando.

Hugh la presentó como "la señorita Grace Ware", pero sus palabras eran entrecortadas y su enfado era palpable.

"Ahora, si nos disculpas", espetó, apartándose del conde.

"Si tienes un momento libre, mi asunto es bastante importante. Verás, mi..."

Hugh le cortó. "Acabo de decirte que no es el momento, Nithsdale. Crees que tus asuntos son siempre primordiales en importancia, pero en este momento estoy ocupado en asuntos oficiales."

Grace se maravilló ante el cambio de actitud de Nithsdale. De repente parecía un colegial descarriado y suplicante que pidiera permiso al maestro para quitarse el gorro de burro y reincorporarse a la clase.

"¿Si pudiera dedicarme un momento?", insistió mansamente. "Esto pertenece a la señora Douglas".

Hugh apretó y aflojó los puños, mirando fijamente a Nithsdale. "Dilo".

El conde parecía aún menos seguro de sí mismo, pero ella veía que ya estaba demasiado metido.

"¿Quizá si Truscott y la señorita Grace nos disculpan un momento?".

Hugh alejó a Nithsdale unos pasos, pero aún estaban lo bastante cerca como para que ella pudiera oír su conversación.

El conde tanteó un momento sus palabras. "Reza, no te ofendas, pero necesito preguntarte qué le dijiste a la mujer".

"Maldita sea", gruñó Hugh.

"Te pido disculpas por haberte pillado en mal momento". Nithsdale miró hacia la puerta de la cárcel. "Pero... bueno, mi mujer está hecha un lío. Su amiga regresó ayer de Baronsford un poco enfadada, donde me han dicho que habló contigo, y luego hizo las maletas y se marchó".

"¿Dejado dónde?" preguntó Hugh bruscamente.

"No lo sé. Londres, creo. La mujer se excusó diciendo que la habían llamado para ayudarla con alguna crisis de moda. Dijo que había llegado una carta. Pero no llegó ninguna carta para ella, así que todo el asunto es un misterio para mí. En cualquier caso, la mujer se marchó, Lady Nithsdale está a seis y siete. Así que aquí estoy, persiguiendo sombras mientras la mejor carrera de salmones que ha visto el Tweed en años se produce sin mí. Una vez más, pido disculpas por entretenerle, milord, pero le ruego que comprenda mi posición. Mi esposa..."

Por qué esa salida precipitada, pensó Grace, a menos que la señora Douglas estuviera detrás del ataque.

"¿Viajaba con sirvientes?" preguntó Hugh.

"Por supuesto. Varios".

"¿Un criado?"

Nithsdale se quedó mirando un momento, y luego pensó en la pregunta. "Déjame ver. Sí, un cochero y un criado, además de su criada".

"¿Qué aspecto tenía el criado?"

"Mira, no sé si he mirado dos veces a ese hombre".

"Piensa, Nithsdale".

"Deberíamos hablar con mi chófer. Debería..." El conde hizo una pausa nerviosa. "Espera, ahora que lo pienso, hay una cosa que recuerdo. El hombre tenía un ojo escayolado. No sabía si te miraba a ti o si miraba algo detrás de ti. Malditamente molesto, creo".

Capítulo Veinticinco

ESQUEMAS. Secuestros. Posiblemente incluso asesinato. Todo por un diamante.

Había caído la noche cuando abandonaron la aldea para regresar a Baronsford. Después de que lord Nithsdale se hubiera escabullido hacia su carroza y partiera, Hugh se había excusado y había entrado en casa del alguacil. Mientras esperaban, Grace había acompañado a Truscott a la posada, donde picoteó algo mientras el administrador de la finca cenaba y ellos tenían ocasión de hablar.

Ahora, con Truscott y el resto de los hombres de Baronsford siguiéndola en carros y a caballo, Grace iba sentada junto a Hugh mientras el carruaje rodaba por el carril arbolado, rodeado de oscuridad. A lo lejos, pudo ver una lámpara balanceándose en la mano de uno de los mozos que habían acompañado a Truscott a las minas.

Grace tenía muchas preguntas. Había esperado una oportunidad como ésta, donde los demás no las oyeran, pero Hugh estaba sumido en sus pensamientos.

La implicación de la Sra. Douglas era difícil de entender. Según todos los indicios, a la mujer no le faltaba de nada. Como viuda reciente de un ministro de alto rango, se movía en los escalones de élite de los dirigentes gubernamentales y de la haute ton. Poseía una cómoda fortuna que le permitía vivir a su antojo. Quizá en lo que respecta a la codicia, pensó Gracia, había llevado una vida muy protegida.

O puede que este ataque no tuviera nada que ver con la riqueza.

Los temores y las especulaciones sobre su padre también la atormentaban. Siempre había sido una hija obediente, creyendo que Daniel Ware era un hombre honorable y abnegado, incapaz de obrar mal. Pero había muchas cosas en esta joya que la inquietaban.

"Ya no sé qué pensar". Las palabras se pronunciaron en voz alta y sacaron a Hugh de sus ensueños.

"Sobre mi padre", continuó Grace. "No puedo resolver en mi mente si este diamante pretendía ser un regalo de su marido a la reina Julie, o si estaba destinado a financiar a los seguidores del emperador. ¿Y conocía mi padre el peligro que lo rodeaba?"

"Pensando en él no como comandante militar, sino como padre cariñoso, no puedo imaginarle exponiéndote a sabiendas a peligros de los que no podía protegerte. Prefiero creer que ignoraba tanto como tú el diamante que encontramos cosido en tu vestido".

"Quiero creerlo", convino ella. "Sin duda, Daniel Ware no era un experto en modas femeninas. Sé con certeza que en todos sus años de padre único, ni una sola vez habló con una modista. No. Si quería ocultar una joya que le habían encargado entregar, había una docena de otras formas que habría considerado. Llevaba un cinturón para el dinero; ¿por qué no guardarlo allí? ¿O el pequeño cofre con el que viajábamos? Tenía un falso fondo para documentos y habría

podido guardar fácilmente el diamante. Incluso podría haber cabido en la cabeza hueca de su bastón. Creo que has dado con la respuesta. Sencillamente, no podía saberlo".

Tomó su mano fría entre las suyas y se la llevó a los labios. Estaba tan agradecida de que él comprendiera que, a pesar de sus propias dudas, seguía siendo hija de su padre. Y desconfiar de él la hería. No creería, ahora que él se había ido, que su amor era una mentira. Su padre no la pondría en peligro a sabiendas. Pero la pregunta de quién había escondido el diamante en su vestido seguía sin respuesta.

La mente de Grace volvió a la señora Douglas y a su precipitada partida de las Fronteras.

"¿Pero cómo sabía la señora Douglas que llevábamos el diamante? Estoy segura de que no viajó desde América en el mismo barco, y no estuvo en Filadelfia mientras estuvimos allí, que yo sepa". Pero la mujer sí sabía lo de la joya, y a Grace le enfurecía pensar lo cerca que había estado de quedar atrapada en su red.

"Me cuesta creer que trabajara sola. Puede que tuviera corresponsales en América. Pero en cuanto al motivo de todo esto...". Sacudió la cabeza. "Cuanto más lo pienso, más inconcebible me parece que se expusiera a la ruina de la forma en que lo ha hecho simplemente para robar un diamante".

La luz de la luna creciente se filtraba entre los árboles y le pasaba por la cara. Volvió a sumirse en sus pensamientos.

Cuando Hugh se reunió con ellos en la posada, les había dicho a ella y a Truscott que había dado órdenes por expreso a los alguaciles y a los comandantes militares de Newcastle, Carlisle y York para que detuvieran a la señora Douglas cuando viajara hacia el sur. Truscott había predicho que, como lord justicia, se encargaría de que la persiguieran hasta Londres. También había insinuado que Hugh consideraba que el ataque a Grace era un ataque personal contra él mismo, y que "Dios ayudara a la mujer cuando la encontrara".

La mente de Gracia volvió a su propuesta. Incluso ahora se preguntaba si, en algún momento olvidado de su historia, había hecho algo excepcionalmente bueno por alguien. O sí, sin saberlo, había sido bendecida por alguna persona bondadosa que le había deseado lo mejor en la vida. Tuvo que ser esto último, pensó, porque desde luego no se merecía aquella felicidad. Enamorarse de aquel hombre magnífico y que él correspondiera a su afecto e incluso pidiera su mano... ? Era demasiado. Su corazón lo anhelaba, pero al mismo tiempo le dolía.

Podía perderle. La petición de Hugh podría ser denegada, y Grace no arruinaría su vida en aras de su propia felicidad. Pero por hoy, por mañana y por todos los días hasta que llegara una respuesta de su Príncipe Regente, se permitiría disfrutar del resplandor de los pensamientos felices de un futuro.

Grace volvió a mirar a Hugh. La tensión de su rostro y de sus hombros no había disminuido. Sintió una punzada de culpabilidad. Allí estaba ella, soñando despierta con una vida que tal vez nunca tendría mientras él se preocupaba por sus circunstancias actuales.

"La señora Douglas lleva un día de ventaja. ¿Crees que la encontrarán?"

"No entre aquí y Londres", dijo, volviendo su atención hacia ella. "Mintió a Nithsdale sobre su destino para despistar a cualquier perseguidor. Pero no podía correr el riesgo. Si la implicación de la Sra. Douglas la vincula a Amberes o a América, no se quedará en Inglaterra. Independientemente de sus conexiones, estaba lo bastante asustada como para huir. Apostaría a que ayer huyó hacia Edimburgo o Glasgow".

"Donde pueda abordar un barco", concluyó Gracia. Por supuesto, esto tenía sentido. Había al menos dos hombres encadenados que testificarían gustosamente contra el criado de la mujer. Si a su vez el hombre delataba a la señora Douglas, ésta no tendría dónde esconderse en Inglaterra o

Escocia, a pesar de su riqueza y posición.

"Antes de partir, también envié órdenes al Jefe de Policía de Glasgow y al Jefe de Policía de Edimburgo para que sus hombres la vigilaran y comprobaran la lista de pasajeros de todos los barcos salientes", explicó. "Pero, de nuevo, es demasiado lista para viajar con su propio nombre".

Y sería fácil desaparecer una vez que zarpara. La familia de Grace había dominado ese arte hacía décadas. Había muchos que ofrecían gustosamente refugio a cualquiera que estuviera en desacuerdo con Inglaterra.

"¿Qué pasará si se escapa?", preguntó.

La luz de la luna iluminó su rostro cuando la miró, y ella pudo leer la preocupación que había en él.

"La hayan capturado o no, no creo que estés fuera de peligro. Debe haber otros implicados. No hemos terminado con esto".

"Pero deseo acabar con esto", dijo ella, hablando con el corazón. "No sé nada de este diamante ni de su valor. Quiero deshacerme de él".

La rodeó con el brazo y la acercó a su lado. "Lo siento. Ojalá pudiera hacer que desapareciera".

Un viejo pensamiento rondaba en el borde de su mente. "Me gustaría enviar una carta a la reina Julie".

"No empecemos otra vez", dijo suplicante. "No voy a dejar que vayas a Bruselas".

Apoyó la cabeza en su hombro, sabiendo que después de las palabras que habían pronunciado hoy, después de su proposición, no podía irse. Es decir, no iría a menos que la obligaran.

"Sólo tengo que enviar una carta y explicarle lo ocurrido en Amberes y decirle que estoy aquí. No mencionaré el diamante", le dijo. "De este modo, si la joya estaba destinada a la reina - si mi padre estaba haciendo realmente un favor a José-, entonces ella me lo dirá".

Sus labios rozaron su frente. "Muy bien, hazlo. Escribe la carta. Pero te advierto que, si te responde preguntando dónde está el diamante, tendrá que enviar a su propio mensajero para recuperarlo. No arriesgarás tu vida para entregarlo".

"Me parece justo", aceptó ella. Grace le robó un beso de los labios cuando él le sonrió.

La noche y la penumbra del bosque los ocultaban de los demás, pero aún cabía la posibilidad de que los que cabalgaban detrás hubieran visto lo que ella acababa de hacer. No le importaba. Un velo impenetrable oscurecía el futuro, pero por hoy y mañana y por muchos días que les pertenecieran, no había peso en su corazón. Amaba a Hugh y él la amaba a ella. Ésas eran las únicas verdades esenciales que necesitaba en aquel momento.

El bosque se separó y Baronsford apareció a la vista. Las antorchas se encendieron, iluminando el patio delantero incluso a esa distancia. Las velas parpadeaban en una docena de ventanas. Jo se aseguraba de que la cálida luz de la bienvenida brillara en la oscuridad. Grace pensó en ella y en la grata posibilidad de tener a Jo como hermana. Imaginó el momento en que se enteraría de la noticia.

Grace se apartó del lado de Hugh y se alisó la falda. Pero eso no podía ocurrir. Todavía no. Su mirada buscó su rostro.

"Si te parece bien, necesitamos mantener en privado cualquier noticia de... de nuestro apego".

"Estás diciendo que no debería decírselo a Jo".

"Creo que sería más fácil. Si la decisión del Príncipe Regente no es la que deseas, cuanto menos tengamos que explicarte, mejor para todos". Grace sabía que su amiga esperaba que Hugh y ella formaran ese vínculo. Jo se sentiría muy decepcionada si pensara que había una posibilidad

de que no funcionara.

"Cree lo que quieras, pero mi cabeza será entregada en bandeja si Jo no ha sido informada de nuestras noticias antes de que lleguen mis padres".

A Grace se le encogió el corazón. "¿Cuándo llegan tus padres?"

"Déjame ver. Se fueron de Londres cuando Jo. Han estado recorriendo el País de los Lagos y visitando a unos amigos de allí. La carta que les envié debería llegarles mañana a más tardar". Le dedicó una sonrisa. "Deberían estar aquí el martes".

"¿Se lo has dicho?"

"Por supuesto. Son mis padres. No podía muy bien anunciar al Príncipe Regente nuestra intención de casarnos y no decírselo".

Grace respiró hondo. Ella habría hecho lo mismo en su lugar. Nunca le habría ocultado una noticia así a su padre.

"¿Y si me hubiera negado?"

Se inclinó hacia ella. Sus labios estaban a un suspiro de distancia. "Después de lo de anoche, no había ninguna posibilidad".

Ella amaba a este hombre. Ya la conocía demasiado bien.

"Pero nada es definitivo. No hay planes. Ni esperanza", le recordó. "Quizá puedas volver a escribir a tus padres y explicarles la lógica de mi pensamiento".

"Me temo que hay muy pocas posibilidades de que eso ocurra".

"Pero..." Cuando ella empezó a discutir, él le besó los labios, silenciándola.

"Y hay que decírselo a Jo", continuó. "Estoy seguro de que, instantes después de leer esa carta, mi madre habrá escrito al resto de la familia".

Grace se cubrió la cara con las manos. Pero aún había demasiadas cosas que podían salir mal. La decisión del Príncipe Regente era crucial, pero le preocupaba la reacción de la familia de Hugh. Puede que lord y lady Aytoun no quisieran como nuera a una rebelde escocesa irlandesa sin un céntimo. Hablando de escándalos.

Hugh refrenó a los caballos y se quitó las manos de la cara. Habían llegado a Baronsford.

"No te preocupes, mi amor. Encontraré el momento adecuado y ablandaré a Jo antes de darle nuestras noticias. Pero debes saber que ella será la más difícil de convencer".

Hugh y Jo se marcharon por la mañana para asistir al servicio dominical, pero Grace decidió quedarse en Baronsford. Era una extraña aquí, y sólo podía adivinar los rumores que circulaban sobre ella. Aun así, si podía evitarlo, no quería atraer más atención sobre sí misma ni sobre los Pennington. No tenía ningún deseo de reunirse con la alta burguesía local en la iglesia en ese momento, ya que seguramente implicaría posteriores visitas sociales, y ella prefería permanecer en la sombra.

Escapó al estudio de Hugh y hundió la cabeza en los libros de derecho. Tenía más cosas que hacer en su investigación para el caso Campbell. Cuando levantó la vista varias horas después, el sol entraba a raudales por las ventanas.

Grace no dudaba de que se enfrentaría a muchas miradas cuando llegaran los padres de Hugh. Sólo llevaba menos de un mes en Baronsford. No culparía a lord y lady Aytoun si se preocuparan por si su hijo había establecido una relación demasiado apresuradamente. Cualquier buen padre se preocuparía por sus motivos. Hugh era un premio para cualquier mujer, pero quizá no la encontraran lo bastante buena para su heredero.

Grace le amaba. Y ella sabía que sus palabras coincidentes eran la verdad absoluta. Pero eso no bastaba. Su origen, su filiación, la afiliación de su familia con el emperador francés y su hermano y la reina Julie. La lista era interminable, y sus objeciones también podrían serlo. Grace sería terriblemente ingenua si pensara que les complacería que su hijo se casara con alguien como ella.

Y toda esta preocupación estaba por encima de la cuestión de la decisión del Príncipe Regente.

Quedaban muchas cosas por resolver sobre su futuro. Por eso, de momento, la discreción era esencial.

"¿Dónde está?" La voz de Jo resonó por los pasillos de Baronsford. "¿Dónde se esconde, señora Henson? ¿Dónde está mi futura cuñada?"

Demasiada discreción. Grace deseó meterse debajo de la alfombra y esconderse. Hugh debió de contarle las noticias a su hermana en el trayecto de vuelta de la iglesia.

"Aquí tienes".

Jo irrumpió en el estudio y Grace dejó el libro que tenía en la mano. La amplia sonrisa en el rostro de su amiga hizo aflorar rápidamente sus propias emociones.

"Por favor, Jo. Nada es definitivo. No deberías anunciarlo".

No tuvo ocasión de decir nada más cuando la hermana de Hugh la abrazó. La felicidad de la mujer era contagiosa. Las dos se abrazaron y Grace no pudo contener las lágrimas. Su amor por Hugh y su amistad con Jo eran lo único de lo que estaba segura en esta vida incierta que llevaba.

"He esperado esto. Durante ocho años, he rezado para que volviera a encontrar la felicidad". Los ojos de Jo estaban empañados cuando se echó hacia atrás y cogió las manos de Grace. "Y entonces ocurrió. El día que llegaste en aquel cajón. El hecho de que sobrevivieras a aquella horrenda travesía. Fue una señal segura. Estabais destinados a estar juntos".

Grace sonrió entre lágrimas. Ojalá los demás pudieran ver su relación con una esperanza y una fe tan positivas. Volvió a estrechar a su amiga entre sus brazos.

"Por favor, se lo dije a Hugh y te lo digo a ti, no podemos hacer pública esta noticia. Si pudiéramos esperar . . si no a la decisión del Príncipe Regente, al menos hasta que sepamos la posición de tus padres".

"No habrá que esperar", dijo Jo, conduciéndola a un sofá donde ambas se sentaron. "En primer lugar, Hugh decide por sí mismo cómo vivir su vida. Pero, en segundo lugar, pronto aprenderá que nuestros padres son verdaderos creyentes en las segundas oportunidades. Cada uno de ellos tuvo unos primeros años de vida angustiosos. Cada uno estuvo casado antes y enviudó. A mi madre le dijeron que nunca podría tener un hijo, y un accidente dejó tullido a mi padre. Pero se encontraron el uno al otro, y ahora somos cinco... o al menos cuatro de los que ella dio a luz".

Jo se rió alegremente, cogiendo la mano de Grace.

"A lo largo de los años en que Hugh se ahogaba en su dolor, mi madre decía una y otra vez que a él también le llegaría el momento. Que encontraría la felicidad. Que había una mujer ahí fuera que le devolvería la vida. Que devolvería la vida a Baronsford. Ella sólo tenía que llegar. Y entonces llegó... en una caja dirigida a él".

Las cuerdas de su corazón cantaban y Grace cerró los ojos, pero las lágrimas agrietas no se detenían. La vida no podía ser tan fácil. El destino no era digno de confianza.

"Nuestros padres te adorarán. Te han estado esperando", susurró Jo. "Todos hemos estado esperando".

Capítulo Veintiséis

LA FAMILIA PREFERÍA CENAR temprano los domingos para que el personal de cocina tuviera tiempo para sí mismo, y Jo habría llevado con gusto la discusión sobre bodas, vestidos y flores al salón durante el resto de la tarde. Cuando el mayordomo anunció que Kane Branson había llegado de Edimburgo y esperaba en el estudio, Grace pidió reunirse con Hugh, pues quería compartir la información de un caso concreto que había encontrado.

"Señoría", dijo el secretario judicial, levantándose de una mesa junto a la ventana cuando entraron en la sala. "Tengo el testimonio".

Grace observó cómo el joven sacaba un paquete de documentos.

"Cuéntanos lo que has aprendido".

"Cuando llegué a Edimburgo, fui directamente a la escuela del señor Kinniburgh, en Chessels Court, tal como usted me indicó. No pudo ser más amable, señor, cuando oyó tu nombre".

"Es un buen hombre", dijo Hugh. "Procede".

"Inmediatamente, anuló todas sus citas y me acompañó a la Bridewell de Calton Hill. Allí tuvimos algunas dificultades. Tuvieron que enviar al alcaide a buscar al hombre. Al final, nos situaron a todos en su despacho, donde el Sr. Kinniburgh tradujo tus preguntas y las respuestas de la Sra. Campbell, que se parecía un poco a una lúgubre pantomima de arlequinada. El alcaide actuó como testigo".

"Excelente", animó Hugh. "¿Qué te ha comunicado?"

"Lo que supimos antes sobre su marido era correcto, aunque sigue habiendo dudas sobre si estaban legalmente casados. La abandonó a ella y a sus tres hijos en Glasgow menos de una semana antes del suceso del puente. Confirmó a regañadientes el relato de los vecinos de que, tras una borrachera, el villano le dio una paliza y se largó. No se le ha vuelto a ver desde entonces, aunque un vecino cree que se embarcó en un mercante rumbo a las Indias".

El canalla, pensó Gracia. Como una serpiente, escabulléndose de sus responsabilidades para con su familia.

"El día de la muerte del niño -continuó-, la señora Campbell cruzaba el puente de Saltmarket camino de casa con sus hijos. Uno de ellos iba con ella. Tenía tres años. El muchacho se había cansado de la larga caminata, y un rato antes ella lo había atado a su espalda."

"Un niño de tres años puede ser difícil de manejar", dijo Grace. Había visto a mujeres escapar de zonas asoladas por la guerra con niños pequeños atados a la espalda.

"El Sr. Kinniburgh le ofreció un pañuelo para representar al niño. Nos mostró cómo lo había estado llevando, utilizando su chal como cabestrillo y sujetando los extremos con fuerza contra su pecho. La Sra. Campbell nos contó que, cuando llegaron al puente, descansó un momento, apoyándose en las almenas. No estaba lejos un castaño, y el muchacho empezó a retorcerse y a

señalar que tenía hambre".

Grace sintió que se le enfriaban las entrañas, sabiendo cómo acabaría aquello.

"La señora Campbell se metió la mano en el vestido para ver si tenía el ha'penny para las castañas, y un extremo del chal se le escapó de las manos. Antes de que se diera cuenta, el niño se había soltado y había caído al río".

Grace sólo podía imaginar el pánico y la impotencia que debió de sentir la madre.

"Milord, cuando nos lo enseñó, lloró algo lastimeramente. Unas gentes que pasaban por allí sólo vieron caer al muchacho y se agarraron a ella. El muchacho fue arrastrado por la corriente del río".

"Qué pena por ella", murmuró Grace, sintiendo que se le atragantaba la voz.

"En eso tienes razón, ama. Cuando el Sr. Kinniburgh le comunicó que la gente del puente había informado a las autoridades de que ella había arrojado al niño intencionadamente, la mujer casi enloqueció allí mismo. Los sonidos de angustia que llenaron el despacho del alcaide habrían derretido el más duro de los corazones. Pensó que la retenían porque el niño había muerto por accidente. No sabía nada mejor, y no entendía por qué no la dejaban volver a casa con sus otros hijos".

El horror de perder a tu hijo ya sería suficientemente devastador, pensó Grace. Pero luego, no saber qué les ocurría a sus otros hijos. No saber quién los alimentaba y cuidaba.

Miró a Hugh, cuyo ceño fruncido mostraba que también estaba claramente conmovido por la historia.

"Le dije, a través del señor Kinniburgh, que vuestra señoría se había interesado personalmente por su caso. Estaba más allá de nuestra capacidad explicarle el dilema del manicomio frente a la horca, y no creí que necesitara saber en ese momento a qué se enfrentaba."

"Muy bien, Branson", dijo Hugh en voz baja.

"Nos detuvimos allí. Copié mis notas del testimonio y añadí los comentarios del alcaide. También los del Sr. Kinniburgh. Los caballeros prestaron juramento y firmaron como testigos. Pero, ¿será suficiente, milord?"

Hugh se recostó en su silla, con el ceño fruncido mientras reflexionaba sobre lo que habían oído. Grace recordó lo que le había dicho sobre las predisposiciones de los jurados y las limitadas opciones de los jueces que juzgaban estos casos. El estancamiento de los jueces en este caso se refería específicamente a esa cuestión. Si la Sra. Campbell era capaz de comprender las implicaciones morales del caso, se enfrentaría a un jurado potencialmente predispuesto. Si no lo era, pasaría el resto de su vida en un manicomio. En cualquier caso, el futuro de sus hijos parecía funesto.

Grace decidió que era el momento de compartir lo que había encontrado. "He encontrado algunas cosas que podrían ser útiles".

El gesto de aprobación de Hugh la animó. "Cuéntanos".

"Para empezar, tus secretarios han tomado nota de algunos casos relevantes que encontré en *Argumentos y Decisiones en Casos Notables* de Lord Dreghorn. Y los volúmenes uno, cuatro y cinco de las *Decisiones del Tribunal de Sesiones* de Dilly y Elliot contenían casos que apoyarían tu postura sobre la falta de fiabilidad de los jurados que se enfrentaban a acusados sordomudos."

"¿Pero has encontrado algo concreto?", preguntó él, leyendo sus pensamientos.

"Sí, lo he hecho. Esta misma mañana".

Grace se levantó y fue a la silla donde había estado trabajando antes. Cogió un grueso volumen, lo trajo de vuelta y lo dejó sobre la mesa delante de Hugh.

"*Casos de Thomas Leach en Derecho de la Corona*". Volvió a sentarse. "Varios casos se

refieren a la cuestión, pero el caso 58, que se encuentra en la página 97, se refiere a un acusado llamado Thomas Jones, juzgado en 1773 por robar cinco guineas. El tribunal se enfrentó al mismo dilema que causó tantas dificultades a los jueces de Glasgow en relación con la Sra. Campbell. Este Jones era sordo y mudo, y el tribunal no podía decidir si "permanecía mudo por obstinación o por visitación de Dios". Era el asilo de por vida o el juicio. Finalmente, alguien encontró a una tal Sra. Lazarus, que podía comunicarse con Jones. Al darse cuenta de que el acusado era 'capaz de recibir información de ella por medio de signos', el tribunal la utilizó como una especie de traductora, y Jones fue procesado y juzgado".

"¿Y cómo le fue?" preguntó Hugh.

"Si fueron las pruebas contra él o la antipatía del jurado, el acta no dice nada, sólo que fue declarado culpable de hurto simple y transportado".

"Así que hay un precedente de utilizar al Sr. Kinniburgh para comunicar su testimonio", sugirió Branson.

"Sin embargo, *los Casos de Leach* pertenecen al derecho inglés", observó Hugh.

"Tú mismo has sugerido que podría argumentarse que, desde la Unión de Escocia e Inglaterra, los precedentes pueden aplicarse. Pues bien, el Sr. Hume cita tres casos en sus *Comentarios Críticos* sobre el derecho penal escocés en los que eso ocurre."

Hugh lo meditó un momento. "Así que, con este precedente, puedo ordenar que se juzgue a la señora Campbell".

"Puedes hacerlo", aceptó. "Pero el Sr. Hume también habla del alcance del poder ejercido por los jueces en las audiencias previas al juicio".

Branson casi saltó de la silla. "Puedes utilizar el testimonio de Kinniburgh que antes no estaba disponible, declararla competente para ser juzgada..."

"Y desestimar el caso por falta de pruebas", concluyó Grace.

"Señoría, ninguno de los testigos declaró haber visto realmente a la Sra. Campbell arrojar al niño desde el puente".

Hugh apoyó la mano sobre el volumen que tenía delante. "Branson, sé que es domingo, pero necesito que anotes todos los precedentes que la señorita Grace ha buscado, junto con su argumento".

El empleado asintió, y su sonrisa de satisfacción le dijo que el hombre no estaba descontento con la tarea que tenía por delante.

Hugh miró a Grace. "Ahora sé cómo proceder, gracias a ti. Buen trabajo, desde luego".

"¿Qué vas a hacer?", preguntó ella.

"Esta semana están ocurriendo muchas cosas", continuó. "Lo mejor será que me dirija directamente a Edimburgo y convoque mañana a mi tribunal".

"¿Y qué pasará con ella?"

"Basándome en todo lo que tú y Branson me habéis dado, no devolveré el caso a los tribunales inferiores. Dictaminaré desde el banquillo que un jurado imparcial, al oír las pruebas adicionales, declararía 'No Probado' el cargo de asesinato, si acaso. Por lo tanto, para evitar que se pierda más tiempo y gastos...". Hugh le cogió la mano. "Desestimaré el caso por -como tú has dicho- falta de pruebas suficientes para ir a juicio. Jean Campbell quedará en libertad".

Capítulo Veintisiete

BARONSFORD SE HABÍA ACERCADO a un estado de pandemónium durante todo el día. La Sra. Henson y el Sr. Simons dirigían sendos ejércitos de criadas y camareras y pinches de cocina y cocineros y ayudantes de cámara y lacayos a través de ala tras ala y piso tras piso de la casa para preparar la llegada de lord y lady Aytoun.

Grace decidió que lo mejor sería mantenerse al margen. Después de ver a Darby por la mañana mientras el médico estaba de visita, dividió el resto de su tiempo entre la biblioteca inferior, los jardines y las perreras, donde acababa de nacer una nueva camada de cachorros.

A medida que el sol del lunes descendía en el cielo occidental, la ansiedad de Grace aumentaba. Hugh aún no había regresado de Edimburgo, y le había dicho que sus padres probablemente llegarían el martes como muy tarde. Y eso la preocupaba terriblemente.

Durante los años en que acompañó a su padre y a su regimiento a los campos de batalla, había tenido la oportunidad de que le presentaran a algunas de las personas más poderosas de Europa. Pero nunca, antes de conocer a Hugh, había sentido tanta inseguridad sobre quién era o cómo la recibirían.

De pie junto a la ventana de la biblioteca y observando la luz dorada que bañaba los lejanos prados, se dio cuenta de que tenía mucho que perder. Si Hugh estuviera aquí, sabía que su presencia le levantaría el ánimo, y Grace se encontró deseando fervientemente que el conde y la condesa llegaran más tarde que pronto.

Una hora más tarde, Hugh aún no había llegado, y Jo y Grace compartieron una modesta cena en el pequeño comedor.

"Lo hacen siempre", le dijo Jo, refiriéndose a la Sra. Henson y al Sr. Simons. "Hugh vive aquí prácticamente todo el año. Aunque la mayor parte de la casa no se utiliza, Baronsford no se cierra en ninguna estación, ni siquiera cuando mi hermano está de visita en Londres, Hertfordshire o Edimburgo. Nunca reduce el personal. El mismísimo Príncipe Regente podría llegar en cualquier momento, con toda su corte, y Baronsford estaría preparado para recibirle. Aun así, esos dos se desviven por superarse mutuamente, batallando como si estuvieran en una competición".

Jo le habló de la interminable serie de decisiones que el ama de llaves y el mayordomo le planteaban durante el día. Cada vez que había intentado subir a la casa de la torre, aunque sólo fuera un momento, alguien estaba a su lado, requiriendo su presencia o su opinión.

"Tú, amigo mío, harás un excelente trabajo dirigiendo este lugar cuando seas la señora de Baronsford".

Grace negó con la cabeza, con la esperanza de que Jo comprendiera mejor su reticencia a hablar abiertamente de aquello con los sirvientes bullendo por todas partes. Pero no fue así. No

había forma de detenerla.

"Sólo estoy aquí poco tiempo, sobre todo en primavera y verano". Jo le sonrió y asintió para que les llevaran los platos. "Pero esta casa necesita una verdadera ama. Una mujer segura de sí misma y capaz, con un corazón cariñoso y una mente de primera. Serás perfecta para ella... y para él".

Grace apretó la mano contra su nervioso estómago, deseando poder compartir el optimismo de su amiga. Desde que ayer se enteró de la noticia, Jo había mencionado la boda más veces de las que Grace podía contar. Era como si cuanto más hablaba de ella, más segura estaba de que el acontecimiento tendría lugar. Aunque Grace nunca hubiera dicho una palabra, le pareció sorprendente tratándose de una mujer que había visto su propio futuro alterado drásticamente en el último momento por una cuestión de "idoneidad".

"Por favor, di a la Sra. Henson y al Sr. Simons que permitan al personal retirarse por esta noche", dijo Jo a un segundo mayordomo mientras se recogían los últimos platos. "Todos han hecho ya bastante trabajo por hoy".

"¿Entonces no esperas que tus padres lleguen esta noche?". dijo Gracia, tratando de mantener la nota de esperanza fuera de su voz.

"No lo creo. A mi padre no le gusta viajar de noche. Creo que es seguro suponer que ya se han detenido en alguna posada del camino".

Grace no lo dijo, pero se sintió aliviada. Quería que Hugh estuviera aquí cuando llegaran. Sabía que le iría mucho mejor en aquella primera reunión si era él quien hacía las presentaciones.

Más tarde, cuando Jo se retiró a la cama, Grace se deslizó hasta el estudio de Hugh, examinando los volúmenes apilados de juicios, sentencias y casos que llevaba tres días leyendo. Cuando empezó a recolocar los libros en las estanterías, se recordó a sí misma que, fuesen cuales fuesen sus preocupaciones, no eran nada comparadas con la realidad de los menos afortunados. Mujeres y hombres sin educación. Esas pobres almas que no tenían habilidades ni trabajo. Los que necesitaban robar para alimentar a su familia. Los que sufrían durante meses y años en las cárceles simplemente porque no podían permitirse una representación legal adecuada.

Pensó en Jean Campbell y en todo lo que la irlandesa había pasado en los últimos seis meses. Hoy, Hugh estaba en Edimburgo para liberarla. Pero Grace no era tonta. Sabía que los problemas de la Sra. Campbell distaban mucho de haber terminado.

Gracia pensó en los niños harapientos de las calles que veía por todas partes donde viajaba. Los pequeños de aquella mujer podrían unirse a ellos. Los casos judiciales que llenaban aquellas paredes eran una historia sagrada -capítulo y verso- de la pobreza perpetua que conducía a crímenes de supervivencia, generación tras generación.

Acomodándose en una silla con un volumen de casos más recientes de los tribunales escoceses, Grace pronto perdió la noción del tiempo. El derecho y sus diversas interpretaciones la fascinaban. Nunca antes de esta semana había visto lo valiosa que podía ser su memoria al servicio de los demás.

Estaba perdida en su lectura cuando unas voces fuera del estudio la alertaron del regreso de Hugh. Cuando se puso en pie, la puerta del estudio se abrió. Se quedó boquiabierta al verle. Su impresionante estatura y sus anchos hombros llenaban la puerta. Su mirada se posó en su atractivo rostro y se detuvo en su sensual boca. Estaba hambrienta de su sabor.

"Milord", dijo ella, mientras un sutil calor se extendía desde su corazón a cada miembro de su cuerpo.

Pasó algún tiempo antes de que su oscura mirada la soltara y Grace se diera cuenta de la presencia de su asistente jurídico, que había entrado detrás de él. Cuando Hugh se acercó a ella,

se dio cuenta de que hasta ese momento todo su día había carecido de algo vital.

Aferró con fuerza el libro que había estado leyendo con una mano. Le ardía la cara por la forma en que él se centraba en ella y en nada más. Parecía dispuesto a dejar a un lado el decoro y estrecharla entre sus brazos. Lanzó una mirada significativa al rostro alegre del dependiente y volvió a mirar a Hugh.

Leyó sus pensamientos y se detuvo cuando la alcanzó. "¿Empiezas con el siguiente caso?"

Le tendió la mano y ella intentó mostrarle el volumen. Pero cuando lo cogió, sus dedos sujetaron los de ella y un estremecimiento le subió por el brazo. Cuando por fin cogió el libro, una antorcha se había encendido en su interior.

"¿Qué dices, Branson? ¿Incorporamos a la señorita Grace de forma permanente a nuestro bufete?"

"Sería el día más feliz de mi servicio, mi señor".

Hugh sonrió, devolviendo la mirada a su hombre. "Entonces yo digo que lo hagamos oficial".

No le cabía duda de que Branson ya había sido informado de su secreto. Grace se sentó mientras llevaban bandejas con la cena para los viajeros.

"Cuéntame cómo ha ido hoy el proceso en el tribunal".

"No podría haber ido mejor", respondió Branson, mientras los dos hombres se sentaban a comer.

"El Sr. Kinniburgh prestó juramento para comunicarse con la Sra. Campbell", le dijo Hugh. "Su testimonio, que Branson grabó, fue introducido en los registros, y el alcaide de Brideswell hizo una declaración atestiguando la veracidad del mismo y añadió sus propias impresiones favorables".

"Su señoría dictaminó, tal como habíamos discutido, que el acusado no sería declarado "no culpable", sino "no probado" si el caso llegaba a juicio", añadió el secretario, "y luego sobreseyó el caso".

Grace se sintió muy aliviada. "¿Qué le pasará ahora a la señora Campbell?"

"Kinniburgh me dijo que puede enseñarle a comunicarse con una serie de signos que utiliza con sus alumnos", respondió Hugh. "Pero estaba claro que ella sólo quiere volver con sus hijos".

"Sus otros dos hijos han estado viviendo en Argyll con un primo", explicó Branson. "Iba a ir allí inmediatamente".

Grace sintió que se le formaba un nudo en el pecho al imaginar el reencuentro de madre e hijos tras este largo calvario.

"El tribunal se tomó la libertad de contratar los servicios del señor Kinniburgh para que acompañe a la señora Campbell a Argyll", continuó Hugh. "Buscarán a su familia y él la traerá de vuelta a las Fronteras".

"¿A las Fronteras?" preguntó Gracia, sin creer haber oído bien.

"Sé que será un reto para la señora Truscott y sus ayudantes en la casa de la torre, pero el señor Kinniburgh me aseguró que la mujer es capaz de aprender todo lo que necesita para comunicarse. Y dudo que Jo o Violet duden en acogerla".

Miró a Hugh, con el corazón hinchado. Cuando había pensado que no podía quererle más, él le mostró otro nivel de su compasión. Sabía que la vida deparaba aún más dificultades a víctimas como la Sra. Campbell una vez que salían de la cárcel.

"Gracias", susurró ella, tomando su mano entre las suyas. "Y yo. . . Intentaré ayudar a Jo y a Violet. Soy bastante hábil con los idiomas. Puedo aprender los signos del señor Kinniburgh y trabajar con ella y con los demás".

Sus ojos brillaron de afecto al enfocar su rostro, y Grace se dio cuenta de lo que había hecho.

Por primera vez, había hablado de su futuro en Baronsford.

El secretario judicial se marchaba mañana a Glasgow por un asunto importante y Hugh tenía mucho que discutir con él esta noche. Informando a Branson de que volvería en breve, acompañó a Grace a la escalera. La casa estaba en silencio y la luz de la luna menguante brillaba desde las altas ventanas.

"Eres el mejor hombre vivo". Ella se estrechó entre sus brazos, metiendo la cabeza bajo su barbilla. "Te quiero.

Sus palabras, su abrazo confiado, le hicieron un nudo en la garganta. La abrazó. Ella había dicho que se quedaría. "Sea lo que sea ahora, Grace, prometo ser un hombre aún mejor en el futuro... porque tú estarás aquí conmigo. Te quiero. Me acabas de hacer un hombre feliz al aceptar mi proposición".

Ella escondió un momento la cara en el pliegue de su cuello.

"Y necesito volver a oírlo. Di las palabras".

Ella se mordió el labio, el más bonito de los rubores calentando sus mejillas, antes de susurrar: "Que Dios me ayude, pero no hay nada en el mundo que pueda hacerme más feliz que el honor de estar casada contigo."

"Entonces di que sí".

"Sí". Ella sonrió, se puso de puntillas y apretó suavemente los labios contra los suyos.

Él no lo sabía antes de que ella llegara a Baronsford, pero Hugh llevaba mucho tiempo enfermo. Y Grace era la cura. Le latía la sangre. Quería que la boda se celebrara mañana. Quería que ella formara parte de él, a partir de ahora.

Le rodeó el cuello con las manos y le enredó los dedos en el pelo. Su boca se deslizó bajo la de él y sus labios presionaron con más fuerza. A su manera inocente, le estaba incitando a tomar más. Con cuidado de no dejar escapar más que un hilo de su control, dejó que su afecto y su pasión fluyeran en el beso. En el toma y daca de sus bocas y lenguas, en la delicada imitación del acto sexual, sintió que se elevaba.

Su gemido de placer fue el sonido más dulce que jamás había oído. Su cuerpo se amoldó al suyo, se ablandó y se amoldó a él de un modo en el que no había podido dejar de pensar desde que había ido a su dormitorio.

Soltó otro hilo de sujeción y dejó que su mano recorriera la espalda de ella, presionándola más, deslizándose por su trasero, saboreando el ajuste perfecto de sus cuerpos mientras la atraía contra él.

Hugh le arrancó los labios de la boca y la besó en la cara, a lo largo de la columna de la garganta. La estrechó entre sus brazos y apretó los labios contra la carne firme y redonda de sus pechos.

"¿Cuándo acabarás de hablar con el señor Branson?", susurró.

El deseo, potente y exigente, surgió en sus entrañas. La deseaba. Esta noche, mañana, por toda la eternidad.

"Una hora, quizá menos".

"Ven a mi habitación entonces. Te estaré esperando".

Mientras Grace merodeaba ansiosamente en su habitación, cada minuto parecía una hora.

Durante toda su vida adulta, se consideró una mujer valiente. Se enorgullecía de seguir a su padre en sus campañas militares, de vivir entre los campos de batalla, de oír los toques de corneta y los truenos de las cargas de caballería, de resistir estoicamente la conmoción de los bombardeos que podía sentir en lo más profundo de su vientre. En cuanto a las normas de la sociedad, si interferían con sus creencias o la separaban de lo que quedaba de su familia, no le importaban nada. Grace creía que era lo bastante audaz e independiente como para vivir la vida a su manera y arriesgarse.

Ahora buscaba a esa mujer. Pero desde la pérdida de su padre en Amberes, algo había provocado un cambio en ella. Tal vez fuera la impotencia que había sentido al ver sus ojos sin vida mirándola. Tal vez fueran aquellos días y noches de oscuridad implacable. Aún podía resistir a los atacantes en un camino rural, pero ¿qué había estado haciendo desde que Hugh se le había declarado? La "intrépida" Grace Ware se había acobardado de miedo.

En el fondo, Grace sabía que todo lo que deseaba residía en aprender a confiar en sí misma y en Hugh. Necesitaba recuperar a la mujer que no tenía miedo a arriesgarse, a tener fe en sí misma y en lo que quería. Hugh se había enamorado de aquella Grace Ware. Había llegado el momento de reivindicarse a sí misma.

El suave golpe en la puerta hizo que el corazón de Grace latiera con fuerza. Se acercó rápidamente a la puerta y respiró hondo antes de abrirla. Se había quitado la chaqueta y la corbata. Casi involuntariamente, estudió cada centímetro de él, intentando grabar en su memoria aquel momento, aquel hombre. Él era suyo y ella era de él. Y lo deseaba más que a su próximo aliento. Lo necesitaba más que a la vida.

"¿Puedo pasar?"

Se sintió abrasada por la fuerza de su mirada. Extendió la mano en señal de invitación, sus dedos se entrelazaron y él entró. En cuanto la puerta se cerró tras ellos, él la abrazó, estrechándola, apretando cada curva de su cuerpo contra el suyo hasta que ella casi pudo sentir su corazón latiendo en su propio pecho, sentir su necesidad extendiéndose por cada centímetro de su cuerpo, sentir cómo su deseo se convertía en el suyo propio.

"No recuerdo haber deseado nunca nada en la vida como te deseo a ti".

"Soy tuya", susurró ferozmente, su pasión subiendo a la superficie. Dejó que se elevara. "Corazón, alma y cuerpo".

"Si quieres, podemos esperar esta noche hasta que nos casemos".

"Y yo digo que no esperamos nada", respondió. "Hemos hecho nuestras promesas. Y esta noche, te necesito".

Grace quería aplastar todas las dudas. Pero para ello necesitaba sentir la fuerza y el amor de Hugh. Éste era el camino que debía recorrer. Éste era el camino que quería recorrer. A partir de aquí, no había vuelta atrás. Y lo abrazó con toda la pasión que llevaba dentro.

Mientras él le besaba la boca, los dedos de ella se movieron tímidamente al principio, bajando lentamente desde el pecho de él hasta la parte delantera de los pantalones. Sintió las crestas de su dureza pronunciarse a través de las capas de ropa. Un leve gemido de placer surgió de lo más profundo de él, y eso fue todo el estímulo que necesitaba.

"No te permitiré salir de esta habitación a menos que te hayas vuelto tan frenética de necesidad como yo la última vez que estuviste aquí", amenazó en broma. "Pero debes decirme si estoy haciendo algo mal".

"No hay nada que puedas hacerme que esté mal". Sonrió, besándola mientras la hacía retroceder por la habitación. Sólo se detuvo cuando llegaron a la cama. "Pero tienes que dejarme

empezar. Llevo días imaginándomelo".

Ella no tuvo oportunidad de protestar cuando él le dio la vuelta y empezó a desabrocharle lentamente el vestido. Su aliento le acariciaba la espalda, sus labios besaban cada centímetro de piel que dejaba al descubierto. Soltó un grito ahogado cuando él perdió la paciencia y le empujó el vestido y la camisa desde los hombros hasta la cintura, atrapándole los brazos en las mangas. Ardió cuando sus manos se deslizaron a su alrededor y él tomó el peso de cada pecho entre sus palmas. Sus pulgares rozaron los pezones endurecidos.

Hugh la giró y la besó, un beso largo y sensual. Su boca pasó de los labios de ella al cuello, por la clavícula y bajó hasta los pechos. Grace cerró los ojos mientras él jugueteaba con cada pezón, su lengua y sus dientes hacían que cada nervio de su cuerpo le doliera de necesidad.

Pero estaba decidida a no permitir que él volviera a llevarla sola a un estado de éxtasis. Ahora comprendía que la satisfacción mutua formaba parte de este juego de hacer el amor.

"Esta vez no", susurró ella, liberando los brazos del vestido. Convenciéndole de que volviera a acercarse a sus labios, sedujo su boca con los labios y la lengua mientras empezaba a desabrocharle los botones de la camisa. "Quiero tocarte. Sentirte".

Sus manos forcejearon con los botones y él se levantó la camisa por encima de la cabeza y la tiró al suelo. Grace se quedó mirando su magnífico pecho. Los músculos ondulaban bajo la piel tensa, exigiendo ser tocados. Trazó las líneas de las cicatrices blancas que se mezclaban con la suave mata de pelo oscuro y apretó los labios contra ellas.

Respiró agitadamente cuando ella le mordió el pezón como había hecho con ella.

"Estás empezando un juego peligroso, señorita Grace".

Le empujó el vestido y la ropa interior por las caderas, hasta que se le enredaron en los pies. Se encontró de pie ante él, vestida sólo con medias.

Sentía los pechos pesados, suplicantes por la sensación de su boca. El ansia hizo que la sangre palpitara en sus venas. La audacia se apoderó de ella y buscó sus pantalones, tanteando los botones y metiendo la mano dentro. En el instante siguiente, oyó la rápida respiración de él mientras sus dedos lo rodeaban.

El deseo la llenó de nuevo valor.

"Grace", gimió como si le doliera cuando la mano de ella le acarició toda la longitud. La diferencia entre la suave textura de la piel y la dureza y longitud de su virilidad era cautivadora. Su calor palpitante le calentó las manos. Estaba ardiendo.

Él palpitaba contra su tacto. Ella introdujo la otra mano en sus pantalones abiertos y se la pasó por las nalgas. "Quiero verte, probarte, conocer tu cuerpo como tú conoces el mío".

"Esto tiene que esperar". Su necesidad resonaba en la aspereza de su voz.

Grace se estremeció de expectación cuando él la levantó por la cintura y la sentó en el borde de la cama. Se quitó las medias y se arrastró hasta la cama, dejándole espacio para que se uniera a ella mientras él terminaba de desnudarse.

A la suave luz de las velas, su cuerpo parecía la estatua de un dios. Desnudo, era glorioso. El hambre se extendió por ella como un reguero de pólvora cuando sus ojos rindieron homenaje a su rostro, bajando por los rizos que cubrían un pecho, pasando por las curvas de su vientre hasta el triángulo de vello en la unión de sus piernas. Se echó hacia atrás y se movió inquieta contra la suave sábana, deseando su peso sobre ella.

Agachándose, Hugh la agarró por los tobillos, arrastrándola lentamente hacia él hasta que sus piernas colgaron por el borde.

Hiciera lo que le hiciera, ella estaba dispuesta.

"Tumbate y mira".

La respiración se le agitó en el pecho cuando él le acarició el interior de la pierna, subiendo cada vez más. Le abrió las piernas de par en par y su corazón latió con fuerza cuando los dedos de él se acercaban a cada pasada, a veces rozándola, otras veces deteniéndose lo suficiente para que ella gimiera de asombro. Grace pensó que perdería la cabeza cuando él se acercó y su polla tocó su sexo y se frotó contra ella. Pero cuando ella levantó las caderas, él se apartó.

"Tómame", le ordenó suavemente. "Por Dios, tómame ahora, o sufrirás este mismo destino la próxima vez que hagamos el amor".

Empezó a levantarse pero, sonriendo, él le salió al paso, cogiéndole las muñecas y empujándolas hacia atrás, atrapándolas con una mano por encima de su cabeza. Su boca era áspera cuando se apoderó de la suya, y Grace correspondió a su pasión.

Él rompió el beso, y ella enganchó las piernas alrededor de sus muslos, intentando impedir que se apartara. Le besó el hueco de la garganta, y el cuerpo de Grace se arqueó contra él mientras su boca succionaba un pezón endurecido.

Cuando sus labios bajaron por las suaves curvas de su vientre, Grace contuvo la respiración. Le pasó las piernas por encima de los hombros y su boca encontró su sexo. La caricia de su lengua sobre su carne le hizo arquear la espalda. Quería más. Sus gemidos de placer hicieron que él aumentara el ritmo de su dulce ataque.

Grace no podía llevar suficiente aire a sus pulmones, pero ya no le importaba mientras la sangre rugía salvajemente en su cabeza. Mirando a través de una neblina que le nublabla la vista, cabalgó sobre las olas de liberación que la invadían.

Fue algún tiempo después cuando sintió el peso de Hugh sobre ella.

"¿Me llevarás ahora?"

La penetró de un solo golpe. Grace jadeó, clavándole las uñas en los hombros, estremeciéndose ante la repentina incomodidad. Hugh estaba profundamente enterrado dentro de ella, pero esperó, con todo su cuerpo esforzándose por controlar la situación. Ella se aferró a él, empezando de nuevo a respirar.

"Hugh", susurró ella, besándole el cuello y el hombro, su cuerpo centrándose de nuevo en el placer de donde estaban unidos.

Sus caderas se movían ligeramente, siguiendo un ritmo que parecía conocer por instinto. La danza de la vida. Arqueó la espalda y lo atrajo más hacia sí.

Como dos formas de arcilla, se moldearon juntos, los brazos de él rodeándola con fuerza, y un nuevo sentimiento la inundó. Era la sensación de ser apreciada, valorada y amada como mujer. Cuando Hugh empezó a moverse, ella lo acompañó, y los ritmos palpitantes que cada uno sentía surgieron innegablemente en su interior.

Sintió que el clímax llegaba de nuevo, cegándola con su potencia, y sintió que él estallaba. Y entonces dos almas alzaron el vuelo mientras dos cuerpos giraban en una danza acrobática, elevándose hacia el cielo en un giro de amor eterno. Curvándose, doblándose, estallando en una esfera cristalina. Muy por encima. Lejana. Iluminada por el amor.

Capítulo Veintiocho

AL SALIR del granero de carruajes, Hugh se remangó y se puso la chaqueta. Darby se había afanado en preparar los aparejos del globo ayer por la tarde, a pesar de las objeciones de Grace y su hermana. Estaban casi listos para volar. El hombre ya había demostrado su valía cien veces. Hugh no quería pensar en lo diferente que sería todo ahora si el herrero no hubiera estado en aquel carril.

Antes de emprender el regreso a la casa, se detuvo para apreciar las colinas. Los ondulantes campos de Baronsford se extendían como un gran tapiz ante la vista.

Hugh se había criado aquí. Él y sus hermanos habían corrido por el parque de los ciervos, pescado en el lago y jugado al zorro y a la escondida en los jardines amurallados. Habían aprendido a nadar en el lago, a cabalgar por los campos, a cazar y disparar en los pantanos. Kilómetros de senderos, que serpenteaban a lo largo de los acantilados y las colinas bajas con vistas al río Tweed, ofrecían un paraíso de descubrimientos para cualquier niño. Éste había sido un lugar feliz para crecer.

Al contemplarlo ahora, su mente se volvió hacia su propio hijo, Cameron.

Mientras servía como oficial de caballería, Hugh había estado lleno de pensamientos sobre el deber y ambiciones de gloria. Nunca se había tomado ni un momento para pensar en el significado de la paternidad hasta que su hijo había muerto. A diferencia de su propio padre, que lo había sido todo para sus hijos -maestro, consejero, juez y protector-, a Hugh se le pasó por alto la responsabilidad de ser padre hasta que fue demasiado tarde. Y entonces se había lamentado, deseando poder retroceder una página en el libro del tiempo. Pero al final, el amargo pasado se quedó en el pasado, y sólo le quedó un futuro en blanco.

Hasta ahora.

Hugh miró hacia Baronsford, colina arriba. Una cortina bailaba suavemente por la ventana del dormitorio de Grace. Recordó cómo la había dejado aquella mañana al amanecer, sus ojos azules mirándole con cariño, su mano tendida hacia él hasta que él fue hacia ella y le besó los labios. Durante la noche, cada vez que se habían unido, habían amado temerariamente, entregándose ambos por completo, hasta que se tumbaron en las sábanas, viendo cómo el cielo se iluminaba con la llegada del día. En algún momento de la noche, recordó haber deseado que tal vez ella acabara gestando a su hijo.

Hugh era más viejo ahora, más sabio que el joven de hacía una década. Reconocía que Grace era lo único que le hacía estar completo. Y si era un hijo que habían creado juntos o uno que habían adoptado -como Jo había llegado a ser su hermana-, ahora esperaba tener una segunda oportunidad de ser padre.

Esta mañana, su padre había enviado por delante a un jinete desde la posada para informarles

de su llegada, y los gritos retransmitidos a través de los campos le sacaron ahora de sus ensueños.

Cuando llegó al patio delantero, los criados estaban saliendo de la casa y formando sus filas. Truscott y Violet también acababan de llegar. Hugh observó divertido cómo Jo salía, agarrando firmemente el brazo de Grace, como si se asegurara de que no huiría.

Grace se había decidido por un vestido azul que combinaba con el color de sus ojos mágicos. Ella le vio y se sonrojó, y a él le invadió la urgencia de querer ir hacia ella y besarla en los labios, sin importarle su público.

"Bueno, el personal ha puesto patas arriba y sacudido dos veces todos los salones y dormitorios de Baronsford", dijo Jo, señalando a la señora Henson y al señor Simons, que seguían discutiendo mientras salían al patio. "Han abierto todas las ventanas. Han fregado todos los suelos. Se han cortado, arreglado y colocado flores frescas en todas las habitaciones. Y siguen sin estar contentos".

"Un gruñido de mi padre y se acabarán sus disputas".

"No asustes a nuestro amigo con historias tuyas", reprendió Jo.

Hugh vio que Grace se pasaba una mano por la parte delantera del vestido. Tenía los hombros rígidos y la espalda recta. Estaba nerviosa.

Se puso a su lado. "Nuestra madre es suave y gentil. Es la encarnación del afecto. Te querrá nada más verte".

"Su señoría tiene un tono ronco y una voz fuerte", empezó Jo. "Es directo con sus preguntas hasta el punto de ser brusco. Es su forma de ser".

"Pero cuando se trata de sus hijas, no pueden hacer nada mal". Se inclinó hacia ella y le susurró al oído: "Y no olvides que tú ya eres una de ellas".

El rubor adquirió un tono más oscuro, y bajó la mirada hacia la punta de sus zapatos justo cuando dos carruajes aparecieron por la cresta de la colina.

Grace pensó que la bandada de mariposas que había alzado el vuelo en su estómago la levantaría y se la llevaría. Casi deseó que lo hicieran.

Lady Aytoun fue la primera en bajar del carruaje. En cuanto su pie tocó la grava, Hugh la levantó del suelo y la hizo girar como a una muñeca. La condesa chilló y luego protestó alegremente hasta que él la bajó.

"¿Dónde está tu sentido del decoro?", se quejó ella, incapaz de evitar que se le dibujara una sonrisa en la cara.

"Sabes que no tiene decoro cuando se trata de ti". El conde de Aytoun bajó del carruaje. A pesar de su pelo canoso y de una ligera cojera, su señoría era tan alto y ancho de hombros como su hijo. Tendió una mano a Hugh mientras la condesa abrazaba a Jo. "Te lo advierto. Si se te ocurre darme vueltas como a tu madre, nos las veremos aquí mismo".

Hugh fue hacia él e, ignorando la mano extendida, levantó a su padre del suelo en un abrazo de oso, aunque sólo unos centímetros. El conde rió a carcajadas cuando su hijo lo dejó en el suelo.

El afecto que ambos padres mostraron a su hijo y a su hija calentó el corazón de Grace. Su saludo a Truscott y Violet no fue menos familiar. Cuando los dos pasaron por la larga fila del personal reunido, con el mayordomo al codo, se detuvieron a hablar con muchos. Entre los dos, el conde y la condesa conocían a casi todas las personas por su nombre, y el mayordomo

presentó a los nuevos miembros del personal. Preguntaron por las familias y quisieron saber detalles.

Al observarlos, Grace se dio cuenta de que los ojos grises de Hugh eran herencia de su madre, mientras que su estatura y complexión procedían de su padre. Y, al igual que Hugh, el rostro del conde mostraba cicatrices que no hacían sino aumentar su porte amenazador.

A pesar de ello, Grace vio cómo lord Aytoun permanecía cerca de la condesa mientras avanzaban por la fila hacia la entrada principal. Las caricias en la espalda de su esposa cuando se detenían a hablar con alguien iban acompañadas de miradas cariñosas que ella le dirigía cuando se dirigía a un lacayo o a una criada. Su amor mutuo era imposible de pasar por alto, y Grace recordó que Jo había dicho que su historia era la de una "segunda oportunidad" en el amor... para ambos.

Apartándose de la línea de recepción mientras su esposa hablaba con el ama de llaves, el conde se volvió hacia su hijo. "¿Y dónde la escondes?", le preguntó bruscamente.

Grace no se había dado cuenta hasta ahora, pero se había colocado detrás de uno de los lacayos de la puerta. Dio un paso adelante justo cuando Hugh la alcanzaba.

"No te preocupes, mi amor", susurró él, poniéndole una mano en la parte baja de la espalda. "Soy más fuerte y le derribaré si es necesario".

De repente, la armadura de confianza protectora se desvaneció. Mientras observaba cómo se acercaban, su corazón palpitó y se le oprimió el pecho. Grace hizo una reverencia cuando Hugh hizo las presentaciones.

La condesa entregó los guantes a su marido y tomó las manos de Grace entre las suyas. Los amables ojos grises de la mujer se posaron en sus dedos, que Grace comprendió que se habían convertido en bloques de hielo.

"¿Puedo llamarte Grace?" preguntó la madre de Hugh. "En nuestra familia tenemos una tradición de nombres de pila que se remonta a varias generaciones".

"Por supuesto, milady", volvió a hacer una reverencia y miró el rostro cálido que reflejaba su edad. "Es un honor".

Al instante siguiente, Grace se encontró abrazada a la condesa. Y no se trataba de un cortés beso en la mejilla ni de una muestra superficial de hospitalidad. Era un abrazo de afecto, de seguridad, de bienvenida, de pertenencia.

"Y me llamarás Millicent, ¿de acuerdo?", le susurró al oído.

Cualquier apariencia de control a la que hubiera podido aferrarse hasta ese momento implosionó. El nudo de su garganta se cerró con fuerza y Grace se inclinó hacia el tacto de la madre, dejándose abrazar mientras se le escapaban las lágrimas.

Millicent le rozó la frente con un beso.

Grace no confiaba en su voz para disculparse por su arrebato emocional delante de todos. Había estallado una burbuja y no podía levantar la vista ni decir nada más por miedo a que se abrieran las compuertas. La condesa no le soltó las manos.

"Lyon", dijo Millicent por encima del hombro. "Por favor, ve al salón. Nos reuniremos allí enseguida".

Atrayendo a Gracia hacia el interior de la puerta, la condesa le entregó un pañuelo de seda para que se secara las lágrimas.

"Ve tú también, Hugh", dijo Millicent cuando Grace sintió el calor de su contacto en el brazo. "Prometo entregártela sana y salva en un momento".

Escudada por la condesa, sonrió avergonzada cuando Jo se les unió, añadiendo otro muro de intimidad.

"Debo disculparme", les dijo a los dos. "Desde luego, no he causado una buena primera impresión. Pero estaba tan nerviosa... y vuestra acogida... vuestra amabilidad".

"Se acabó, niña. Y no te preocupes más por cómo te recibiremos nosotros, ni los hermanos de Hugh, ni el resto de la familia". Levantó la barbilla de Grace hasta que sus ojos se encontraron. "Hemos leído su carta hablándonos de tus aventuras y tu valor, y sobre todo, de su amor y su intención de casarse contigo. Estamos eufóricos, Grace. Por fin se han hecho realidad nuestros sueños para él. Hemos estado rezando para que llegara este día".

"¿Ahora me crees?" se burló Jo, apretándole el brazo. Se volvió hacia su madre. "Será mejor que entremos o Hugh enviará un grupo de búsqueda para encontrarla".

Millicent sonrió. "*Cuánto tiempo* he esperado esto".

"No importa el apego de Hugh por ella", dijo Jo, pasando un brazo por el de Grace. "La he reclamado *como* amiga... y hermana".

"En ese caso, nos la quedaremos definitivamente".

Grace había recuperado el control de sus emociones cuando los tres se dirigieron al salón. Aún tenía que ser presentada a su señoría, pero supuso que después de la recepción de la condesa, no había nada que no pudiera manejar.

Los hombres se pusieron en pie cuando entraron en la habitación. El corazón de Grace se calentó al ver cómo la mirada de Hugh buscaba inmediatamente la suya, y un mensaje silencioso pasó entre ellos.

Flanqueada por las dos mujeres, Grace hizo una reverencia cuando Hugh volvió a presentarla.

Lord Aytoun la miró fijamente durante un momento. "Mi hijo me ha dicho que eres una Macpherson por parte de madre... y una jacobita".

Maldición. Otra vez no, pensó Gracia. No iba a renegar de su familia ni de sus creencias. Nunca más.

"Así es, mi señor", dijo ella, manteniendo la cabeza alta.

"Excelente", gruñó el conde, sonando complacido. "Ya era hora de que tuviéramos otro en la familia".

Jo se inclinó y susurró: "Nuestra tía Portia, la mujer de Pierce, es hija de Bonnie Prince Charlie. Pero no se lo digas a nadie".

Capítulo Veintinueve

TRAS DOS DÍAS de perder a Grace con su familia en charlas y paseos, visitas a fincas y cabalgatas, Hugh estaba más que preparado para enviar a sus padres de vuelta a Hertfordshire. Su padre estaba encantado con las historias de Grace sobre todos los lugares a los que había viajado y las batallas de las que había sido testigo. No se cansaba de escuchar sus historias y le fascinaba su increíble memoria. La madre de Hugh había encontrado una nueva hija. Se las ingeniaba para que Grace y Jo estuvieran con ella la mayor parte del día posible.

Hugh estaba realmente satisfecho con la merecida atención que estaba recibiendo. Al mismo tiempo, disfrutaba interpretando el papel del irritable amante ignorado. Apreciaba especialmente todo el interés que Grace le prestaba cuando se metía en su cama cada noche, después de que todos durmieran.

Pero todo eso cambiaba ahora. Aston MacKay, el asistente jurídico que Hugh había enviado a Amberes, había llegado a las Fronteras con los funcionarios de la embajada británica procedentes de Bruselas.

Hugh se había abstenido de decirle a Grace que iba a venir. MacKay había ido al continente en busca de información sobre una mujer americana desaparecida, pero tras reunirse con los dos ingleses, había vuelto a escribir a Hugh. Habían solicitado una reunión urgente con Grace en relación con un acuerdo no revelado entre Daniel Ware y el gobierno británico. Ahora buscaban su ayuda.

Siguiendo sus instrucciones, MacKay había situado a los hombres en la posada George. Esa mañana, Hugh mencionó los nombres a su padre. Como miembro del Parlamento desde hacía mucho tiempo, los conocimientos del conde sobre las familias relacionadas con el gobierno iban mucho más allá de los de Hugh.

Arrancando a Grace de las garras de Jo y su madre, Hugh la condujo hacia su estudio, donde esperaban los viajeros. Por el camino, le explicó la información que había reunido sobre los dos hombres.

"Sir Rupert Elliot, diplomático de carrera, está de enviado en Holanda. Está destinado en Bruselas", le dijo Hugh. "El otro hombre, el capitán Thomas Rivenhall, ha desempeñado diversos cargos desde que terminó la guerra con Napoleón. Antiguo oficial del estado mayor de Wellington, ahora ocupa un vago cargo en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Su explicación a MacKay fue imprecisa en cuanto a su responsabilidad exacta en la actualidad, pero mi padre cree que le han contratado para sacar esqueletos de los armarios."

"Encantador", dijo intranquila. "¿Pero qué habrá tenido que ver mi padre con ellos?"

Hugh comprendió su malestar. "La única forma de saberlo es hablar con ellos". Le dio un beso en la frente. "Pero parece que *te* necesitan. E independientemente de que puedas ayudarles o

no, pienso utilizar su influencia para agilizar el indulto que he solicitado al Príncipe Regente. Ambos están en condiciones de hacer avanzar esa petición".

Cogió los fríos dedos de Gracia en la mano y se los llevó a los labios.

"Además, es posible que puedan arrojar algo de luz sobre la motivación del ataque contra ti".

Respiró hondo. "Llévame hasta ellos".

Grace se alegró de que Hugh estuviera con ella en aquella reunión. Seguía preocupado por su seguridad. Su presencia reforzaba su confianza. Aun así, había pasado toda una vida aprendiendo a tratar con hombres de poder, especialmente políticos. Sentada y escuchando cómo empezaban aquellos dos, Grace se dio cuenta de que estaba perfectamente tranquila.

Se pidió a MacKay, el empleado de Hugh, que esperara fuera debido a la naturaleza privilegiada de la conversación, y el capitán Rivenhall insinuó que la presencia de Hugh también podría ser cuestionable. Sin embargo, tras recibir una mirada mortífera del vizconde, los dos hombres intercambiaron una mirada y prosiguieron, decidiendo obviamente que sería inútil seguir por ese camino.

"Nuestro más sentido pésame, señorita Ware, por la muerte de su padre", le ofreció solemnemente sir Rupert. "Espantoso asunto en Amberes".

Grace tenía muchas preguntas para aquellos hombres sobre lo que había ocurrido con los restos de su padre y sus sirvientes. Quería saber dónde estaban enterrados y cómo se habían enterado aquellos hombres del ataque. Pero siguió el ejemplo de Hugh. Enterrando sus emociones en lo más profundo, se puso una máscara de indiferencia y esperó. Ante todo, necesitaba saber qué buscaban.

El capitán Rivenhall abordó la cuestión en primer lugar. "Como ya sabrás, el pasado invierno, el coronel Ware dirigió dos cartas a nuestras respectivas oficinas de Bruselas y Westminster".

"Las dos misivas eran idénticas", añadió sir Rupert. "El coronel no quería que ninguna tontería burocrática impidiera que su mensaje llegara a las autoridades competentes. No quería que se perdiera su oferta".

"Las cartas de tu padre no pasaron desapercibidas, señorita Ware", dijo el capitán Rivenhall. "Atrajeron nuestra atención de inmediato".

"¿Así que conocías al coronel Ware?" preguntó Hugh.

"Naturalmente", respondió Rivenhall. "A la Corona le interesa mucho seguir la pista de los más allegados a la familia de Napoleón. El historial militar del coronel nos era bien conocido, al igual que sus continuos servicios a José Bonaparte, el rey de . . . el *antiguo* rey de España y Nápoles. Su carta llamó la atención de las más altas instancias de nuestro gobierno".

"¿Por qué se puso en contacto contigo el coronel?" preguntó Hugh.

El capitán Rivenhall vaciló en responder, pero sir Rupert no lo hizo. "El coronel Ware buscaba un indulto para él y para su hija".

"¿Un indulto?" preguntó Hugh.

Rivenhall tomó la palabra. "Sí, quería un indulto incondicional, junto con la devolución de las propiedades que le pertenecían en Irlanda y a la familia de su difunta esposa en Escocia".

Grace se quedó mirando a los hombres. ¿Cómo era posible que su padre hubiera perseguido esto activamente y no hubiera hablado con ella al respecto? Dijeron que había enviado las cartas durante el invierno. Pensó en la herida de su pierna. Ya estaba empeorando.

Se dio cuenta de que no pedía el indulto para sí mismo. Sabía que se estaba muriendo. Lo hacía por ella.

"¿Qué te daba a cambio el coronel Ware?" preguntó Hugh. "No era tan ingenuo como para pensar que la Corona le concedería el indulto sin ofrecer algo de valor a cambio".

"Tienes razón", respondió Rivenhall. "Tenía en su poder algo de interés para nosotros".

Grace pensó en el diamante.

"¿Qué buscas *exactamente*?" preguntó Hugh.

"Una carta", respondió Rivenhall tras una larga pausa.

Una carta. No el diamante. Todo el tiempo había pensado que la joya era la causa del asesinato de su padre.

"¿Una carta que contiene qué?", insistió.

Los labios del capitán Rivenhall habían formado una línea fina y apretada. Sus ojos buscaron en la habitación la respuesta que claramente no quería dar.

La mente de Grace se agitó. De toda la correspondencia que escribía para su padre, varias misivas habían contenido información sensible sobre los negocios de Bonaparte. Pero nada era tan importante como garantizar lo que su padre había solicitado... y lo que el gobierno británico estaba dispuesto a conceder.

"Mi padre llevaba muchas cartas y documentos", le dijo Grace. "Debe ser más concreto, capitán. ¿A qué carta te refieres?"

"Es una lista", le dijo Rivenhall a regañadientes. "Una lista de nombres".

"¿Nombres de quién?" preguntó Hugh.

Sir Rupert tomó la palabra. "El coronel Ware debía facilitarnos los nombres en clave de las personas que trabajaban en el gobierno británico y que suministraron información sensible a los franceses durante la campaña peninsular".

"¿Ingleses? ¿Trabajando como espías para Napoleón?", preguntó el vizconde.

"Sí, mi señor", respondió. "Ahora tenemos la clave para rastrearlos hasta cada uno de los agentes".

Espías, pensó Gracia. La lucha entre las naciones había cesado, pero muchos de los que traicionaron su lealtad y trabajaron para el enemigo seguían sueltos. En su mente apareció el rostro pintado de la señora Douglas. La mujer que conocía a todo el mundo. Que viajaba por los círculos más altos de ministros y generales. Que socializaba con sus esposas. Grace la vio junto a su marido, él mismo ministro del gobierno británico, en París, en el bautizo del hijo de Napoleón. Su carta volvió a Grace: *viejos enemigos son ahora los más estrechos aliados*. Se preguntó si el nombre de la Sra. Douglas estaría en esa lista.

"La cuestión sigue siendo", dijo el capitán Rivenhall, dirigiendo sus palabras a Grace, "si tienes el documento".

"Vinimos aquí por la mínima posibilidad de que lo tuvieras", explicó sir Rupert. "Cuando se encontraron los cadáveres del coronel y de los demás -y le ruego me disculpe por ser tan insensible, señorita Ware-, les habían robado sus efectos personales. No sabemos si esos villanos se llevaron el documento. Sólo esperamos que lo tengas tú".

"Puede que este viaje no haya servido para nada", añadió el capitán Rivenhall. "Pero sir Rupert consideró que debíamos buscar todas las posibilidades, por la seguridad del reino".

Ella no tenía esa lista. No había llegado con ninguna carta. Grace intercambió una mirada con Hugh.

"Y si presenta este documento", preguntó, "¿qué obtiene a cambio?".

"El indulto, por supuesto. Según lo acordado".

Ésta era la clave de su futuro. Apretó las palmas sudorosas contra sus faldas.

"¿Dónde está ese indulto? Nos gustaría verlo".

"Bueno", respondió Rivenhall. "No lo tenemos con nosotros. Hubo que volver a redactar el documento tras la desafortunada muerte del coronel Ware. Esperamos que un jinete llegue con él desde Westminster en cualquier momento. Pero, ciertamente, nos tomarás por honrados de que..."

"Quizá la señorita Ware acepte su palabra, capitán, pero yo desde luego no".

"M'lord, sois un par del reino y un Lord Juez del Tribunal del Rey. Un condecorado oficial de caballería de las guerras francesas. De cualquiera esperaríamos que confiarais..."

"Por todos esos títulos a los que te refieres, es mi *deber* no confiar en ti".

Hugh se elevó hasta alcanzar su estatura máxima, y Grace vio emerger al lord justicia.

"Dijiste que el coronel Ware envió una copia de su petición a Westminster y Bruselas", dijo. "Y que esta carta fue vista en los más altos niveles del gobierno".

"Lo era", respondió Rivenhall.

"¿Y qué medidas se tomaron para garantizar la seguridad del coronel Ware cuando llegó a Amberes? ¿Qué medidas se tomaron para que este valioso documento no cayera en malas manos?"

Los dos hombres miraron a Hugh como si se hubieran quedado mudos.

"Los hombres murieron porque el coronel Ware confió en ti. No les protegiste", ladró Hugh. "No tenemos motivos para confiar en que vayas a presentar siquiera el indulto que prometes. Así que cuando llegue tu jinete -si es que llega-, presenta el indulto y la señorita Ware te dará la lista".

Capítulo Treinta

"DESDE EL DÍA en que Jo me lo enseñó -dijo Grace, paseándose por el estudio-, pensé que el diamante era la razón por la que nos atacaron en Amberes. Pero todo se trataba de una lista".

Los rayos de sol del atardecer iluminaban la habitación. MacKay había acompañado a los hombres de vuelta a la posada y aún no había regresado. Se detuvo y contempló los intrincados dibujos de la alfombra persa mientras consideraba la maraña de dificultades que ahora tenían ante sí.

Los enviados se habían quedado atónitos cuando Hugh les dijo que ella tenía el documento, pero tanto el capitán Rivenhall como sir Rupert Elliot también estaban claramente afrentados por la negativa del vizconde a confiar en ellos. Aun así, según su propio relato, habían emprendido lo que podría haber sido una búsqueda inútil. Habían llegado a Baronsford aferrándose a una delgada esperanza, y ahora necesitaban estar seguros de que ella la tenía. Si ella tuviera la lista.

Miró a Hugh, sentado en su escritorio. "¿Cómo voy a presentar algo así cuando vuelvan mañana? Llegué sin nada más que la ropa que llevaba puesta y ese diamante".

"¿No dijiste que los asesinos estaban registrando las habitaciones de la posada cuando volviste a subir?", preguntó.

El recuerdo volvió, fresco y doloroso como el día en que ocurrió. Se volvió hacia la ventana. Su padre, enfermo y sufriente, había estado haciendo planes para ella. Mientras Grace se consumía cuidando de él, Daniel Ware ponía en marcha planes para asegurar el futuro de su única hija.

"Sí, estaban destrozando la habitación. Pero no debieron de encontrarla". Volvió a mirar a Hugh. "La Sra. Douglas no quería el diamante. Diseñó aquel plan para secuestrarme porque pensaba que yo tenía la lista".

"Su nombre -o el de alguien cercano a ella- debe figurar en ese documento", convino. "Quizá incluso el nombre de su marido".

Grace empezó a pasearse de nuevo. "Mi padre guardaba correspondencia en su pecho. Pero no llevaba nada que pareciera preocuparle demasiado. Nada que mencionara o de lo que pareciera extraordinariamente protector. De hecho, le había leído todas las cartas que llevaba. Y había escrito cada respuesta al dictado de él".

Hugh estaba recostado en su silla, con las manos juntas. Observaba cada paso que ella daba, pero ella sabía que su actitud tranquila era una fachada. Su mente trabajaba tan ferozmente como la de ella.

"Tu padre era un militar experimentado", empezó. "Ningún comandante de éxito aborda una batalla sin un objetivo claro. Examina el terreno, considera los informes de los exploradores, aplica lo que sabe de las estrategias del enemigo y desarrolla sus tácticas. Siempre tiene una

táctica principal y otra secundaria que emplear. Ésa fue la razón por la que Daniel Ware envió dos mensajes idénticos al gobierno británico".

Grace se detuvo ante el escritorio de Hugh. "Temía que la interceptaran. Quería asegurarse de que su carta llegaba a las personas adecuadas".

"De nuevo, como comandante experimentado" -Hugh hizo una pausa, con la mirada clavada en su rostro- "sólo confiaría la entrega del último despacho a su oficial más capaz".

"Sus últimas palabras para mí fueron . . ." Se le formó un nudo en el pecho. "'Qué buen oficial habrías sido'. Ésas fueron las palabras que me dirigió aquel día".

Hugh se puso en pie, con las manos sobre el escritorio. "Con tu inigualable memoria, no había necesidad de llevar una carta física. Lo que sabía, lo que había que transcribir y entregar, pretendía transmitírselo a los británicos a través de ti".

Su talento, lo llamaba el padre de Grace. Si lo que decía Hugh era cierto, ¿por qué no podía recordarlo? Cerró los ojos y se presionó las sienes con los dedos. Pero había tanto allí. Información, nombres, caras. Toda la correspondencia que le había escrito durante los últimos meses de su vida.

"Demasiado. No sé por dónde empezar, qué buscar", dijo. "Nunca me dictó ninguna lista. Nada de lo que dijo me llevaría a ese documento".

Hugh rodeó su escritorio y la cogió de la mano. "Piensa en cualquier cosa que pudiera estar relacionada con la guerra. Los enviados dijeron que estos espías operaron durante la campaña peninsular. Aprovechaba los conocimientos de aquellos años".

Rivenhall y Elliot se habían referido a los nombres de los súbditos británicos. Nombres en clave.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Se acordó.

Las "órdenes" de su padre.

"¡Ya sé lo que es!", exclamó. "¡Lo que están buscando! Creía que eran los efectos del láudano sobre él. Cuando navegábamos desde América, su mente seguía vagando por sus días de lucha en España."

"¿Qué ha dicho?"

"Quería que recordara sus 'instrucciones'. Era como si yo formara parte de su personal. Insistía en que memorizara sus órdenes. Estaban *codificadas*".

Hugh rió mientras la estrechaba entre sus brazos. "Si Napoleón hubiera conocido el tesoro de tu mente, nunca le habríamos derrotado".

Acercó una silla al escritorio y la sentó, poniendo ante ella papel y bolígrafo.

"Escribe lo que recuerdes".

Grace cerró los ojos un momento, intentando apartar la información irrelevante. La página cobró nitidez. Letras y números salieron de su mente y se derramaron sobre el papel. No tenían ningún sentido evidente, pero anotó las secuencias exactamente como estaban almacenadas en su memoria.

Cuando terminó, Hugh fue a sus estanterías y volvió con un manuscrito delgado y encuadernado que colocó sobre el escritorio.

"Un tratado sobre criptografía escrito por un amigo mío que trabajó en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Es un estudio fascinante". Miró la serie de letras y números del papel. "Espero que no sea la Gran Cifra de París. Si lo es, podríamos tardar semanas en resolverlo. Hay más de 1.400 números que podrían sustituir a palabras o partes de palabras en un millón de permutaciones".

Grace conocía los fallos del ejército francés en el uso de mensajes codificados. Su padre se

había quejado de ello muchas veces a lo largo de los años. El Gran Cifrado de París se había ideado como sustituto del fracasado Código de Portugal.

"Es el Código de Portugal", le dijo. "Recuerdo que mi padre me lo dijo varias veces. Me lo dijo incluso aquel último día, cuando bajé a la calle para ver lo de nuestro carruaje y nuestros baúles".

A Grace se le daban bien los rompecabezas, y cuando se trataba de reconocer conexiones y patrones, Hugh la igualaba paso a paso. Repasaron la página línea por línea, y una hora más tarde tenían su lista.

El alzamiento del César

Tulipán negro

Roca Espartana

Estrella fugaz

Fénix Rojo

La lista continuaba. Veintisiete nombres en total.

"Nombres en clave", dijo Grace. "Estos nombres no significan nada para nosotros".

"Su gente en Westminster supuestamente tiene una clave secundaria. Una forma de vincular los nombres en clave con las personas reales que se ocultan tras ellos". Apartó el libro de criptografía. "No me fío de ellos. Rivenhall y Elliot. No tenemos forma de saber si uno de ellos o ambos están en esta lista".

Grace volvió a verlo bajar por los nombres. "Dime lo que estás pensando".

"Es algo más que el hecho de que no proporcionaran seguridad a tu padre", explicó Hugh. "Días antes de que tu padre se reuniera con ellos, fue asesinado. Podría ser una coincidencia, pero yo no creo en las coincidencias".

"Viajábamos con nombres falsos. Tenían que estar vigilándonos".

"Lo estaban. Debían de saber que desembarcarías en Amberes. ¿Qué recuerdas de los atacantes?"

Grace recordó. La fría temeridad de los asesinos. Su implacable persecución por los callejones de los muelles. Los gritos cuando se acercaban.

"Al menos uno de ellos hablaba inglés".

Hugh se sentó. "Estos dos dijeron que, cuando recuperaron los cadáveres, os habían robado todas vuestras pertenencias personales. ¿Y qué dijisteis que pasó con vuestros baúles del barco?"

"Ya se los habían llevado", respondió ella. "A los seis. Probablemente por los mismos hombres".

"Exacto. Los villanos que mataron a tu padre se apoderaron de todo lo que pudiera haber escondido esa lista".

Aun así, la Sra. Douglas se había presentado aquí, pensó Grace. Sabían a ciencia cierta que su padre no la tenía.

"No la encontraron, así que sólo había un lugar donde podía estar esa lista".

"Conmigo".

"Cuando mi hombre MacKay llegó a Amberes, se enteraron de que habías escapado en ese cajón. Que estabas aquí recuperándote. Tuvieron que suponer que tenías la lista, y necesitaban conseguirla antes de que los descubrieran".

"Estabas segura de que la Sra. Douglas no trabajaba sola", dijo Grace.

"Fue avisada por sus socios de Amberes, y vino aquí directamente. El momento de su llegada a las Fronteras encaja perfectamente. Pero el responsable no podía confiar en que ella tuviera éxito donde ellos habían fracasado".

"El capitán Rivenhall nos dijo que sólo tenían la 'más mínima esperanza' de que yo tuviera el documento. Pero Sir Rupert había insistido en que vinieran".

"E insistió porque sabía que la lista no estaba en Amberes". Hugh frunció el ceño. "*Tenía* que venir aquí. Elliot es nuestro hombre. Su nombre está en esta lista".

La ira que se había ido acumulando en su interior amenazaba con estallar. Había estado sentada en la habitación, hablando con el mismo hombre responsable del asesinato de su padre y de sus sirvientes.

"Te diré algo más", añadió sombríamente. "Si les entregamos esta lista, nunca llegará a Londres. Ocurrirá un accidente o un robo en la carretera. Matarán a Rivenhall y Elliot dirá que se llevaron la lista".

Grace se obligó a pensar con calma mientras volvía a leer los nombres.

"La señora Douglas. Si no se hubiera escapado", dijo con fervor. "Se sintió lo bastante intimidada como para huir por su vida. Podrían haberla convencido para que cooperara a cambio de clemencia".

"No se ha escapado", le dijo Hugh.

Grace le miró cuando sus palabras se hicieron sentir.

"La capturamos cuando embarcaba en Greenock. Branson fue a Glasgow a buscarla".

Capítulo Treinta Y Uno

POR LA FACILIDAD con que los enviados conversaban con lord Aytoun, que estaba presente en lugar de su hijo, Grace decidió que Elliot y Rivenhall debían de encontrar al noble de más edad mucho más agradable que a su hijo de sangre caliente. Echó un vistazo a la biblioteca. El secretario de Hugh, el señor MacKay, estaba sentado en una mesa apartada y escuchaba atentamente, pluma en mano, cada palabra. Al parecer, su incomodidad de ayer por revelar los detalles de su misión había disminuido.

"Como sabéis, señoría, el príncipe de Gales siente una conexión afín con los monarcas Estuardo del pasado", decía sir Rupert. "Conceder el indulto a la señorita Ware nunca ha sido un problema. Muchas de las familias jacobitas escocesas han recuperado sus tierras y títulos".

El enviado siguió hablando, pero Grace le vio mirar constantemente el documento doblado que tenía sobre el regazo. Se dio cuenta de que miraba con la misma intensidad la carta que el capitán Rivenhall tenía en la mano. Estaba a punto de jugarse una partida de intercambio.

El conde interrumpió finalmente. "Caballeros, supongo que lo que tenéis en vuestras manos es un indulto libre, completo y general para la señorita Ware, por toda traición, rebelión y ofensa cualesquiera". Extendió la mano para coger la carta.

"Así es, milord", respondió el capitán Rivenhall, entregándoselo.

"E incluye la oportunidad de que la señorita Ware solicite una pensión en el futuro", añadió sir Rupert. "Si así lo desea".

Mientras esperaban a que el conde leyera el documento, los dos hombres centraron toda su atención en Grace. Si ella y Hugh estaban en lo cierto -si Sir Rupert Elliot era el hombre que había orquestado los ataques anteriores-, estaba haciendo un excelente trabajo manteniendo la naturalidad de su expresión. Un comportamiento implacable bajo presión debía de ser sin duda un requisito para un espía, pensó.

"Me ha pedido lord Greysteil -dijo- que te transmita sus disculpas por el inevitable retraso en reunirte con nosotros. Estoy segura de que el vizconde llegará enseguida".

La mirada del capitán Rivenhall permaneció fija en la parte del trato que correspondía a Grace, que seguía sentada en su regazo. "Señorita Ware, el señor MacKay sólo nos ha proporcionado los detalles superficiales, pero no podemos decirle lo afortunados que nos sentimos de que esta correspondencia de su padre haya sobrevivido a la horrible travesía que sufrió".

"Sí, fue una suerte para todos que casualmente lo llevara en mi retícula. Como sabes, el coronel Ware confiaba plenamente en mí. Durante los años que precedieron a su fallecimiento, me confió todo lo de valor cuando viajábamos".

Ambos hombres miraron al conde cuando se movió en su silla y luego volvió a acomodarse.

Estaba claro que se estaba tomando su tiempo para leer el indulto.

"Debo decirles que rompí el sello cuando llegué a Baronsford", les dijo. "Pero la lista de nombres -los nombres en clave- no significaba nada para mí hasta que llegasteis buscándola. Estoy muy contenta de no haberme deshecho de ella".

Los dos hombres miraron a lord Aytoun, y Grace se dio cuenta de que el pie de sir Rupert empezaba a dar golpecitos en el suelo. Los nudillos del capitán Rivenhall estaban blancos por el agarre que tenía sobre su silla; no parecía menos impaciente por lo que estaba tardando el conde en terminar su lectura.

Hugh hizo un gesto a su empleado para que siguiera grabando la conversación mientras la Sra. Douglas empezaba a despotricar sobre sus supuestos malos tratos.

"Me sacaron a la fuerza del barco, desafiando todas las convenciones de dignidad y cortesía. Fui completamente humillada ante los demás pasajeros, que contemplaban atónitos cómo esa imbécil sentada allí leía acusaciones falsas contra mí."

"Te inscribiste en ese viaje con un nombre falso", comentó Branson.

"¿Es eso un delito?", espetó la mujer. "Debido al alto cargo de mi querido y difunto marido, y al *inestimable* servicio que prestó a nuestra nación en un momento en que era muy necesario -servicio que le causó daños irrevocables en su salud, debo añadir-, siempre he viajado con un nombre falso. No sabes lo difícil que es que me celebren constantemente por el trabajo del que formé parte. Sí, ¡participé! Lo sostuve y lo apoyé en todos los sentidos. ¿Y esto es a lo que me someten ahora? Brutalmente maltratada. Humillada públicamente. Arrastrada por las calles con grilletes. Avergonzado hasta el punto de que no sé si me recuperaré algún día".

"Sin grilletes, milord", observó Branson. "No usamos grilletes".

"¿No sabes quién soy? ¿Quiénes son mis amigos? Dejad que os diga que el mismísimo Príncipe Regente se enterará de esto. Y cuando lo haga, la ira de *Dios* descenderá sobre vuestras miserables cabezas. Os arrastraréis por las profundidades de las prisiones más inmundas del país. Suplicaréis mi intercesión ante los tribunales, y yo os desdeñaré como a los perros que sois".

"¿Puedo hablar ahora?" Hugh por fin se hartó.

Su tono fue lo bastante agudo como para silenciar momentáneamente a la mujer.

"Te detuvieron por orden mía", empezó Hugh. "Te trajeron aquí, donde se te acusará de delitos relacionados con el intento de secuestro de la señorita Grace Ware y las graves lesiones sufridas por mi herrero, el señor Darby. Tu criado ha sido identificado como..."

"Esto es una locura. Si tuvo algo que ver con esto, el hombre actuó solo. No tengo ninguna relación con él. Cuando me marché de la Mansión Nithsdale, dejó de estar a mi servicio. No le he visto desde entonces y no deseo hacerlo. Trabajó a mi servicio como criado. Eso es todo. No, no tienes ningún motivo para retenerme. Exijo que me liberes inmediatamente".

Hugh se reclinó en su silla, estudiando la expresión agria de la mujer.

"Los cargos que te he mencionado no son nada comparados con lo que tendrás que afrontar cuando te transporte a Londres. Los malos tratos que supuestamente te han obligado a soportar no se compararán en nada con el trato que recibirás en la horca."

La sangre que quedaba en su pálido rostro se drenó por completo.

"Deja que te explique lo que ya sabemos". Hugh señaló la puerta. "Justo al final de este pasillo, la señorita Ware tiene en su poder una carta que contiene más de dos docenas de nombres de súbditos ingleses que proporcionaron información y ayuda a Napoleón mientras éste

perseguía sus sueños de conquista. El gobierno británico planea descubrir a todos y cada uno de los espías cuyos esfuerzos traicioneros costaron la vida a nuestros soldados. Tu nombre figura en esa lista, señora Douglas, al igual que el de un caballero que ha viajado hasta aquí desde Bruselas, amigo tuyo".

Mientras Hugh la miraba, se le ocurrió que si no le hubieran pintado la cara con tanto cuidado, sus mismas facciones se habrían hecho pedazos y habrían aterrizado en su regazo.

"En mi biblioteca, en este mismo momento -continuó-, este amigo tuyo está aportando un testimonio destinado a salvar su cuello de la soga del verdugo. El caballero te ha acusado de ser el autor intelectual del atentado de Amberes que provocó los asesinatos del coronel Ware y sus sirvientes. Cuando salgas de aquí, no sólo te enfrentarás a cargos de alta traición, espionaje, secuestro y agresión, sino también de asesinato. Creo que los tribunales de Londres sólo lamentarán poder ahorcarte una vez, y el propio Príncipe Regente firmará tu sentencia de muerte".

"Todo esto es mentira", jadeó. "No puedes hacerlo. Es mentira".

Hugh hizo un gesto a Branson para que se marchara y se puso en pie.

"¿Quién?", preguntó ella, intentando evitar que el pánico se reflejara en su voz. "¿Quién inventa mentiras tan malintencionadas?"

"Ya sabes quién es", respondió con frialdad. "Pero quizá prefieras leer por ti mismo el testimonio de sir Rupert Elliot, registrado por mi secretario, el señor MacKay, y atestiguado por su señoría, el honorable conde de Aytoun".

Grace sintió que su corazón tamborileaba como un tatuaje cuando vio al Sr. Branson entrar en la biblioteca y colocarse junto al otro empleado de Hugh. Rezó para que sus deducciones fueran correctas, pero aún cabía la posibilidad de que los nombres de ambos hombres estuvieran en la lista.

Con la entrada del empleado, sir Rupert se levantó y se dirigió a la ventana, sin intentar ocultar su impaciencia.

"Puesto que os alojáis en el pueblo, quizá os hayáis enterado del atentado de la semana pasada en la carretera de Baronsford", dijo.

"No, señorita Ware, no llevamos aquí el tiempo suficiente para enterarnos de las noticias locales", replicó Rivenhall y se volvió hacia el conde antes de que pudiera continuar. "Milord, apreciamos vuestra minuciosidad en este asunto, pero el indulto es bastante claro y directo".

"Tan claro y directo como puede serlo cualquier documento gubernamental, capitán", respondió lord Aytoun.

"Entonces, ¿estáis satisfecho con ello, mi señor?"

"Sí, esto servirá", dijo, colocándolo sobre la mesa a su lado. Volvió su atención hacia Grace. "Estaba hablando del angustioso intento de secuestrarla, señorita Ware".

La atención de Rivenhall volvió a centrarse en ella. También sintió los ojos de Sir Rupert clavados en ella.

"¿Te atacaron *aquí*, señorita Ware?" repitió Rivenhall.

Si la sorpresa del hombre era fingida, entonces Grace decidió que era el mejor actor de Europa.

"Así es, capitán. Y, por supuesto, ahora sabemos que el motivo del intento de secuestro está aquí mismo". Levantó el documento doblado.

Lord Aytoun se inclinó hacia delante. "Y la señora Mariah Douglas, esposa del difunto ministro del Gabinete, estaba detrás de ello", dijo moviendo la cabeza. "Difícil de creer".

"¿Estás diciendo que la señora Douglas trabajaba para los franceses?" preguntó Rivenhall. "¿La han detenido las autoridades?"

"Así es".

Grace sabía que las palabras del conde se tomaban como un hecho.

"Mi hijo fue informado del deseo de la señora Douglas de cooperar plenamente. Ahora mismo está en el estudio del vizconde con el alguacil. Creo que usted estaba con ellos grabando su declaración, señor Branson".

El empleado asintió con la cabeza, mostrando un fajo de papeles.

"¿Ha admitido su participación?" exclamó Rivenhall.

"El momento de tu visita es bastante fortuito, capitán -dijo Grace, volviéndose despreocupadamente en busca de sir Rupert. Seguía mirando desde la ventana.

"Tendrás la oportunidad de oír la declaración jurada que la señora Douglas ha accedido a prestar a cambio de un indulto para sí misma", añadió el conde. "Ofrece pruebas sólidas, así como la identificación de sus cómplices".

"Esta noticia es asombrosa..."

Antes de que Rivenhall pudiera terminar su frase, se abrió la puerta de la biblioteca. Grace y los demás se pusieron en pie mientras Hugh y la señora Douglas entraban, flanqueados por dos lacayos.

El rostro pálido de la mujer observó a todos los presentes antes de clavar una mirada de fría furia en el hombre que estaba detrás de Gracia.

Antes de que pudiera girarse, la sala estalló.

Cuando la mano se cerró sobre su brazo como una banda de acero, Grace se maldijo por haber permitido que Sir Rupert se pusiera detrás de ella. ¿Cuántas veces le había hablado su padre del valor de flanquear al enemigo cuando una distracción atrae su atención hacia otra parte? Grace sintió la hoja del cuchillo apretada contra su garganta cuando fue sacudida hacia atrás.

"Suéltala", gritó Hugh.

Toda la sala se convirtió en un cuadro en movimiento. Hugh y lord Aytoun se abalanzaron sobre ellos a través de la biblioteca mientras Rivenhall permanecía inmóvil, con una expresión de estupefacción en el rostro. La expresión de furia de la señora Douglas fue sustituida por la sorpresa de sus ojos abiertos de par en par. MacKay se había levantado a medias de la silla, volcando el tintero, y los papeles que Branson tenía en la mano se esparcieron por el suelo a su alrededor.

Sir Rupert la apartó de un tirón de los dos hombres.

"Eres una tonta, Mariah", espetó. "Quédate donde estás, Greysteil, o ésta será mujer muerta".

El rostro de Hugh se ensombreció de rabia.

Grace sintió el afilado filo de la hoja contra su piel. Esto no estaba ocurriendo. Había sobrevivido a Amberes, al arduo viaje en la oscuridad, a las fiebres, al ataque en el carril... ¿para que todo acabara ahora? Había tardado toda una vida en encontrar a Hugh, y ahora iba a ser arrancada de sus brazos. Si aquel canalla se la llevaba de aquí, Grace sabía que la mataría con tan poca vacilación como habían matado a su padre y a los demás.

Después de todo lo que había perdido y ahora ganado, después de encontrar el amor, ¿ahora la muerte la reclamaría?

"¿Qué haces?" gritó Rivenhall. "Baja el cuchillo. Suéltala".

Elliot ignoró las órdenes y se dirigió hacia la puerta.

"No puedes escapar", gruñó lord Aytoun.

"Puedo y lo haré", espetó Elliot. "Greysteil, vosotros dos nos escoltaréis hasta el carruaje que nos trajo aquí. La señorita Ware y yo nos iremos sin ser molestados y nadie nos seguirá. Si veo un carro de heno persiguiéndonos, ella morirá".

"Esto es una locura, Elliot", dijo Rivenhall. "Esto debe acabar ya".

Hugh se acercó un poco más. "No te irás de aquí. No pensarás en serio que te permitiría llevártela de aquí".

Lucha. Las palabras de su padre resonaban en sus oídos. *Lucha siempre. Nunca te permitas convertirte en la presa. Lucha.* No era una víctima débil y pasiva. Prefería morir aquí, en brazos de Hugh, que en la oscuridad de un carruaje cerrado, sólo para que arrojaran su cuerpo por el camino.

Golpeando con el talón tan fuerte como pudo el pie calzado de su atacante, Grace se agachó hacia un lado, sintiendo cómo la hoja le rozaba la mandíbula al caer.

Eso era todo lo que se necesitaba.

Grace sintió que su brazo se soltaba y se apartó dando tumbos mientras Hugh volaba hacia Elliot. El enorme puño se estrelló contra la cara del enviado y le hizo retroceder hacia la pared. Antes de que pudiera enderezarse, le llovieron más golpes.

El cuchillo yacía a los pies de Grace, que lo recogió mientras retrocedía.

Hugh golpeó a Elliot con ambas manos, haciéndole retroceder la cabeza con cada azote. Las rodillas del hombre se desplomaron bajo él y cayó inconsciente al suelo. Hugh estaba de pie junto a él mientras los dos lacayos se apresuraban a ayudarlo. Al otro lado de la habitación, la señora Douglas se hundió en una silla. Lord Aytoun observaba cautelosamente al capitán Rivenhall, pero el hombre permanecía en estado de shock.

Hugh se acercó corriendo y cogió a Grace en brazos.

"Estás herido".

"No, estoy bien".

Sus ojos preocupados escudraron su cara y su cuello en busca de lesiones. No la creía. "Te ha cortado. El filo del cuchillo..."

"No es nada. De verdad". Tuvo que cogerle las mejillas con las manos y obligarle a mirarla a los ojos para llamar su atención. "Se acabó, Hugh. Me has salvado".

Le acarició la cara, pasando el pulgar por el lugar donde ella había sentido la presión del cuchillo contra su piel. "Mi valiente luchadora. Mi guerrera. Ya son dos veces en las que ha brillado tu intrepidez. No sabes lo orgulloso que me haces sentir".

"Me das demasiado crédito". Le sonrió. "Cada vez, fuiste tú quien me salvó la vida".

"No podría haberlo hecho sin ti". Sus brazos la rodearon con fuerza. Sus labios rozaron su pelo. Le oyó respirar hondo. "Tu valor... es impresionante. Frente a Elliot, sabía que no te quedarías de brazos cruzados. Temía por tu seguridad, pero estaba seguro de que te lanzarías a la lucha".

Grace comprendía sus temores. Y se sintió aliviada de que la viera como ella misma y no vulnerable como había sido Amelia. Lo suyo era un camino diferente, plagado de nuevos retos y pruebas.

"Y estaba seguro de que acabarías lo que yo empezara".

"Somos compatibles, tú y yo", susurró contra sus labios. "Tú me completas".

Grace apretó los labios contra los suyos, abrumada por el torrente de emociones. Era su amor, su compañero y pronto sería su marido. Fueran cuales fueran los retos que les aguardaban,

los afrontarían juntos.

Él era suyo como ella era de él. Para siempre.

Al día siguiente, el capitán Rivenhall se reunió con Grace y Hugh antes de partir hacia Londres.

"No sabes cuánto lamento que no pudiéramos garantizar la seguridad de tu grupo cuando aterrizaste en Amberes", dijo a Grace. "El Ministerio de Asuntos Exteriores ha estado operando bajo el supuesto de que la lista estaría compuesta por oficiales militares. Nos centrábamos en los hombres que el coronel Ware podría haber conocido durante su estancia en la campaña peninsular. No esperábamos que el peligro viniera de dentro".

"Es aterrador que la traición de sir Rupert Elliot y la señora Douglas haya podido pasar desapercibida", dijo Hugh.

"Cuando Westminster se entere de esta noticia, un maremoto barrerá el Ministerio de Asuntos Exteriores. Esta lista producirá sin duda varias conmociones". Rivenhall se volvió hacia Grace. "En nombre de la Corona, no puedo agradecerte lo suficiente todo lo que has hecho. El sacrificio de tu padre será recordado".

"Sobre el origen de los nombres", dijo Grace, tras haber pensado en ello anoche. "Creo que mi padre puede haber dado con esta lista recientemente. Como sabes, había estado trabajando al servicio del hermano de Napoleón en América. No sé cómo la consiguió, pero es evidente que no conocía la verdadera identidad de estas personas o no habría dirigido una de las cartas al enviado en Bruselas."

"¿Estás diciendo que es posible que esta lista se entregara con el conocimiento de José Bonaparte?"

"No puedo decirlo. Puedo decirte que el rey José -o el conde Survilliers, como se le conoce ahora- no quiere saber nada de los que aún son leales a su hermano. Ha cortado lazos políticos por todos lados. Quizá hayas oído rumores de que le ofrecieron el trono de México, pero que lo rechazó".

"Sí, lo hemos oído", respondió Rivenhall.

"Es verdad", afirmó Grace. "Se retira de la política. Lo único que quiere es que su familia viva libre de más agitación. El gobierno de América le ha ofrecido precisamente ese santuario".

Gracia había aprendido mucho en sus meses en compañía del rey José. No compartía las ambiciones de su hermano.

"Los restos de mi padre. ¿Qué le ocurrió?"

"Ah, sí. Cuando me enteré del fallecimiento del coronel, la gente de la reina Julie ya se había enterado del asesinato y se había apoderado de los cadáveres. Tu padre está enterrado en Bruselas, señorita Ware".

"Me alegro", dijo en voz baja, esperando que, como no habían llegado como esperaban, la reina Julie hubiera salido a buscarlas.

"Ésa era otra razón por la que estaba convencido de que la lista había desaparecido", añadió Rivenhall. "Pensábamos que el responsable del atentado de Amberes tenía la lista. Aparte de eso, suponíamos que la reina Julie la había recuperado y, en cualquier caso, la habíamos perdido".

"Sólo Elliot sabía la verdad", dijo Hugh. "Por eso escribió a la Sra. Douglas, alertándola para que viniera a las Fronteras".

"E insistió en que viniéramos aquí también", añadió Rivenhall.

"¿Qué será de estos dos?" preguntó Gracia. "¿Y los demás de la lista?"

Hugh y el capitán intercambiaron una mirada.

"Creo que es seguro decir que ninguno de los dos volverá a molestarte, señorita Ware", le dijo Rivenhall. "Sir Rupert y la señora Douglas serán juzgados y castigados por sus crímenes. Tienen mucho por lo que responder".

Capítulo Treinta Y Dos

Una semana después

EL CIELO FUERA de las ventanas abiertas era un tono más claro, y Grace supo que estaba a punto de amanecer. Levantó suavemente el brazo de Hugh que la rodeaba por la cintura y se zafó de su abrazo. Él se agitó ligeramente y ella sintió la tentación de volver a acurrucarse en su calor.

Tenía muchas cosas en la cabeza. El resto de los hermanos Pennington -Gregory, Phoebe y Millie- llegaban hoy, pero Grace ya no se sentía reticente a conocerlos. Estaba deseando conocerlas antes de que empezaran a llegar el resto de la familia y sus invitados.

Este año, el Baile de Verano anual iba a ir precedido de una boda. Grace miró por encima del hombro el rostro tranquilo del novio. Era igual durante las horas de vigilia, mientras a su alrededor se sucedían las tumultuosas exigencias de la planificación, la elección y la preparación. Tranquilo, feliz, satisfecho e inteligente a la hora de robarle a Grace cuando su madre y Jo miraban hacia otro lado.

Como el aroma de las rosas tempranas que subía de los jardines, un sentimiento de felicidad ondeaba en la suave brisa de su vida.

Nuestra boda, pensó. Sólo faltaba una semana.

El rostro de su padre acudió a su mente, y con él llegó esa punzada de echarle de menos. ¡Cómo habría deseado ver el día! Cuánto deseaba poder decirle lo bien que había logrado todo lo que se había propuesto hacer por ella.

Envolviéndose en un edredón, Grace caminó por el suelo hasta la ventana y contempló los campos que empezaban a brillar por el rocío. La pálida astilla de luna se había ocultado en el cielo, y su mente volvió a la carta que había recibido ayer.

La reina Julie escribió que sentía un gran dolor por la pérdida del padre de Grace. Era un buen hombre y un soldado leal. Había tenido el honor de velar por que recibiera los ritos de un entierro digno. Sólo deseaba que Grace hubiera estado allí. La reina le dijo que ya había escrito para compartir la trágica noticia con su marido en América, y que él también estaría apenado por la pérdida.

Por último, la reina Julie abordó la cuestión del diamante. *La piedra es tuya, ma chérie. Sin duda, tu padre lo destinó para tu comienzo en la vida... o, como me dices que estás a punto de casarte, para tu dote. Disfrútala, dulzura. Sé que le darás el mejor de los usos.*

Grace sabía exactamente lo que iba a hacer con él. Ese diamante financiaría una magnífica ampliación de la casa torre.

"Te has levantado temprano".

La voz de Hugh era un cálido susurro en su oído. La respiración de Grace se entrecortó en su

pecho al sentir su calor a su alrededor. "No podía dormir. Tengo tantas cosas en la cabeza. Pero me prometiste que me llevarías al amanecer. Si vamos a escabullirnos antes de que tu madre y tu hermana despierten, tendremos que irnos pronto".

Anoche le había sugerido que se escaparan un par de horas antes de que volviera el alboroto.

Sus manos le quitaron suavemente la colcha de los hombros, y Grace sintió que su cuerpo desnudo se apretaba contra el suyo desde atrás.

"¿Quizá un paseo por aquí antes de 'escabullirnos'?"

Grace sintió que sus dientes rozaban la sensible piel que había bajo su oreja, y se estremeció de excitación.

Una mano le acarició el pecho mientras la otra bajaba por su vientre y se deslizaba hasta su sexo. Recostó la cabeza contra él mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

"Ya sabes que no puedo rechazarte". Ella sonrió. El juego de sus dedos entrando y saliendo de su carne hizo que su cuerpo tarareara al son de la canción más tentadora. Se inclinó hacia un lado y le hundió los dedos en el pelo, besándolo profundamente.

La giró hacia el espejo que había junto a la pared, permitiendo a Gracia contemplar su reflejo mientras él la penetraba. Observó a través de una espesa neblina de pasión cómo una mano experta le acariciaba el pecho mientras la otra seguía instigando los placeres en su interior. Él se movía con movimientos exquisitamente sincronizados, deslizándose dentro de ella una y otra vez, y Grace contemplaba con total incredulidad la imagen de dos personas que se elevaban juntas en ondulantes olas de pasión antes de separarse finalmente en una explosión de éxtasis.

Momentos después, aún sin aliento, aún envuelta en sus brazos, miraba por la ventana la luz del sol que avanzaba por los campos y ahuyentaba las sombras que quedaban de la noche.

"Y ahora", le susurró al oído. "Vamos a dar el paseo que te prometí".

El sol era una bola naranja brillante tras ellos cuando llegaron a las ruinas de una iglesia. A Gracia le sorprendió ver a la media docena de hombres que esperaban, pero se estremeció al ver el globo inflado que se elevaba por encima de la góndola firmemente amarrada.

Truscott, Darby y varios mozos estaban junto a ella y se volvieron como uno solo para saludarles.

"Buen trabajo", gritó Hugh, saltando de su caballo y ayudando a Grace a desmontar. "¿Hizo falta toda la noche para llenar el sobre?"

"La mayor parte, milord", dijo Darby. "Como predijiste, colocar la abertura para recibir el gas costó bastante".

Truscott señaló la larga cuerda que iba desde el campanario de la iglesia en ruinas hasta un trípode de maderos hundido en el césped a cierta distancia. "La idea de Darby de aparejar esta cuerda e izar la bolsa hasta ella fue brillante. Una vez que los hombres la izaron y la colocaron en posición, se llenó tan rápido como la vejiga de una oveja".

Los ojos de Gracia contemplaron el recipiente. El material barnizado de la envoltura brillaba al sol de la mañana, y el cielo azul sin nubes la atraía. La idea de elevarse por encima de la tierra, desconectada del mundo y de la humanidad, para ir adonde pocas personas habían ido jamás, la emocionaba sobremanera.

Parecía que hacía un eón desde que prometió volar con él, pero nunca esperó sentirse tan excitada ante la perspectiva de volar... hasta ahora.

"Es magnífico", susurró.

Hugh le cogió la mano. "Entonces, ¿estás preparada?"

Truscott se acercó y se unió a ellos. "No hace falta que hagas esto, señorita Grace".

"Creo que sí, señor Truscott".

"El último vuelo de tu prometido se produjo con una brisa más fuerte que la de esta mañana, y todos los aldeanos y granjeros en veinte millas a la redonda estaban muy entretenidos. Pero los demás, después de cabalgar a toda prisa diez millas al otro lado de Baronsford, sólo llegamos a tiempo de presenciar cómo lo arrastraban como una piedra por muros y setos durante otra media milla. Creímos que era hombre muerto".

"Esta vez no", dijo. "El otoño pasado, me dice, no contó con la ayuda de nuestro excelente Sr. Darby, que ha fabricado una válvula que le permitirá controlar nuestra altitud y nuestro descenso".

Truscott caminó con ellos mientras se acercaban al globo. "Recuerda, Hugh, sólo falta una semana para tu boda, y si algo te ocurriera -pero, lo que es más importante, a ella-, el conde tendrá todas nuestras cabezas en postes en las murallas. Y eso después de que tu madre nos despelleje vivos".

"Cuidaré bien de él", dijo sonriendo.

Habían arrastrado un cofre vacío hasta la góndola, y Hugh la ayudó a subir. Mientras los que estaban en tierra se preparaban para soltar las cuerdas, Grace se apoyó en el lateral y miró a su alrededor. De los lados de la góndola se elevaban gruesas cuerdas y mallas que la sujetaban al globo que tenían encima. Una nave voladora.

Pensó en la última vez que había estado en esta cesta. Agotada por su carrera por las turbias callejuelas de Amberes. Aturdida y desgarrada por dentro al ver el cadáver asesinado de su padre. Temerosa por su propia vida. Arrancada de todo lo que había conocido e impulsada hacia un futuro desconocido.

Grace cerró los ojos y pasó las manos por las paredes de mimbre y los cordones de cuero crudo. Dejó que sus dedos trazaran los patrones tejidos, recordando la oscuridad y la esperanza cada vez menor de respirar aire fresco, ver la luz del día o salir de lo que había llegado a aceptar como su ataúd.

Hugh la rodeó con el brazo. "¿Vamos?"

Ella le sonrió y asintió.

Cuando soltaron las cuerdas, Darby les saludó y los demás lanzaron un grito. La cesta se elevó suavemente, y en un momento la iglesia en ruinas y la colina y los campos se hicieron más pequeños y distantes. Navegaban hacia el sol, y el globo se elevaba por encima de las casas de campo, los estanques y los prados. Los animales en sus recintos parecían figuras de juguete. A su alrededor, el mundo era una ondulante colcha de patchwork de tonos verdes y tierra. Un río serpenteaba entre prados y bosques.

Rodeó a Hugh con los brazos y él se inclinó y la besó.

En otro tiempo, esta cesta había sido un ataúd, un vehículo de oscuridad, miseria y muerte. Ya no lo era. Ahora era un pájaro que se elevaba, llevando a Grace y al hombre que amaba hacia un futuro cristalino de luz, vida y alegría.

"Mira", dijo Hugh, señalando.

A lo lejos, más allá de un extenso bosque verde, rodeado por un lago de aguas centelleantes, un castillo de cuento de hadas se alzaba para recibirlos.

Baronsford, su casa.

Gracias por leer *Romance con el Escocés*. Si te ha gustado, por favor, deja una reseña en línea.

Además, no dejes de visitar nuestro [sitio web](#) para consultar nuestra librería en línea. Allí encontrarás libros electrónicos a precios de ganga, ediciones impresas autografiadas y versiones en audiolibro de nuestros libros. Muchas gracias.

Y no dejes de leer el siguiente libro de esta serie, *Dulce Hogar Navidad en las Highlands*, finalista del premio RITA©...

Freya Sutherland es una tía desesperada que intenta conservar la custodia de su precoz sobrina, Ella, aunque eso signifique casarse por seguridad en lugar de por amor.

El capitán Gregory Pennington sólo quiere llegar a casa a tiempo para Navidad, pero le piden que escolte a unos viajeros desde las Tierras Altas hasta las Fronteras.

Sus planes de futuro no incluyen una esposa y un hijo, y Freya tiene responsabilidades como tutora de Ella. Con Ella conspirando para que estén juntos, Penn y Freya podrían experimentar un poco de magia navideña.

Nota del autor

Como en todas nuestras novelas, en *Romance con el Escocés* hemos intentado describir un lugar y una época de forma que se mezclen lo real y lo imaginario de forma entretenida.

El caso de Jean Campbell fue un famoso caso judicial escocés ocurrido en 1817. La terrible situación de los irlandeses en su tierra natal y la ignorancia y discriminación a las que se enfrentaron como inmigrantes en Escocia, Inglaterra y América han sido bien documentadas. La desastrosa campaña británica de la Guerra Peninsular, con su horrenda pérdida de vidas, fue muy real. Y el uso de espías para recabar información que existió durante aquella época ha continuado hasta nuestros días.

Por el lado bueno, los pioneros de los primeros vuelos fueron personas como nuestro ficticio Hugh Pennington. En la época de nuestra historia, la "edad de oro" del vuelo en globo acababa de empezar. Nos gustaría dar las gracias al Dr. Tom Crouch, conservador jefe del Departamento de Aeronáutica del Museo Nacional del Aire y del Espacio Smithsonian, por su inestimable ayuda en nuestra investigación sobre los globos. Si nos equivocamos en algo, no culpes a Tom.

Muchos de nuestros lectores más veteranos recordarán a los padres de Hugh Pennington, Millicent y Lyon, de *Sueños Prestados*. De hecho, *Romance con el Escocés* es una de las diez novelas y novelas cortas que componen la serie multigeneracional de la Familia Pennington.

Si te interesa, aquí tienes la lista completa:

La Promesa (*USA Today Bestseller*) - Huyendo por su vida en un viaje desesperado a América, Rebecca Neville promete a la moribunda esposa del conde de Stanmore criar y cuidar a su hijo recién nacido, James. Diez años después, el conde de Stanmore se entera de la existencia del niño. Envía a las colonias a su joven heredero para que pueda criarlo como par del reino. Sin intención de renunciar a su voto, Rebecca regresa a Inglaterra con James para afrontar un futuro sin su amado cargo, pero también debe enfrentarse a su tumultuoso pasado.

La Rebelde - Jane Purefoy, hija de un magistrado inglés, adopta el disfraz del famoso rebelde irlandés Egan y lidera una banda secreta de revolucionarios contra la brutalidad de las tropas coloniales. Sir Nicholas Spencer se dirige a Irlanda para cortejar a la hermana menor de Jane. Cuando se topa con Egan, Sir Nicholas desenmascara al legendario rebelde y descubre a Jane. Hechizado por ella, decide guardar su secreto y se embarca en un arriesgado plan de seducción que sumirá a la familia de ella en el caos, a un país en la rebelión y a su corazón en la agonía de un amor que nunca podrá ser.

Sueños Prestados (*Premio RT a la Mejor Novela Histórica de Ambientación*)

Británica) - Impulsada a deshacer el mal causado por su difunto marido y enfrentada a la ruina económica, Millicent Wentworth debe contraer un matrimonio de conveniencia con el tristemente célebre "Señor del Escándalo" Lyon Pennington, conde de Aytoun. Lyon es un hombre devastado por un trágico accidente que mató a su primera esposa y le dejó gravemente herido. Lleno de desesperación, se deja atraer a regañadientes hacia un matrimonio no deseado. Una nueva versión de 'La Bella y la Bestia'.

Sueños Capturados - Portia Edwards hará lo que sea para encontrar a la familia que nunca conoció. Y cuando conoce al comerciante Pierce Pennington, el hermano menor de Lyon Pennington, Portia tiene la oportunidad perfecta para pedirle ayuda. Pero su obstinado orgullo la mantiene en silencio. Es decir, hasta que reconoce su fuerte atracción por el valiente hombre que, de noche, es conocido como el infame capitán MacHeath, que contrabandea armas por mar bajo el manto de la oscuridad, todo en nombre de la libertad...

Sueños del Destino - Herido por el escándalo y el asesinato sin resolver de su cuñada, David Pennington es exteriormente insolente y arrogante. Pero nada le impedirá acompañar a su amiga de la infancia, Gwyneth Douglas, a Escocia para salvar a la heredera escocesa de los cazadores de fortunas. Pero con su llegada a Escocia llega un terrible peligro. Ahora, si alguna vez esperan satisfacer deseos largamente ocultos, tendrán que frustrar el mal que amenaza con destruir la vida de ambos...

Romance con el Escocés - Hugh Pennington, héroe de las guerras napoleónicas, es ahora un viudo afligido con deseos de morir. Cuando recibe una esperada caja procedente del continente, se sorprende al encontrar dentro a una mujer casi muerta. Su identidad es desconocida, y el puñado de monedas americanas y el precioso diamante cosido a su vestido no hacen sino profundizar el misterio. Grace Ware es enemiga de la Corona inglesa. Intentando escapar de los asesinos de su padre, nunca previó que la mala suerte la depositaría en casa de un aristócrata en los Borders escoceses. Mientras se esfuerza por mantener su identidad en secreto, un duelo de ingenio se convierte rápidamente en pasión y romance... hasta que el peligro llega a las mismas puertas de Baronsford, amenazando con separar a los dos amantes o destruirlos a ambos.

Dulce Hogar Navidad en las Highlands (*Finalista del Premio RITA©*) - Freya Sutherland es una tía desesperada que intenta conservar la custodia de su precoz sobrina, Ella, aunque eso signifique casarse por seguridad en lugar de por amor. El capitán Gregory Pennington, recientemente retirado, no desea otra cosa que llegar a casa a tiempo para Navidad, pero le piden que escolte a unos viajeros desde las Tierras Altas hasta las Fronteras. Sus planes no incluyen una esposa y un hijo, y Freya tiene responsabilidades como tutora de Ella. Con Ella conspirando para que estén juntos, Penn y Freya podrían experimentar un poco de magia navideña.

Sucedio en las Highlands - La vida de Lady Josephine Pennington estuvo a punto de destruirse cuando se extendieron los rumores sobre su dudoso parentesco. Años más tarde, cuando recibe un paquete de las Tierras Altas que contiene bocetos de una mujer extrañamente parecida a ella, Jo cree haber encontrado una pista sobre la identidad de su madre biológica. Cuando el capitán Wynne Melfort se vio obligado a poner fin a su compromiso con Jo Pennington hace dieciséis años, nunca imaginó que volvería a verla. Más que eso, nunca esperó que resurgieran sentimientos que creía muertos desde hacía mucho tiempo. Mientras se esfuerzan por desentrañar el misterio de su nacimiento, Jo debe aprender a confiar en Wynne. Y cuando los secretos del pasado empiecen a salir a la

superficie, las fuerzas del mal no se detendrán ante nada para impedir que Jo descubra la verdad y reclame su legado.

Sin Dormir en Escocia - Lady Phoebe Pennington arriesga su vida para desenmascarar a los corruptos dirigentes políticos de Edimburgo, llegando incluso a descender a los hirvientes bajos fondos de la ciudad. Una noche, escapa de la muerte por los pelos y cae en brazos del hermano de su mejor amiga asesinada. El capitán Ian Bell es un hombre torturado que lucha contra el dolor y la culpa por la pérdida de su hermana, y sigue buscando a su asesino. El destino los ha unido, pero la confianza es esquiva y el peligro acecha en los oscuros callejones de la ciudad. Porque Phoebe es la única que ha visto el rostro del asesino de su amiga, y las siniestras sombras del mal están más cerca de lo que ella e Ian imaginan.

Querida Millie - El futuro de Lady Millie Pennington parece brillante hasta que el destino le tiende una mano trágica en forma de cáncer. Dermot McKendry es un antiguo cirujano de la Marina Real que ha regresado para abrir un hospital en las Highlands. La Providencia los une, pero las calamidades de la vida pondrán a prueba el poder curativo del corazón humano.

Cómo Descargar un Duque - Lady Taylor Fleming es una heredera con un pretendiente pisándole los talones. Su plan para deshacerse de él es sencillo. Pero el duque de Bamberg no tiene nada de sencillo. Taylor intenta escapar al santuario de las Tierras Altas, pero sus planes se complican cuando el duque llega a su puerta y sus leales aliados la abandonan. E incluso con los planes mejor trazados, las cosas pueden torcerse...

Y si te interesa el romance de segunda oportunidad con una vuelta de tuerca, no dejes de echar un vistazo a *¡Jane Austen No Puede Casarse!*

Como autores, nos encantan los comentarios. Escribimos nuestras historias para nuestros lectores, y nos encantaría saber de ti. Estamos aprendiendo constantemente, así que ayúdanos a escribir historias que apreciarás y recomendarás a tus amigos. [Suscríbete para recibir noticias y actualizaciones](#) y síguenos en BookBub.

Como siempre, si te ha gustado *Romance con el Escocés*, por favor, deja una reseña en línea, y no te pierdas el siguiente libro de esta serie, *Dulce Hogar Navidad en las Highlands* (finalista del premio RITA®), así como la historia de Jo en *Sucedió en las Highlands*.

Por último, no olvides visitar el [sitio web](#) de nuestra librería en línea. Allí encontrarás libros electrónicos a precios de ganga, ediciones impresas autografiadas y versiones en audiolibro de nuestros libros.

NOVELS BY MAY McGOLDRICK

16th Century Highlander Novels

[A Midsummer Wedding \(novella\)](#)

[The Thistle and the Rose](#)

Macpherson Brothers Trilogy

[Angel of Skye \(Book 1\)](#)

[Heart of Gold \(Book 2\)](#)

[Beauty of the Mist \(Book 3\)](#)

[Macpherson Trilogy \(Box Set\)](#)

[The Intended](#)

[Flame](#)

[Tess and the Highlander](#)

Highland Treasure Trilogy

[The Dreamer \(Book 1\)](#)

[The Enchantress \(Book 2\)](#)

[The Firebrand \(Book 3\)](#)

[Highland Treasure Trilogy Box Set](#)

Scottish Relic Trilogy

[Much Ado About Highlanders \(Book 1\)](#)

[Taming the Highlander \(Book 2\)](#)

[Tempest in the Highlands \(Book 3\)](#)

[Scottish Relic Trilogy Box Set](#)

[Love and Mayhem](#)

18th Century Novels

Secret Vows

[The Promise \(Pennington Family\)](#)

[The Rebel](#)

[Secret Vows Box Set](#)

Scottish Dream Trilogy (Pennington Family)

[Borrowed Dreams \(Book 1\)](#)

[Captured Dreams \(Book 2\)](#)

[Dreams of Destiny \(Book 3\)](#)

[Scottish Dream Trilogy Box Set](#)

Regency and 19th Century Novels

Pennington Regency-Era Series

[Romancing the Scot](#)

[It Happened in the Highlands](#)

[Sweet Home Highland Christmas](#) *(novella)*

[Sleepless in Scotland](#)

[Dearest Millie](#) *(novella)*

[How to Ditch a Duke](#) *(novella)*

[A Prince in the Pantry](#) *(novella)*

Royal Highlander Series

[Highland Crown](#)

[Highland Jewel](#)

[Highland Sword](#)

[Ghost of the Thames](#)

Contemporary Romance & Fantasy

[Jane Austen CANNOT Marry](#)

[Erase Me](#)

[Tropical Kiss](#)

[Aquarian](#)

[Thanksgiving in Connecticut](#)

[Made in Heaven](#)

NONFICTION

[Marriage of Minds: Collaborative Writing](#)

[Step Write Up: Writing Exercises for 21st Century](#)

NOVELS BY JAN COFFEY

Romantic Suspense & Mystery

[Trust Me Once](#)

[Twice Burned](#)

[Triple Threat](#)

[Fourth Victim](#)

[Five in a Row](#)

[Silent Waters](#)

[Cross Wired](#)

[The Janus Effect](#)

[The Puppet Master](#)

[Blind Eye](#)

[Road Kill](#)

[Mercy](#) (novella)

[When the Mirror Cracks](#)

[Omid's Shadow](#)

[Erase Me](#)

NOVELS BY NIK JAMES

Caleb Marlowe Westerns

[High Country Justice](#)

[Bullets and Silver](#)

[The Winter Road](#)

[Silver Trail Christmas](#)

Sobre el autor

Nikoo y Jim McGoldrick, autores superventas del *USA Today*, han escrito más de cincuenta novelas trepidantes y llenas de conflictos, además de dos obras de no ficción, bajo los seudónimos de May McGoldrick, Jan Coffey y Nik James.



Estas populares y prolíficas autoras escriben novelas románticas históricas, de suspense, misterio, westerns históricos y novelas juveniles. Han sido finalistas del Premio Rita en cuatro ocasiones y han recibido numerosos galardones por sus obras, como el Premio Daphne DuMaurier a la Excelencia, el Medallón Will Rogers, el Premio de la *Revista Romantic Times*, tres Premios Golden Leaf de la NJRW, dos Medallones Holt y el Premio del Club de Prensa de Connecticut a la Mejor Ficción. Su obra forma parte de la colección Popular Culture Library del Museo Nacional de Escocia.